

IATROGENIA

LA MEDICINA DE LA BESTIA

ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES RARAS



Enrique Costa Vercher
(Doctor Nadie)

**IATROGENIA:
LA MEDICINA DE LA BESTIA**

ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES RARAS

Enrique Costa Vercher

Enero, 2019

Título: Iatrogenia, la medicina de la Bestia.
Origen de las enfermedades raras

Autor: Enrique Costa Vercher

Copyright © Enrique Costa Vercher

1ª edición. Enero 2019

Reservados todos los derechos, ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso previo del autor.

“La medicina ha avanzado tanto en los últimos tiempos que ya todos estamos enfermos”

Aldous Huxley. Médico y escritor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. LA MEDICINA MODERNA Y LA IATROGENIA

MEDICINA Y IATROGÉNESIS EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

LA MEDICINA MODERNA NO ES MEDICINA SINO INDUSTRIA

CAPÍTULO 2. LA MEDICINA INDUSTRIAL

VICTORIA CURSUS ARTIS SUPRANATURAM

UNA CIENCIA Y UNA MEDICINA “LIBERADAS” DE LA NATURALEZA Y DEL ESPÍRITU

LA MEDICINA EXPERIMENTAL

CAPÍTULO 3. LA FALSA TEORÍA DE LA INFECCIÓN

EL MIEDO A LOS MICROBIOS Y EL COMIENZO DE LA IATROGÉNESIS MASIVA

LA MICROBIOTA Y EL MICROBIOMA HUMANO

CAPÍTULO 4. UN DOCTOR NADIE ANTE UNA ALUCINACIÓN COLECTIVA

TERROR EN EL SENO DE LA “SOCIEDAD DEL BIENESTAR”

UNOS POCOS MÉDICOS AL MARGEN DE LA ALUCINACIÓN

CAPÍTULO 5. UN MÉDICO AL QUE NO SE LE PODÍA CREER

EL MENSAJE IMPOSIBLE DE UN DOCTOR NADIE

EJERCER LA MEDICINA FUERA DE LA LEY

CAPÍTULO 6. LA SOCIEDAD DE LA BESTIA

UN AMABLE Y LUMINOSO MENSAJERO EN MITAD DEL CAMINO

LA BESTIA EN LA HISTORIA

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

CAPÍTULO 7. ENCUENTRO CON OTROS DOCTORES NADIE

COMPARTIENDO CON OTROS COLEGAS LA DERROTA CONTRA LA BESTIA

LOS PRIMEROS CONTACTOS PERSONALES CON LA BESTIA

CAPÍTULO 8. LA VERDAD QUE CURA Y LA MENTIRA QUE MATA

LA PALABRA COMO MEDICINA O COMO TÓXICO

LOS DOCTORES NADIE DE TODOS LOS TIEMPOS

CAPÍTULO 9. FRAUDE Y MANIPULACIÓN EN LAS AULAS

BORRAR LA MEMORIA Y PROGRAMAR LOS NUEVOS CEREBROS

UNAS CLASES DE PRÁCTICAS MUY “PELIGROSAS”

CAPÍTULO 10. EL INICIO DE LA IATROGENIA TOTAL

LOS VIRUS Y EL TRIUNFO TOTAL DE LA PARANOIA

LOS ANTIBIÓTICOS... O... LOS CABALLOS DE TROYA

CAPÍTULO 11. LA MEDICINA PREINDUSTRIAL

LOS ÚLTIMOS HOMO SAPIENS SANOS Y FÉRTILES

LA MEDICINA POPULAR NATURAL PREINDUSTRIAL

CAPÍTULO 12. INDUSTRIA MÉDICA Y MEDICINA INDUSTRIAL

HACERSE CON EL MERCADO DE LA COMPETENCIA

LOS MÉDICOS DE LA NUEVA RAZA SUPERIOR

LOS ÚLTIMOS MÉDICOS CON SENTIDO MORAL

CAPÍTULO 13. LA MEDICINA EXPERIMENTAL MODERNA

EL EXPERIMENTO COMO ELEMENTO INDISPENSABLE EN LA MEDICINA INDUSTRIAL

LOS PRIMEROS MÉDICOS QUE UTILIZARON EL EXPERIMENTO HUMANO

CAPÍTULO 14. IATROGÉNESIS GENERALIZADA EN LA SOCIEDAD COBAYA

LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR Y SUS CIUDADANOS COBAYAS

EL PODER DEMIÚRGICO DE LA PRENSA

LA CASI DESAPARICIÓN DE ANTIGUAS EPIDEMIAS

CAPÍTULO 15. LAS ENFERMEDADES QUE NUNCA DESAPARECIERON

EL PODER TRANSFORMADOR DE LAS PALABRAS

UN CAMBIO DE NOMENCLATURA QUE SALVÓ LA VIDA A MILES DE CIUDADANOS

CAPÍTULO 16. EL EXTRAÑO CASO DE DIFTERIA EN OLOT

UN CAZADOR DE MICROBIOS EN EL SIGLO XXI

LA UCI DE VALL D'HEBRON Y EL FINAL DE LA CUENTA ATRÁS

CAPÍTULO 17. LA PRUEBA DE LA VERDAD

UN BUEN CASO PARA SHERLOCK HOLMES

LA PRENSA CÓMPLICE DEL NEGOCIO DEL MIEDO

CAPÍTULO 18. QUIMIOTERAPIA Y DAÑOS COLATERALES

LA QUIMIOTERAPIA TÓXICA E INDISCRIMINADA

EL PROBLEMA INSUPERABLE DE LA QUIMIOTERAPIA

QUIMIOTERAPIA MODERNA Y EL MENSAJE GENÉTICO

CAPÍTULO 19. UNA EFÍMERA RAZA HUMANA EXPERIMENTAL

EL EXPERIMENTO QUE NO PODÍA SALIR MAL

A NUEVAS ENFERMEDADES... MAYOR NEGOCIO

SÍNDROME DE INMUNODEFICIENCIA ADQUIRIDA; EL SIDA

CAPÍTULO 20. EL MUNDO FELIZ DE ALDOUS HUXLEY

LOS HOMO COBAYA CASTRADOS POR LA QUÍMICA

LA MONSTRUOSA SOCIEDAD DE LOS NUEVOS HUMANOS RAROS

CAPÍTULO 21. LA MEDICINA DE LA BESTIA: EL FIN DE LA PELÍCULA

LA TELARAÑA DE LOS VALORES NORMALES

UNA MEDICINA CON OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

EPÍLOGO. ¡QUE NO ESCAPE NADIE!

LA MEDICINA INDUSTRIAL Y SU DOGMA

LOS ÚLTIMOS HOMO SAPIENS SUPERVIVIENTES

INTRODUCCIÓN

Este trabajo de divulgación médica que escribimos es la síntesis de otros ensayos que ya hemos publicado con anterioridad en los que hemos desarrollado una crítica racional, biológica e histórica en contra de la teoría de la infección y en los que hemos intentado mostrar su falsedad desde el punto de vista biológico y médico, y lo hemos hecho con argumentos lógicos y apoyándonos en los últimos avances en microbiología. También hemos explicado y denunciado la enorme importancia que ha tenido esta falsa teoría en la creación y gran expansión del gran negocio de la **industria farmacéutica** y, además, hemos advertido y vamos a insistir en explicar que la medicación que hemos estado consumiendo contra nuestros microbios comporta una serie de riesgos y problemas tóxicos que han ido apareciendo a lo largo de todo el siglo pasado y el actual y que han sido denunciados con valentía por algunos médicos disidentes, aunque hay que decir, en honor a la verdad, que esas denuncias no han tenido demasiada repercusión entre la población debido a la censura oficial que, como explicaremos, ha tenido y tiene un gran poder de manipular la información que llega a los ciudadanos.

Esta crítica que hemos estado haciendo contra la **teoría de la infección** se basa en las propias observaciones que ha podido realizar la mismísima microbiología durante la segunda mitad del siglo XX, puesto que el lector puede comprobar con facilidad por medio de internet que en el momento actual, primer tercio del siglo XXI, tenemos suficiente información sobre nuestros microbios como para saber que no son agresivos como afirma la falsa teoría de la infección; es decir, nuestros microbios no son agresivos sino que son importantes colaboradores nuestros.

Repetimos la afirmación que acabamos de hacer porque estamos seguros de que habrá sorprendido mucho al lector: en efecto, se sabe en la actualidad y desde hace décadas que nuestros microbios no son agresivos sino que forman una comunidad biológica que vive en perfecta **simbiosis** tanto en la superficie como en el interior de nuestro propio organismo; es una comunidad biológica de gérmenes que es denominada con el nombre de **microbiota humana** desde los años 60 del siglo pasado y de la que, repetimos, el lector puede encontrar mucha información en internet. Pero a pesar de que se sabe desde hace décadas que nuestros microbios son simbiosis nuestros y que realizan funciones beneficiosas en nuestro organismo, a pesar de saber eso, de manera

incomprensible, la medicina oficial sigue manteniendo vigentes unos postulados de mediados del siglo XIX y de principios del siglo XX que afirman que nuestros microbios son entidades agresivas y que nos causan enfermedades como la difteria, la tos ferina, el cólera... y el sistema oficial de salud sigue negando la evidencia, demostrada por la microbiología más reciente, de que nuestros microbios no son enemigos sino amigos que viven en simbiosis armónica.

En este ensayo que presentamos queremos explicar o, mejor dicho, denunciar que la insistencia de seguir presentando a nuestros **microbios simbiontes** como entes agresivos y causantes de las enfermedades conocidas que hemos nombrado va en contra de toda la evidencia de los últimos observaciones en biología humana... y esa insistencia resulta imposible de comprender desde la realidad objetiva de la biología actual y nos hace sospechar seriamente que el mantenimiento pertinaz de esa visión **paranoica, obsoleta y desfasada** contra nuestros microbios obedece tan solo a intereses espurios de carácter comercial, es decir, es un fraude mantenido en el tiempo que sólo beneficia a las multinacionales farmacéuticas.

La existencia de esta falsa teoría biológica no tendría demasiada importancia si, como tantas otras teorías científicas actuales, se hubiese quedado en una afirmación teórica y no hubiese pasado a más; pero no ha sido este el caso, puesto que, habiendo sido acusados nuestros microbios de causar epidemias productoras de muerte masiva, esta falsa acusación ha provocado una de las **paranoias de muerte** más grandes y mantenidas en el tiempo que haya conocido la humanidad y, como consecuencia de ese terror colectivo y masivo, llevamos más de un siglo consumiendo e introduciendo en nuestro organismo y sin ningún motivo real y biológico una gran cantidad de **medicación tóxica** con la finalidad de eliminar a esos microbios acusados **de manera falsa** de ser agresivos. Ese consumo continuado y masivo entre la población de productos industriales tóxicos no ha sido un acontecimiento baladí o de carácter neutro... sino que ha producido, como era de esperar y como efecto colateral no deseado, la aparición de una serie de **enfermedades nuevas** que son consecuencia de esa medicación tóxica y que son desconocidas por la propia medicina, y que es muy posible que lleven a la población occidental a la **extinción** en pocas décadas, debido a la gravedad extrema que presentan esas nuevas enfermedades tóxicas que, además, se están presentando de manera **exclusiva** entre los ciudadanos más jóvenes de la “sociedad del bienestar”; nos referimos a **las enfermedades raras**,

las enfermedades autoinmunes y a la esterilidad de los jóvenes.

En este ensayo vamos a mostrar que todas estas **nuevas enfermedades**, desconocidas por la medicina clásica de siempre y que afectan en exclusiva a los ciudadanos jóvenes de los países mas modernos e industrializados, tienen un origen **iatrogénico**^[1], es decir, están causadas por las medicaciones de origen industrial y de carácter tóxico que han consumido, sin tener necesidad de ello, los ciudadanos de la “sociedad del bienestar” que están siendo tratados por la **medicina industrial o medicina moderna**, que es la única medicina de la historia y del mundo que reconoce como una “realidad” dogmática que no admite discusión a la **teoría de la infección** y, como consecuencia de reconocer como real a esta teoría **falsa**, ha utilizado y utiliza las medicaciones tóxicas (antisépticos y antibióticos) contra nuestros microbios. La **iatrogenia** generalizada y **exclusiva** que padece la población de la “sociedad del bienestar” es consecuencia, precisamente, de ese consumo continuado y masivo de productos industriales tóxicos que hemos practicado durante más de 60 años con la intención de defendernos de unos microbios que fueron identificados como **agresivos** pero que en realidad son **nuestros socios** biológicos que viven en **simbiosis armónica** y trabajan para nosotros en el interior de nuestro organismo.

Quisiéramos decirle al lector que escribir este ensayo que le presentamos para su atención y reflexión no nos produce ningún tipo de satisfacción ni ninguna alegría; tampoco nos sentimos orgullosos de hacerlo y, en realidad, nos produce una enorme tristeza, puesto que no nos sentimos libres de culpa. Este médico que escribe ha practicado y cometido, durante algunos años de su vida profesional, los mismos errores que se dispone a describir, a analizar y a denunciar en estas páginas; este médico ha cometido esos mismos errores, puesto que fue educado junto a sus compañeros de promoción en la facultad de medicina para creer, como todos los demás, en la **falsa teoría de la infección** y, efectivamente, se la creyó y la asimiló con entera confianza en sus maestros como así lo hicieron los demás aprendices de médico y, por ello, ha recetado vacunas y antibióticos con la misma **buena voluntad e intención** con la que lo han hecho todos los médicos del siglo XX y los actuales médicos en activo involucrados en este error^[2]; por tanto, el autor de este libro ha sido partícipe como todos sus compañeros y ha contribuido de manera inconsciente a este gran fraude que ahora se dispone a analizar, describir y denunciar ante el lector y, desde luego, preferiría mil veces no tener que escribir lo que se siente obligado a escribir en este ensayo, puesto que a nadie le resulta agradable reconocer en

público sus propios errores cometidos y los de su gremio profesional, a nadie le gusta confesar que ha sido cómplice de un envenenamiento masivo de su propia gente, a nadie le gusta reconocer que, aunque sin saberlo, ha estado combatiendo con coraje e interés a favor del enemigo... pero la gravedad y urgencia del asunto le obliga a este viejo médico a denunciar esta grave situación de la que depende la supervivencia de todo un mundo que es el suyo propio y la salud de una gente que es la suya... puesto que sabe muy bien que no hay tiempo que perder y que no puede permitirse callar, por más tiempo, esta grave situación.

Por otra parte, soy perfectamente consciente de que quizá sean pocos los que me escuchen y me crean; no soy el primero que intenta denunciar esta realidad ni el único al que intentarán y lograrán acallar; también sé que no voy a recibir ningún premio académico por escribir lo que voy a escribir, ni ningún tipo de muestra de gratitud por parte de mi gremio profesional ni por la prensa, ni por el gobierno... sino todo lo contrario... Como ha pasado con otros médicos veraces anteriores a mí, sé que voy a recibir unas críticas feroces, seré señalado como un médico traidor, como un lunático o loco renegado y quién sabe si alguna cosa más... No me importa... Soy ya mayor y mi vida de médico ha sido larga e intensa; hace años que combato en esta guerra y estoy acostumbrado a la derrota y a la difamación de mi persona y de la medicina que practico... y todo eso que me espera me servirá de penitencia por mis pecados y equivocaciones... No me seduce, pues, mi futuro profesional y no espero el reconocimiento social, puesto que hace mucho tiempo ya que perdí la ingenuidad y sé que decir la verdad en esta sociedad comporta un precio que estoy dispuesto a pagar y también sé que reconocer el error no conduce al éxito ni al reconocimiento; por tanto, ante tan pobre e ingrato panorama de futuro... ¿por qué escribo este ensayo?... Escribo este libro a pesar de la poca satisfacción que me produce hacerlo y a pesar de la tristeza que siento y a pesar de no esperar nada grato ni provechoso a nivel personal... porque ahora sé que después de esta larga vida me pondré ante la presencia de **Dios** y quisiera poder decirle que cumplí con el deber que me exigía mi antiguo oficio de **médico** y que aunque sabía que me traería problemas opté por decir **la verdad que cura**; escribí la verdad para que alguien la leyera y la comprendiera y con ella pudiera escapar de **la mentira que mata**; espero que esa hoja de servicios alivie la carga de mis debilidades, errores y pecados ante el gran y misericordioso Juez.

Después de muchos años de aciertos y equivocaciones, este viejo **oficio de médico** se ha convertido en mi mejor maestro y me ha enseñado que **la verdad**

siempre es curativa, da vida y disipa la locura y el miedo... Por eso, quiero y tengo que decir la verdad aunque me duela a mí mismo y moleste a muchos otros que no la aceptarán; ese viejo maestro que me ha acompañado, mi oficio de médico, me ha enseñado que la verdad es difícil de aceptar por la mayoría de los humanos y que, por norma, éstos se sienten más atraídos y confortados por la mentira; pero que a pesar de ello hay que insistir en decir la verdad, puesto que siempre hay algunos, muy pocos, que son valientes y veraces por naturaleza y que no temen conocer la verdad sino que la aman por encima de cualquier cosa, no les satisface otra cosa que la verdad y que son capaces de mirarla a la cara, aceptarla y beneficiarse de ella... A esos pocos que buscan la verdad, por pocos que sean, va dirigido el esfuerzo poco grato de escribir este libro.

Enrique Costa Vercher... Doctor Nadie... Enric Costa i Verger

CAPÍTULO 1.
LA MEDICINA MODERNA Y LA IATROGENIA

MEDICINA Y IATROGÉNESIS

EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

Este libro o ensayo de divulgación científica va dirigido a la atención no sólo de los médicos y estudiantes de medicina sino que también, y sobre todo, a la de todos los demás ciudadanos, puesto que el objeto de nuestro estudio y análisis crítico va a ser la **medicina moderna**, es decir, la medicina que todos conocemos, practicamos y consumimos y que, además, es valorada como la **única medicina** sin discusión posible por casi todos los ciudadanos, todos los políticos, todos los gobiernos y por todas las organizaciones nacionales e internacionales y por todas las universidades del mundo occidental^[3]... La medicina moderna, decimos, es considerada por unanimidad abrumadora no sólo como la mejor de todas las medicinas que haya conocido la humanidad, sino que además como la **única** que debe ser considerada **medicina como tal** y la **única** que debe enseñar la docencia médica universitaria oficial en todo el “primer mundo”, y es, también, la **única** medicina que respaldan y permiten los poderes sociales y organismos oficiales encargados de velar por la salud de todos los ciudadanos de Occidente y, por todo eso, es la **única** medicina que posee, incluso, capacidad legislativa y poder punitivo para lograr imponerse por obligación legal sobre la población.

Este carácter unánime de **medicina única** ha motivado, motiva y “justifica” su imposición obligatoria sobre la población en algunos países de nuestro entorno europeo que se definen como democráticos y defensores a ultranza de la libertad individual del individuo y del derecho que éste tiene de disponer sobre su propia vida; sin embargo, de manera inexplicable y negando ese derecho básico que se afirma defender, se puede forzar y someter a los individuos o a sus hijos, por ejemplo, a campañas de vacunaciones obligatorias o a seguir un tratamiento por quimioterapia en un moderno hospital en contra de la voluntad personal; este flagrante e insoportable abuso sobre la libertad individual se está practicando recientemente en países vecinos como Italia o como en la mismísima Francia y en algunas comunidades autónomas españolas, donde los partidos políticos quieren imponer las vacunas obligatorias a todos los ciudadanos abusando de la libertad individual a la que éstos tienen derecho; este abuso se quiere imponer por la fuerza de la ley a pesar de que es el derecho humano del que presumen y en el que pretenden basarse las políticas y las

legislaciones de todos los países que se consideran avanzados y civilizados, es decir, los países democráticos y libres. Sin embargo, vemos en los últimos tiempos que los políticos europeos en general, aunque presumen de democráticos, liberales y libertarios, han propuesto leyes que violan la libertad individual que tiene toda persona para elegir qué médico es el que prefiere que le atienda a ella y a sus hijos y qué tipo de tratamiento o de medicina le satisface más o le merece mayor confianza.

En este ensayo vamos a mostrar al lector que todos esos políticos, junto a las universidades del primer mundo y junto a todos los demás organismos oficiales que se encargan de la salud en Occidente, están al servicio o bajo el poder de influencia de las **multinacionales de farmacia** y que, por eso, están sacando leyes que favorecen en exclusiva a la **medicina industrial o medicina moderna** aunque para ello tengan que violentar e, incluso, suprimir la propia libertad individual, que es un **derecho humano básico** en todas las constituciones de nuestras democracias y del que todos esos políticos presumen y al que dicen defender. Pero, además de denunciar esa contradicción política que viola de una manera flagrante y descarada la libertad de los ciudadanos, queremos mostrar al lector que esta **medicina moderna** de obligado acatamiento, en realidad, es uno de los factores o una de las causas más importantes en la génesis o en la aparición de **un fenómeno biológico nuevo** en la historia de la humanidad occidental; **un fenómeno nuevo** y de una magnitud formidable y debemos decir que **muy grave**, puesto que debido al carácter **tóxico** propio de la **medicina moderna** ha motivado la aparición de unas **enfermedades nuevas**, de unas **características** desconocidas y una enorme gravedad, que está llevando a la población actual nada más ni nada menos que a una situación de probable **extinción**; no exageramos ni mucho ni poco, puesto que, como vamos a explicar, aunque no sea un tema que le interese mucho a la prensa, estamos asistiendo o, mejor dicho, padeciendo desde hace unos 20 ó 30 años un fenómeno de **iatrogénesis tóxica** que se ha producido y se está produciendo en todo el mundo moderno o “sociedad del bienestar”; este proceso de **iatrogenia** se inició en los años 50 ó 60 del siglo pasado y, como vamos a exponer a lo largo de este trabajo, ha ido y se va intensificando de manera acelerada y haciéndose cada vez más evidente y afectando a más gente, sobre todo jóvenes, a medida que pasan las décadas.

Podemos afirmar sin riesgo a equivocarnos que la medicina moderna es la causa de este fenómeno de **iatrogénesis general**, precisamente, por su carácter

exclusivo y de **medicina única** impuesta en esta sociedad; en efecto, por su carácter obligatorio y exclusivo resulta evidente que está siendo la causa de este **fenómeno de iatrogenesis** que se está haciendo cada vez más presente y notorio porque el número de **enfermedades nuevas** que se están presentando en nuestra sociedad moderna está reventando todas las estadísticas oficiales de todos los ministerios de salud de Occidente; efectivamente, si el lector quiere comprobar que no exageramos lo más mínimo en nuestras afirmaciones, tiene la posibilidad de acceder a dichas **estadísticas oficiales** del propio **Ministerio de Sanidad** y podrá comprobar la aparición reciente y frecuente, en los últimos 20 ó 30 años, de unas enfermedades desconocidas anteriormente por la medicina y que se están propagando de forma masiva y a una formidable velocidad y, además, se están presentando de manera **exclusiva**, precisamente, entre la población de ciudadanos jóvenes del primer mundo, es decir, entre la población donde la **medicina moderna** se ha aplicado y se aplica con carácter exclusivo y obligatorio como la **única medicina**^[4].

La frecuencia con que se están presentando estas nuevas enfermedades entre los niños y jóvenes de la sociedad moderna es tan elevada que están dando lugar a la mayor **pandemia** conocida por la historia de la medicina: nos referimos a la pandemia de las **enfermedades raras** que, según el propio Ministerio de Sanidad español, está afectando a más de 3.000.000 de niños y jóvenes en nuestro país... y a más de 30.000.000 en la comunidad europea...

Además de esa pandemia terrible y gigantesca que asola a las nuevas generaciones de ciudadanos de la sociedad del bienestar, han aparecido al mismo tiempo otras alteraciones de salud o insuficiencias biológicas que, como vamos a explicar en este ensayo, son también una consecuencia **iatrogénica** propia y producida por la **única medicina moderna** obligatoria para todos... En realidad se trata de una deficiencia biológica grave de reciente aparición y que, como en el caso de las enfermedades raras, tiene unas dimensiones **pandémicas** y afecta también de manera **exclusiva** a las generaciones de ciudadanos jóvenes que se han criado bajo la tutela obligatoria de la única y exclusiva medicina moderna: nos referimos en este caso a la gran cantidad de jóvenes **estériles o castrados químicamente** (por efectos secundarios de la medicación industrial) que hay en nuestra sociedad desde hace unos 20 ó 30 años. Si el lector visita las estadísticas de los ministerios de sanidad de los países avanzados, podrá comprobar que la **infertilidad o esterilidad** alcanza al 50% de la población de jóvenes europeos y americanos (son datos del año 2000) y, además, se observa que esa **esterilidad**

va en aumento a medida que pasan las décadas; es decir, en la actualidad (2018) hay que suponer que esa infertilidad entre los jóvenes haya aumentado casi el doble.

Queremos llamar la atención del lector para decirle que todas estas cifras, tan elocuentes por lo exageradas, no son nuestras; no son el resultado de ninguna investigación nuestra ni mucho menos y, por eso, decimos que no exageramos; para tener acceso a ellas, simplemente, el lector tiene que recurrir a internet e introducirse en los datos y estadísticas oficiales de su propio ministerio de sanidad (el de cualquier país europeo) o en los del Instituto de Estadística y comprobar que son datos oficiales. Al mismo tiempo, podrá comprobar que la aparición de estas **enfermedades raras** y del brutal fenómeno de **esterilidad** de nuestros jóvenes, como vamos a demostrar al lector, tienen una causa y un origen principalmente **iatrogénico y artificial**, puesto que se observa, claramente, que esas **pandemias** que afectan a nuestros jóvenes es un fenómeno totalmente nuevo y desconocido hasta la fecha, puesto que se han producido en un período corto de tiempo que abarca, aproximadamente, unos 30 años; este corto espacio de tiempo coincide, precisamente, con la época en que la medicina moderna se ha erigido como la **medicina única y exclusiva** en la “sociedad del bienestar”. Con estos datos que, repetimos, se pueden comprobar en las estadísticas oficiales, la lógica mas elemental tiene que hacer pensar al lector y llevarle a la siguiente conclusión: si a una población determinada se le ha aplicado una **única medicina exclusiva** y esa misma población presenta, en **exclusiva**, una serie de enfermedades y problemas de salud que no afectan a otras poblaciones... ni afectaban en el pasado a esa misma población antes de consumir esa **medicina única y exclusiva**... es necesario concluir, por lógica, que existe una relación de causalidad obligada entre la aplicación y consumo de esa **medicina única, nueva y exclusiva** y la aparición simultánea de esas **nuevas y exclusivas enfermedades** en la población; la lógica y el sentido común llevan a no poder descartar esa relación de causalidad.

En este ensayo nos proponemos mostrar al lector que esta **medicina moderna** que es de **obligación legal** para toda la población ha sido, si no el único, sí uno de los factores más importantes con diferencia que ha llevado y está llevando a los ciudadanos de la “sociedad del bienestar” que creen estar atendidos por la mejor medicina de todos los tiempos a una situación totalmente nueva y desconocida por la historia de la medicina de auténtico peligro de **extinción o aniquilación masiva**, precisamente, por el carácter **tóxico** y

iatrogénico que posee esa medicina por su propia naturaleza industrial y por la dinámica **generalizada y exclusiva** de su aplicación. Y el lector podrá llegar a la conclusión **lógica** de que la grandísima extensión de las pandemias de las enfermedades raras y del fenómeno de esterilidad de los jóvenes de nuestra “sociedad del bienestar” obedece, precisamente, al carácter de monopolio exclusivo y a la obligatoriedad legal de la que disfruta la **única** medicina oficial que se consume desde hace unos 50 años en el primer mundo o “sociedad del bienestar”.

LA MEDICINA MODERNA NO ES MEDICINA SINO INDUSTRIA

Vamos a explicar al lector a lo largo de los próximos capítulos que esa **iatrogenia o mala praxis** propia de la medicina moderna es consecuencia de que, en realidad, lo que llamamos medicina en el primer mundo es “algo” muy diferente de lo que se ha entendido por **medicina** y practicado como **medicina** desde siempre por todos los pueblos tanto en Oriente como en Occidente. Explicaremos al lector que, a diferencia de lo que siempre se ha tenido por **medicina** en nuestra tradición occidental y en la de todos los pueblos, la actividad conocida también con el nombre de “medicina” que se practica en nuestra sociedad moderna es un **sucedáneo** desnaturalizado que ha transformado el conocimiento médico en una actividad totalmente desconectada del latido de la **naturaleza** e, incluso, totalmente enfrentada a las leyes del **cosmos**, y de esa separación le viene el carácter **iatrogénico** que le es intrínseco y que la caracteriza; y vamos a explicarle, también, que la mentalidad comercial y la cultura industrial que impregna a la medicina moderna en Occidente ha transformado a los médicos tradicionales que ejercían su antiguo oficio de una forma artesanal y siempre de acuerdo al orden cósmico, de acuerdo a las leyes de la naturaleza y de acuerdo a la moralidad... Los ha transformado, decimos, en los actuales médicos modernos que, en realidad, son **técnicos comerciales** que, por haber sido engañados por el Sistema de salud, colaboran e inciden en el consumo de productos industriales (tóxicos) y biotecnología y que, al contrario que sus antecesores médicos del pasado, desprecian los remedios naturales y actúan en contra de las propias leyes genuinas de la naturaleza, es decir, tienen y practican una **medicina industrial** que, como toda actividad industrial, es contranatural y antiecológica y en general está sólo y exclusivamente motivada por y para la obtención de beneficios económicos por encima de cualquier otra consideración y, para ello, para conseguir **dinero** no le importa ni le puede importar que sus métodos y resultados tengan un carácter **contranatural**; y precisamente en ese carácter contranatural reside el efecto espurio y **iatrogénico** que caracteriza a la medicina moderna o medicina industrial.

Nunca antes, en la docencia y la práctica de la medicina tradicional de Occidente y de las demás culturas, los médicos de siempre se hubieran permitido la desfachatez de actuar de manera contranatural; sin embargo, en la medicina moderna la mayoría de la práctica médica se basa en actuar, aplicar métodos y

administrar productos industriales para obtener efectos **contranaturales**, como vamos a explicar en este ensayo. La medicina industrial y comercial, es decir, la **medicina moderna**, no tiene ningún temor al actuar contra las propias leyes naturales y contra la propia naturaleza del hombre, y esta acción irreverente y en contra del orden cósmico es una de las notas más **características** y **exclusivas** de la medicina moderna, que nos lleva a afirmar que no se parece, **en nada**, a lo que siempre se ha entendido por medicina ni en la tradición occidental ni en las demás tradiciones del mundo, puesto que, en todas ellas, lo que se ha llamado y entendido como **medicina** se ha basado en un exquisito respeto por las leyes y ritmos de **la naturaleza**, puesto que siempre y en todo lugar **ésta** ha sido considerada el reflejo del orden (cosmos) universal diseñado por la Divinidad y, por tanto, para todos los científicos y médicos anteriores a la “Ilustración e industrialización”, ese **orden natural** era considerado como imposible de superar en ritmo, armonía, belleza y perfección... **La naturaleza** que nos rodea y en la que vivimos, por ser obra de la Divinidad, era considerada como sagrada e inteligente y, debido a esa visión tradicional y universal, la medicina de todos los pueblos nunca ha basado ni su actividad ni su conocimiento en ir en contra del diseño inteligente y perfecto del cosmos como ocurre en la actualidad; es verdad que siempre ha habido excepciones o actuaciones heterodoxas en casos particulares de algunos individuos que han utilizado su arte médico de manera un tanto **contranatural** (brujos y hechiceros), pero nunca ha sido la conducta ni la enseñanza médica general y ortodoxa, ni mucho menos, sino que eran excepciones en la conducta general de los médicos en toda la milenaria historia de la medicina tradicional.

En clara contraposición a esta visión tradicional de total armonía y respeto por el orden natural que practicaba la medicina de todos los pueblos y de todos los tiempos, vamos a explicar al lector que la medicina moderna, la **única medicina** que gobierna y dirige con mano de hierro la salud de Occidente, se basa y se fundamenta en la mayoría de sus acciones, precisamente, en alterar las leyes de la naturaleza con productos industriales y con biotecnología; en otras palabras, la medicina moderna y su carácter **industrial** y su intención **comercial** actúa con la convicción falsa, pero totalmente asumida por esa medicina moderna, de que puede alterar **impunemente** el orden cósmico y las leyes naturales con sus productos industriales y su tecnología y, además, esa actividad contranatural es, precisamente, en lo que basa su supuesta superioridad sobre la medicina natural y tradicional y, sobre todo, en lo que se sustenta su carácter industrial y comercial y, de ello, extrae su inmenso y formidable poder

económico y social.^[5]

Vamos a mostrar al lector, en este ensayo, por qué esa actividad industrializada que llamamos **medicina moderna**, en realidad, no es ni puede ser llamada **medicina** sino **industria y negocio**^[6] y, como tal cosa que es, no le da ninguna importancia a su carácter tóxico y contranatural que produce necesariamente un nefasto efecto **iatrogénico** sobre la población a la que se le aplica; ese efecto venenoso no tiene importancia para la medicina industrial y lo único que le importa es su capacidad de ganar dinero; esa misma filosofía mercantilista y lucrativa es la que inspira a toda industria sea la que sea y, por tanto, también a la industria médica; y vamos a explicar cómo ese “**sucedáneo**” falso ha usurpado el papel de lo que verdaderamente fue la auténtica **medicina** y que se practicó aquí en Occidente durante miles de años; explicaremos, también, el cómo, cuándo y el por qué... la medicina moderna o medicina industrial ha alcanzado, gracias al poder económico, un dominio social y legislativo tan formidable como el que tiene y que le asemeja de manera inquietante a una “religión”; en realidad, se ha convertido en una pseudoreligión que, además, tiene un claro carácter **fundamentalista** y, como tal, posee un enorme poder jurídico punitivo que le permite encarcelar a médicos “**herejes**” y a padres y ciudadanos que libremente eligen tratar a sus hijos al margen de la “**doctrina médica oficial**” y que se resisten con tozudez a sus métodos industriales y no consumen sus productos.

No deja de ser curioso, por contradictorio y paradójico, que una medicina moderna que es hija del pensamiento liberal y positivista de la ciencia moderna que nació para abolir los **dogmas** religiosos, es más, que se considera como una ciencia que nació en una sociedad moderna que se definía como liberada por fin de dogmas de obligado acatamiento, se haya transformado en menos de un siglo en una “religión” tan dogmática que le permite la aplicación obligatoria sobre los ciudadanos de una particular “**sharia**” fundamentalista y dogmática para imponer por ley su **única doctrina de salud...**

¡Bravo por los “demócratas” y “progresistas” españoles y europeos!

¡Bravo por camuflarse como abanderados de la libertad a pesar de ser unos déspotas de los intereses de las multinacionales!^[7]

CAPÍTULO 2.
LA MEDICINA INDUSTRIAL

VICTORIA CURSUS ARTIS SUPRANATURAM

La mentalidad respetuosa y sumisa ante la naturaleza propia y característica de la ciencia y medicina tradicionales fue puesta en entredicho por primera vez por el filósofo británico Roger Bacon a finales del siglo XVI en Europa. Este pensador podríamos decir que fue el primero que introdujo la semilla del pensamiento ilustrado en la consciencia colectiva de los científicos europeos; esa nueva forma de entender el mundo era un desafío intelectual y un **hito del pensamiento** que se oponía de manera frontal al pensamiento de humildad y de sumisión ante la **naturaleza** que habían profesado los filósofos tradicionales desde la noche de los tiempos; esa idea “ilustrada”, aunque novedosa y extraña para la ciencia tradicional, con el transcurso de unos pocos siglos, se iba a convertir nada menos que en **un axioma** primero y en un **dogma** científico que, unos siglos después, daría origen y nacimiento nada menos que a la **civilización industrial** que transformaría nuestro mundo de manera total; ese pensamiento novedoso o idea introducida por Bacon afirmaba que el hombre mortal y de efímera existencia, el pequeño humano de toda la vida, aunque lo había estado ignorando durante toda su milenaria historia, en realidad, poseía en su naturaleza humana nada menos que “**el fuego de los dioses**”.

El inglés Roger Bacon pensó que todos los antiguos sabios y filósofos anteriores a él eran unos pobres ignorantes que no se habían enterado de que en realidad eran unos dioses **demiurgos** y que desconocían que tenían el poder de crear mundos a su medida y de superar a la propia **naturaleza**; para Bacon los científicos preilustrados como Aristóteles, Hipócrates, Heráclito, Ptolomeo, Alberto Magno... eran unos oligofrénicos que por desconocer su propio poder personal y el de su capacidad mental, es decir, por desconocer que poseían “el fuego de los dioses”... practicaban esa sumisión ancestral, ese respeto y esa “estúpida” reverencia por la **naturaleza** y el orden **cósmico** que les caracterizaba. Para este filósofo, el verdadero hombre con luz o “ilustrado” era aquel que con su acción inteligente, su voluntad y su tecnología se atrevía a proclamarse **dios demiurgo** y se sentía capaz de transformar y, incluso, superar y mejorar el diseño cósmico genuino y natural; el hombre ilustrado era capaz de **recrear el cosmos** con el fin de ponerlo a su servicio para el propio uso y disfrute, es decir, capaz de asumir su papel de “verdadero” dios creador de mundos. Plasmó su atrevido y revolucionario pensamiento en aquella frase famosa que podemos leer en los libros de historia de la filosofía y que dio inicio

al pensamiento ilustrado en las mentes europeas:

“victoria cursus artis supranaturam”, que quiere decir algo así como: **la actividad humana es capaz de superar a la naturaleza.**

Esa atrevida idea ilustrada tardó varios siglos en ser asimilada por los científicos y médicos que seguían aferrados a su oficio artesano y aceptaban con humildad tradicional la idea de la perfección intrínseca y absoluta de la naturaleza y, por tanto, insuperable por el ingenio y la industria humana. Pero pasaron los siglos y el hombre ilustrado siguió progresando tecnológicamente y creyendo cada vez más que, efectivamente, la tecnología permitía al hombre desafiar a la **naturaleza** con un grado cada vez más grande de impunidad; el pensamiento de Bacon llegó a su cénit en las mentes de los europeos en la época de los siglos XIX y XX, cuando los nuevos avances científicos y técnicos en física, química, ingeniería... acabaron de convencer a la mayoría de europeos de que la actividad industrial y tecnológica del hombre (*cursus artis supranaturam*) era muy superior al poder de la naturaleza y que, por tanto, el nuevo hombre ilustrado, a diferencia de sus antepasados, podía superar y mejorar al propio **cosmos** con el poder titánico y demiúrgico que albergaba en su mente prodigiosa y apoyado por su industria de humano iluminado e inteligente; pensó definitivamente que podía imponerse a la **naturaleza** gracias a su poder demiúrgico recién descubierto gracias a su repentina y novedosa “Ilustración” mental.

El hombre europeo asumió esa revolucionaria “visión ilustrada” y, desde entonces, toda la literatura, la enseñanza y la cultura de la civilización europea u occidental ha estado exaltando y predicando en los dos o tres últimos siglos la **certeza** y realidad de esa supuesta capacidad real de supremacía del humano sobre el cosmos; pues bien, esa nueva consciencia o ese nuevo punto de vista fue un **“luminoso hito”** del pensamiento que, como vamos a explicar al lector, inició una época de la historia de la humanidad que bien podríamos llamar la “edad de los hitos históricos” o la “edad de las revoluciones”, que continuó con la **Revolución Industrial** en el “siglo de los inventos” y culminó en la actual **“sociedad del bienestar”** gracias a la sucesión ininterrumpida de hitos científicos, inventos y revoluciones que se iniciaron entonces y que nos han traído hasta nuestro tiempo actual.

Desde la Revolución Industrial, iniciada en Inglaterra, hasta el momento actual, el hombre ilustrado, ebrio de poder tecnológico, por primera vez en la historia, se ha atrevido a creer y está convencido de que puede enfrentarse a la

naturaleza y vencerla; hasta los siglos de la Ilustración europea, los científicos y médicos tradicionales estaban convencidos de que el humano carecía de semejante poder demiúrgico propio de los dioses; este punto de vista tradicional de **sumisión ante Dios y el cosmos** tenía y tiene un carácter universal y no sólo era propio de Occidente sino de todas las tradiciones milenarias del mundo, tanto de Oriente como de Occidente; y como muestra de que ese respeto sagrado por la **naturaleza** era una creencia universal, podemos leer en el Tao Te King, libro sapiencial del taoísmo, la siguiente sentencia, en el poema XXIX:

*Quien intente conquistar el mundo (el cosmos) y
modelarlo a su antojo difícilmente lo logrará.
El mundo es un vaso sagrado que no se puede manipular.
Tratar de manejarlo es deformarlo y
agarrarlo es perderlo...*

Este poema taoísta resume la visión intelectual que tenían los científicos y médicos tradicionales de Oriente y Occidente, y que desapareció del consciente colectivo europeo con la llegada y el predominio exclusivo del pensamiento ilustrado e industrial que durante los 200 últimos años ha estado afanado en cambiar, transformar, remover, invertir, contaminar... ese mundo que durante miles de años se consideraba sagrado y perfecto y que no podía tocarse puesto que era obra del **Creador** según las creencias de nuestros antepasados de todas las culturas del orbe.

Ha pasado el tiempo y nosotros, los ciudadanos de la “sociedad del bienestar” en el tercer milenio, por experiencia personal y colectiva podemos afirmar que el pensamiento irreverente y atrevido de Roger Bacon ha sido llevado a la práctica sobradamente, y desde luego que ha **transformado** nuestro mundo de manera evidente; los ciudadanos actuales somos testigos de que, durante los dos últimos siglos... el poder de transformación que afirmaba Bacon que tenía el humano ilustrado creemos que ha quedado bien demostrado y es innegable e, incluso, irreversible; pero ante este nuevo cosmos que hemos “creado” con transformaciones tan grandes e irreversibles que ya no tienen solución... hay que preguntarse... estos cambios de diseño, algunos irremediables... ¿han sido para mejor?... En realidad... la civilización industrial de poco más de dos siglos... ¿ha mejorado nuestro planeta?... ¿Nuestro planeta es un lugar más adecuado para la vida?... Los ciudadanos actuales tenemos serias dudas de que haya sido así, incluso nuestros naturalistas y científicos

actuales: geólogos, biólogos, oceanógrafos... no dejan de informarnos de que nuestro planeta y la vida que hay en él se ha deteriorado gravemente como consecuencia de nuestra civilización industrial y su actitud irreverente ante la naturaleza. Los ciudadanos actuales, tataranietos de aquellos ilustrados pioneros y creadores de la civilización industrial, estamos siendo testigos de que, con toda seguridad, el Tao Te King tenía razón al advertirnos de que: **“el mundo es un vaso sagrado que no se puede manipular; tratar de manejarlo es deformarlo y agarrarlo es perderlo...”** Sí, ahora, los ciudadanos actuales podemos comprender el significado de este poema sapiencial taoísta... Podemos comprender que deberíamos haber respetado el orden cósmico... pero quizá es demasiado tarde.

Durante todo este tiempo de transformación a la que el científico ilustrado, el industrial y el ingeniero... han sometido a tantos cambios y transformaciones catastróficas e irreversibles a nuestro **macrocosmos**, o sea, a nuestro planeta y su medio ambiente logrando contaminarlo y hacerlo casi inhabitable, los médicos ilustrados han llevado a cabo otros tantos cambios y transformaciones novedosas sobre nuestro **microcosmos**, es decir, sobre nuestros organismos y sobre nuestra individualidad biológica y, como ha pasado con nuestro planeta, nosotros, los humanos, también nos hemos transformado y nos hemos contaminado exactamente igual, de la misma manera y por las mismas causas. La **iatrogénesis** producida por la medicina industrial ha provocado una serie de cambios sobre nuestros organismos que no se han traducido en mayores niveles de salud sino que han sido origen de enfermedades tan nuevas y desconocidas que les hemos llamado **enfermedades raras...** y han provocado una **esterilidad irreversible** en los jóvenes que aunque es la primera vez que se produce en la historia... seguramente será también la última.

Ahora que tenemos los resultados de esa **metamorfosis sobre el micro y macrocosmos** lograda por el hombre industrial autoelevado a la categoría de **demiurgo...** Ahora que llevamos unos cuantos años en este planeta nuestro ya **transformado**, nos estamos enterando, los descendientes actuales de aquellos pioneros que se creyeron demiurgos, que esa manipulación autocomplaciente del hombre ilustrado sobre el orden natural... no ha sido ni es una acción exenta de **impunidad...** sino que se ha acompañado de unos efectos de **deterioro** de las genuinas condiciones naturales **planetarias y humanas** tan evidente que es imposible que pasen desapercibidas para nadie.

Y **esa realidad** de la que nos estamos enterando siendo testigos directos de

los desastres medioambientales, biológicos y climáticos es una prueba bastante elocuente que demuestra que aquel **respeto y sumisión** ante la perfección intrínseca de la **naturaleza** y el respetuoso **temor** que los antiguos científicos y médicos sentían, y que les impedía manipular el diseño inteligente con que la Divinidad **la** había dotado, obedecía a una visión **sagrada y perfecta** de la naturaleza; para ellos, la transgresión y la manipulación contranatural de la propia naturaleza era un “sacrilegio” contra el orden divino y cósmico que de ninguna de las maneras podría quedar **impune...** Nosotros, los últimos descendientes de los primeros profanadores de la **naturaleza...** somos los que vamos a pagar el precio de la **profanación ilustrada** y nosotros somos los depositarios del castigo de tanta arrogancia e irreverencia ilustrada y nosotros somos los que estamos aprendiendo y vamos a aprender que la **profanación** de la **naturaleza** no puede quedar impune.

El lector de este ensayo verá claro al final de éste que aquellos viejos científicos tradicionales preilustrados tenían una visión más realista y objetiva de la naturaleza del cosmos y, viendo el estado actual de microcosmos humano y del macrocosmos que nos rodea, podemos comprobar que tenían toda la razón al pensar que no se podía profanar el Orden Natural (cosmos) con **impunidad** y que atreverse a profanarlo con desparpajo e irreverencia siempre reportaba un temible castigo como consecuencia de esa acción.

UNA CIENCIA Y UNA MEDICINA “LIBERADAS”

DE LA NATURALEZA Y DEL ESPÍRITU

En el siglo XVIII, cuando las nuevas ideas ilustradas estaban dando sus primeros resultados y no se podía prever, ni de lejos, cómo acabaría la historia de la civilización industrial ni la contaminación planetaria y humana actuales, salió a la arena de la intelectualidad europea un filósofo influyente que escribió muchos libros de lógica de marcado carácter ilustrado; se llamaba Immanuel Kant, era de Prusia oriental y estaba muy contento y autocomplacido de haber nacido en la época de la Ilustración y con júbilo escribió aquella famosa sentencia: “*El hombre ilustrado ha alcanzado la mayoría de edad con el uso de su razón*”. Desde entonces somos y nos sentimos humanos mayores de edad y tenemos como héroes del pensamiento a todos los filósofos y científicos ilustrados que rechazaron la ciencia tradicional porque ésta se sentía incapaz de superar a la naturaleza; y no sólo se creyeron con el poder de emanciparse de la **naturaleza** y de profanarla con irreverencia creyéndose los dueños y señores de la creación, sino que, envalentonados, se creyeron con el poder humano y demiúrgico suficiente como para emanciparse de **Dios**... Desde entonces, nos sentimos orgullosos descendientes de todos aquellos atrevidos “**demiurgos**” que desafiaron a Dios y a la Naturaleza y bajo la consigna kantiana de: “*atrévete a saber por ti mismo*” (sapere aude), los nuevos hombres ilustrados y “mayores de edad” iniciamos la gran aventura de querer transformar con nuestro “**saber hacer**” de simples mortales nada menos que la mismísima realidad cósmica. Nos dispusimos a vivir nuestra existencia totalmente emancipados de la ley de Dios y de las leyes naturales, sin el sentimiento de respeto y sumisión que sentían los antepasados ante el Padre y Creador y con la sensación del hijo que abandona el hogar porque está convencido de haber alcanzado la mayoría de edad y poder decidir sobre su destino y gastar a su antojo la herencia (la naturaleza) que su Padre le había legado.

Una vez asumida la idea de que la **naturaleza** era propiedad del nuevo hombre “mayor de edad” y que podía ser superada y domesticada a voluntad por la industria humana y su tecnología, **aquella** dejó de ser referente de perfección y de estudio; los científicos ilustrados, mayores de edad, desdeñaron para siempre los antiguos conocimientos sobre las leyes que regían el cosmos y se recluyeron en los laboratorios y fábricas con el objetivo de experimentar y

descubrir nuevos materiales, nuevas sustancias sintéticas, potentes explosivos, nuevos objetos tecnológicos, nuevas máquinas... que les permitieran la mejor transformación y sometimiento de esa misma naturaleza a las necesidades del hombre industrial y moderno; incluso se puede decir que, junto a ese convencimiento de supremacía sobre la naturaleza, propio de los ilustrados europeos, estaba también la idea o el convencimiento de que esa **naturaleza** tan venerada por los antiguos, esa herencia perfecta, ese **cosmos sagrado**... en realidad y bien pensado desde la nueva posición del pensamiento humano ilustrado... no era tan grande, ni tan maravillosa, ni tan perfecta ni tan venerable cosa... sino que era un verdadero coñazo en la práctica e, incluso, un mundo bastante desagradable y hostil; en efecto, para los nuevos humanos europeos e ilustrados, el cosmos se presentaba como un hábitat salvaje, molesto y peligroso: demasiado frío o caliente, demasiado árido o húmedo, demasiados animales peligrosos, demasiadas plagas, demasiadas inundaciones, demasiados búfalos, lobos y otras alimañas, demasiados bosques y desiertos... demasiados indígenas salvajes... El macrocosmos o mundo natural, es decir, nuestra realidad planetaria y su funcionamiento genuino... aparecía, para la mente de los nuevos ilustrados y civilizados europeos, como un caos hostil en el que había que imponer un nuevo orden. Ese nuevo orden cósmico que había que imponer o diseñar para que fuera “**perfecto**” iba a ser el de la civilización industrial, que desde entonces está empeñada en transformar el planeta y convertirlo en una gran factoría y/o en un parque de atracciones y, como el lector puede comprobar, en la actualidad todos somos testigos de que esa transformación se ha conseguido en gran parte.

Para convertir el mundo en una gran factoría industrial, la naturaleza salvaje y genuina ya no iba a ser el modelo de perfección a seguir sino el caos bárbaro que había que someter; ya no se procuraba seguir e imitar sus leyes sino que era mucho más interesante y productivo conocer el modo industrial de cómo neutralizarlas o cambiarlas o transformarlas y, con ello, sacar beneficio industrial; el conocimiento científico y médico se apartó del latido y del ritmo de la **naturaleza** y el interés de la nueva ciencia positivista estaba en industrializar el mundo, profanarlo y explotarlo sin ningún tipo de miramiento: sustituir los bosques por monocultivos, los animales salvajes por ganadería industrial^[8], los ríos por embalses, las montañas por canteras, saquear los océanos y domar los ríos... y para ello el nuevo científico ilustrado creó y diseñó poderosas máquinas capaces de arrasar bosques y abrir canales, construyó laboratorios de síntesis de nuevas sustancias y fábricas de nuevos materiales y explosivos capaces de poder enfrentarse a la naturaleza y someterla al nuevo orden ilustrado.

La ciencia moderna y, por tanto, la medicina, al adoptar ese carácter “ilustrado”, tecnológico e industrial no sólo se ha emancipado del ritmo y latido de la naturaleza, es decir, no sólo ignora y desdeña “estar de acuerdo al cosmos”, como así hacían los científicos clásicos de los últimos miles de años, sino que también se ha desprendido de cualquier consideración sagrada y está totalmente alejada de los dioses, o de Dios o, por decirlo de una manera general, de la Divinidad en cualquiera de sus acepciones; o sea, la civilización industrial y su medicina moderna se han emancipado también de cualquier vinculación con el mundo trascendente de lo sagrado, del mundo espiritual, de la ley natural y de la moralidad religiosa; vínculos estos que eran fundamentales para los antiguos científicos y médicos artesanos de la antigüedad clásica, de la Edad Media y del Renacimiento; todos ellos eran creyentes y la mayoría eran religiosos o clérigos y no sólo respetaban las leyes de la naturaleza sino que, además, tenían una fe grande en Dios y una moral religiosa que les impedía la práctica de cualquier acción médica **contranatural**.

En contraposición clara a la visión tradicional de la medicina de todos los pueblos y de todos los tiempos, que estaba preñada de moralidad, espiritualidad y trascendencia, la carencia de visión espiritual y de sentido moral es característica y **exclusiva** de la medicina moderna o industrial, la **única** a la que tiene acceso el nuevo ciudadano de la “sociedad del bienestar” y, como vamos a explicar al lector, esa falta absoluta de moralidad y de respeto a la naturaleza son las que permiten en la actualidad la experimentación humana y animal y otras prácticas contranaturales propias y exclusivas de la medicina industrial. Esta carencia absoluta de moralidad religiosa y de ética natural es otra **nota característica** que hace de la medicina moderna un tipo de “medicina” que no se parece a ninguna otra que haya practicado la humanidad ni en Oriente ni en Occidente.

Esta doble emancipación, de Dios y de la Naturaleza, de la que “disfruta” la medicina industrial o moderna le ha permitido una conducta y un modo de operar carente de **valores morales** y unos métodos de terapia totalmente antinaturales, atrevidos, sin escrúpulos y sin sentido biológico alguno, pero con un gran potencial económico e industrial que ha conseguido crear en cien años una potentísima industria que no habría existido sin esa “liberación” ilustrada de las leyes naturales y morales, propia y exclusiva de la **medicina moderna**. Esta pérdida de conexión de la moderna medicina con el **espíritu** y la **naturaleza** ha sido de gran importancia, como veremos repasando la historia de los últimos

ciento cincuenta años, en el proceso de transformación y cambio esencial por el que la medicina moderna ha ido abandonando su **carácter sagrado o moral, cósmico, holístico y artesano**, es decir, ha ido dejando de ser **medicina** y se ha convertido en una actividad “humana” de carácter industrial, contranatural y tóxico, en una palabra, en un gran negocio que está bajo el dominio y la dirección del poder más grande que impera en esta civilización actual contranatural, industrial y comercial: **el poder del dinero**.

LA MEDICINA EXPERIMENTAL

Aunque, en la actualidad, el pensamiento ilustrado de Bacon, Hume, Kant, Comte... sea norma cultural e, incluso, dogma intelectual no sólo para científicos sino que incluimos a políticos y demás ciudadanos... aunque convenza, incluso, a gente creyente, tenemos que decir que, desde que se afirmó por primera vez hasta que se ha impuesto como pensamiento único, fue necesario el paso de más de tres siglos de enfrentamientos, discusiones y revoluciones intelectuales contra la mentalidad de los médicos tradicionales, que se resistían a despojar su oficio o arte médica de la fuerte carga de moralidad religiosa que tenía y a renunciar a su respeto por la naturaleza y a atreverse a profanarla; pero, por fin, en el siglo XIX, el siglo de la Revolución Industrial, el siglo de los hitos científicos, técnicos y sociales, el siglo de los inventos, máquinas y artefactos... el nuevo hombre “victor supranaturam” y “mayor de edad” consiguió emanciparse ya de la naturaleza y de la moral; creyó, definitivamente, que con la tecnología había adquirido “el fuego de los dioses” y estaba convencido de que ese poder demiúrgico que tenía le capacitaba sobradamente para mejorar al propio diseño natural y, con esa convicción, empezó la remodelación de un nuevo cosmos que él, con su poder tecnológico, iba a ser capaz de recrear según sus necesidades.

Pero para hacer posible ese nuevo proyecto de **cosmos a la medida** que se proponía el hombre-demiurgo ilustrado, por tratarse de una nueva “creación”, todo tenía necesidad de ser un campo de nuevas experiencias; es decir, a partir de entonces toda la vida nueva y el nuevo cosmos tenía que ser inventado o recreado de manera inédita para poder sustituir el diseño natural y genuino y poder estrenar un nuevo diseño a medida que atendiera a las necesidades y caprichos del nuevo demiurgo y, por ello, el nuevo cosmos y la nueva sociedad ilustrada que nacieron de esta cultura “liberada” y “madura” iban a ser el resultado de un continuo y necesario **experimento**; para crear un nuevo cosmos y una nueva sociedad todo iba a ser novedoso y distinto a lo natural, todo estaba por rediseñar y hacer, por experimentar, por ensayar y por redefinir según los nuevos parámetros y nuevas visiones de lo que podría ser mejor para la nueva civilización...

En ese nuevo diseño que iba a ser recreado o estrenado por el nuevo hombre ilustrado ya no iba a ser la **naturaleza de siempre** el modelo perfecto a seguir e

imitar; eso había sido hasta ahora; en los nuevos tiempos de la tecnología y la industria, **la naturaleza genuina** iba a ser superada por el nuevo diseño del hombre-demiurgo y se iba a someter a su poder titánico; el pensamiento “ilustrado” se puso a dirigir la creación del nuevo cosmos y, para ello, tanto el macrocosmos como el microcosmos, o sea, el nuevo planeta y los nuevos humanos deberían comportarse como una máquina industrial y deberían ser productivos y obedientes... La civilización ilustrada no lo dudó y, en menos de un siglo, ha industrializado toda la existencia y la actividad humana (agricultura, ganadería, pesca, enseñanza, oficios...) y por extensión ha industrializado el planeta entero. La medicina ilustrada, como el resto de la actividad humana, no pudo escapar a este pensamiento único y se ha industrializado y, con ello, ha asumido la idea de ser una actividad moderna e ilustrada y que ha progresado y que, con ese progreso, ha adquirido el poder demiúrgico propio de la Ilustración y, ahora, ya puede superar también al propio diseño natural y, por tanto, ha supuesto adquirir el poder de transformar y, por supuesto, de “mejorar” con tecnología y con la industria al propio microcosmos humano.

Si consideramos toda la larga historia conocida del hombre, la industrialización del viejo oficio de médico es un acontecimiento reciente en nuestra historia; apenas tiene un centenar de años desde sus inicios, incluso menos, desde el punto de vista de la práctica del consumo masivo o industrial, puesto que, como vamos a contar al lector, la medicina industrial, con su aplicación masiva y casi total sobre **toda** la población occidental, se llevó a la práctica o tuvo su comienzo real, por primera vez, hace apenas cincuenta o sesenta años, es decir, en las primeras décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Hasta esa fecha, la gran mayoría de médicos rechazaba de plano esa industrialización feroz y apresurada de la medicina que proponía el progreso industrial; los médicos del siglo XIX y principios del XX, a diferencia de otros científicos expertos en disciplinas más mecánicas y materiales (ingenieros, químicos, físicos...), muchos de los médicos, decimos, seguían siendo fieles al pensamiento tradicional que consideraba a **la naturaleza y sus leyes** como insuperables, y les costó asimilar y dar crédito a ese poder demiúrgico que el nuevo hombre industrial afirmaba tener; esta reticencia tozuda de los médicos tradicionales a la industrialización de su oficio, como vamos a contar, protegió a la mayor parte de la población nacida antes de la Segunda Guerra Mundial de la **iatrogénesis** industrial generalizada que se desarrolló a partir de los años 50 y, gracias a esa resistencia a la industrialización de la medicina, la mayoría de ciudadanos nacidos antes de esa fecha se libraron de

convertirse en **cobayas** de la nueva medicina **industrial y experimental**, y esa resistencia de los médicos de antes de la Segunda Guerra Mundial les permitió seguir siendo humanos normales de los de siempre, es decir, siguieron siendo miembros o ejemplares de la milenaria especie de los **homo sapiens**.

Sin embargo, en ese tiempo de posguerra, es decir, los años 50 y 60 del siglo pasado, la coyuntura económica, industrial y comercial permitió la primera transformación de la historia, a gran escala, del microcosmos humano, puesto que la industrialización de **toda** la actividad humana en su conjunto (producción industrial, potencia de transportes, telecomunicación, velocidad...) permitió en esa época iniciar la distribución masiva y casi total, entre la población del Occidente industrial, de una enorme cantidad y variedad de productos médico-industriales (medicamentos y vacunas) que nunca antes habían sido aplicados en toda la historia biológica del ser humano; **repetimos**, nunca antes estos productos industriales de nueva creación y de diseño industrial habían entrado en contacto con los individuos de la especie **homo sapiens, de una forma tan masiva**; de modo que hay que tener en cuenta para poder analizar y conocer la realidad del estado actual de los humanos de la “sociedad del bienestar” que esa reciente y novedosa in-corporación masiva afecta, desde los años 60, a la casi **totalidad** de la población de Occidente. Hay que tener en cuenta, también, que todas estas sustancias de origen industrial, extrañas a nuestra biología hasta el momento de ser incorporadas de forma masiva sobre la población, por el hecho de ser nuevas y desconocidas tienen, necesariamente, un carácter **experimental** y por ser todas ellas tóxicas tienen todas potencial iatrogénico; es decir, por ser nuevas y desconocidas hasta el momento de ser "in-corporadas", no era posible saber nada **a priori** o por anticipado sobre sus efectos sobre el organismo, puesto que en todas las experiencias novedosas, lógicamente, sólo se tiene acceso al resultado bueno, malo o regular... **a posteriori** o con posterioridad, es decir, cuando se hayan podido constatar y analizar los efectos producidos; y, en efecto, esa comprobación de los efectos se ha podido constatar unas décadas después de haber iniciado la distribución y el consumo masivo entre los primeros ejemplares humanos que se sometieron a la nueva experiencia de incorporar esos productos industriales de carácter experimental... y podemos decir que esos efectos derivados de la incorporación novedosa de esos productos experimentales... no ha sido lo satisfactoria que se esperaba en un principio.

Para analizar bien cuáles han sido los resultados de ese proceso **experimental** al que se sometió nuestra sociedad desde los años 50 y 60 del

siglo pasado, vamos a explicar cómo son los efectos que se pueden producir o cabe esperar que se produzcan en todo experimento médico realizado en humanos; pedimos pues la atención del lector^[9]. En todo experimento humano, sea el que sea, se producen básicamente dos tipos de efectos y de resultados, a saber: **los efectos inmediatos o a corto plazo**, que son aquellos que se producen inmediatamente o en los días que siguen al momento inicial del experimento, es decir, en el momento inmediatamente posterior a tomar o inyectar la medicación, y, por otra parte, están **los efectos retardados, tardíos o a largo plazo**, que son aquellos que se producen meses, años o, incluso, décadas después de la administración del medicamento. Pues bien, los efectos que más nos interesan en nuestro análisis sobre la presencia y naturaleza de la **iatrogenia general** que sufre nuestra sociedad moderna son, precisamente, los efectos **a largo plazo**, puesto que estos efectos, además de afectar a los propios individuos que han consumido los productos experimentales, pueden afectar también a sus hijos años más tarde, como así ha sido. De hecho, en la descripción de las **enfermedades raras** que vamos a presentar al lector y, sobre todo, de **sus causas**, analizaremos y describiremos los efectos **iatrogénicos** de esas medicaciones industriales de carácter **experimental** que después de unas décadas han incidido sobre la **calidad genética** de los primeros ciudadanos cobaya a los que se aplicaron, porque estas **nuevas enfermedades raras** y podríamos sin duda añadir **terribles** resulta que se están presentando **exclusivamente** en los descendientes de esos primeros **humanos cobaya** que se sometieron a este gran experimento de la medicina industrial en los años 60, 70, 80 y 90... Por tanto, podemos constatar que los efectos secundarios **a largo plazo** de muchas sustancias **experimentales** que se consumieron masivamente se han presentado décadas después... Se han comportado como si fuesen bombas con espoleta retardada.

Por desgracia, esos efectos secundarios han sido constatados **a posteriori** y cuando ya no hay remedio para la población que ha actuado de **grupo cobaya**; esos efectos secundarios no deseados están siendo puestos en evidencia por la aparición en los últimos 30 años de las diversas **pandemias de enfermedades raras, castración química de las parejas jóvenes y las enfermedades autoinmunes** que se están cebando sobre la población joven y descendiente de los primeros ciudadanos **cobaya** de la “sociedad del bienestar” y, aunque la prensa apenas habla de esta terrible realidad, resulta muy evidente para todo aquel que se pare a analizar la realidad que estas **enfermedades nuevas** no pueden ser otra cosa que los efectos secundarios a largo plazo de aquel **gran**

experimento que inició la medicina industrial en los años 50 y 60 del siglo pasado... En realidad, los ciudadanos que se dejaron inocular toda aquella gran cantidad de medicación industrial de carácter **experimental** han sido y son una población **cobaya**; desde entonces y hasta el día de hoy, están siendo utilizados de **carneaza** en un experimento gigantesco por la sencilla razón de que, todos ellos sin excepción, son consumidores de una enorme cantidad de productos que, por ser nuevos, tienen, necesariamente, un carácter experimental y por ser tóxicos en su gran mayoría les están produciendo unos efectos secundarios que están dando origen a la situación de **iatrogenia** más grande de la historia de la medicina; la población actual es una población **cobaya** que está sumida en una situación tan grave de **intoxicación general** que si no se corrige pronto será, sin ninguna duda, la causa de la **extinción por aniquilación iatrogénica** de la actual población de la “sociedad del bienestar” en un margen de pocas décadas.

CAPÍTULO 3.
LA FALSA TEORÍA DE LA INFECCIÓN

EL MIEDO A LOS MICROBIOS Y EL COMIENZO DE LA IATROGÉNESIS MASIVA

Aunque hemos explicado al lector que la situación general de **iatrogenia** total y definitiva de la población occidental de **humanos cobaya** se llevó a cabo a partir de los años 50 del siglo pasado, es bueno saber que ese fenómeno de **iatrogénesis** empezó a iniciarse como una práctica médica, inédita hasta entonces, a finales del siglo XIX y principios del XX, es decir, al mismo tiempo en que se iniciaba la medicina moderna o industrial; esta época fue también el tiempo en que la Revolución Industrial empezaba a tomar dimensiones importantes y ha sido la época de los grandes inventos y descubrimientos científicos; fue la época donde la ciencia positivista y la tecnología empezaban a seducir el pensamiento y la vida humana en su totalidad y fue el tiempo en que **toda** la actividad de la población occidental empezó a dejar de ser **artesana** y se fue transformando en una actividad **industrial** en todas sus facetas y campos de acción.

Durante este tiempo de grandes inventos tecnológicos, hubo uno de esos inventos a mediados del siglo XIX que de manera indirecta dio origen a una nueva teoría médica desconocida hasta la fecha y que iba a cambiar para siempre el concepto de enfermedad; ese invento tecnológico fue el **microscopio**; este artefacto mostró por primera vez en la historia a los biólogos y médicos de la época que existía todo un mundo invisible de criaturas vivas que había pasado desapercibido a todos sus predecesores. A esas desconocidas criaturas vivientes, totalmente desconocidas hasta entonces, se les dio el nombre genérico de **microbios** y ese hallazgo, curiosamente, dividió a la clase científica en dos bandos o en dos grupos de opinión sobre la misma realidad.

El primer grupo, el más numeroso en esa época, lo formaban los científicos que pensaron, con la lógica más elemental, que si esos microbios estaban en el cuerpo humano y lo habitaban, debían de estar ahí desde siempre y, desde luego, desde antes de que el microscopio los hubiese hecho visibles; y si eso era así, debían ser **inofensivos**, puesto que nunca les habían tenido en cuenta para explicar las causas de las enfermedades ni para explicar su evolución ni, mucho menos, para curarlas; y si llevaban miles de años explicándose las enfermedades y curándolas sin tener en cuenta la existencia microscópica de esas criaturas era porque quizá esos microbios recién descubiertos eran **connaturales**^[10] a la

fisiología humana y cumplían algún tipo de función biológica desconocida hasta la fecha pero que, sin duda, se descubriría en el futuro contando con más tiempo y experiencia para observarlos.

El segundo grupo de científicos encabezados y dirigidos, no por un médico, sino por un industrial en química llamado Louis Pasteur, afirmaba que esos microbios encontrados en el cuerpo humano eran, con toda seguridad, ajenos o alienígenas a la fisiología humana y, además, debían ser agresivos por necesidad y por tanto causantes de enfermedades.

Hay que advertir al lector que, en esos primeros tiempos, ninguno de los dos grupos de científicos tenía, ni podía tener, experiencia previa sobre las novedosas criaturas y, como consecuencia de esa circunstancia, todo lo que podían afirmar, unos y otros, no podían ser más que **hipótesis** que deberían ser comprobadas en el futuro contando con más observación y experiencia. Por tanto, esperar a tener más experiencia sobre los nuevos invitados para emitir teorías con cierto grado de veracidad hubiera sido el proceder normal y de acuerdo con la ciencia y, podríamos decir también, de acuerdo con el sentido común... Pero no ocurrió así, sino que, desde el principio, **el segundo grupo** de médicos e industriales presentaron a los microbios como entes alienígenas, extraños al cuerpo humano^[11], enemigos y productores de enfermedades... Este grupo de científicos, al igual que los del primer grupo, no tenían ninguna experiencia sobre los recién descubiertos microbios pero, no obstante, empezaron a ganar terreno dentro de la clase médica europea, incluso, como vamos a explicar al lector, aunque en esa época los médicos del **primer grupo** que afirmaban que los microbios debían ser inofensivos eran la mayoría, resultó que los que afirmaban que eran agresivos acabaron imponiendo su opinión sobre el primer grupo de médicos y crearon una nueva teoría médica desconocida e inédita hasta la fecha: **la teoría de la infección**.

Esta nueva teoría afirmaba que antiguas y conocidas enfermedades como las cistitis, las anginas o difteria, las bronquitis, las sinusitis, las gastroenteritis... no estaban producidas por alteraciones y desequilibrio de los humores orgánicos, ni por agresiones climáticas como el frío o la humedad... como habían creído los médicos hasta la fecha... sino que, en realidad, las causaban esos nuevos microbios que recién había hecho visibles el microscopio. Y con esta afirmación totalmente prematura y con la imposición prematura de esta **hipótesis** sin confirmar nació una nueva teoría médica: **la teoría de la infección**, que resultó ser una novedosa y revolucionaria manera de entender la naturaleza de la

enfermedad; una manera desconocida hasta la fecha y que, como vamos a explicar, daría lugar, también, a una nueva medicina, **la medicina industrial** y, además, dio nacimiento a un nuevo tipo de enfermedades desconocidas hasta entonces: **las enfermedades infecciosas**.

Esta **novedosa teoría médica** que culpabilizaba a nuestros microbios de nuestras antiguas enfermedades se implantó prematuramente; se implantó a toda prisa sin saber todavía casi nada de la propia biología de estas recién descubiertas criaturas microscópicas y sin disponer de la suficiente observación y con una tecnología y unos microscopios primitivos que fueron superados décadas más tarde. Por tanto, esta nueva **teoría de la infección** se introdujo apresuradamente, sin ninguna experiencia sobre los microbios, en contra de la opinión de la mayoría de los médicos de la época y, por tanto, se incorporó de forma apremiante y sin datos suficientes en la realidad médica en el siglo XIX y, a pesar de todos estos elementos en contra, se impuso a lo largo del siglo XX y sigue en vigor en la actualidad del siglo XXI... Pero entonces cabe preguntarse... ¿cómo pudo imponerse esa nueva **teoría de la infección**?... ¿Por qué logró imponerse a la opinión mayoritaria de los médicos y biólogos de la época?... La respuesta a estas preguntas es de lo más prosaica: la novedosa teoría de la infección se impuso no porque sea verídica ni real, puesto que es falsa, sino que, como vamos a explicar, se implantó porque fue una teoría científica muy **simpática** para **la industria y el dinero** y, desde luego, podemos decir que se implantó porque ha resultado ser un **formidable negocio** muy rentable hasta el día de hoy; de hecho, podríamos afirmar que la afirmación de que nuestros microbios eran agresivos y que había que defenderse de ellos, es decir, la creación de la **teoría de la infección**, fue el origen de la **medicina industrial** o incluso nos expresaríamos mejor diciendo que el invento de la teoría de la infección ha sido el origen y principal motor de la gigantesca y próspera **industria médica y farmacéutica**, puesto que esta industria pudo convencer a toda la clase médica de la “realidad” del carácter agresivo de los microbios.

En este ensayo nos vamos a detener en analizar algunos aspectos de esta **falsa teoría de la infección** porque ha sido y sigue siendo un **fraude formidable** que se mantiene en el tiempo a pesar de su falsedad y que ha impuesto a los ciudadanos la necesidad **falsa** de medicarse, con medicación **tóxica**, contra nuestros microbios desde los primeros momentos de nuestra vida hasta el día de nuestra muerte y, por tanto, esta **falsa** teoría de la infección es la

causa más importante, con diferencia, que ha motivado el consumo masivo de medicación industrial por la población actual y, por ello, podemos decir que ha sido la principal causa de la **iatrogénesis** generalizada que padece nuestra sociedad moderna; y de paso ha sido también el principal motor para la creación y desarrollo de la totipotente **industria farmacéutica**.

Para comprender lo que acabamos de asegurar hay que saber ver que la diferencia entre afirmar que nuestros microbios son inofensivos, como hacía el **primer grupo de médicos**, y afirmar que son agresivos y productores de enfermedades, como hacía el **segundo grupo de médicos** e industriales, es una diferencia enorme desde el punto de vista de la industria y los negocios; y estamos seguros de que el lector podrá apreciarla:

– **Si se afirma que son inofensivos:** no hay necesidad de combatirlos, no hay ninguna necesidad de producir ni de consumir productos para eliminarlos ni para protegernos de ellos (vacunas, antisépticos, antibióticos, desinfectantes...), no hay que utilizar productos reactivos para detectarlos... En definitiva, no se necesita fabricar nada ni consumir nada... nada de nada... No hay posibilidad de hacer negocio ni producción industrial; con esta visión e interpretación de la naturaleza y de la función biológica real de nuestros microbios que, repetimos, era mayoritaria entre los médicos del siglo XIX... no hubiera habido necesidad ni posibilidad de crear la industria farmacéutica.

– **Si se afirma que son agresivos y productores de enfermedades:** entonces, resulta necesario, para protegerse de ellos, la producción industrial y el consumo masivo de productos que nos defiendan de su agresividad; se crea la necesidad apremiante de producir nuevos productos industriales desconocidos hasta la fecha y que sean capaces de combatir a esos **nuevos enemigos**; y para hacerlo hay necesidad de producir y consumir todos estos productos y, por eso, ha hecho falta la creación y desarrollo de la potente industria farmacéutica.

Estamos seguros de que el lector comprenderá que esta teoría **falsa** de la infección ha sido un buen negocio para las multinacionales farmacéuticas, pero estamos seguros de que también le resultará muy fácil comprender que, por haberse impuesto la opinión del **segundo grupo** de médicos e industriales, los ciudadanos de esta sociedad moderna e industrializada nos hemos estado medicando con unos productos industriales **tóxicos** durante toda nuestra vida y que, además, seguimos consumiéndolos y dándoselos a nuestros hijos... y por eso... nos hemos intoxicado y les estamos intoxicando. Si se hubiese impuesto la opinión del **primer grupo de médicos**, no nos hubiésemos criado con la

necesidad **falsa** de tener que consumir productos industriales **tóxicos** y, en consecuencia, no estaríamos intoxicados ni nosotros ni nuestros hijos.

El lector debe saber, y para eso hemos escrito este ensayo, que los que realmente tenían razón eran los **médicos del primer grupo**, es decir, aquellos que afirmaban que nuestros microbios eran inofensivos y que quizá cumplían funciones en nuestro organismo que en aquel momento se desconocían. Pero su opinión fue arrasada y vencida por la fuerza pujante del gran negocio y el gran poder económico y mediático del **dinero y la industria farmacéutica**, que han sido capaces de crear y mantener en el tiempo a la teoría de la infección. La industria farmacéutica lleva ya más de cien años fabricando una serie de productos industriales contra los microbios que **todos**, absolutamente todos los ciudadanos de Occidente consumimos y que, como consecuencia de ese consumo masivo y sin excepción, nos han convertido en una población de **cobayas enfermos** que después de unas cuantas décadas de ese consumo tóxico, como vamos a explicar en este ensayo, ha alcanzado unos niveles de contaminación críticos que amenazan de una manera ya bastante seria nuestra supervivencia personal y colectiva.

LA MICROBIOTA Y EL MICROBIOMA HUMANO

Ha pasado el tiempo desde aquellos días de mediados del siglo XIX en que se introdujo el hito histórico de las enfermedades infecciosas como una novedad en la historia de la medicina y, como la tecnología no ha dejado de avanzar, resulta que a lo largo del siglo XX mejoraron los microscopios y, a la vez, se fue adquiriendo más experiencia y conocimiento de los microbios y de sus funciones, y resulta que las observaciones realizadas con mejores medios tecnológicos y con mejores microscopios han revelado, claramente, que aquel **primer grupo** de médicos que tenía la opinión de que nuestros microbios debían ser inofensivos y que no causaban ninguna enfermedad y que no necesitábamos consumir productos industriales para combatirlos... en realidad... estaban en lo cierto.

Aunque el lector se pueda sorprender mucho, esto que acabamos de afirmar sobre el carácter inofensivo de nuestros microbios se sabe desde hace décadas por médicos y biólogos que han estado interesados por la microbiología, aunque, extrañamente, no sea conocido por la mayoría de los médicos actuales en activo ni por los estudiantes de medicina actuales ni por los ciudadanos convertidos en cobayas. Efectivamente, el lector puede comprobar a través de internet que la biología actual, con ventajas tecnológicas evidentes sobre la biología decimonónica y habiendo tenido mucho más tiempo en la observación de la conducta biológica de nuestros microbios, ha descrito y definido unos **nuevos conceptos** en biología que eran desconocidos por aquellos pioneros y paranoicos naturalistas, biólogos e industriales de principios de siglo.

Uno de los nuevos conceptos es el de **ecosistema o hábitat natural**, que se definió en los años 50 del pasado siglo como el espacio cósmico donde habitan varias especies en armonía y manteniendo un equilibrio vital estable entre ellas; estas especies que habitan un ecosistema colaboran entre ellas realizando diversas funciones que se complementan unas con otras dando a todo el sistema una existencia autónoma, armónica y estable. A esta colaboración complementaria entre las distintas especies de un ecosistema se llama **simbiosis**. La biología del siglo XX, sobre todo desde los años 50 en adelante, ha comprobado infinidad de veces y, por tanto, ha asimilado bien que **todos los seres vivos pluricelulares**, desde las medusas y pólipos, pasando por invertebrados, vertebrados y humanos, es decir, **todos los animales**

multicelulares... en realidad somos ecosistemas de múltiples especies microscópicas (algas, hongos, bacterias...) que viven en el interior de nuestros organismos en **simbiosis armónica** en estado de salud total y perfecta.

En 1958, el genetista y microbiólogo Dr. Joshua Lederberg^[12] junto con su esposa la microbióloga Dra. Esther Miriam Zimmer estudiaron varios ecosistemas ubicados en distintos sistemas orgánicos del cuerpo humano y pudieron describir detalladamente el conjunto de sus gérmenes o microbios que viven en **su interior orgánico**; a ese conjunto de especies microscópicas que viven en el interior del cuerpo humano lo bautizó con el nombre de **microbiota** y al conjunto de sus genes les llamó **microbioma humano**. Y el lector debe saber que este conjunto de gérmenes descrito por el Dr. Lederberg y, antes y después de él, por muchos otros microbiólogos y que fue bautizado con el nombre de **microbiota** incluye, sin exclusión alguna, a todos aquellos microbios que fueron identificados como agresivos y causantes de enfermedades como la difteria, la meningitis, la neumonía, el cólera... por los primeros cazadores de microbios de principios del siglo XX; **repetimos** para que el lector se entere bien y no crea que está alucinando: todos esos microbios que fueron presentados como asesinos ante los estudiantes de medicina en las aulas de la facultad y ante los ciudadanos en tantas películas y novelas y que la prensa nos los ha presentado numerosas veces como causantes de terribles epidemias, en realidad, según la biología (no contada o más bien ocultada a propósito) del siglo XX, **los microbios** humanos que nos habitan y que fueron acusados de causar enfermedades **no son enemigos sino amigos** y socios nuestros y, además, viven en **simbiosis** armónica formando una población de varias especies microscópicas a las que se les puede llamar, desde 1958, con el nombre de **microbiota humana...** ¿Qué tal?... Toda esta información es desconocida incluso por la mayoría de los médicos en activo y por los estudiantes de medicina, puesto que ha sido censurada y ocultada por el sistema de salud, como vamos a explicar en este ensayo.

Los escasos médicos y microbiólogos que durante el siglo XX fueron comprobando que nuestros microbios eran **inofensivos** lo pudieron conseguir debido a la mejor tecnología con la que contaron; tuvieron mayor acceso a la observación de aquellos **microbios** que habían sido acusados de producir enfermedades; contaban con muchos más aumentos en sus microscopios, incluso tenían el microscopio electrónico, contaban con los tests y pruebas reactivas inmunológicas desconocidas a principios del siglo XX, contaban con mejores

materiales de siembra y cultivo... y resultaba que toda la información que obtenían sobre **nuestros gérmenes** no cesaba de evidenciarles la realidad innegable de que esos microbios **no eran enemigos** peligrosos, como habían afirmado **prematuramente** los primeros cazadores de microbios, sino que formaban una extensa comunidad de seres **simbiontes** que viven en armonía en el lugar exacto que les corresponde según su propia naturaleza, viven y prosperan en su **propio ecosistema**; y que resulta... que **éste** no es otro que el organismo humano. ^[13] Incluso vieron y comprobaron con total certeza que algunas de esas especies simbiontes no tienen otro **hábitat** que nuestro organismo y, por tanto, son **endemismos** nuestros; lo cual significa que sólo pueden vivir en el interior del organismo humano desde su nacimiento hasta su muerte y, además, está comprobado que esas especies **endémicas cuyo único hogar en el cosmos es nuestro organismo** son una herencia saludable que transmiten las madres humanas a sus hijos en el momento del parto; todo eso se ha ido sabiendo a lo largo de todo el siglo pasado y se sabe ahora y, sin embargo, estas especies endémicas habían sido (y todavía lo son) acusadas de causar enfermedades como la difteria, la meningitis, la gonorrea... pero esta información que, estamos seguros, sorprenderá al lector se ha evidenciado a lo largo del siglo XX y en la actualidad existen médicos y biólogos que saben que todos los humanos, sanos y enfermos, poseemos todas esas especies microscópicas porque son elementos propios de **nuestro propio patrimonio** biológico, forman parte del **microbioma humano o microbiota**, de la misma manera que los árboles, arbustos, mamíferos, peces y aves de una cordillera forman parte del patrimonio biológico de ese lugar.

Por tanto, ante la evidencia de la realidad de nuestra **microbiota**, vamos a explicar al lector a lo largo de este ensayo la falsedad de la **teoría de la infección** y le vamos a contar la verdadera historia de los intereses económicos de la industria química que, ayudada por unos **médicos industriales**, vio en los microbios una oportunidad de hacer negocio que indujo a los científicos a verles y describirles como una **amenaza alienígena** y a hacerles la **guerra...** La industria médica y sus médicos industriales nunca quisieron, ni les interesó, tener en cuenta la opinión de los médicos que intuían la posibilidad de que, en realidad, eran una parte de nosotros mismos; después del enfrentamiento que se mantuvo durante la primera mitad del siglo XX entre el **primer y segundo grupo** de médicos... finalmente se impuso la novedosa y **falsa teoría de la infección** de una manera dominante e indiscutible a partir de los años 50 del siglo pasado y, desde entonces, como resultado de esta guerra civil contra

nosotros mismos con el consumo de productos tóxicos, no sólo han resultado perjudicados nuestros gérmenes sino que también hemos salido intoxicados la totalidad de la población de humanos de Occidente.

Por tanto, vamos a mostrarle al lector que la **teoría de la infección** ha sido y es la principal causa y motor de la **iatrogenia** generalizada que padece la sociedad occidental, que después de más de 60 años está llevando a la población cobaya intoxicada y enferma a un punto de no retorno que va significar la **aniquilación** de la población de la “sociedad del bienestar”, esa población confiada y que cree estar en manos de la mejor medicina de la historia, es más, en manos de la **única medicina**.

CAPÍTULO 4.
UN DOCTOR NADIE ANTE UNA ALUCINACIÓN
COLECTIVA

TERROR EN EL SENO DE LA “SOCIEDAD DEL BIENESTAR”

Hace casi treinta años y, precisamente, ante la aparición en la escena pública de una de esas **nuevas enfermedades graves y exclusivas de la población cobaya** producida como consecuencia de la **iatrogenia general**, a la que se le conoce con el nombre de **sida**, el autor de este ensayo, que por entonces era un joven e ingenuo médico, se las tuvo que ver junto a los demás médicos de la época para afrontar la **nueva amenaza** que la prensa de todo el mundo afirmaba que se cernía sobre la población de la “sociedad del bienestar”.

En esos días estábamos todos, médicos y ciudadanos, asustados y sorprendidos ante la inesperada aparición, en pleno corazón del primer mundo, de una nueva y desconocida enfermedad que por entonces era catalogada de mortal y con carácter fulminante (según la prensa del momento mataba en un período de 4 a 6 meses a partir del contagio); según la prensa oficial y todas las demás prensas del mundo mundial, esa nueva y desconocida enfermedad se trataba de un desconocido y sorprendente síndrome de inmunodeficiencia adquirida.^[14]

Ante semejante situación algunos se preguntaron... ¿Cómo era posible que pasara eso en nuestra avanzada sociedad y a unas generaciones de individuos que habían recibido (por primera vez en la historia) todos los cuidados de la avanzada y moderna medicina?... ¿Por qué afectaba a tanta gente joven?... ¿Cuál era la causa de la deficiencia de los sistemas inmunitarios de una población que pertenecía, **supuestamente**, a una raza superior de ciudadanos a la que, presuntamente, se le había **mejorado** mediante las modernas vacunas y programas preventivos inéditos, precisamente, ese sistema inmunitario?... Durante unos pocos años no hubo respuesta a estas inquietantes preguntas y todo lo que se comentaba en la prensa eran especulaciones de lo más variadas y pintorescas, pero he aquí que, a mediados de la década de los ochenta, la **comunidad científica internacional**^[15] (a la que llamaremos con las iniciales c.c.i. a partir de ahora) resolvió el misterio.

Resolvió el misterio e informó a la prensa y a la docencia de todo Occidente que la verdadera **causa** de ese extraño, repentino y masivo colapso general de unos sistemas inmunitarios que deberían ser **más que simplemente normales o**

buenos en virtud de que **habían** sido supuestamente “**perfeccionados**” por las campañas de vacunación y profilaxis llevadas a cabo desde unas décadas antes... repetimos... se informó en todas partes que la única causa del extraño desmoronamiento de esos sistemas inmunitarios “mejorados” era un nuevo y desconocido virus que con su ataque a los sistemas inmunitarios era capaz de inutilizarlos y dejarlos inservibles en un santiamén.

La mayoría de los médicos que estábamos en activo en esos tiempos aceptamos, con confianza, esa explicación oficial propuesta por la susodicha c.c.i., puesto que confiábamos en ella, era la explicación que se daba en todas las publicaciones científicas de prestigio, era lo que salía continuamente en todo tipo de prensa ya fuera escrita o televisiva, era lo que se publicaba y enseñaba en las universidades y lo que se repetía sin cesar en todos los organismos y entidades oficiales del estado: escuelas, ejército, hospitales... Es decir, **todo** el mundo mundial quedó mucho más que bien informado de cuál era la “verdadera” causa de esa nueva enfermedad del sistema inmunitario, el sida; nadie tuvo duda, ante tanta cantidad de “información”^[16], de que la única causa indiscutible de la **nueva y terrible realidad** era que había aparecido, no se sabe todavía de dónde, un **nuevo virus** capaz de echar por tierra todo el esfuerzo médico-industrial que se había realizado sobre unas generaciones de humanos para mejorar, precisamente, ese **sistema inmunitario** que ahora que, supuestamente, debería ser el mejor sistema inmunitario que había tenido jamás el **homo sapiens**, inesperadamente, se había vuelto **deficiente**, torpe y obsoleto... ya no estaba cumpliendo con su función de mantener el equilibrio interno frente a las agresiones exteriores porque estaba siendo atacado y aniquilado por ese repentino, desconocido y puñetero virus que estaba echando por tierra todo ese esfuerzo, todos esos planes de prevención llevados a cabo con modernas vacunas y todo el formidable gasto invertido por la nueva, inédita y avanzada medicina moderna o industrial desde hacía 20 ó 30 años.

La terrible y desconcertante noticia nos volvió a meter en el cuerpo a todos el ya casi olvidado **miedo a los microbios** y, además, nos descorazonó... puesto que estábamos acostumbrados a escuchar que la **prensa** anunciaba desde hacía años, con toda convicción, la supuesta mejora de la inmunidad lograda por las campañas masivas de vacunación iniciadas en los años 50 y 60; y todos los ciudadanos dábamos por verídicas las proclamas de la prensa que anunciaban que antiguas enfermedades como la rabia, la viruela y la polio... habían sido erradicadas de la sociedad occidental y, al mismo tiempo, la c.c.i. enseñaba a los

aprendices de médico, en las facultades de medicina, una realidad “innegable” y totalmente asimilada como cierta que afirmaba, sin ningún género de dudas, que los ciudadanos de la nueva “sociedad del bienestar” vacunados y protegidos por la medicina industrial eran superiores en capacidad inmunitaria si los comparásemos con sus antepasados humanos (sin conservantes ni colorantes) que no habían sido vacunados nunca de nada, es decir, eran superiores a los antepasados que nunca antes se les habían inyectado productos industriales con el propósito y el fin de mejorar sus defensas orgánicas.

La mayoría de ciudadanos, médicos y estudiantes de los años ochenta estábamos totalmente convencidos de que nuestro mayor nivel de salud e inmunidad era una “realidad incuestionable” y ganada a pulso, gracias a la inteligencia superior del hombre moderno y, para que no hubiese dudas al respecto, ese nivel de inmunidad superior se reflejaba, de manera “veraz” e “indiscutible”, en todos los gráficos y tablas estadísticas oficiales y, además, era lo que predicaba la prensa en todas partes y lo que se enseñaba en las aulas... y ante toda esa “evidencia” mediática y académica, entonces como ahora, confiábamos todos en la c.c.i. y en su **única** medicina moderna y, con ese convencimiento, nos sentíamos completamente seguros bajo esa protectora cúpula de tecnología médica de última generación con la que contábamos... pero de repente a principios de los años 80... saltó la alarma, desapareció la tranquilidad, volvieron los viejos fantasmas y el **terror** a la muerte se adueñó de la confiada e indolente población cobaya de Occidente... La prensa anunciaba que **un nuevo y desconocido virus** V.I.H. se había saltado esa supuesta campana de protección de la que disfrutaban las jóvenes generaciones de la “sociedad del bienestar”; un “nuevo” virus había burlado ese sistema inmunitario supuestamente superior de los jóvenes ejemplares y, como en los viejos tiempos, un “nuevo microbio” se disponía a atacar y a aniquilar a los confiados y protegidos ciudadanos; es decir, según el mensaje y la explicación oficial que daba la c.c.i. y **su prensa**, ese desconocido virus tenía poder de acabar, en pocos meses, con los jóvenes cobayas que estaban, precisamente, en proceso de convertirse en las primeras generaciones de humanos “rediseñados y mejorados” por el poder demiúrgico o el “fuego de los dioses” de la nueva y **única** medicina industrial.

Reclamamos la atención del lector en este punto para que se dé cuenta de la siguiente circunstancia: para la c.c.i. y **su prensa** era muy importante que quedara bien claro y fuera de todo debate que el sida, aunque era una

enfermedad propia del sistema inmunitario, **con toda seguridad** no tenía, ni podía tener, ninguna relación directa ni indirecta con esa “manipulación” del sistema inmunitario provocada por la introducción e incorporación masiva de vacunas y demás medicación industrial de carácter **experimental** que se había realizado u operado sobre esa misma población unos años antes y que ahora presentaba **inmunodeficiencia**... nada de eso; para la C.C.I. esa **relación de causalidad** entre el hecho de manipular el sistema inmunitario con productos industriales y que éste se estropeará por esa manipulación experimental no tenía posibilidad alguna de que se pudiera, ni siquiera, plantear y, por tanto, afirmaba **en exclusiva** en todos los medios de información... que el sida se trataba de una **nueva** enfermedad totalmente inédita, una nueva y desconocida **infección** y, como en toda infección, existía la posibilidad de **contagio**, del cual pronto informaron que tenía lugar por vía sanguínea, sexual y parenteral. En resumen, el lector debe apreciar que, si se afirmaba y se convencía a los ciudadanos y a la clase médica de que el **sida** era una infección por un nuevo virus, se descartaba que hubiese relación alguna con un mal resultado de la manipulación experimental realizada sobre ese mismo **sistema inmunitario**, unos años antes.

Debido a las características morbosas del contagio y a la circunstancia que algunos de los primeros afectados fueron míticos actores y gente famosa del espectáculo (Rock Hudson, Freddie Mercury...), la prensa de todo género (seria, amarilla, rosa, científica...) estuvo explotando el tema del sida durante más de una década y, con todo ese megaesfuerzo informativo, al mismo tiempo que hacía negocio mediático del **miedo, del terror y de la ansiedad** de los ciudadanos que buscábamos información desesperadamente, al mismo tiempo y por el mismo precio, iba creando una auténtica “**realidad**” **mediática** y, por tanto, reforzando la idea oficial (aunque falsa) y dominante que había presentado la C.C.I. de que una **nueva infección** causada por un **nuevo virus** amenazaba la vida de los ciudadanos.

El muy explotado recurso del **miedo** al microbio enemigo que aguarda el momento de atacar al humano civilizado fue hábilmente utilizado de nuevo por la **prensa** para hacer negocio y ganar audiencia, y no tuvo en cuenta que, con su formidable poder demiúrgico y mediático y con sus numerosas tertulias llenas de “enteraos” y sus numerosos documentales y noticias... estaba dando “realidad” y “existencia” virtual o mediática a un virus que, en realidad, era y es un “artefacto” inventado que ni siquiera tenía, ni ha tenido, ni tiene... existencia real.

UNOS POCOS MÉDICOS AL MARGEN DE LA ALUCINACIÓN

A pesar de esa **falsa** aunque abrumadora y constante “información” **terrorífica** que inundaba el aire de todos los ámbitos y que contribuía a crear “virtualmente” la realidad paranoica de que nos encontrábamos ante una epidemia infecciosa causada por un nuevo virus, en casi todos los países surgieron algunos médicos, **muy pocos**, que al enfrentarse a la nueva enfermedad y empezar a atender a los primeros enfermos se percataron claramente de que no se trataba de una **infección** sino de una **intoxicación**.

¿Cuál es la diferencia? La diferencia es grande desde todos los puntos de vista, pero los más importantes son los del **tratamiento y la prevención**, puesto que, si en realidad se trataba de una enfermedad **tóxica** y por tanto no era una enfermedad **infecciosa**... para empezar... no podía existir el **contagio** entre personas como se anunciaba, no se podía transmitir ni por contacto sexual ni por ningún otro medio, a pesar de que en **la prensa** salieran personas continuamente que, en su alucinación y por intereses o motivos variadísimos, afirmaran haber contagiado a otras... o haber sido contagiadas; no se trataba de ninguna infección a pesar de que se celebrasen juicios con condenas reales sobre personas que supuestamente habían contagiado a otras... no había posibilidad de que el sida pudiera ser una infección contagiosa a pesar de la cantidad de parejas y matrimonios que se rompieron por el hecho de que uno de ellos estuviera supuestamente contagiado... **no podía tratarse de una infección** a pesar de toda la alucinación colectiva televisada y cinematografiada, llevada a las novelas y comentada en todas partes... A pesar de toda esta **apabullante** información distorsionada, exagerada y sensacionalista... para esos **pocos médicos disidentes** que se enfrentaban a la nueva enfermedad, el **sida** no podía ser, ni es, ni lo ha sido nunca... una enfermedad infecciosa provocada por un virus y, por tanto, no podía existir el contagio entre ciudadanos, como afirmaba la C.C.I. y pregonaba la prensa en todas partes y a todas horas.

Pero lo más importante, lo más grave de esa confusión en el diagnóstico y que preocupaba sobremanera a esos **pocos** médicos disidentes era la siguiente circunstancia: como no se trataba de una **infección sino de una intoxicación** y, por tanto, el diagnóstico era erróneo, como consecuencia lógica, el tratamiento y la prevención que se estaban aplicando a los ciudadanos no estaban siendo los

adecuados... sino que era un tratamiento de consecuencias **fatales**, puesto que el tratamiento que la **c.c.i.** había propuesto, para matar al “inexistente” nuevo virus, era sin duda extremadamente tóxico e, incluso, podemos afirmar que era directamente letal para los pacientes, es decir, se trataba de una **iatrogénesis mortal** de necesidad, puesto que se trataba de una intoxicación a la que no hubiese podido sobrevivir ni el mismísimo Superman; en este sentido, se daba la circunstancia de que la **c.c.i.** había propuesto una medicación **antiretroviral** experimental, el **A.Z.T.-Retrovir**, que era altamente tóxico, según la opinión de esos **pocos médicos disidentes**, puesto que con esa medicación **antimitótica** se impedía la reproducción de las células del organismo y, por tanto, se trataba de una quimioterapia de carácter letal que hacía realidad el paradójico dicho popular de que “**era peor el remedio que la enfermedad.**”^[17]

El lector, con su sentido común y su lógica simple y sin necesidad absoluta de ser médico, se dará cuenta enseguida de las consecuencias que puede comportar que, en una situación de **intoxicación** donde ya hay un grado elevado de **grave toxicidad**, aumentemos por confusión en el diagnóstico, todavía más, la **carga tóxica**, puesto que con ello no hacemos otra cosa que no sea agravar la situación y provocar más **intoxicación**; esto es lógica elemental y evidente que cualquier persona puede entender.

Por estas razones el número de muertos se contaba por cientos de miles en todo el mundo y, por ello, era capital para estos pocos médicos disidentes hacer saber al resto de la clase médica que la verdadera naturaleza de esa nueva enfermedad era **tóxica y no infecciosa**^[18] y, con esta aclaración, detener la grave, incluso sin duda mortal, iatrogénesis tóxica a la que estaban siendo sometidos millones de ciudadanos identificados como seropositivos con el falso pretexto de que estaban siendo atacados por un nuevo virus que, en realidad, no existía ni ha existido nunca.

El autor de este ensayo fue uno de esos pocos médicos que se percataron de esa diferencia de naturaleza de la nueva enfermedad; con los casos de seropositivos que había atendido en su consulta propia y una simple toma de datos en cuatro hospitales de su entorno, vio claramente que **aquello** a lo que se enfrentaba no eran casos de **infección** sino que eran casos flagrantes de **intoxicación.**^[19] Con la evidencia de esta realidad que él había comprobado en los primeros casos que atendió y con la ingenuidad que caracteriza a la juventud, este médico corrió a comunicar a los académicos que habían sido sus maestros de medicina en la facultad **el error de diagnóstico** y, por consiguiente, el

todavía más grave error de **tratamiento** que, desde su humilde opinión de médico de familia o de simple médico internista, se estaba cometiendo.

Ante los argumentos y datos objetivos presentados a sus maestros de la facultad, las únicas respuestas que recibió este ingenuo médico fueron, en realidad, dos preguntas por parte de ellos: la primera era **¿quién se cree que es usted?**... El médico de pueblo, tratando de responder a la pregunta, afirmó ser un simple médico de familia, un médico internista, que simplemente intentaba hacer bien su trabajo; y que, en su hacer cotidiano, se había enfrentado con varios casos de pacientes diagnosticados de sida, había prestado atención y había realizado una pequeña investigación epidemiológica en los hospitales cercanos; y, como consecuencia de ese simple proceso, había observado con relativa sencillez que no se trataba de una **infección sino de una intoxicación** y que ante semejante situación, simplemente, había acudido a ellos para comunicárselo... con el único fin de cumplir con lo que creía que era su deber de simple médico y sin ninguna otra pretensión; les dijo también que se extrañaba de que nadie se hubiese dado cuenta, puesto que era muy evidente que no se trataba de una **infección** sino de una **intoxicación**; y que, ante la ausencia de reacción oficial, ese médico pensó que era su deber advertir del error que se estaba cometiendo, puesto que era de mucha importancia la diferencia de tratamiento entre una **enfermedad tóxica y una enfermedad infectocontagiosa**; y al médico internista le parecía de suma importancia que se tuvieran en cuenta esos datos que él aportaba y que podían ser comprobados con facilidad y rapidez por ellos mismos, a los que consideraba sus superiores inmediatos y les respetaba sinceramente, puesto que, unos pocos años antes, habían sido sus maestros en medicina moderna.

El joven médico de pueblo no tenía ninguna pretensión personal, estaba satisfecho con su trabajo de médico de familia y no tenía ninguna vocación académica ni quería competir con nadie; estaba bien como estaba y no les hubiese ido a “molestar” a la facultad si no lo hubiese considerado de suma importancia y gravedad, puesto que oía las noticias de la gran cantidad de muertos y, sobre todo, conocía el tratamiento (iatrogénico y altamente tóxico) que se les daba a los pacientes que, como ya hemos dicho, estaban siendo tratados erróneamente con productos antivirales que, además, todos los médicos, incluidos sus maestros y jueces de la facultad, admitían la realidad innegable de que esa medicación que se daba (el AZT-Retrovir) era altamente tóxica.

En vez de refutar los argumentos y datos que ese joven médico presentaba,

respondieron con la segunda pregunta: ¿usted cree que puede venir del pueblo y enseñarnos a nosotros nuestro trabajo e, incluso, a contradecir a toda la comunidad científica internacional?... Después de estas dos preguntas de escasa naturaleza científica y sin ningún argumento técnico ni médico para rebatir lo que este médico presentaba, añadieron con mirada despectiva una afirmación categórica: **¡usted no es nadie!**... que es la forma española de negar dos veces, en realidad, lo que afirma esa expresión, que ese médico de pueblo era **nadie** y sus datos y sus explicaciones... eran **nada**.

Esos profesores de la facultad admitían el título de doctor de ese **doctor nadie**, ellos mismos se lo habían otorgado hacía años, le llamaban así desde que se licenció en medicina y cirugía; tanto la universidad, como el colegio de médicos y el propio estado español le llamaban doctor desde hacía años, pero para ellos, sus maestros de la facultad, ese título que le habían dado era un paripé o una simple formalidad sin ningún valor que, simplemente, le capacitaba para recetar medicación industrial tóxica y para seguir los protocolos médicos iatrogénicos con total impunidad pero, por supuesto, que no le otorgaba ningún derecho a hacer observaciones ni, mucho menos, a hacer críticas al protocolo y a los dogmas y definiciones de la C.C.I. ni a ellos mismos; en realidad, para sus antiguos maestros ese joven médico no era nadie, sólo un médico de pueblo sin títulos ni avales académicos... **un doctor nadie...** y lo despidieron con desprecio, no sin antes advertirle seriamente de que tuviera cuidado con lo que hacía y decía al respecto.

CAPÍTULO 5.
UN MÉDICO AL QUE NO SE LE PODÍA CREER

EL MENSAJE IMPOSIBLE DE UN DOCTOR NADIE

El médico de pueblo, ante la falta de argumentos científicos y racionales que le hubiesen debatido los suyos propios y ante la amenaza y la presión, decidió asumir su realidad de ser **nadie** y volvió a su casa con una sensación de gran frustración, decepcionado y con cierto cabreo... Sus antiguos maestros de facultad ni siquiera se habían molestado en mirar sus datos... Pero lo que más le impresionó fue descubrir en la cara de esos maestros suyos, a los que había admirado durante años, una mirada robotizada e indolente alejada del deseo de conocer la verdad científica, una actitud de autosatisfacción fría y distante de la gravísima tragedia de **iatrogénesis** y muerte masiva que acaecía sobre la población y, en definitiva, una carencia desoladora del deseo, propio de todo verdadero científico, de saber la verdad y de buscar la bondad... Un deseo que el joven médico daba por supuesto que ellos, sus maestros de medicina que le habían estado enseñando, poseían... pero le demostraron que nada de eso era real... Se decepcionó al escuchar de sus bocas unas palabras vacías de sentido lógico y científico y aprendidas sin ningún criterio; se dio cuenta de que ya era tarde cuando les fue a visitar; la alucinación colectiva que impregnaba el aire ya les había contagiado... ya no podían pensar; de repente se dio cuenta de que esos antiguos maestros suyos ya no eran médicos sino que se habían convertido en otra cosa... Eran **especialistas y técnicos** de sus respectivos sectores dentro del engranaje del sistema de salud, conocían bien el protocolo que debían seguir y lo seguían a rajatabla sin hacerse preguntas; eso les permitía cobrar sus estupendos sueldos y tener la posición social que tenían. Comprendió que, estando aislados en sus parcelas de especialistas, nunca habían tenido contacto con el sida y no sabían ni podían saber nada sobre el tema en cuestión, por tanto, creían y sabían lo que todo el mundo creía y sabía por la prensa y no querían ni les interesaba saber nada más. No atendían a hechos y razones científicas, se sentían a gusto en sus parcelas de **especialidad** dentro de la medicina industrial, estaban a gusto y bien pagados y vivían sumidos en la aceptada e indolente confianza de que el engranaje del sistema sanitario, al que pertenecían, era insuperable y que funcionaba como debía; eran ciegos que conducían a otros ciegos hacia una muerte segura, es más, eran ciegos que no querían ver.

Poco tiempo después, ese **doctor nadie** empezó a vislumbrar por primera vez la tremenda realidad que se le presentaba: él estaba seguro de saber la naturaleza real de esa nueva enfermedad, no le cabía duda posible, puesto que

había comprobado todos sus datos una y otra vez... y otra; ya había asumido sin demasiado esfuerzo por su parte que era un doctor nadie, puesto que nunca había pretendido ser más que lo que era: un médico de pueblo; pero, aunque no fuese nadie y no quisiera discutir con quien no quiere saber y, desde luego, no tuviera la mínima intención de demostrar a nadie nada personal... él era médico, un doctor nadie, pero médico... y aunque se quiso apartar del tema en cuestión y volver a su agradable rutina diaria de siempre, no podía dejar de oír en su interior la llamada ancestral de su antiguo oficio que no le dejaba tranquilo ante la realidad que estaba viviendo y, sobre todo, soportaba con resignada dificultad el espantoso espectáculo de la **gran matanza** que acontecía a su alrededor y no soportaba el saber que esa matanza estaba siendo ocasionada por una situación de **iatrogénesis mortal** que acontecía ante la insoportable indolencia médica de sus antiguos maestros.

Las noticias de cada día, las numerosas tertulias televisivas, las advertencias de los organismos oficiales, la enorme cantidad de comentarios sobre el sida en todas partes y la cantidad de muertos... Toda la distorsionada realidad que se veía obligado a vivir en el ambiente social de ese tiempo... era como una película de terror macabro y fantasmal e interminable, y el médico de pueblo no disponía de un interruptor que pusiese fin al espectáculo dantesco de una realidad insoportable e imposible de digerir. El sentimiento de impotencia era completo y desolador al contemplar cómo estaba tomando “realidad” cada día más toda esa locura que estaba ocurriendo en su ciudad, en su país y en su mundo... ¿Por qué no conocía a ningún otro médico que viera lo que él veía?... Siendo tan evidente para él... ¿Por qué sus superiores no mostraron ni el más mínimo interés?... Esos mismos que le habían estado enseñando que la **ciencia no tiene dogmas** y que se basa en datos y comprobaciones y hechos reales y objetivos... ¿por qué no habían atendido a otro científico que les presentaba **hechos reales y datos objetivos** que hubiesen sido comprobados con extrema facilidad y sencillez?... ¿Qué estaba pasando?... Y lo que más le turbaba de sus maestros era... ¿por qué le habían amenazado?... ¿por mostrarles unos datos y comprobaciones que desmentían lo que afirmaba la prensa a todas horas y en todas partes?... ¿Qué intereses podían tener si no era el de curar a los enfermos?... El joven médico era un perfecto ingenuo antes de saber las respuestas a estas preguntas, lo cual acontecería tiempo después y, curiosamente, no sería la ciencia o la biología las que le iban a ofrecer esas respuestas que le harían comprender lo que de verdad estaba pasando.

Por otra parte, la prensa no dejaba de aterrorizar a la población y de esparcir la idea falsa de la presencia “real” de una nueva epidemia **infecciosa**. A todas horas y en todas partes se escuchaban noticias, documentales y tertulias sobre el sida. El joven médico, aunque lo procuraba, no podía escapar ni olvidar el tema; en todas partes se hablaba de contagio y de muertos famosos, en todas partes se escuchaba la amenaza de un apocalipsis de terror y muerte^[20]... pero él no era nadie y no podía hacer nada, no le habían escuchado y no lo iban a hacer; su alma de médico ardía de dolor, impotencia y rabia ante la alucinación colectiva de muerte que se vivía por todas partes; lo que estaba experimentando era una pesadilla constante que nunca acababa que, para colmo, sólo padecía él y que no podía contar a nadie sin que su interlocutor pensara que estaba loco o que, sencillamente, pensara que era un imbécil. Sabía que si escribía y publicaba sus conclusiones nadie le creería, pero tenía que intentarlo, tenía que gritarlo al mundo, tenía que proponerlo a los estudiantes de medicina, tenía que llamar la atención de la prensa... pero... ¿cómo hacerlo?... Recordaba las amenazas de sus superiores; le habían advertido en serio y sabía que tendría problemas si los desafiaba... En sus noches, se levantaba inquieto y a veces pensaba que tenía que escribir y publicar lo que sabía y a veces pensaba que no; lo empezaba y lo dejaba... Sabía que su vida se iba a complicar si escribía lo que estaba pasando pero, al mismo tiempo, no podía olvidar que él era médico y que si publicaba lo que sabía... quizá algún médico o estudiante o enfermo... lo leyera y lo comprendiera... quizá alguien más lo viera, quizá alguien se librara de la macabra alucinación; por otra parte, era muy improbable que un médico desconocido como él escribiese un ensayo en contra de la alucinación general y que alguien le escuchara; no sabía qué hacer, era como si un náufrago de una isla lejana enviara un mensaje en una botella; sus posibilidades eran mínimas y lo más probable sería que el mensaje se perdiera en el océano; pero su instinto se removía en su interior, su necesidad emocional o su deber de ser médico no dejaban de gritarle día y noche en su mente que debía hacer algo, que debía mandar una señal para que alguien escuchara... y un día decidió escribir un libro y lanzarlo a modo de un mensaje sin esperanza dentro de una botella a ese océano de información distorsionada y tóxica.

Los **antivirales tóxicos**, mientras tanto, se seguían administrando cada vez a más gente; los gobiernos de los países del primer mundo hablaban de lo caro que era el tratamiento con AZT-Retrovir, pero afirmaban, para tranquilidad de la gente horrorizada, que estaban dispuestos a proteger a todo el personal sin reparar en gastos; ante esta generosidad tóxica y ante la amenaza de muerte

inminente, los ciudadanos que habían dado positivo al test se afanaron en consumir la medicación tóxica que les llevaba... a una iatrogenesis mortal. El médico de pueblo vio morir por efecto de la medicación **retroviral** a muchos de sus pacientes, conocidos y amigos que, ante el terror mediático, se prestaban a hacerse los análisis y caían en la alucinación de muerte que invadía el aire; ese joven doctor nadie les quiso informar, les quiso zarandear para que despertaran de la alucinación, para que vieran y comprendieran la realidad, para que no se dejaran matar... pero todos tenían demasiado **miedo** y quizá quisieron creerle... pero él no era nadie... no era un catedrático, ni profesor, ni un médico famoso y, además, estaba solo, tanto que cada día se preguntaba si lo que estaba viviendo era real o era un mal sueño... Sin embargo, para compensar sus dudas y su dolor y para ayudarle a pensar que, a pesar de todo, muy probablemente tenía razón, **algunos pocos** pacientes suyos le creyeron, no tomaron la medicación tóxica y, aunque pasaban los meses y los años, se mantenían sanos y, finalmente, sobrevivieron a la alucinación y lo pueden contar en la actualidad, 25 ó 30 años después; pero esos pocos pacientes que creyeron y entendieron su explicación fueron la rara excepción, puesto que **la mayoría** tomaron a ese doctor nadie como un loco excéntrico o un lunático que les hacía señales desde otra realidad incomprensible para ellos; la mayoría le tomaron como un médico desautorizado o como un fantasmón que quería llamar la atención y hacerse famoso; casi nadie de sus propios pacientes pudo creerle porque el **miedo** no les permitió creerle, puesto que era el único médico que les decía tal cosa; pensaron que no podían estar todos equivocados excepto ese doctor que, al fin y al cabo, no era nadie: sólo un pobre médico de pueblo sin títulos y sin fama; por sentido común, despreciaron sus explicaciones y sus llamadas a la reflexión con lógica y se trataron con el letal AZT-Retrovir y, como no podía ser de otra manera, todos ellos **sin excepción** murieron en unos pocos meses [\[21\]](#).

EJERCER LA MEDICINA FUERA DE LA LEY

El médico apócrifo siguió con dificultad el ejercicio de su oficio durante un tiempo, pero pronto fue consciente de que para ejercer su cometido, para actuar como médico siendo fiel a la realidad que conocía y que había comprobado y teniendo consciencia de que no estaba loco, tenía que convencer a sus pacientes de que todo lo que anunciaba la C.C.I. y **toda la prensa** mundial a todas horas y en todas partes... era mentira; tenía que quitarles de la cabeza la idea y la fuerte convicción de estar infectados por un virus mortal que les iba a matar sin remedio; el joven médico se tuvo que enfrentar a un fenómeno del que no le habían hablado sus maestros de la facultad: **el miedo iatrogénico** o el miedo que los médicos pueden introducir en la mente de sus pacientes y su efecto letal; en alguna ocasión había leído algo sobre el poder psicológico del fenómeno **vudú** en África y lo había tomado como un exótico fenómeno poco probable, pero descubrió que la sentencia de muerte impuesta por la “ciencia médica” sobre una persona que confía en esa ciencia y en ese médico... se puede convertir en realidad. En la facultad de medicina nunca le habían enseñado nada sobre la realidad del efecto **vudú** y quizá sus maestros en psicología no creían que existía tal cosa; pero ahora que ese médico se enfrentaba al **miedo** comprobó su poder letal cuando se adueña de la mente humana e iba a comprobar que luchar contra ese miedo y vencerlo... era una ardua, difícil y muchas veces imposible tarea; en efecto, comprobó sin lugar a dudas que el miedo **iatrogénico** introducido en la mente de los seropositivos era perfectamente capaz de producir la **muerte** de los pacientes por efecto **vudú**; el joven e inexperto médico aprendió que la iatrogenesis no era solamente una cuestión química o de mala medicación sino que, además, existía la **iatrogenia psíquica** inducida o introducida a traición y con toda confianza por el propio médico que, en este caso, actúa como si fuera un brujo africano que aplica el **vudú**.

El médico internista comprobó el efecto vudú del **miedo** cuando tuvo la experiencia de atender a muchos pacientes que cuando se hicieron los análisis del sida, en ese momento estaban completamente sanos y sin síntomas, pero si el análisis les salía positivo^[22]... la vida les cambiaba de un momento para otro... el mundo se les venía abajo y entraban en un estado de paranoia asfixiante: la prensa diaria, el cine, la televisión, su médico, su madre, su novia... **todo el mundo**... les decía, les convencía y les recordaba, a todas horas y en todas partes, que tenían en su sangre un virus mortal que les iba a matar al menor

resfriado, a la menor diarrea... la gente les temía y les marginaba... y ellos, ante la información oficial y mediática constante, estaban cada vez más convencidos, por efecto **vodú** o por efecto de la inducción **psíquica**, que es lo mismo, de que lo que tenían en su interior les iba a matar sin remedio... y, por si eso fuera poco, muchos de ellos además se entregaron a la medicación tóxica (el AZT) y murieron envenenados de la mezcla mortal de **iatrogenia psíquica y química**.

El médico de pueblo que, además, no era nadie, tenía que convencerles de que ese peligroso virus no existía y que no debían creerse que estaban condenados a morir por necesidad y que, en realidad, estaban sanos y que lo único que debían hacer era cuidarse como todo el mundo y no creer en toda la información que les llegaba por todas partes y a todas horas; tenía que intentar protegerles del efecto **vodú** con razonamientos lógicos; la tarea era verdaderamente difícil e, incluso, imposible en la inmensa mayoría de casos; además, debía convencerles también de lo tóxica y peligrosa que era la medicación **oficial** que les había prescrito el sistema oficial de salud y lo importante que era que la dejaran de tomar para poder conservar la **salud** y salvar la vida.

Con esta conducta médica rebelde ante la doctrina oficial y mediática que le exigía su conocimiento y su consciencia de saberse cuerdo, el médico disidente era perfectamente consciente de que, por primera vez, ejercer su oficio con responsabilidad era enfrentarse a una “alucinación colectiva” con efecto **vodú** o con efecto **iatrogénico psíquico** imposible de hacerla desaparecer de la mente de los pacientes y, además, era oponerse al tratamiento oficial en todo el mundo occidental; además, era consciente de que eso que tenía el deber de decir y de hacer era ir en contra del **dogma** indiscutible y oficialmente asumido que proponía la C.C.I. y, por si fuera poco, pronto se iba a enterar de que **la ley** le iba a convertir en un peligroso delincuente al que poder perseguir y castigar por oponerse a esa **alucinación colectiva**.

El médico disidente sabía que se estaba metiendo en la boca del lobo cuando empezó a recibir amenazas legales de familiares de pacientes que querían demandarle por inducirles a dejar el tratamiento tóxico oficial, y esto le hizo comprender que no sólo se enfrentaba a sus superiores académicos sino a algo más grande; empezó a darse cuenta de que, en realidad, se estaba enfrentando a un poder formidable que dominaba y dirigía **todo a todos** los niveles en **toda** la “sociedad del bienestar”: la universidad, la legislación, la prensa, los gobiernos... Todo el entramado social estaba bajo el poder de **algo indefinido**,

algo así como una mente única, un alguien... que tenía un carácter inequívocamente macabro, malvado y satánico que no podía definir con exactitud... pero era **algo o alguien...** que había creado el fraude del sida y le interesaba mantenerlo... Ese **algo o alguien** estaba ejerciendo un efecto **vudú** sobre toda la sociedad moderna, estaba provocando un fenómeno de **iatrogénesis** general en gran parte de la población. Fuera lo que fuese ese **algo o alguien**, la situación real que tenía delante ese médico disidente era totalmente indigerible, insoportable y abrumadora, y en algún momento pensó en abandonar y alejarse del tema o en apuntarse a los médicos sin fronteras y desaparecer... Cada día tenía más ganas de descansar de la pesadilla que estaba viviendo y alejarse; quiso pensar que el tema del sida no era su responsabilidad y que nada podría hacer... pero ese genio interior que le había llevado a ser médico desde muy joven no le dejaba tranquilo y, finalmente, se decidió a ejercer su oficio costara lo que costara y escribió sus experiencias y sus datos en un ensayo con la esperanza de que alguien comprendiera y, con ello, tuviera la posibilidad de librarse de la alucinación colectiva y de esa muerte **tóxica** que se extendía sin cesar por toda la sociedad.

Unos meses después de la publicación del libro^[23], ese **algo o alguien** que manipulaba a toda la sociedad y había creado la alucinación colectiva fue a buscarle y llamó a su casa: ese **algo** incitó al colegio de médicos a abrirle a ese médico rebelde un expediente disciplinario en febrero del año 1994; el médico de familia recibió una carta donde se le comunicaba que tenía que someterse a un tribunal interno que podría expulsarle del colegio de médicos, inhabilitarle profesionalmente o denunciarle ante la ley por atentar contra la salud pública.

Ese doctor nadie, que, además, estaba y se sentía absolutamente solo, era plenamente consciente de que, dado el estado hipnótico general de paranoia y ante la gravedad con que la prensa presentaba el sida, ningún colega, ninguna asociación, ningún organismo, ningún sector de la prensa... le iba a creer y, mucho menos, a defender; se dio cuenta de que vivía en tierra hostil, estaba en el terreno del enemigo y nadie le iba a tener como uno de los suyos; todo el mundo estaba convencido de la visión oficial, todos estaban bajo los efectos de la alucinación colectiva y a todos los que le conocían les parecía que ese doctor nadie estaba loco o era un excéntrico peligroso... Todos estaban contra él... El joven médico de pueblo se dio cuenta en pocos meses que estaba perdido, era un forajido sin guarida para refugiarse y sin camaradas que le apoyasen, se había enfrentado a la **única medicina** y, por ello, sus días estaban contados... puesto

que ese **algo o alguien** había ordenado a los guardianes del dogma oficial de la C.C.I. en su zona que acabaran con él, y el colegio de médicos, obediente al mandato de ese **algo**, se dispuso a cumplir la orden y a aplastarlo como a un bicho y con todas las de la ley; el médico disidente se sentía atrapado en una realidad horrorosa y sin solución posible, como si se hubiese convertido en un personaje de pesadilla propio de una novela imposible y nunca escrita de Stephen King.

Pero la Providencia tuvo el detalle de ayudar a ese médico acorralado porque, dos semanas después de haber recibido la carta del colegio de médicos, salió en todas las televisiones de España una noticia inesperada y que todos los locutores de todas las cadenas leyeron muy serios y con cara y actitud de evidente y expresivo asombro^[24]: la extraña e inesperada noticia era que el premio Nobel de Bioquímica del año anterior (1993), Dr. Kary Mullis, afirmaba con toda claridad ante la prensa, en un congreso de biología molecular celebrado en Toledo, lo mismo que aquel insignificante doctor nadie al que iban a borrar del mapa para siempre; su afirmación era clara y sin equívocos: el Dr. Mullis afirmaba ante la prensa que el sida no era, ni podía ser, una enfermedad infecciosa causada por el famoso virus VIH... Esa noticia, y el revuelo momentáneo que causó entre los médicos y biólogos que la oyeron, paralizó de momento a los jueces del colegio de médicos, puesto que Kary Mullis^[25] era un Nobel en biología molecular y, como tal, él sí era **alguien** y, además, de los **grandes** dentro de la propia C.C.I., y esa circunstancia quizá llamó a la prudencia a los inquisidores que querían aniquilar a ese médico de pueblo insignificante y molesto; y, gracias a esa actitud de prudencia ante la extraña y providencial noticia que había salido en todos los telediarios, decidieron esperar novedades al respecto, puesto que ellos, en realidad, no sabían nada del sida ni del famoso virus VIH; los jueces del colegio de médicos eran **especialistas** de sus respectivos campos y no sabían, ni podían saber, si el sida era una infección o una intoxicación; en realidad no sabían ni podían saber nada de nada; su información sobre el tema, como ya hemos dicho, era sólo mediática, como la de cualquier ciudadano, y ante tan inesperada noticia no sabían a qué atenerse y pensaron que era mejor esperar a ver cómo acababa la cosa y pospusieron el tema.

El joven médico disidente, muy consciente ya de que vivía en tierra hostil y de su precaria situación legal y profesional, aprovechó esa indecisión y desapareció del mapa, él mismo, durante varios años; se despidió por carta de

sus pacientes, cerró su consulta médica y dejó de pagar cuotas al colegio de médicos, cortó toda comunicación y desapareció de la circulación durante años... Pensó en ausentarse hasta que las aguas se calmaran, puesto que se había visto verdaderamente apurado y empezaba a tener una constante sensación de asfixia por la presión académica y legal y, sobre todo, por la insoportable vivencia emocional que se veía abocado a aguantar.

Una vez fuera del sistema y “liberado” de toda esa experiencia surrealista y macabra vivida en pocos años, el ingenuo médico de pueblo, que, a pesar de todo, había podido conservar bastante intacta su cordura, inició una recapitulación de todo aquello que había pasado, de todo lo que le había sorprendido, de todo lo que le había decepcionado... aunque se percató de que también era mucho todo lo que había aprendido de manera dolorosa, sí, pero el aprendizaje que había adquirido iba a ser muy importante para su madurez como médico; había observado fenómenos sociales y personales que nunca creyó que fueran posibles: había conocido de primera mano el efecto **vudú** que posee **el miedo iatrogénico** sobre los enfermos y ahora sabía que la **iatrogenia** creada por el miedo era capaz de matar. Había visto cómo o de qué manera la propia **prensa** era capaz de producir una “realidad” fantasma o una alucinación colectiva, simplemente, con el formidable poder hipnótico de las imágenes y los comentarios repetidos de los medios de comunicación. Había comprobado que eso que se llama **c.c.i.** no es un grupo de ancianos venerables e insobornables a quienes les interesa el conocimiento científico y la salud de los ciudadanos, sino que eran un conjunto de **intereses económicos** con capacidad para convertirse en los creadores o los guionistas de unas alucinaciones colectivas “reales” y de carácter satánico aunque con posibilidad de ser muy rentables para la industria médica; esa **c.c.i.** estaba al servicio de las multinacionales farmacéuticas y, para hacer negocio, era capaz de imaginar y de crear cualquier realidad paranoica sin necesidad alguna de que fuera **real**, puesto que la **prensa** cómplice era perfectamente capaz de proporcionarle **verdadera “existencia”** y hacerla o convertirla en **verdadera “realidad”** con toda la facilidad del mundo... Pero lo que le espantó fue el empezar a vislumbrar que toda esa alucinación de **terror, intoxicación y muerte colectiva** obedecía a un **plan** monstruoso que había diseñado una **entidad extraña** y desconocida que estaba por encima de esa **c.c.i.** y que la dirigía; el médico de pueblo intuía que había un **algo o alguien** que, de manera solapada y secreta, era quien en realidad mandaba, con mano de hierro, sobre todos los estamentos, estructuras y organismos oficiales de esta sociedad moderna; mandaba y dirigía a **la industria, la prensa, la c.c.i., la docencia, los**

gobiernos, la legislación... Intuyó la existencia de un elemento desconocido y misterioso como un **algo o alguien** o como una “entidad” difusa y confusa que estaba empeñada en propagar la **mentira** y el **veneno** entre la población de Occidente; no sabía, no podía imaginar y no se podía explicar qué era ese **algo o alguien**, pero había notado su “presencia” y su poder de manipularlo todo en esta “sociedad del bienestar”... Incluso había notado el aliento de ese **algo** en su propio cuello y notado también que había estado a punto de asfixiarle... El joven médico no sabía qué era o quién era ese **algo**... pero estaba a punto de saberlo.

CAPÍTULO 6.
LA SOCIEDAD DE LA BESTIA

UN AMABLE Y LUMINOSO MENSAJERO EN MITAD DEL CAMINO

Durante los años sabáticos que ese médico disidente y rebelde se vio obligado a vivir con la finalidad de desaparecer del mapa, como no hay mal que por bien no venga, tuvo tiempo de viajar, de estudiar y de cambiar de aires; durante todo ese tiempo no dejó de aprender y de responderse a preguntas; entre las respuestas que encontró, una de las más importantes fue la de saber con certeza qué era **ese algo o alguien... esa entidad o ese poder** capaz de manipular la realidad, capaz de regir o dirigir con autoridad indiscutible a todos los estamentos de nuestra sociedad, capaz de crear alucinación colectiva, capaz de mentir a toda una sociedad e, incluso, capaz de conducir a toda esa sociedad hacia su **aniquilación total...** El conocimiento o descubrimiento de la existencia real de **tal cosa o de tal entidad** no se la proporcionó la medicina ni la biología, sino que fue el resultado de unas curiosas y luminosas conversaciones con un personaje con el que se encontró “casualmente” mientras hacía el Camino de Santiago.

El personaje en cuestión fue un viejo sacerdote católico con el que se tropezó en la ciudad castellana de Burgos, el padre Ignacio; ocurrió que el joven médico rebelde, en ese momento, estaba en el papel de peregrino a Compostela, aunque estaba haciendo el camino con una intención o carácter deportivo y lúdico y sin ningún propósito religioso; el encuentro se produjo cuando el médico tuvo que hacer un receso de tres días en esa hermosa ciudad castellana debido a unas ampollas que le habían salido en los pies por la caminata; allí se encontró con el P. Ignacio, otro peregrino que, en su caso, sí era un peregrino con pleno carácter devoto y religioso y que se ofreció amablemente al médico lisiado para ponerle un unguento a base de árnica, raíz de consuelda y aceite de hipérico que el propio sacerdote y peregrino devoto se había fabricado; el viejo y amable cura se ofreció a darle unos masajes con su unguento artesano y calmante además de ofrecerle una agradable conversación; el cura era mayor, de unos sesenta y muchos años, y según le contó al joven médico había dedicado su vida a su vocación sacerdotal y, como tarea secundaria, a dar clases de historia en un colegio de bachillerato y, al jubilarse de su tarea de profesor, había decidido hacer su peregrinación a la ciudad del apóstol Santiago; el cura había completado ya su peregrinación a Compostela y, en ese momento de su encuentro con el médico en Burgos, el cura peregrino estaba ya haciendo el camino de regreso a su tierra y a su vida cotidiana.

Al principio de la relación entre los dos peregrinos, el lisiado médico no tuvo ningún deseo ni intención de hablarle al cura de su situación personal, ni de su exilio laboral ni de su frustrante y desesperada realidad profesional; no quería hacerlo puesto que estaba cansado ya de que casi nadie creyera en su extraña historia y de que le tomaran por loco o por un excéntrico... si contaba su visión sobre el asunto del sida; estaba cansado de que le hiciesen muecas y comentarios de incredulidad y que, en el mejor de los casos, le expresaran su perplejidad o le acusaran de necio imprudente y, por todo eso, decidió guardar silencio en el rato en que el sacerdote le imponía el unguento y trataba de darle conversación; pero el viejo sacerdote poseía una gran intuición y, a pesar de que la conversación parecía concentrarse en el estado del tiempo o en la política del país, intuía o adivinaba que algo gordo estaba atormentando la mente y el ánimo de aquel joven médico y, finalmente, se ofreció con amabilidad a ayudarlo.

Al atardecer del segundo día después de su encuentro, el viejo cura dijo al médico:

– “Usted perdone, doctor, pero presiento que hay algo que perturba su mente y que le preocupa sobremanera; hay una expresión en su rostro que delata que existe un grande y profundo dolor en su ánimo; yo soy un viejo confesor y estoy acostumbrado a escuchar a la gente sin extrañarme de nada, quizá pudiera ayudarlo; si quiere, puede contarme qué es aquello que le preocupa”.

Hizo una pequeña pausa y continuó diciendo:

– “Aunque en su caso no se trate de una confesión formal, por mi larga experiencia sé que hablar en confianza de nuestras preocupaciones y problemas calma la mente y disipa la angustia, temporalmente al menos; yo, quizá por deformación profesional, si a usted le parece bien estoy dispuesto a escucharle con atención”.

Ante estas palabras y ante la actitud inocente y amable del cura, el joven médico se dispuso a contarle su experiencia, aunque sin ninguna esperanza de que aquel improvisado y voluntario confesor le comprendiera lo más mínimo y mucho menos que le creyera, pero pensó que, al menos, no le insultaría ni le recriminaría con demasiada dureza su extraña vivencia y su excentricidad; por otra parte, hacía ya bastante tiempo que no hablaba del tema con nadie y, en efecto, su experiencia frustrante y cargada de historias tristes y de numerosos casos de muerte de tanta gente joven a la que había conocido y tratado suponía y comportaba una gran sensación de pena y un inmenso dolor que le pesaban en su

ánimo; los últimos años estaban cargados de vivencias que le habían llenado de desconcierto, desesperanza y dolor, y pensó que quizá tenía razón el cura al decirle que aquel estado mental se le veía en el semblante y le afectaba a su expresión corporal. Y decidió descargar su mente contando su historia a aquel peregrino al que no conocía de nada y que lo más probable fuera que nunca más volvería a encontrarse con él y, por esas características, quizá era el tipo de confidente más idóneo.

Contrariamente a lo que esperaba el médico, su interlocutor demostraba con su actitud escucharle con aparente interés y sin muecas expresivas que denotasen sorpresa e incredulidad, como así había ocurrido tantas veces con todos los interlocutores que le habían escuchado con anterioridad; es más, cuando acabó de hablar el médico, su interlocutor le aseguró que no sólo le creía sino que tenía una explicación que le haría comprender al médico la causa o motivo de todo lo que había vivido, pero que esas explicaciones se las daría el día siguiente ya que la charla había sido larga e intensa, hacía rato que había anochecido y era tarde para un viejo cura como él, puesto que estaba acostumbrado a tener un rato de oración antes de retirarse.

Al día siguiente, a eso de las nueve horas, el cura ya había celebrado su misa y había acudido al encuentro concertado el día anterior; el médico le estaba esperando e invitó al cura a desayunar y se fueron a un bar cercano al albergue de peregrinos; allí, después de pedirse unas tostadas y un café con leche caliente, iniciaron una conversación con la que el cura intentó explicar a su joven interlocutor cuál era la verdadera causa de la alucinación colectiva con la que el médico se había enfrentado, y también le hablaría de otras alucinaciones y errores que el mundo actual y la ciencia estaban sufriendo:

– “Querido doctor, yo tengo una explicación a toda esa situación de confusión y engaño que está usted viviendo dentro de su profesión, aunque tengo que advertirle que esa explicación no es de naturaleza científica o biológica sino que es una explicación histórica y, cómo decirlo, es también una explicación de un carácter moral y religioso, todo lo cual no es de extrañar puesto que yo, como usted ya sabe, soy un profesor de historia y un sacerdote; pero, no obstante, estoy seguro de que usted, aunque no sea religioso, podrá comprender parte del sentido que tiene esa explicación que le voy a dar, puesto que usted se ha topado, directamente, con una situación que le es difícil comprender ya que esa extraña vivencia que usted ha experimentado no tiene una explicación de naturaleza científica; usted acaba de tener un encuentro pero no se ha tropezado con una

cosa concreta sino con una situación extraña que se caracteriza por un comportamiento anómalo, extraño y sin ningún sentido lógico de toda una sociedad o de todo un mundo; eso sí, se trata de una sociedad o un mundo que es el suyo y no comprende por qué se comportan así tanto sus colegas médicos como la prensa y los ciudadanos en general; usted no comprende esa situación que le ha tocado vivir pero, como usted mismo dice, se ha dado cuenta o por lo menos tiene la intuición de que esa situación es producida o provocada por un “**algo**” indeterminado, una **fuerza** inespecífica, irracional y desconocida que es capaz de manipular a todo ese mundo o esa sociedad y hacerla enloquecer o alucinar y sumiendo a todos dentro de una alucinación colectiva o de una **mentira** que está llevando a mucha gente joven al envenenamiento y a una muerte masiva... ¿No es así como me lo ha descrito?”

El médico asintió con un sentimiento de satisfacción y descanso, puesto que así se lo había descrito el día anterior, después de una larga explicación que, en efecto, le produjo un saludable desahogo.

– “Pues bien, yo sé qué es ese “**algo**”, o puedo decir también: yo sé quién es ese **alguien** que usted ha intuido, esa **fuerza** o esa **entidad** confusa, difusa e indeterminada capaz de confundir con la **mentira** a todo el mundo y crear una situación general de alucinación mortal en toda la sociedad... A ese **algo** yo le llamo **la bestia**, y es un “personaje” de naturaleza o esencia psíquica cuya aparición en el seno de la sociedad está predicha o profetizada hace cerca de 2.000 años por un autor cristiano, el apóstol san Juan, en su conocido libro del Apocalipsis”.

El cura, de repente, paró ahí su relato... Dejó de hablar paralizado ante la expresión facial con evidentes signos de incredulidad que le presentaba el joven médico; a éste se le había puesto un semblante de decepción y desagrado ante las primeras palabras del sacerdote y se recostó sobre el respaldo de su silla con un gesto de evidente escepticismo; el médico rebelde sintió que esta vez se habían cambiado las tornas y, al contrario de lo que solía pasar, era él mismo el que, ante las palabras de su interlocutor, se mostraba escéptico y, además, ponía cara de incredulidad y de cierto hastío ante el relato que el viejo cura le estaba empezando a ofrecer. Quiso ser sincero con aquel cura que le había estado tratando con tanta amabilidad y le dijo:

– “P. Ignacio, el problema es que yo no creo en la existencia real de personajes míticos, ni creo en la posibilidad de profecías, ni en los libros religiosos, ni en la existencia de ángeles ni de demonios”.

Afirmó el médico con un sentimiento de decepción ante el inicio de la explicación del cura. Quiso ser honesto y aclararle al cura su escepticismo intelectual y su falta de fe religiosa, puesto que, en ese tiempo, el médico hacía tiempo que ya no era creyente religioso sino un perfecto y aséptico agnóstico sin llegar a ser ateo; en realidad, el médico se tenía a sí mismo como un personaje racional y positivista, de mentalidad moderna y escéptico y, desde luego, muy alejado de sus antiguas creencias religiosas que, eso sí, había tenido y practicado en su infancia y en el seno de su familia hasta su llegada a la universidad, donde adquirió un pensamiento positivista, materialista y descreído que le proporcionó su actual visión moderna de la realidad que, sin duda, él consideraba superior a la que le había ofrecido su antigua fe familiar; desde el tiempo de sus estudios universitarios él se consideraba un científico racional, realista y moderno y totalmente liberado de todo rastro de pensamiento religioso que él, desde entonces, consideraba como superstición propia de mentes primitivas.

El padre Ignacio, después de escuchar al médico escéptico, sonrió con una sonrisa afable y comprensiva, soltó un largo suspiro que denotaba gran paciencia y comprensión, se relajó y con voz serena y amable le dijo:

– “No se preocupe, doctor, hace poco que nos conocemos y, sin embargo, es muy evidente para mí que usted no es creyente, aunque lo fue en su infancia y primera juventud; por tanto, voy a procurar no darle demasiados argumentos religiosos para explicarle lo que le voy a explicar; en realidad, los argumentos y los hechos que voy a utilizar en mi exposición intentaré que sean de carácter psicológico, sociológico, histórico e, incluso, dentro de mis posibilidades, científico o antropológico. Doy por supuesto que usted no cree en personajes míticos ni en los demonios porque está acostumbrado a la imagen antropomórfica popular que todos tienen de ellos y quizá se los imagina con cuernos, con rabo y que huelen a azufre como los que aparecen en el arte pictórico y en la tradición popular y, al nombrarle a la **bestia**, quizá se la ha imaginado como un dinosaurio con varias cabezas que exhalan fuego por sus bocas... Ni yo mismo creo en esos seres tal y como usted se los imagina; los “personajes” a los que yo me refiero y, concretamente, este al que llamo la **bestia** no manifiestan su existencia de una manera “corporal” o “física” y, desde luego, no huelen a azufre... Este personaje no es una entidad física, no es un ser concreto de carne y huesos sino que es de naturaleza **psíquica**; su “cuerpo” no está formado de materia física como el suyo o el mío sino que está formado por un conglomerado de **conceptos e ideas** que dan forma y estructura a una manera

peculiar de pensar; su esencia está formada por una manera de ver la realidad que es común o predominante en nuestra sociedad occidental. La **bestia** podríamos decir, también, que es el “consciente colectivo” dominante en esta cultura moderna de la que nos sentimos tan orgullosos; por tanto, es una entidad de naturaleza psíquica; es una forma agnóstica o atea de “pensar y ver la realidad” de acuerdo a unos **axiomas** falsos aceptados por la mayoría de los ciudadanos actuales; la **bestia** es un tipo de pensamiento o de consciencia que incita a creer en unas verdades que no son verdaderas y a tener una escala de valores invertidos; en definitiva, es una forma de vivir la vida propia de la cultura moderna o contemporánea que es **esencialmente** una forma falsa. Ese “consciente colectivo” dominante y compartido por todos es la **bestia** propiamente, o sea, es una forma colectiva de pensar donde la conducta valorada como buena del ciudadano moderno está enmarcada dentro de unos márgenes que van desde lo legal a lo políticamente correcto, y todo ello sometido de manera **indiscutible** al poder del **dinero** o a lo económicamente más rentable y donde la vida humana no tiene valor ni dignidad; esa “forma de pensar” o ese “consciente colectivo” propio de la **modernidad** y que domina la conducta humana a todos los niveles no es una entidad física, como usted puede entender, pero se puede decir que es una entidad de naturaleza psicológica y sociológica que habita en la mente de la mayoría de los miembros de nuestra sociedad moderna; sobre todo en la mente de los líderes políticos y económicos que dirigen el mundo. Pues bien... Ese conglomerado de ideas y conceptos modernos que forman ese “consciente colectivo” es la **bestia**.

Espero que pueda entender, pues, que la **bestia** no es como un monstruo de carne y hueso sino una **entidad real** cuya cabeza es el **dinero** y que su “naturaleza” está hecha a base de esas ideas, esos anhelos, esas filosofías materialistas, utilitaristas, positivistas, existencialistas... que mueven el mundo y de esa escala de valores propios de la “cultura dominante”. La **bestia**, por tanto, es ese “consciente colectivo” o esa “cultura moderna” que compartimos todos, que parasita nuestro pensamiento y dirige nuestra conducta y que, por todo ello, domina y dirige a la “sociedad del bienestar” donde el **dinero** es el dios supremo.”^[26]

El médico cambió de postura y de actitud cuando creyó empezar a comprender a qué se refería el cura al explicarle cuál era la verdadera naturaleza de la **bestia**; y para avisar a su interlocutor de que estaba empezando a comprender su explicación, dijo:

– “Padre Ignacio, lo que me está usted tratando de decir es que ese “personaje” es una “entidad” cuya realidad o existencia está formada por los pensamientos, convicciones, ideas predominantes, intereses y visiones de la realidad que son mayoritarios en nuestra sociedad y que conforman nuestra cultura moderna. Según su descripción, también podríamos decir que la **bestia** habita nuestra mente y nuestro consciente colectivo y, desde ahí, dirige nuestra política, conducta social y personal y, en general, el sentido de nuestra vida en nuestra cultura actual y en nuestra sociedad”.

– “Lo ha entendido usted perfectamente, doctor; le felicito” – contestó el cura con una sonrisa de satisfacción. – “Y habrá comprobado que en toda la descripción y en toda explicación no he utilizado “casi” ningún concepto ni palabra religiosa ni he apelado a la fe cristiana para explicarle la verdadera naturaleza de la **bestia**”.

El cura, viendo el cambio de actitud del médico y el cambio de semblante que se producía en su cara, prosiguió su explicación.

LA BESTIA EN LA HISTORIA

– “Permítame presentarle unos párrafos del libro del Apocalipsis donde se habla del tiempo de la **bestia**, para poder explicarle como historiador cuándo y cómo hizo su aparición en la historia de Europa esa **entidad psíquica** o esa manera de pensar que dio nacimiento a ese “consciente colectivo” al que nos referimos con el nombre de la **bestia**”, dijo el cura mientras daba un sorbo con el que pretendía finiquitar su taza de café y tomaba una postura cómoda y relajada como para iniciar una larga explicación.

– “En el Apocalipsis de san Juan se dice, claramente, que esa bestia estaría presa durante 1.000 años y que, transcurrido ese período, sería soltada para parasitar la mente de los hombres... Entonces... ¿Qué período de la historia corresponde a esos mil años en que la bestia iba a estar encadenada y qué período corresponde al tiempo en que iba a estar suelta?”

Como historiador que soy, en mi humilde opinión, yo identifico ese período de mil años en que la **bestia** ha estado encadenada al tiempo transcurrido entre el siglo IV, cuando el cristianismo fue instaurado como religión oficial en Occidente por el emperador Constantino, hasta el siglo XIV, cuando fue abolida la Orden del Temple; es decir, para mí el período en que la **bestia** estuvo presa y bajo control y, por tanto, sin poder ejercer su influencia y su dominio maléfico sobre la sociedad fue el tiempo de la Edad Media. Como usted quizá sabe, ese período de la Edad Media fue el tiempo en que **Europa** se llamó **la Cristiandad** y no es por casualidad que ese tiempo medieval sea definido y descrito por los modernos “intelectuales”, profesores de universidad y periodistas actuales como una época de “oscurantismo” y de “barbarie” y como un tiempo de ignorancia y superstición felizmente superado por la aparición de la “Ilustración” del pensamiento humano de los tiempos modernos. Como le digo, no es casualidad que califiquen a la Edad Media con el apelativo de tiempo de “oscurantismo” y “barbarie” los historiadores modernos... puesto que éstos pertenecen a la cultura de la **bestia**; por eso, “intelectuales” de la **modernidad** califican a la Edad Media como una época oscura y bárbara puesto que, al fin y al cabo, siguen la doctrina y los postulados de la **bestia** y hay que recordar que **ésta** estaba bajo control y, por tanto, sin poder imponer su influencia en esa época medieval, puesto que, como usted seguramente sabe, en ese tiempo, la moralidad religiosa propia del cristianismo, impuesta por la Iglesia, regía la conducta personal y colectiva de

los pueblos de la Cristiandad o, lo que es lo mismo, regía e inspiraba la cultura medieval en su totalidad. No hay que olvidar que en la Edad Media el poder social y político de los papas era enorme y los reyes y nobles que regían a los pueblos se sentían vasallos del poder espiritual de los papas y tenían un gran concepto de la moral cristiana y la imponían a sus súbditos”.

El profesor de historia hizo una pequeña pausa para comprobar si el médico le seguía su relato histórico, y además le hizo una pregunta:

– “Doctor... ¿Le gusta o le interesa a usted la historia como curiosidad intelectual o como conocimiento cultural?... ¿Lee usted algo de historia en sus ratos libres?”.

A lo que el médico contestó como con ganas de explicarse:

– “No soy un profesor como usted pero puedo decir que soy un buen aficionado a ella; me encantan los libros y los documentales de historia; además de mis estudios en el bachillerato, me ha interesado siempre y he tenido mucha curiosidad por la historia del mundo y, por ello, he leído bastantes libros e, incluso, puedo decirle que me encanta la novela histórica y, por esa afición personal, puedo seguir su explicación con facilidad y reconozco que en la Edad Media, en efecto, la doctrina cristiana regía toda la cultura y la conducta social de los pueblos de Europa y los reyes y nobles se sentían vasallos del papa”.

El cura, tranquilizado y satisfecho con el comentario del médico, siguió argumentando y exponiendo su explicación histórica:

– “Bien, pues si es aficionado a la historia seguramente sabrá que, en esa “supuesta” época “oscura” de la Edad Media, el **dinero**, esa cabeza principal de la **bestia**, estaba bajo el férreo y riguroso control de esa moralidad cristiana que practicaban todos los reyes y pueblos de Europa; ese control sobre el **dinero** llegaba hasta tal punto que estaba totalmente prohibido por la Iglesia el cobro de intereses por aquellos que hacían préstamos, es decir, estaba prohibido el negocio bancario y, por tanto, la usura y la especulación en la que se basa la visión capitalista de la vida actual; los negocios y las inversiones especulativas no existían o eran mínimas y, por tanto, no operaban ni regían la vida económica en la Edad Media. Por otra parte, los reyes y los nobles controlaban a los burgueses con impuestos y con el precio de los productos y el poco dinero que existía, como no se podía especular con él, se utilizaba bajo el control de clérigos y nobles para construir catedrales, monasterios y castillos o para hacer hospitales que, por cierto, entonces eran gratuitos y eran lugares donde se atendía a pobres

y a peregrinos; por tanto, con el control de la producción y la distribución del **dinero** por parte de la Iglesia y el control que sobre **él** tenían los reyes cristianos de la Edad Media se impidió, totalmente, el nacimiento, la creación y existencia del **capitalismo, el mercado libre** y de la **especulación** de una manera total y efectiva durante 1.000 años; es decir, durante la “oscura” Edad Media se tenía controlada la cabeza de la **bestia**, o sea, estaba controlado el **dinero**, que es tanto como decir que la **bestia** estaba encadenada. De hecho, el negocio de la banca se inició en el Renacimiento italiano, entre los siglos XV y XVI, con el nacimiento de las primeras repúblicas burguesas en Italia y Holanda que lograron zafarse de la influencia de la Iglesia; precisamente fue en ese tiempo cuando la Iglesia empezó a perder poder social y político y su influencia sobre la sociedad empezó a ser reemplazado por el poder del **dinero**, que, poco a poco, se liberaría de las cadenas y le iría ganando terreno a la Iglesia hasta lograr vencerla unos siglos más tarde. Por cierto, doctor, en la Edad Media la medicina era ejercida por monjes y clérigos que atendían gratis a los enfermos y no hacían negocio y, desde luego, no existían las empresas farmacéuticas; por tanto, la medicina no era, ni tenía posibilidad de ser, un gran negocio ni una de las cabezas de la **bestia** como lo es ahora... Con toda esta legislación medieval inspirada en la moral y la doctrina de la Iglesia, como usted comprenderá, era bastante improbable que el **dinero**, la especulación y la industria, principales cabezas de la **bestia**, tuviesen alguna posibilidad de dirigir el mundo, como pasa ahora.

Con ese panorama propio de la “oscura” y “bárbara” Edad Media donde primaba la moral cristiana y donde la cultura del **dinero** y del consumo estaba prohibida, se comprende que sea de lo más normal que desde la cultura de la **bestia**, donde sabemos que el **dinero** es el valor más importante y la máxima motivación para todo, donde el consumo de bienes, cosas y artefactos se considera cultura, progreso y civilización, donde la producción de basura es sinónimo de alto nivel de vida y donde la moral cristiana es tenida como un retraso mental... Desde esta cultura, digo, es normal que se piense en la Edad Media como una época de falta de libertad, de oscurantismo y de barbarie... y es que durante el tiempo en que Europa se llamó la Cristiandad, el **dinero** estaba atado con cadenas y la cultura del consumo no estaba presente y ni siquiera se conocía; efectivamente, la Europa medieval era una sociedad completamente distinta de la actual y con valores y principios totalmente diferentes... porque la **bestia** estaba atada con cadenas en el fondo del abismo. La Edad Media, para personas como yo y con la misma escala de valores, es decir, para gente que apreciamos la pobreza en lo que vale y practicamos la austeridad y el desapego

hacia las cosas como virtudes muy queridas y valoradas y no trabajamos ni nos afanamos por dinero... era un tiempo de mucha más bondad y mucho más humano que esta época moderna; por tanto, para los que no formamos parte de la cultura de la **bestia** ni creemos en sus “valores” modernos, comprenderá usted que aquella época medieval no la cataloguemos como una época oscura y bárbara sino todo lo contrario; para la escasa gente como yo, la Edad Media era un tiempo luminoso de justicia, orden social y caridad cristiana donde no se permitía comerciar ni hacer negocio con las necesidades humanas, puesto que era el tiempo en que el **dinero**, cabeza principal de la **bestia**, todavía estaba bajo control de la moralidad cristiana y, por eso, **ella** permanecía encadenada en los abismos, como relata el profeta san Juan”.

El joven médico que había dicho que tenía alguna noción de historia escuchaba al cura con verdadero interés a medida que se extendía en la explicación y a sabiendas de que aquello que le explicaba sobre el control del **dinero** por parte de la Iglesia en la época medieval era verídico y conocido por él mismo y, por ello, aunque nunca había visto la historia desde ese punto de vista, le pareció coherente y con sentido lo que le contaba el viejo profesor de historia. En realidad, el médico era de los que catalogaba a la Edad Media como una época de barbarie, pero tenía que admitir que lo que le contaba el cura historiador era innegable desde el punto de vista de la realidad histórica. El cura, viendo el cambio de actitud del joven, continuó con la explicación.

– “Al final de la Edad Media, los reyes europeos que habían estado aceptando la supremacía legislativa, moral y religiosa de la Iglesia se rebelaron contra la autoridad espiritual de los papas y tomaron el poder de los pueblos de Europa. Se levantaron en armas contra el poder religioso sometándolo a su propio y particular poder político y militar; una vez emancipados de la autoridad espiritual, decidieron servir al **dinero** antes que a **Dios** para agrandar y mantener su propio poder militar y económico: se permitió, desde entonces, la actividad bancaria y el cobro de los intereses... Los reyes y los nobles decidieron quitarle las cadenas y liberar a la principal cabeza de la **bestia**. Los pueblos de Europa se emanciparon de la influencia de la Iglesia y olvidaron la doctrina cristiana que enseña que no se puede servir a Dios y al dinero, y la burguesía y su **capital** fue tomando el poder y engordando cada vez más y más, y con la creación del capitalismo se dio prioridad, máxima libertad y, finalmente, se le dio **adoración** a esa importante cabeza de la **bestia**, es decir, al **dinero**... La **bestia** había sido liberada por la rebelión de los primeros reyes europeos que se levantaron contra

el poder de la Iglesia y, cuando los papas perdieron el poder social y el control sobre el **dinero**, los reyes se apoderaron de **él** imponiendo grandes impuestos a los burgueses que **lo** tenían y, como consecuencia, adquirieron gran poder; pero, años más tarde, los burgueses y comerciantes se rebelaron contra los reyes y los guillotinaron en la Revolución Francesa y/o les quitaron el poder en posteriores revoluciones y reformas liberales y, desde entonces y hasta el día de hoy, tanto nobles como burgueses como el pueblo llano, es decir, todo el mundo mundial, ante la elección entre Dios y el dinero, no tienen la menor duda en la elección... **¡el dinero!**”.

El joven médico se pidió otro café y recostó su espalda sobre la silla del bar en un gesto de relajación que acompañó con una mueca de asentimiento que dirigió al viejo cura para comunicarle que le estaba escuchando con atención y que estaba comprendiendo todo el relato sobre la lucha de poder entre la Iglesia y el dinero en la historia de Europa y que, en principio, estaba de acuerdo en la explicación sobre la aparición de la **bestia** en el pensamiento, en la cultura y en la mente de los modernos europeos; vio claro que, en efecto, los cambios políticos que se produjeron al final de la Edad Media, en los tiempos del Renacimiento, fueron los responsables directos de la creación y la introducción de la cultura del **capitalismo** a la que después le siguió la **economía de mercado** de Adam Smith y la **Revolución Industrial**, que llevaron directamente a la supremacía total y exclusiva del **dinero** por encima de cualquier otro poder y a la cultura **industrial** de la producción y del consumo de productos que desembocó en el **capitalismo** salvaje que rige el mundo actual bajo la autoridad indiscutible del **dinero**. Tras una pequeña pausa, el cura siguió con su explicación histórica:

– “Con esa **bestia** recién liberada, después de inspirar e inducir a los reyes y líderes religiosos europeos a rebelarse contra el poder espiritual que había regido a la Cristiandad de manera unificada durante mil años, empezaron los mil años del dominio y del poder soberano del **dinero** que ya sabe usted que es la cabeza principal de la **bestia**, que para ir tomando realidad o “encarnando” en la mente colectiva se sirvió de una serie de **hitos del pensamiento o nuevas ideologías** que produjeron cambios sociales y culturales muy reconocidos por los historiadores modernos como épocas de “progreso” y de “adelanto” y de “despertar” intelectual y social como: **el Renacimiento, la Ilustración, la Revolución Francesa, el capitalismo, el utilitarismo, el mercantilismo, las distintas revoluciones industriales, el socialismo, el positivismo científico...**

que podríamos decir que forman el “cuerpo” de la **bestia**, y en ese cuerpo de la **bestia** se fueron asentando lo que podríamos llamar las distintas “cabezas” de la **bestia**, con las que domina y reina sobre esta “sociedad del bienestar”; la principal de todas ya le he dicho que es el **dinero**, y hay otras como la **industria, la ciencia y la medicina, la moda, el capitalismo, el comunismo, el consumo, el erotismo, la educación moderna... etc.**; con **ellas** la **bestia** reina con dominio absoluto sobre esta sociedad moderna, que no tiene ni practica ningún interés por la moralidad personal o social, no tiene ningún interés por la espiritualidad ni la transcendencia del hombre, ha desterrado de la cultura humana el amor y la compasión por las criaturas y ha sustituido **todos** los valores tradicionales que se practicaron en la Edad Media por los valores de la **bestia: el dinero, la avaricia y el consumo** y, por eso, lo único que le motiva e interesa en esta sociedad de la **bestia** es obtener el beneficio inmediato, aquí y ahora, por medio del **dinero**. Conseguir y dominar el capital económico es lo único que se considera “sensato” y digno de interés desde que la **bestia** ha “encarnado” en la mente de los modernos ciudadanos y, por tanto, dirige toda la conducta personal y social en la “sociedad del bienestar”.

El médico aprovechó la pausa que hizo el profesor de historia y, queriendo confesarle su opinión personal, dijo:

– “La verdad es que nunca había pensado en la historia de Europa desde ese punto de vista que usted me expone pero, en general, podría decirle que entiendo el sentido que tiene su exposición y podría decirle que estoy bastante de acuerdo con su curiosa interpretación de la historia, aunque tengo que confesarle que yo soy de esos que siempre han pensado en la Edad Media como una época de oscurantismo y tengo que confesarle que, para mí, los tiempos modernos con esas transformaciones sociales, esas revoluciones y adelantos tecnológicos propios de lo que se ha llamado civilización ilustrada, y que usted identifica como el “cuerpo” y las “cabezas” de la **bestia**, yo considero que han sido un verdadero “despertar”, unos cambios sociales “liberadores” y unas “revoluciones” culturales que nos han traído la “civilización” moderna y el “progreso” que, finalmente, nos han sacado del “oscurantismo” medieval y han mejorado la vida de los europeos; lo he creído y, a pesar de su explicación histórica y de la coherencia de su relato... lo sigo creyendo, aunque reconozco que su exposición histórica me ha impresionado y me ha sorprendido, y puede estar seguro de que su punto de vista me ha resultado muy inquietante y que desafía seriamente mis convicciones; le tengo que admitir que, ciertamente, hay

algo de evidente y de coherente en su relato histórico sobre el nacimiento y desarrollo metafórico de la **bestia** al final de la Edad Media; hay algo de verdad en todo lo que me ha explicado sobre su naturaleza y su significado metafórico; puede estar seguro de que todo lo que me ha contado sobre ese significado metafórico de lo que para usted es la **bestia** y de cuál ha sido su papel y su influencia en la historia de Europa me van a hacer reflexionar bastante en el futuro” – admitió, algo a regañadientes, el médico moderno.

El cura, cuando escuchó el comentario del joven, sonrió y luego realizó un suspiro como expresando su paciencia y su comprensión, y acto seguido, con amabilidad, respondió:

– “No me extraña su comentario en defensa y a favor de los tiempos modernos y del “progreso” y la “civilización” propia de la **modernidad**, es decir, en defensa de lo que yo llamo o identifico como la cultura o la civilización de la **bestia**; en realidad, no me esperaba otra cosa, puesto que usted es una persona moderna que, como la mayoría de las mentes modernas, piensa en la Edad Media como un período de oscurantismo y barbarie, puesto que es un adepto a la doctrina o un admirador de la **bestia** y de su civilización “ilustrada”; seguramente no lo puede evitar por ahora, pero me tranquiliza que me diga que reflexionará en lo que le he dicho, puesto que si lo hace es posible que dentro de algún tiempo deje de ser un admirador de la modernidad o, lo que es lo mismo, un adepto a la doctrina de la bestia.”

El padre Ignacio dijo esto e hizo un ademán con las manos como para disculparse por lo que acababa de decir y, temiendo ofender a su interlocutor, añadió rápidamente:

– “Perdóneme, querido doctor, por haberme referido a usted como un adepto a la doctrina de la **bestia** o, como yo la llamo, la **modernidad**; lo he dicho por no faltar a la verdad y, desde luego, sin ánimo de ofender; pero usted mismo se ha identificado como hombre moderno y admirador del “progreso” y la “civilización” moderna y me acaba de expresar su desdén por la Edad Media y, además, me ha dicho que no es creyente religioso aunque no niegue, con rotundidad, la existencia de Dios; usted mismo me ha dicho que no sigue una moral religiosa sino una ética personal; usted mismo me ha dicho que no piensa ni cree ser poseedor de un alma inmortal y, seguramente, no cree en absoluto que Dios pueda juzgar su conducta después de su muerte... y podría seguir enumerando una gran cantidad de ideas tradicionales o medievales en las que usted **no cree** y, por supuesto, está convencido de que esas creencias forman

parte de la superstición de mentes un tanto primitivas y poco “civilizadas” como la mía; por otra parte y al contrario, podría enumerarle otra gran cantidad de ideas propias de la **modernidad** en las que estoy convencido que **sí cree**, como por ejemplo: seguramente es usted evolucionista y se cree descendiente de los simios, cree ser un animal superior y más evolucionado que los demás animales, cree que sus antepasados desconocían el fuego y que desde ahí han ido evolucionando hasta la época actual que manejan cohetes a la luna; acaba de afirmar, con cierta vehemencia, que cree que ese “**progreso**” humano y esa “**civilización**” tecnológica e industrial propia de los tiempos modernos ha sido “positiva” y “beneficiosa” para el hombre europeo; usted cree que todas las neofilosofías propias de los tiempos modernos han “liberado” al hombre ilustrado del oscurantismo y la superstición medieval y estoy seguro de que se cree muy afortunado de vivir en el seno de una cultura “avanzada” tecnológica e industrialmente; su visión de la realidad, querido doctor, coincide con la de la mayoría de los demás ciudadanos modernos, por eso es por lo que le he dicho que no me extraña su opinión, siendo además una persona que se define como agnóstica que no practica ninguna religión y que no cree en la transcendencia del alma humana; por todo ello, querido y joven doctor, podemos afirmar que su admiración por la civilización de la **bestia** tiene sentido y coherencia en su caso y, por eso, le he dicho que no me extraña su opinión a favor de la **modernidad**; es más, precisamente porque pensando lo que piensa y creyendo en lo que cree tiene mucho sentido su admiración por la **modernidad** o civilización de la **bestia**, precisamente porque tiene sentido, yo le presento mis respetos aunque, naturalmente, yo no comparto esa admiración por esta civilización moderna; su caso y su opinión no es de extrañar; sin embargo, le voy a confesar la extrañeza y la desazón que me produce que mucha otra gente que se definen como creyentes en **Dios** e, incluso, sacerdotes y obispos cristianos compartan con usted esa admiración que a veces se acerca a la “adoración” por el “**progreso y la civilización**”; en el caso de estos creyentes actuales, a los que me refiero, no les tengo el mismo respeto que le tengo a usted, puesto que no veo ninguna coherencia ni ningún sentido lógico en que un creyente en Dios comparta a su vez, sin problemas de ninguna clase, su devoción y su admiración por la “**modernidad**”; esa actitud ambivalente que practican muchos cristianos europeos modernos es como “**encender una vela a Dios y otra al diablo**”; para un viejo cura tradicional y medieval como yo, esa ambivalencia de ser un cristiano “moderno” es una contradicción y una muestra de un grado elevado de ignorancia y necedad por parte de los creyentes que se consideran “modernos”

sin ver ningún tipo de incompatibilidad entre ser cristianos y modernos a la vez; o lo que es lo mismo, no tienen ningún problema de ser cristianos y “adorar” o, mejor dicho, “idolstrar” a algunas “cabezas” de la **bestia** como hace usted o cualquier otro ciudadano moderno; esa conducta tan extendida entre la población cristiana actual es **idolatría** barata y es una muestra de despiste existencial de mis propios correligionarios que soporto con dolor y cierta dificultad personal.”

El viejo cura hizo una pequeña pausa y lanzó un suspiro con cierto sabor a paciencia y resignación cristiana por el sentimiento de decepción que le producía esa admiración por el “progreso” por parte de sus correligionarios, los cristianos “modernizados”. Después de esto continuó con su explicación:

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

– “De todas maneras, tengo que reconocer o entender que esa admiración generalizada por la “civilización moderna” y el “progreso tecnológico y social” que profesan la mayoría de ciudadanos ya sean ateos, agnósticos o creyentes se debe a la poderosa capacidad que tiene la **bestia** de mimetizarse y esconder su maldad intrínseca y su verdadera naturaleza satánica y mostrar una falsa apariencia de bondad, de progreso, de liberación, de civilización y buenos augurios; la **bestia**, desde su liberación al final de la Edad Media, no ha cesado de ofrecer muchos nuevos y llamativos hitos científicos y tecnológicos como las máquinas de vapor, el motor de explosión, la nueva química y física, la electricidad, los combustibles fósiles, la aviación, la Revolución Industrial... y otros hitos de carácter social como la igualdad, la democracia, los derechos humanos... Todas estas novedades intelectuales y sociales y estos hitos tecnológicos fueron presentados por la **bestia** como grandes “adelantos” o como “regalos” para la humanidad; usted mismo piensa que así es y que, en efecto, todos estos **hitos** han mejorado la vida del hombre civilizado; lo acaba de afirmar con vehemencia. Sin embargo, todos esos acontecimientos, inventos y adelantos sociales, en realidad, son “lobos vestidos con piel de cordero” como afirma la frase evangélica; la **bestia** ha tenido la habilidad de presentarlos camuflados como corderos y, por eso, todo el mundo los tiene como a tales, todo el mundo cree, incluso los cristianos, que han sido hitos beneficiosos para la humanidad... pero en realidad esos hitos tecnológicos y esas revoluciones del pensamiento social son verdaderos “lobos depredadores” que, una vez hayan adquirido el tamaño y la importancia a la que aspiran, van a acabar con dicha humanidad.”

– “Qué tremendo y exagerado que es usted, padre Ignacio” – comentó el médico con actitud escéptica y una sonrisa sarcástica y burlona mientras apuraba el dulzor residual del fondo de la taza de su segundo café.

– “No me sorprende que usted me encuentre exagerado e, incluso, anticuado; ya le he confesado que para un hombre como yo la Edad Media fue un período envidiable y humanamente luminoso; ¿conoce a alguien que sea de la misma opinión?... Seguro que no; pero si me sigue escuchando le demostraré que no soy tan exagerado y pesimista como le parece sino que, en realidad, soy un realista sin remedio.

Hay otra frase evangélica que puede ayudarnos a descubrir a esos “lobos disfrazados de corderos” que, como le estoy diciendo, son esos hitos revolucionarios que nos ofreció la **bestia** y que forman el meollo o el “precioso” y “apreciado” contenido de la civilización moderna a la que usted admira sin paliativos; la frase evangélica a la que me refiero y que nos servirá de clave en nuestro análisis es aquella en la que **Jesús** advierte que “**por sus frutos los conoceréis**”, puesto que esa sentencia o consejo es muy útil y esclarecedor para descubrir a los verdaderos lobos camuflados de bondad que campan y dominan en todos los ámbitos de la actual sociedad, es decir, los falsos mitos de la **modernidad**.

Usted mismo, doctor, por lo que me ha contado sobre la historia del sida, parece que está empezando a descubrir que esa medicina moderna a la que usted tenía o la consideraba como la mejor de las medicinas posibles y la catalogaba, hasta hace poco, como un adelanto de la civilización o como una verdadera bendición para la humanidad, está empezando a ver, digo, que no es todo lo positiva que usted creía o pensaba; de hecho, usted me ha confesado el dolor y la decepción que en su experiencia personal con el sida le ha producido esa medicina moderna a la que usted tanto admira; en realidad, esta experiencia que ha tenido usted le ha hecho descubrir la parte oscura y satánica de esa medicina y le está mostrando que, en realidad, esa medicina en la que usted confiaba y a la que estudió con mucha confianza e interés en lugar de curar y salvar vidas está causando miles de muertes como resultado de un diagnóstico equivocado y un tratamiento muy tóxico; según usted mismo me ha contado, la aplicación de esa medicina está matando a todos aquellos que, confiando que es un “cordero”, se entregan a sus cuidados con entera confianza; usted mismo me ha contado que todos los que aceptan el tratamiento oficial mueren sin remedio porque, en realidad, esa medicina oficial no es el “cordero” que parece ser sino que, en realidad, es un “lobo” en la práctica real; eso que parece un “cordero”, en realidad, en la práctica real, es el disfraz de una “cabeza” de la **bestia**.”

El médico frunció el ceño y se removió en su asiento con una sensación de incomodidad, ante el impacto personal que le había producido lo que acababa de oír: el cura le había tocado donde más le dolía con su último comentario; sin embargo, esa sensación no pasó desapercibida para el viejo cura, que se apresuró a pedirle disculpas, diciendo:

– “Perdóneme la estocada, doctor, pero no hago más que recordar sus propias palabras, con las que ayer usted me contaba y afirmaba que la medicina

moderna y la industria farmacéutica estaban “asesinando” con impunidad a miles de jóvenes que, como usted mismo hasta ahora, confiaban en la bondad y buena intención de esa medicina, de esa **c.c.i.** en la que usted creía y de esa industria médica a la que admiraba y, como le pasaba a usted antes del caso del sida, esos jóvenes creen estar en manos de la mejor medicina del mundo y de la historia pero que, sin embargo, esa medicina les está matando de manera inmisericorde y cruel; esos jóvenes, como le pasaba a usted antes, creen y confían en una prensa, en un gobierno y en un sistema de salud que en vez de decirles la verdad les están engañando y conduciendo hacia una muerte segura; confían en unos médicos que en vez de protegerles y curarles les engañan y les envenenan, les meten el miedo en el cuerpo y les entregan a unos intereses industriales que les matan... ¿No es toda esa situación que usted me ha confesado algo parecido a la metáfora de confundir a los lobos por corderos? Esos “corderitos” son disfraces de las distintas “cabezas” de la **bestia.**”

Al médico le costaba admitir las palabras que estaba escuchando; su postura ya no era relajada, estaba tenso y quería protestar pero no sabía cómo negarle al cura unas evidencias que el propio médico le había relatado el día anterior; el cura, de manera astuta, estaba utilizando su propio relato para explicarle y convencerle de que todo lo que el médico había vivido en los últimos años, en realidad, había sido un combate contra esas **cabezas de la bestia** con aspecto de bondad y camufladas de verdaderas bendiciones que el cura quería destapar y hacerlas evidentes a los ojos del médico. El cura, sin dejar de mirar a los ojos al joven, prosiguió su explicación.

– “La experiencia que usted ha tenido con el sida ha sido su encuentro personal con la **bestia** camuflada de buena medicina en esta ocasión; de este encuentro doloroso y frustrante que acaba de tener, usted seguramente aprenderá que en nuestra sociedad moderna hay muchos más lobos camuflados de corderos que ese que acaba de conocer; pero, ahora que sabe que existen los lobos vestidos de cordero, sepa que son “cabezas” de la **bestia** y que abundan en nuestra sociedad; en realidad, están presentes en todos los campos de nuestra existencia cotidiana, pero sepa, también, que se les puede descubrir con facilidad aplicando la frase evangélica que le he recordado hace un momento: la de “**por sus frutos los conoceréis**”. Le pondré algunos ejemplos de los “frutos” que ha producido la **bestia** que, en realidad, son muy evidentes para todo aquel que se ponga a observar el mundo actual por debajo del disfraz o en profundidad y, además, tenga tiempo y tranquilidad para poder reflexionar:

Podríamos hablar de los nefastos “frutos” que ha dado la civilización de la **bestia** a nivel espiritual y moral, que para mí han sido los más relevantes; pero ya hemos quedado que me abstendré de los aspectos religiosos y voy a cumplir con mi compromiso pero, a cambio, nos podremos centrar en los “**frutos**” que a nivel psicológico, familiar y social han producido las diversas revoluciones sociales y las novedosas filosofías modernas como el materialismo, el evolucionismo^[27], el existencialismo, el ateísmo, el positivismo científico... que, como usted sabe, son ideologías nuevas y son propias de la **moderne**; todas ellas han sido y son “lobos camuflados de corderos” que se han presentado en forma de hitos del pensamiento que se supone que pretendían “despertar” al hombre europeo de su sueño oscurantista medieval y “liberarle” de la superstición... Sin embargo, los “**frutos**” que han producido en nuestra “sociedad del bienestar” han sido y son verdaderamente nefastos, y utilizo el adjetivo de “**nefastos**” con la seguridad de que lo son tanto para usted, que es un hombre de mentalidad moderna, como para mí, que soy uno de mentalidad medieval. La clave que usaremos para este análisis ético y antropológico sobre lo que pueda ser considerado como bueno o malo de manera común entre dos mentalidades tan distintas como la suya y la mía será la sentencia de **Jesús de Nazaret** que hemos mencionado: la de “**Por sus frutos los conoceréis**”...

El médico asintió con un gesto de su cabeza que denotaba que aceptaba el reto que le proponía el cura, aunque dudando de que podrían llegar a un acuerdo sobre el bien y el mal de la sociedad moderna. Continuó hablando el cura...

– “Le voy a hacer unas preguntas sobre la “cosecha” concreta y real o “los frutos” objetivos y comprobados que a nivel psicológico, sociológico o antropológico ha producido, en poco tiempo, la **moderne** o esta cultura moderna a la que usted admira y en la que vivimos: la primera pregunta es... ¿sabe usted que el **suicidio** es una de las mayores causas de muerte entre los jóvenes en los países más avanzados o más civilizados o con mayor nivel de vida y de cultura moderna?”...

Se hizo una breve pausa... y el médico, después de una resistencia mental que se le notó en la cara, asintió con un gesto de su cabeza.

– “¿Sabe usted que el alcoholismo, la adicción a la droga y el consumo de medicación ansiolítica y antidepresiva junto con el consumo de opiáceos son verdaderas **pandemias** propias y exclusivas de la sociedad moderna e industrializada?... ¿Sabe usted que las depresiones, los síndromes de ansiedad y

las enfermedades psíquicas en general baten récords año tras año, sobre todo en las sociedades más avanzadas?”

Hubo otra pausa... y el médico volvió a asentir con cierta resistencia con otro gesto de cabeza.

– “¿Sabe usted que en la sociedad moderna se baten récords cada año en el número de abortos, familias destruidas, asesinatos de mujeres y niños por violencia entre sexos? Y como consecuencia de toda esa violencia familiar y de pareja, ¿sabe usted que **la soledad** es una situación que ha adquirido una dimensión totalmente extraordinaria y desconocida entre la población europea de más de 40 años?”^[28]...

Pausa y silencio contenido... y siguió diciendo el cura...

– “Estos datos concretos, reales y comprobados por la estadística oficial de los países modernos... ¿qué opinión le merecen?... ¿Son frutos buenos o malos para su criterio y para su sentido de moral personal?”...

Hubo otra pausa pero, esta vez, sin ningún gesto por parte del médico, que estaba mirando fijo a los ojos del cura; éste continuó...

– “¿Qué opina usted sobre la realidad innegable y muy evidente de que estos “frutos” sean **pandemias** de esta cultura moderna y de que se produzcan de manera **exclusiva** y en mayor cantidad e intensidad cuando más “avanzadas” y “modernizadas” son las sociedades?”

El médico bajó la mirada ante la realidad de las cifras que el cura le estaba presentando, puesto que, además, aunque se consideraba un hombre moderno y había afirmado no creer en el bien y en el mal como ideas abstractas y dogmáticas, compartía con el cura medieval el sentido de tragedia, de maldad y de gravedad que desde el punto de vista psicológico o antropológico tenían aquellos fenómenos o realidades sociales que el cura le exponía, puesto que no tenían nada de positivo; no eran realidades positivas o buenas ni visto desde un punto de vista medieval ni desde el punto de vista moderno. Se tomó unos instantes para responder y finalmente dijo:

– “La verdad es que reconozco que los datos que está usted diciendo son ciertos e innegables y que no son abstracciones ni entelequias sino una realidad concreta de carácter inquietante e, incluso, desastroso y deprimente; no estoy muy enterado... pero he leído algo sobre la **epidemia de suicidios** de jóvenes e, incluso, he visto recientemente en televisión algún programa informativo donde

se afirmaba y se reportaba esa situación catastrófica sobre la alta tasa de suicidios en los países más desarrollados y creo recordar que se daban datos en esos reportajes recogidos en países como: USA, Japón, Inglaterra, Suecia... y otros países “adelantados” que ponían los pelos de punta; recuerdo que cuando vi el último documental, hace unos meses, me quedé un tanto impresionado por el número tan grande de suicidios en gente joven en Occidente^[29]; me impresionó, me hizo reflexionar y me produjo una sensación de inquietud durante unos días... aunque todo quedó ahí, y le tengo que reconocer que luego lo olvidé y le he prestado poca atención al tema; aunque ahora que lo comenta usted tengo que admitir que, en efecto, me resulta muy extraño y perturbador; recuerdo que cuando vi ese documental no pude dejar de pensar durante un tiempo que ese **alto índice de suicidios** era una paradoja un tanto inexplicable, puesto que precisamente los jóvenes, que se supone que reciben todas las atenciones, que no pasan hambre, que disfrutan de la mejor medicina y reciben la mejor educación... son los que mayor índice de suicidios presentan... Desde luego que es una **paradoja** incontestable que no sabría cómo explicarle, lo reconozco.”

Se produjo un silencio tenso de unos segundos y, después, el médico continuó su comentario sin cambiar su semblante, que revelaba su sentimiento de incompreensión; luego continuó diciendo:

– “También he leído y visto documentales, recientemente, sobre el formidable consumo de ansiolíticos y de la gran dependencia de opiáceos que existe entre los ciudadanos de los países más desarrollados; concretamente, hace poco vi uno sobre el consumo de opiáceos en USA e Inglaterra y reconozco que esa **pandemia** es una muestra evidente de la angustia generalizada, de la tristeza desoladora, del hastío existencial y de la falta de sentido de la vida que hay en nuestra sociedad moderna, y que todo ello contribuye a su vez al aumento de suicidios; tengo que reconocerle, padre Ignacio, que toda esta desazón colectiva y general es otra paradoja inexplicable para mí, al igual que tampoco me explico que en este tiempo, donde hemos logrado la igualdad entre el hombre y la mujer y donde las mujeres se han “liberado” por fin y pueden vivir con más expansión su vida, se haya dado como resultado paradójico e inexplicable esa relación caótica y violenta entre los hombres y las mujeres; violencia entre sexos desconocida en otros tiempos y que motiva y produce ese número de asesinatos totalmente inédito y desconocido en la historia; tengo que admitir y reconocer estas realidades paradójicas, aunque muy a mi pesar... Como usted dice, padre

Ignacio, la cosecha de esos “frutos” y su carácter inequívocamente perverso y malvado en nuestra “sociedad del bienestar” es tan evidente como inexplicable; tengo que admitir que todos esos datos son malos o son “frutos” nefastos de esta sociedad moderna, son fenómenos de un carácter pésimo incluso para mí y no sabría cómo explicarlo... pero muy a mi pesar tengo que reconocer que los números están ahí, no se puede negar la evidencia.”

Respondió el médico con un sentimiento de haber quedado desbordado por las preguntas del padre Ignacio, que, por su realidad incuestionable, no dejaban ninguna duda sobre el gran fracaso de lo que él llamaba la **moderne**, o sea de la “**civilización moderna**”, cuyas supuestas y tan cacareadas bondades, ventajas y adelantos quedaban en entredicho, precisamente, ante la evidencia de “**los frutos**” tan nefastos como evidentes y concretos que había producido, puesto que, con esa realidad innegable sobre el número de suicidios junto al alto índice de infelicidad y ansiedad de sus ciudadanos, resultaba del todo evidente que la llamada “sociedad del bienestar”, a pesar de lo que sugería su nombre, era incapaz de dar a sus hombres y mujeres el suficiente grado de felicidad, coherencia y sentido de la vida indispensable como para vivir la vida; quedaba claro que el nombre que se daba a sí misma esta “sociedad del bienestar” era un eufemismo totalmente falso y que esos datos estadísticos innegables evidenciaban un **mal** que no tenía nada de abstracto sino que era un **mal** concreto y real tanto para una mente medieval como para una mente moderna.

El viejo cura pudo ver en la cara del joven médico una expresión que denotaba que había comprendido y asimilado el sentido de sus preguntas y, también, un sentimiento de tristeza o quizá de decepción existencial ante la evidencia y la dura realidad que le mostraban las palabras de su interlocutor; éste continuó con su explicación:

– “Como veo en su semblante, querido doctor, que las preguntas que le acabo de hacer le harán reflexionar en los próximos días sobre la calidad de los “frutos” de la civilización de la **bestia** y sobre el grado de infelicidad y locura que es capaz de ofrecer a sus “afortunados” ciudadanos modernos, le voy a hablar ahora de los “frutos” de la **moderne** no a nivel psicológico o emocional, tampoco a nivel sociológico o moral, sino a un nivel “terrenal” o, por decirlo de otra manera, le voy a traer a su atención los frutos de esta civilización a nivel elemental o material y físico-químico de las cosas, de los animales y de los paisajes:

Volviendo a la frase evangélica de “por sus frutos los conoceréis” y estando

como estamos en el cénit de la civilización industrial, somos testigos directos de los “**frutos**” también muy evidentes que han producido dos de las cabezas más importantes de la **bestia: la industria y el comercio del mercado libre o capitalismo**. Esta civilización moderna, de la que usted está tan orgulloso, siempre motivada por la obtención de **dinero** rápido y fácil, ha industrializado y ha comercializado toda la actividad humana, y esa industrialización fue presentada y recibida como una verdadera bendición o, en el lenguaje metafórico que estamos utilizando, como un “corderito” de lo más amable y generoso, y los políticos modernos con euforia y confianza aplicaron el **método industrial** a todo el campo de la actividad humana, por ejemplo, a la agricultura: empezamos a utilizar fertilizantes, herbicidas, insecticidas que están acabando con numerosas especies de insectos como las abejas y escarabajos polinizadores, y que han contaminado la tierra y el agua hasta los niveles actuales donde usted y yo sabemos que muchos de los productos de la agricultura industrial que consumimos son tóxicos; la maquinaria y el diseño industrial agrícola deforestó, y lo sigue haciendo, las selvas y las sabanas del planeta, y llenando la Tierra de monocultivos industriales que desplazan y exterminan a muchas especies vegetales y animales y a los propios pueblos indígenas que los han habitado durante milenios y que, finalmente, han desaparecido y en la actualidad siguen desapareciendo. La agricultura y la ganadería industrial han hecho desaparecer a agricultores y pastores tradicionales, que han abandonado los bosques y los campos y se han visto obligados a convertirse en obreros industriales y en “carne de cañón” para las industrias, que los utilizan mientras ganan **dinero** y les lanzan al paro y la miseria de la noche a la mañana si, de repente, no hay ganancias; siempre con la intención de ganar **dinero**, industrializamos la ganadería y medicamos a nuestros animales con antibióticos, hormonas y piensos sintéticos y antinaturales, y ahora la carne que comemos es tóxica y es un elemento que, según usted mismo, está contribuyendo por acción de esos químicos y hormonas a la esterilidad de nuestros jóvenes y otras enfermedades como el “síndrome de las vacas locas”; en resumen, la **industrialización** de la agricultura y la ganadería y el **mercado libre** y su libre competencia para obtener **dinero** han logrado que nuestros alimentos sean tóxicos debido a los químicos fertilizantes, herbicidas, insecticidas, hormonas y antibióticos que se les administran tanto a los animales como a las plantas; según las noticias, y organizaciones ecologistas como Greenpeace, la pesca industrial ha arrasado nuestros mares en pocos años y exterminado especies milenarias y, además, no hay manera de parar esa depredación, puesto que cuanto menos queda más se encarecen las especies de

siempre^[30]. Es decir, después de dos siglos de cultura industrial hemos contaminado nuestros alimentos y estamos a punto de aniquilar a más de la mitad de las especies animales y vegetales que había antes de la Revolución Industrial, y no pararemos mientras haya **dinero** que ganar; no podemos parar la depredación industrial, puesto que existe el **mercado libre o el capitalismo**, que tiene autoridad máxima para dirigir la política del mundo mundial. Todo eso lo hemos hecho en un período muy breve de tiempo histórico en el que **la bestia** anda suelta y rige el destino de la humanidad... ¿En cuánto tiempo más habremos acabado con todo?... Para mantener esta producción y este consumo intensivo necesitamos quemar grandes cantidades de combustibles fósiles, que, como usted sabe, producen gases industriales que están calentando el clima del planeta; algunos científicos expertos están advirtiendo que, hoy en día, quizá hayamos sobrepasado el punto de no retorno, pero aunque sepamos eso, sin embargo, no podemos permitirnos parar la maquinaria industrial porque los ciudadanos de **la modernez** somos “adictos” al **dinero** y al consumo de cosas y artefactos que **éste** permite y no podemos permitirnos parar la máquina; en consecuencia, estamos obligados a aumentar cada vez más **la industria, el capitalismo** y la quema de combustible.^[31] No podemos dejar de producir para consumir y, por eso, hemos llenado de basura tóxica, de plásticos y de sustancias químicas venenosas todos los océanos del planeta; los países adelantados exportan grandes cantidades de basura electrónica a los países pobres con la esperanza de alejar la basura de la puerta de sus casas, pero ignorando la cruda realidad de que **todos** vivimos en el mismo planeta; y, para colmo, hemos industrializado la guerra y en menos de un siglo hemos sufrido dos guerras mundiales de carácter industrial que han sido, con gran diferencia, las dos matanzas más gigantescas de la historia; estas dos guerras mundiales imagino que usted no tendrá ninguna duda de que se llevaron a cabo por motivos de dominio **económico e industrial** del mundo, es decir, por **dinero**; además de estas dos grandes guerras y “gracias” a nuestro ingenio industrial y científico, hemos sido capaces de fabricar las armas atómicas, capaces de acabar varias veces con la vida sobre el planeta; desde que las fabricamos por primera vez, se han realizado más de 2.000 pruebas nucleares y, como consecuencia de ello, hemos ensuciado de radiactividad nuestra atmósfera, y también hemos contaminado con bidones de residuos radiactivos nuestros océanos... Toda esa contaminación la hemos logrado en menos de cien años de vorágine industrial, de **modernez** o de **civilización de la bestia**, y lo peor de todo es que las superpotencias necesitan seguir armándose para no perder su supremacía y su

poder en esta sociedad moderna regida por la “ley del más fuerte”; las naciones tienen que seguir produciendo, consumiendo y contaminando para mantener y si es posible elevar su riqueza, su “nivel de vida”, su “producto interior bruto”, su “crecimiento económico”... Tienen necesidad de adorar a la principal cabeza de la **bestia**... Al **dinero**.

Usted no es tonto, querido y joven doctor, y es imposible que no se dé cuenta de que, con la doctrina de la **bestia** presidiendo nuestra mente, dirigiendo la política y, en definitiva, presidiendo todos los ámbitos de nuestra moderna “civilización”, no podemos ni siquiera pensar en permitirnos parar esta vorágine industrial y... usted lo sabe... lo sabemos todos... y aunque “por sus frutos deberíamos haber conocido a la **bestia**”, sin embargo, ahora que algunos empezamos a conocerla por sus **frutos** y empezamos a experimentar sus nefastas consecuencias... resulta que nos tiene atrapados y dependemos de **ella**, y lo más irónico y paradójico del caso es que usted, querido doctor, y la inmensa mayoría de ciudadanos actuales incluidos mis correligionarios, todavía y a pesar de todo, están convencidos de que esa “**civilización de la bestia**” a la que llamamos la civilización del “**progreso**” ha mejorado la vida de los humanos actuales, que, además, están convencidos de que viven en la “**sociedad del bienestar**.”

Se hizo un silencio denso que casi se podía cortar con cuchillo mientras el cura miraba a los ojos al médico; éste tenía entrecortada la respiración y miraba fijamente los ojos del sacerdote; éste, con un movimiento rápido, se llevó las manos a las orejas y dijo:

– “¿No oye la risa de la **bestia**?”... Querido doctor... ¿No escucha usted su fuerte y sonora carcajada?... ¡Escuche!... ¡Escuche!... La **bestia** se ríe a carcajadas porque sabe que les ha convencido a todos de que es un “corderito”; se ríe a boca abierta porque les tiene engañados, les ha hipnotizado y les hace sentirse en deuda con **ella** y todos ustedes los modernos están más que convencidos de que tienen que darle las gracias por haberles traído la “**civilización**” y que les ha “**liberado**” del oscurantismo medieval; se ríe porque todo el mundo, incluidos los creyentes y usted mismo, mi querido doctor, creen que la **bestia** es lo mejor que les ha pasado en su vida y que les ha convertido en humanos “mayores de edad”, creen que ha sido y es la personificación de la “bondad”, “progreso” y “civilización”... pero no es verdad... No hay más que ver los “**frutos**” que ha producido y está produciendo... Lo que pasa es que la **bestia** es una gran actriz y domina el arte del disfraz y anda vestida de **buen pastor** que está llenando el mundo de “**lobos vestidos de corderos**”, y usted y la

mayoría de ciudadanos modernos creen en la candidez de su disfraz y están hipnotizados por la falsa bondad de la **bestia** y les resulta difícil de ver que **lo** que tienen delante no tiene nada de bueno sino que es una manifestación de **Satán, el adversario de Dios...** el depredador insaciable.”

Se hizo otro instante de silencio y un estremecimiento recorrió la espalda del joven y le impedía decir cualquier cosa; el viejo profesor de historia alargó la mano y le agarró el brazo al joven, le dio un apretón suave y luego añadió, con una sonrisa amable y con un brillo intenso en los ojos, el último comentario:

– “Pero tiene usted suerte, querido doctor, puesto que se acaba de encontrar con la mismísima **bestia**, cara a cara; se **la** ha encontrado en su campo profesional de la medicina y está a punto de darse cuenta de que la medicina moderna, en realidad, es un “lobo disfrazado de cordero” creado por la **bestia**, como todos los demás hitos que nos ofrece la civilización moderna; y le digo que tiene suerte porque ha sobrevivido al encuentro con la **bestia** sin haber resultado muerto o inutilizado, sin haberse vuelto loco y, aunque haya salido del encuentro un poco apaleado, se ha llevado una cierta sensación de certeza de que hay **algo** extraño y perverso en el ambiente y ha intuido la presencia de la **bestia** habiendo podido escapar por los pelos. Tiene suerte porque en el futuro tendrá tiempo para reflexionar y llegará a tener plena consciencia de que **ese algo** al que se ha enfrentado sin ser consciente de a quien se enfrentaba y que le ha obligado a exiliarse y a cogerse un tiempo sabático y a abandonar su consulta... Esa fuerza siniestra que ha estado a punto de eliminarle es la **bestia**. Y ese encuentro y, sobre todo, el conocimiento que sacará de él le permitirá librarse de ser un colaborador inconsciente de **su** siniestro plan, le librá de forma radical de cooperar con la **bestia** y de trabajar para **ella** y después de liberarse de la alucinación colectiva que casi todos padecen llegará a comprender el sinsentido y la locura de toda esta “sociedad del bienestar” que se encamina confiadamente bajo la dirección de la **bestia** hacia su propia **aniquilación**; aunque le advierto que, aun conociendo la verdad de lo que pasa y siendo consciente de la presencia real de la **bestia**, usted no podrá hacer nada para detener su influencia satánica; porque está escrito que nadie puede hacerle frente y vencerle o parar a la **bestia**... pero al menos, a partir de ahora, podrá soportar mejor el dolor que está sintiendo y el que sentirá, puesto que comprenderá qué es lo que está pasando y por qué, y tiene suerte porque estando obligado a vivir en la sociedad de la **bestia** caracterizada por el dominio de la mentira, el egoísmo, la rapiña... quizá pronto llegue a saber que la única salida válida para usted es tener fe en **Aquel**

que nos avisó con la consigna esclarecedora de “**por sus frutos los conoceréis**” y deseará con toda su alma seguir su doctrina de amor, su mensaje de compasión o de verdadera filantropía, como quiera usted llamarlo; pero, en definitiva, comprenderá que el amor a la humanidad por encima de toda otra consideración y el desapego personal a los “bienes” que puede procurar **el dinero** es el único camino que existe para dar sentido a nuestra vida y ser feliz en esta sociedad farsante y seducida por el amor al **dinero** y al consumo; no intente enfrentarse a la **bestia**, puesto que usted no puede vencerla, ni yo... y... ni siquiera podríamos vencerla juntos; nadie puede vencerla, puesto que se le ha dado todo el poder; lo único que puede y debe hacer usted, como yo mismo, es amar a las criaturas y ayudarlas como médico que es; ame sin cesar, ame sin medida, ame y cuide a quien acuda a pedirle ayuda y no tema ni se impaciente; tarde o temprano la **bestia** morirá por sí misma, puesto que, como le ocurre a todo **parásito**, se extinguirá cuando acabe con su propia presa, es decir, cuando acabe de fagocitar a toda esta civilización moderna, engreída y alucinada que, sin ser consciente de ello, vive para **ella** y que la adora sin saber que, en realidad, es su alimento; los modernos humanos ilustrados, como si fuesen cerdos de granja, viven confiados y satisfechos, viven creyendo haber construido el mejor de los mundos conocidos hasta ahora; viven comiendo y bebiendo hasta cebarse y convertirse en su alimento, puesto que esta “granja” a la que llaman con orgullo “la sociedad del bienestar” es, en realidad, la **sociedad de la bestia.**”

El médico quedó boquiabierto y totalmente sobrepasado ante la exposición del viejo cura; la explicación que le había ofrecido el profesor de historia sobre la existencia y la verdadera naturaleza de la **bestia** no era una teoría científica ni biológica, ni siquiera racional... En realidad, era una explicación metafórica, parabólica y casi irreal pero, eso sí, el padre Ignacio se había servido de unos hechos, de unos datos y de unas situaciones psicológicas y sociológicas que sí que eran reales y evidentes y que mostraban, con claridad meridiana, los “frutos nefastos de la civilización industrial” y, desde luego, no había duda de que esas dramáticas realidades antropológicas, psicológicas y medioambientales llevaban la marca inconfundible del **mal**; sin duda eran calamidades reales y estaban a la vista de todos; es más, todas esas situaciones de evidente catástrofe humana y medioambiental eran motivo de noticias en los telediarios de cada día y no cabía duda de que eran como “efectos secundarios” innegables y propios de la sociedad industrial. No era una explicación científica, pero le sirvió para hacerle reflexionar sobre la existencia real de la **bestia** y para mostrarle que, en realidad, lo que llamábamos hitos y avances del **progreso y de la civilización** eran “lobos

vestidos con piel de cordero” o “cabezas” de la **bestia** a los que todos los ciudadanos modernos, incluidos los creyentes, les profesan una fe y una devoción desmedida por ignorar su verdadera naturaleza satánica.

Al día siguiente, el médico se despidió del padre Ignacio con un abrazo de agradecimiento y admiración por la lección y el cariño recibido; siguió su camino a Compostela sin quitarse de la mente el relato, la luminosa exposición de la realidad explicada en forma de metáfora que el viejo cura le había ofrecido y, a medida que profundizaba más en la explicación que le había hecho el padre Ignacio, más clara se le hacía la existencia real de la **bestia** y el poder satánico que ejercía sobre lo que llamamos la “sociedad del bienestar”... pero a la que deberíamos llamar **la sociedad de la bestia**.

Al regresar de Santiago de Compostela hubiese querido reencontrarse con aquel viejo y sabio cura, pero cayó en la cuenta de que éste apenas le había hablado sobre su vida personal; no le había dicho ni su apellido, ni dónde vivía, ni de dónde venía; sólo que era sacerdote y que había estado dando clases de historia, hacía unos años, en un colegio de bachillerato que nunca nombró ni ubicó. Aquel personaje había hecho presencia en la vida del joven médico como una persona anónima cuya individualidad no tenía la menor importancia, como un mensajero providencial que se le había presentado para darle un mensaje luminoso y una explicación que no olvidaría jamás y que, aunque no era una explicación científica, sería la clave que le haría comprender gran parte de la realidad que estaba viviendo y que viviría en el futuro. Aquel viejo cura y profesor de historia jubilado se había presentado en su vida como un ángel mensajero, había compartido con él tres días, le había curado sus ampollas, le había iluminado con sus palabras y había desaparecido detrás de la última curva del camino; se fue de la misma manera que había aparecido, sin dejar rastro, y nunca más le volvería a ver ni a escuchar su amable voz, ni podría hacerle unas cuantas preguntas que le habían surgido después de reflexionar durante días... El joven médico llegó a plantearse si aquel encuentro había sucedido en realidad... pero nunca olvidaría la lección aprendida; ahora sabía que la **bestia** existía y que mandaba en esta sociedad y que él se había enfrentado a **ella** sin tener consciencia de ello... pero que ya no había marcha atrás para él y que el resto de su vida iba a ser un decepcionante combate, perdido de antemano, contra la **bestia** y contra esos “lobos vestidos con piel de cordero” que tenían a casi todo el mundo convencido de que eran un regalo del “progreso” humano y de la “civilización”; sabía, también, que la única salida que tenía y lo único que le

ayudaría a soportar el dolor de la derrota constante que le acompañaría el resto de su vida sería el amor incondicional a esas víctimas de la **bestia**... Había entendido el mensaje del padre Ignacio y nunca volvería a ser el mismo después de ese encuentro con ese peregrino anónimo.

CAPÍTULO 7.
ENCUENTRO CON OTROS DOCTORES NADIE

COMPARTIENDO CON OTROS COLEGAS

LA DERROTA CONTRA LA BESTIA

El médico apócrifo siguió viviendo su exilio profesional y durante ese tiempo tuvo también, por fin, el placer de conocer a **otros pocos** médicos e investigadores, de aquí y de otros países, que compartían la misma visión sobre el sida que él y que habían llegado por separado a las mismas conclusiones: todos estaban de acuerdo en que el sida o síndrome de inmunodeficiencia adquirida no era una enfermedad **infecciosa** y, por tanto, no podía ser **contagiosa**, sino que era una enfermedad **tóxica** producida por **acumulación** de productos químicos e industriales en un cierto sector de la población joven de Occidente; esa intoxicación generalizada era producto de una suma acumulada de tóxicos de carácter lúdico (drogas) y medicamentos industriales de carácter experimental (vacunas y quimioterapia), es decir, era producto de la drogadicción y de la **iatrogenesis** producida por la medicación que esos jóvenes habían consumido durante años; ese consumo masivo y continuado de productos químicos había estado intoxicando sus sistemas biológicos desde la más tierna infancia, puesto que estas generaciones de ciudadanos habían recibido, desde los primeros años de vida, toda la cobertura médico-industrial que se había iniciado en los años 50 y 60 del siglo pasado. Eran generaciones de jóvenes que habían estado “disfrutando” del **hito**^[32] histórico del consumo masivo de las vacunas y antibióticos desde los primeros años de vida; ese consumo había sido presentado por la **bestia** y su **prensa** como una ventaja histórica, como un chollo del “progreso” o como un “bondadoso corderito” a la sociedad moderna; pero el joven médico y los colegas que había conocido habían descubierto que, en realidad, era un “lobo vestido con piel de cordero”, como le había advertido el padre Ignacio unos meses antes.

El joven **doctor nadie** había estado esperando conocer a esos médicos que no eran tan insignificantes como él, sino que eran **alguien** dentro del mundo científico y académico y que, sin embargo, también se oponían con los mismos datos y razones científicas a la alucinación del sida y que, por fin, estaban ahí enfrentándose a la **bestia**. Ese encuentro con los colegas le tranquilizó grandemente; fue un verdadero gusto puesto que, por fin, ya no estaba solo y ya se sintió más seguro de no estar viviendo su propia alucinación personal al margen de la realidad, ya se sentía seguro del todo de no estar loco... puesto que

había encontrado a compañeros de oficio que estaban, como él, libres de la alucinación que padecía el resto de la población y, como él, se habían enfrentado a la **bestia**. La experiencia le resultó como encontrar un oasis de agua fresca y verde vegetación en medio del desierto justo antes de morir de sed.

Tuvo la esperanza de que empezaban a pasar los malos tiempos cuando conoció a varios de ellos: el nombrado premio Nobel Dr. Kary Mullis, el también nobel Dr. Walter Gilbert, catedrático de biología molecular de Harvard, el Dr. Peter Duesberg, miembro de la academia de las ciencias de USA y catedrático de biología molecular de California, el Dr. Harvey Bialy, director de la revista *Biotechnology*^[33]... Estos colegas que conoció no eran simples médicos de familia como él y el doctor nadie tuvo la esperanza de que, por fin, se iba a rectificar el discurso sobre la causa y verdadera naturaleza del sida, se iban a detener los tratamientos tóxicos y iatrogénicos y se iba a rectificar el mensaje mediático y, con ello, acabar con tanta matanza sin sentido... pero esa esperanza recién adquirida fue vana. El joven médico comprobó con estupefacción el verdadero poder de la **bestia** y su C.C.I. cuando vio de una manera definitiva que, como le había pasado a él, no importó que esos otros médicos fueran alguien importante dentro de la comunidad científica de vanguardia... porque todos fueron inmediatamente fulminados, refutados y desacreditados por la prensa mundial y por la propia C.C.I. a la que pertenecían hasta ese momento como miembros destacados; todos fueron descalificados y cesados de sus cargos y sus publicaciones fueron silenciadas y finalmente ellos mismos fueron expulsados de la primera línea de la ciencia y apartados y vetados por la prensa científica y por la televisión... por haberse enfrentado, con la verdad, a la opinión manipulada y los intereses de la totipotente bestia y su C.C.I.; de esa sencilla manera, no hubo discusión en los medios académicos, ni en las publicaciones, ni en la universidad; el formidable poder de la **bestia**, simplemente, les silenció y borró del mapa para siempre, exactamente igual a como había acontecido con él. El doctor nadie aprendió que esa entidad todopoderosa, **la bestia**, a la que se había enfrentado él y los demás doctores nadie, no permite la discusión ni la disidencia; es como un antiguo faraón que dirige la salud y todos los demás campos en esta **sociedad del bienestar**.

La frustración que le producía la realidad era tan grande y dolorosa que su exilio se convirtió en su refugio personal; con un gran sentimiento de derrota se retiró al campo y trató de alejarse de la prensa y del bullicio de la calle y, con la panorámica de tiempo y de espacio que ofrece estar alejado del mundanal ruido

y mientras trataba de digerir mentalmente toda la odisea de los últimos años, el doctor nadie se percataba, cada día con más claridad, de que eso a lo que se había enfrentado, **la bestia**, era una realidad que no admitía dudas de su existencia, era **algo** que, desde el interior del “**consciente colectivo**” que todos compartían, dirigía con autoridad absoluta la sociedad, modulaba el pensamiento, la educación y la legislación y que dirigía con mano de hierro la conducta colectiva de los ciudadanos y les indicaba aquello en lo que debían creer y lo que era “real” o no, y todo eso lo lograba sin que los ciudadanos se percataran de que eran dirigidos desde ese “consciente colectivo” que todos compartían y, así, vivían confiados y convencidos de la bondad de ese **depredador insaciable**.

En definitiva, ahora, ese joven médico conocía la existencia de la **bestia** y su formidable poder de crear toda la “realidad” que los ciudadanos modernos pueden vivir, comprender y “consumir” como real. Ahora veía claro que ese **demonio** (ya no le cabían dudas de que el diablo existe) no es una entidad concreta ni una individualidad, no se puede decir de ella que estuviera aquí o allá... Es una entidad psíquica que parasita el “consciente colectivo” de nuestra cultura y que tiene el poder de crear los problemas y las soluciones que considere más convenientes; tiene el poder de dar existencia a cualquier “realidad política”, “realidad espiritual” o a cualquier “realidad científica” que considere la más interesante para lograr sus fines; tiene capacidad hipnótica suficiente para crear “realidades dogmáticas”, indiscutibles e incluso “científicamente demostradas” con sólo chasquear los dedos, y ese poder de crear realidad de donde no la hay lo completaba con el poder de hacer desaparecer del mapa y eliminar cualquier **otra** realidad que le pueda molestar, por muy real que sea ésta última; por eso, había hecho desaparecer del mapa a todos los médicos disidentes que se le habían enfrentado con sus opiniones y sus datos objetivos y reales y, por supuesto, le resultaba extremadamente fácil eliminarle a él mismo, que no era más que un simple médico de pueblo, un doctor nadie.

El médico de pueblo, impresionado ante la realidad que estaba viviendo y relativamente a salvo en su exilio, quiso conocer y saber cuánto tiempo llevaba la **bestia** entre nosotros, cuándo había llegado y cómo había logrado tanto poder y por qué pasaba desapercibida para todos los ciudadanos y por qué había pasado desapercibida incluso para él mismo hasta la fecha.

Guiado por lo que le había dicho el viejo cura peregrino, buscó referencias

de la **bestia** en el Apocalipsis y pudo leer en el capítulo 13: “*Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los habitantes de la tierra cuyo nombre no esté inscrito, desde el principio de los tiempos, en el libro del Cordero inmolado...*”. Esas palabras proféticas sobre la **bestia** explicaban claramente el grandísimo poder que **ésta** tenía y que le permitía borrar del mapa a cualquiera que se le enfrentara, como había ocurrido con sus colegas médicos y con él mismo. Supo entonces que era inútil luchar contra ella, se decepcionó creyendo que había llegado al final de su viaje y que no había nada que hacer... que tendría que acostumbrarse a ver morir a la gente atrapada por la mentira, el miedo y el veneno... sin poder hacer nada de nada para evitarlo; le vinieron a la memoria las palabras del padre Ignacio, que le había advertido: “usted no podrá hacer nada... pero saber lo que pasa y por qué le ayudará a aguantar el dolor”... y antes de eso también le había dicho: “soporto con dolor y con cierta dificultad personal la necesidad de los creyentes cristianos que veneran y admiran a esta civilización moderna”. El médico empezaba a comprender a aquel viejo cura y el dolor que sentía en el fondo de su bondadosa alma, puesto que también vivía su derrota permanente... Desde ahora, él mismo tendría que aprender a soportar la necesidad creciente y sin remedio de esta sociedad que era la suya; tenía que aprender a soportar la sinrazón, la mentira, la rapiña, la muerte sin sentido de tanta gente... Tendría que soportar la visión de cómo el poder del **dinero** se imponía impunemente a través de la **prensa** y de la **universidad** y, finalmente, tendría que aprender a vivir en un estado de derrota inevitable y permanente y a soportar el espectáculo dantesco de la aniquilación final de esta sociedad que, al fin y al cabo, era la suya y a la que no podía dejar de amar.

Desde entonces en adelante, el médico exiliado pudo identificar a esos “lobos camuflados” gracias a que ya sabía cómo solían ser las manifestaciones reales de la **bestia**; había aprendido de las conversaciones con el padre Ignacio que la **bestia o el diablo** no se presentaba como un ser concreto con rabo sino en forma de **hitos** del pensamiento, de neofilosofías y nuevas conductas, de revoluciones científicas y sociales; solía disfrazarse de un supuesto progreso humano bien publicitado... Había comprendido que la **bestia** fue la “musa” que inspiró el pensamiento de Francis Bacon, de Immanuel Kant, de Hume, de Adam Smith, de Robespierre, de Hegel, de Marx, de Nietzsche... y que inició esa época en que el ciudadano europeo empezó a venerar a los **hitos** del pensamiento, a las nuevas filosofías y revoluciones culturales materialistas, ateas, utilitaristas, capitalistas y descreídas que le separarían de la espiritualidad,

de la tradición ancestral y de la naturaleza; la **bestia** inspiró ese pensamiento novedoso que empezó a convencer a toda la intelectualidad europea de que el hombre emancipado de **Dios** y de la **Naturaleza** había alcanzado el grado de “**superhombre**”. Ese fue un pensamiento que logró convencer a la mayor parte de la “intelectualidad” europea.

LOS PRIMEROS CONTACTOS PERSONALES CON LA BESTIA

Una vez identificada la presencia de la **bestia** en la historia de Europa por las reflexiones hechas desde la tranquilidad del exilio campestre y queriendo profundizar más en el conocimiento de la **bestia** y de sus poderes, sobre todo, en la sociedad y en el tiempo actual, el médico de pueblo quiso recordar o quiso saber cuándo y dónde pudo haber tenido sus primeros contactos personales con la **bestia** antes de encontrarse con **ella** en el tema del sida y, para ello, se tomó el tiempo de ensamblar el rompecabezas o puzzle de recuerdos de su pasado personal como ciudadano y como estudiante de medicina; buscó en su memoria recuerdos de vivencias y de personajes, de experiencias del colegio y de la universidad, de noticias y acontecimientos sociales que a lo largo de su vida habían ido formando su opinión y su visión personal del mundo en general, de la ciencia y de la medicina moderna; y recordando su propio pasado, poco a poco, fue apareciendo clara como el cristal la gran **manipulación** que la **bestia** y su c.c.i. habían operado en su educación como joven adolescente de bachillerato y pudo recordar e identificar los momentos y las formas de esa manipulación que la **bestia** había operado en la propia **docencia médica** que había recibido él y todos los demás médicos modernos desde sus tiempos de estudiante hasta el día de hoy. Recordó momentos de sus estudios de medicina que, ahora que conocía la existencia de la **bestia**, los podía identificar como momentos decisivos en que la **bestia** había distorsionado a propósito la educación médica que había recibido de joven estudiante; eran momentos de sus estudios de medicina que llevaban su malvada marca; identificó en su memoria estrategias, apañes y planes de estudio que tenían la intención y el fin de distorsionar, a propósito, su formación como médico y también, cómo no, en la formación de los aprendices de médico de su generación para introducir e instaurar en la sociedad actual la **medicina industrial**; se dio cuenta de que todo estaba diseñado para que los aprendices de médico de su época creyeran, sin vacilación alguna, en la **veracidad y la validez** de la **teoría de la infección** y que no supiesen nada de la existencia de otras opiniones médicas propias de grandes médicos del siglo XX que la refutaban; al recordar toda su trayectoria como médico moderno y la de sus compañeros, cayó en la cuenta de que la **bestia** y su c.c.i. sabían muy bien que mantener la vigencia de la **falsa teoría de la infección** ha sido y es un factor de capital importancia para que él mismo y todos sus compañeros de promoción y todos

los futuros médicos introdujeran entre la población, a la que tenían que servir como médicos, la práctica y el consumo de la **medicina industrial** por primera vez en la historia de la medicina, convirtiéndolos con esa manipulación de su educación médica en los auténticos **distribuidores comerciales** de todas las medicaciones contra nuestros **microbios simbiotes** durante los últimos sesenta años y haciéndoles los responsables directos, aunque sin saberlo, de la gran **iatrogénesis** que afecta a todos los ciudadanos.

Hasta ese tiempo de obligado exilio y reflexión, el médico disidente no había imaginado la posibilidad de que la docencia que había recibido en la facultad había sido distorsionada y manipulada a propósito con el fin de implantar el **gran negocio de la medicina industrial**; incluso hubiera estado dispuesto a discutirlo con cualquiera que lo afirmara... pero, con todo lo que acababa de vivir en relación con el tema del sida, había conocido a la **bestia y su c.c.i.** y, cuanto más las conocía, más se percataba de que eran perfectamente capaces de haber perpetrado ese satánico fraude tóxico y de mucho más.

Con todo ese ejercicio de recordar cómo y cuándo se había podido encontrar personalmente con la **bestia** pudo darse cuenta, atando cabos, de que no solamente el **sida** sino que toda **la teoría de la infección**, que él había estudiado en la facultad sin sospechar nada y con toda confianza e interés, había sido y era una gran **mentira**; todo el aprendizaje sobre los **microbios** y su supuesta capacidad de agredirnos y de producir las enfermedades que se les atribuían había sido y era un montaje irreal y fraudulento creado y mantenido en el tiempo por la **bestia y su c.c.i.** haciendo uso de su poder demiúrgico formidable, manipulando la docencia y los medios de comunicación a todos los niveles hasta el punto de ser capaz de crear una alucinación colectiva que se enseñaba, y todavía se enseña, en las aulas a los aprendices de médico de generación en generación y que, como consecuencia, en las facultades de medicina de Occidente se formaba, y se sigue formando, de manera **distorsionada** a unos médicos que se convierten en sus cómplices **inconscientes** desde el principio de su educación.

Después de recordar cómo había sido su educación universitaria, comprendió que en los dos casos de fraude médico con los que se había encontrado el doctor nadie: en el de la **teoría de la infección**, que había estudiado en la facultad junto a sus compañeros de promoción en los años 70, y en el del caso del **sida**, al que se había enfrentado siendo ya médico, habían sido dos fraudes creados y mantenidos en el tiempo con un solo y único interés y

objetivo: **la creación de la medicina de la bestia** con el mantenimiento del gran negocio de la **teoría de la infección**, que había dado origen a la **medicina industrial**, que, como vamos a explicar, no es una medicina sino una falacia espuria que no tiene otro objetivo que la creación y crecimiento del floreciente negocio de la industria médico-farmacéutica, que no para de crecer gracias a la formidable ganancia de **dinero**^[34].

Al trasladar la memoria a sus tiempos de facultad, el médico en el exilio vio claramente que la **teoría de la infección** que le habían enseñado era y es un gran fraude histórico y monumental que, una vez creado e instaurado y por su misma dinámica interna, es capaz de producir múltiples y sucesivos fraudes como: el sida, la difteria, la polio, el ébola, la gripe A... de una manera continuada, indefinida y oportuna para el beneficio económico y creciente de la poderosa y lucrativa industria basada en el **miedo a los microbios**; en realidad, la teoría de la infección es un negocio que no tiene fin y permite la creación continuada de nuevas paranoias infecciosas cada año, como así ha sido desde entonces.

En su reflexión, el médico apócrifo tomó consciencia de que él y todos los médicos de su época y todos los actuales habían estado colaborando, sin ser conscientes de ello, como verdaderos **técnicos o agentes comerciales** en el mantenimiento y expansión de ese gigantesco fraude médico; hizo **memoria** de sus años como estudiante y se percató de las manipulaciones en la enseñanza médica a las que habían sido sometidas las modernas generaciones de estudiantes desde los años 50 y 60 para poder mantener en el mercado médico esa cultura **del miedo a los microbios** tan arraigada en la sociedad; eso sí, ese rentable negocio se mantiene a costa de la salud y la vida de los ciudadanos de la sociedad del bienestar, que, confiados en que están atendidos por la única medicina que hay en el mundo, están metidos en un proceso de **iatrogenia** por envenenamiento producido por el consumo de medicación tóxica y carente de sentido biológico que les está llevando, de manera inmisericorde, a una situación de **extinción o aniquilación fatal** que los confiados ciudadanos consumidores no son capaces de imaginar.

CAPÍTULO 8.
LA VERDAD QUE CURA Y LA MENTIRA QUE MATA

LA PALABRA COMO MEDICINA O COMO TÓXICO

En el momento actual el autor de este libro sigue siendo un doctor nadie, un simple médico de pueblo, y desde luego que no le importa ser un auténtico **doctor nadie** para la actual clase médica^[35]; además, ese nombre y condición de nadie quizá sea una ventaja que facilite su intención y su empeño de decir la verdad, puesto que, al fin y al cabo, como no es nadie no puede decir “nada” que pueda importunar a nadie; como no es de nadie, ninguna entidad u organismo oficial tiene posibilidad alguna de reprocharle nada; como no trabaja con nadie ni para nadie, en consecuencia, nadie le puede cesar o despedir y, por todo ello, no está en contra ni a favor de nadie, ni le debe lealtad a nadie, ni le despierta interés nada que no sea la **verdad** en cualquiera de sus grados; eso sí, como sólo le motiva y le atrae la verdad, desea serle fiel, y más ahora que se acerca al final de su largo camino de médico y, por ello, ya tiene poco que perder; a estas alturas, la mentira le aburre y ya ha aprendido a aceptar su derrota continua y, como se ha acostumbrado a ella, piensa que está bien... Todo está predicho y las cosas tienen que ser como tienen que ser... y para este viejo médico el aceptar la realidad y el soportarla ha sido un ejercicio de humildad y de resignación que le ha hecho consciente de que, como se cita en el Evangelio: “**es necesario que el escándalo ocurra...**” y que, como anuncia la tradición hindú, vivimos una época oscura y decadente donde la mentira y el engaño son norma y, por eso, ya nada puede despertar el interés de este médico amante de la verdad; pero esa desolación que le ha tocado vivir no ha mermado su creencia y su fe en que la **verdad** existe detrás de tanta mentira; por eso, ya nada le interesa ni le motiva sino la verdad... desde la verdad contingente y científica que intenta explicar en este ensayo hasta la más amada y adorada por este médico de pueblo... la **Verdad** con mayúscula, la eterna, la absoluta... **Dios**.

Ahora ya soy un viejo médico que he sobrevivido, gracias a la Providencia, a mi encuentro con la **bestia**, la conozco bien y ya no le temo, también sé cierto que no estoy loco y siendo un doctor **nadie** puedo permitirme el lujo de decir la **verdad** y, con **ella**, seguir ejerciendo de médico; además, no me han retirado el título de **doctor** y este nombre que tiene etimología latina y deriva del verbo **docere** (enseñar) y significa “el que enseña”; por este título de doctor, que no me han retirado, creo que es mi deber, como doctor y médico, **enseñar** sobre temas de salud a quien pueda y quiera oír y esté dispuesto a entender y, por ello, a liberarse de la **iatrogenia** química y mental generalizada con ayuda del sentido

común, la lógica y la información veraz; sé que no puedo vencer a la **bestia** y que de una manera u otra este libro será censurado y eliminado tarde o temprano pero, mientras tanto, alguien lo leerá o alguien contará a alguien lo que haya leído y comprendido, y quizá alguien también comprenda el mensaje de salud que hay escrito en él y lo aplique a su realidad y, con ello, salve o mejore la calidad de su vida y la de sus hijos; si esto ocurre, aunque sea en una sola ocasión, habré cumplido con mi viejo oficio de médico comunicando la **verdad que cura** y, al final de mi odisea personal cargada de derrota permanente, mi alma de pecador llevará un poco de verdad y de bondad en sus alas y, con ellas, mi alma viajera quizá pueda volar en busca de la Ítaca eterna o reino de la luz y de la vida, el lugar de la **verdad** y la **bondad** que nunca acaban.

Vamos a hablar ahora de la **palabra que mata**, es decir, de la **mentira**, y para ello vamos a narrar al lector cómo y cuando nació en Occidente la **medicina industrial** y vamos a explicar que esta actividad humana a la que llamamos medicina moderna es **mentira** que sea eso, medicina; y de lo que se trata, en realidad, es de un gran **fraude** de carácter económico e industrial que ha usurpado el lugar de ese antiguo arte al que se le conoció durante miles de años como **medicina** y que utilizaba la **verdad y la palabra** para curar, que es lo contrario de lo que hace la medicina industrial, que, como vamos a explicar, hace décadas que utiliza **la mentira que mata** para hacer negocio.

El origen o nacimiento de la **medicina de la bestia** o medicina industrial hay que datarlo, como ya hemos dicho, a mediados del siglo XIX, cuando, ante el formidable empuje de la **civilización ilustrada, el progreso industrial y los nuevos hitos** de la Europa imperial del siglo XIX, los principios y valores espirituales y morales en los que había creído el hombre preindustrial dejaron de tener importancia primero y desaparecieron del mapa intelectual después. Desde entonces y definitivamente el **dinero** es, por pura lógica, la máxima aspiración humana en la **sociedad de la bestia**, es decir, en una cultura o civilización sin Dios donde el hombre ya no cree que nadie pueda juzgar su conducta después de la muerte y carece de moralidad, en una sociedad donde el **dinero** y el consumo que permite es la mayor aspiración para el hombre que no cree en otra cosa ni ve otra cosa más allá de las muchas necesidades animales o fisiológicas que tiene necesidad de satisfacer, donde el **dinero** es la cosa de más valor para un hombre que está convencido de que lo único real es lo que puede vivir y disfrutar aquí y ahora y que tampoco siente ningún respeto ni veneración por la naturaleza; en realidad, en una sociedad como esta y a un hombre así... sin otros valores mas

allá de los materiales, animales y fisiológicos... ¿le puede interesar algo que no sea el dinero y el consumo?... Lógicamente... No.

Cuando quedó claro que en la descreída, materialista y existencialista civilización de la **bestia** lo más importante era **el dinero**, fue entonces cuando **la medicina** occidental adoptó una mentalidad mercantil e industrial que no había tenido nunca y se propuso, por primera vez en la historia de la medicina, la posibilidad de poder vender a gran escala, en cantidades industriales y como un producto de consumo más... nada más y nada menos... que la mítica y legendaria **inmunidad; sí, sí... la inmunidad...** ese estado de ser propio de semidioses y héroes y narrado en leyendas y mitos que hace del personaje que la posee un ser invulnerable a los peligros, inmortal al lado de mortales, inaccesible al dolor y la muerte y, por tanto, un ser que no teme a nada ni a nadie. La **inmunidad** es una aspiración mítica que todo humano ha soñado poseer, es una quimera que todo el mundo quisiera comprar para vencer al miedo existencial a la debilidad, al dolor y a la muerte que todos tenemos, es un mito que se cuenta que poseen todos los héroes del pasado y los actuales: Aquiles, Sigfrido, Superman... Pues bien, queriendo sacar partido o hacer negocio con ese deseo mítico que todos los humanos compartimos... la medicina del siglo diecinueve se propuso, por primera vez en la historia de la medicina, fabricar y vender cantidades industriales de elixires capaces de otorgar al humano mortal... la **mismísima inmunidad**. Por supuesto que es una **mentira** ofrecer realmente algún tipo de inmunidad, pero a la nueva medicina industrial no le importaba **mentir** si con ello lograba hacer negocio y vender una supuesta inmunidad de “mentirijillas” y en cantidades industriales.

Para vender inmunidad industrial, que es el **antídoto** por excelencia contra el **miedo**, era indispensable crear primero una gran cantidad, precisamente, de este sentimiento de **miedo** entre los ciudadanos. Se le encargó a la prensa industrial, que es otra importante “cabeza” de la **bestia**, la creación de una **gran mentira** que fuese capaz de crear una enorme y continuada sensación de **miedo** entre la población. La **prensa** de la **bestia** vio rápidamente que el reciente “descubrimiento” de los microbios, logrado por la tecnología del siglo diecinueve, era lo que se necesitaba para dar forma a una **amenaza** inédita y desconocida; pensó que presentar a los microbios, recién descubiertos, como asesinos potenciales de niños y mayores... era la **mentira** perfecta para crear **miedo** a escala mundial y, como consecuencia, poder vender **inmunidad** a niveles industriales.

No había tiempo que perder y la **c.c.i.** y **la prensa de la bestia**, estas dos cabezas de **bestia**, diseñaron el plan y empezaron a darle forma y realidad práctica a esa **paranoia a los microbios** con su gran poder mediático y académico y, de esa manera, motivar el consumo de **inmunidad industrial**; y desde entonces y hasta la actualidad, la **c.c.i.** valora mucho y otorga distinción y premios internacionales a todos aquellos científicos que descubren alguna supuesta amenaza o ente microscópico que aterrorice a la población, es decir, que meta el miedo en la vida cotidiana de los ciudadanos. De hecho, durante los últimos años del siglo XIX y principios del XX, la mayoría de los premios Nobeles de medicina fueron otorgados a médicos que “aislaron” e “identificaron” a los primeros gérmenes o microbios y, además, les acusaron de manera inmediata de producir enfermedades; era importante premiar a todos los científicos que propagaran el **miedo a los microbios** y, por eso, **la prensa** se encargó de dar a conocer a unos personajes que ahora **todos** conocemos y les tenemos como ilustres científicos y médicos, como: Louis Pasteur, Robert Koch, Neisser, Hebert... que fueron los primeros cazadores de microbios y que fueron distinguidos por la docencia oficial y fueron premiados y laureados como grandes benefactores de la humanidad.

Una vez instalada la **mentira** del terror al nuevo microbio recién descubierto y premiado al médico o al industrial que había creado la alarma, el sistema médico-industrial premiaba y animaba a todo investigador que hallase **un producto** que fuera posible fabricarlo por toneladas y presentarlo, con el poder de persuasión de una buena campaña publicitaria, como el producto que proporcionaba la deseada y oportuna **inmunidad** a todo aquel que lo consumiera... Si este ardid funcionaba, se convertiría en el mayor negocio de la historia... y funcionó. La **mentira que aterroriza y que mata**, con la ayuda de la **prensa y la docencia médica**, se instaló en el corazón de la sociedad moderna, y con la influencia de la docencia médica se introdujo como un dogma en la **medicina** y **ésta** se llenó de ideas, conceptos y palabras que iban a intoxicar y matar a miles de ciudadanos durante las siguientes décadas; pero esas **palabras que matan** iban a crear una floreciente **industria** y un gran **negocio** que ya sabe el lector que son dos grandes e importantes “cabezas” de la **bestia**.

LOS DOCTORES NADIE DE TODOS LOS TIEMPOS

Resultó que, cien años después de que aquellos famosos pioneros que introdujeron la **paranoia** a nuestros gérmenes con la falsa acusación de que eran agresivos y producían enfermedades infecciosas, algunos microbiólogos del siglo XX que contaban con mejores microscopios, con mejor tecnología y, desde luego, con mucha más experiencia acumulada puesto que habían estado observando a nuestros microbios durante décadas, llegaron a tener muy claro el carácter inofensivo y simbiote de nuestros microbios y aunque, por fin, le dieron el premio Nobel al Dr. Lederberg en 1958 por esa descripción de la flora microbiana humana a la que bautizó con el nombre de **microbiota humana**, su descubrimiento y el carácter totalmente **inofensivo y simbiote** de esos microbios humanos apenas tuvo repercusión académica y, desde luego, careció de la más mínima referencia mediática en la prensa de los ciudadanos; de hecho, este premio Nobel es una persona totalmente desconocida para el lector y, con toda seguridad, para la mayoría de la población, que, sin embargo, conoce perfectamente a Louis Pasteur; por el contrario, el Dr. Lederberg fue, también, un perfecto desconocido para los estudiantes de medicina de mi generación de los años 70 y de las generaciones posteriores y sus trabajos de descripción del **microbioma humano**, que describe a nuestros microbios como simbiotes nuestros y, por tanto, como aliados beneficiosos, es una realidad biológica totalmente desconocida por los actuales estudiantes de medicina.

La **bestia y su c.c.i.** se encargaron de que ese interesante trabajo y descripción de las funciones de la **microbiota humana** no tuviera demasiada repercusión mediática ni, por supuesto, académica; naturalmente, el secuestro de esa información mediática y académica tenía la intención de convertir al Dr. Lederberg en un **doctor nadie** desconocido por todos y, en efecto, nadie le conoce; porque si se conociera su descubrimiento y el de otros muchos microbiólogos del siglo XX en los medios académicos y entre los estudiantes de medicina o entre los ciudadanos en general... el **miedo** a nuestros microbios y el gran negocio de la **inmunidad industrial** carecería de sentido^[36], es más, hubiese desaparecido totalmente de la mente de todos los médicos actuales en activo, y lo más importante es que hubiésemos dejado de envenenarnos con los antibióticos, vacunas y antisépticos que consumimos por toneladas... Si los estudiantes de mi generación y los actuales conociésemos el trabajo de Lederberg, se hubiese acabado la gran **mentira** y el gran **negocio** que ha

supuesto el **comercio** de toneladas de productos industriales que hemos consumido... y eso... no hubiera sido del agrado y del interés de la **bestia y su industria farmacéutica**.

El conocimiento de la existencia de la **microbiota** y del **microbioma humano** y su sentido biológico es totalmente incompatible con la noción decimonónica de la **teoría de la infección**, y esa es la razón por la que la **bestia, su docencia y su prensa** han estado muy interesadas y empeñadas en que todo el mundo, todos los escolares y todos los universitarios conozcan y hayan oído hablar mucho de Louis Pasteur, de Robert Koch, de Fleming... y se han preocupado de que en nuestras ciudades haya calles y avenidas que lleven los nombres de estos creadores y difusores de la **paranoia** hacia nuestros **microbios**... pero por el contrario nadie, ni siquiera los estudiantes de medicina, conozcan a Lederberg ni a muchos otros médicos y microbiólogos que a lo largo del siglo XX habían descubierto y descrito la existencia de nuestra **microbiota** y que hablaron y escribieron trabajos y artículos sobre el carácter inofensivo e, incluso, beneficioso y simbiote de nuestros microbios. En este sentido hay que dejar bien claro, para que el lector lo sepa, que el **microbioma y la microbiota humanos**, aunque fueron descritos de manera metódica y exhaustiva por Lederberg a finales de los 50, eran una realidad perfectamente conocida por muchos médicos y estudiantes desde hacía décadas; en realidad, eran conocidos por médicos y estudiantes desde los primeros años del siglo XX, como vamos a explicar, y por ello cabe preguntarse: ¿Quién o quiénes conocían la existencia de nuestra **microbiota** desde hace tiempo?... ¿Quién o quiénes y cuándo supieron que nuestros microbios son inofensivos y que, en realidad, viven con nosotros desde siempre, tanto en la salud como en la enfermedad?

La respuesta a estas preguntas estamos seguros que sorprenderá al lector y a los médicos en activo actuales, porque los primeros disidentes de la **teoría de la infección** y los primeros concedores de la existencia de la **microbiota humana** aparecieron, precisamente, entre los médicos y estudiantes de principios del siglo XX, cuando la C.C.I. estaba dando premios internacionales, cada año, a los creadores de la **paranoia** con el fin de implantarla de forma mayoritaria entre los médicos y en la sociedad y, de esa manera, poder iniciar el fraudulento y falaz negocio de vender **inmunidad**.

El lector debe saber que a principios del siglo pasado, el siglo XX, cuando hacía ya 30 ó 40 años desde que se había presentado la **mentira** de la teoría de la infección y la **bestia y su industria** estaban llevando a cabo su empeño de

imponerla como una teoría totalmente real entre la clase médica, resultó que, debido a la novedad que suponía el hallazgo histórico de los microbios en el mundo de la biología, se empezaron a inaugurar laboratorios de microbiología por todos los países y, además, se estaba dotando a todas las facultades de medicina de Occidente de los hasta entonces escasos y primitivos microscopios que capacitaban a los curiosos biólogos, médicos y estudiantes para explorar ese nuevo y fascinante mundo que ofrecía un ancho horizonte de nuevos descubrimientos.

Debido a la **sencillez** del método de cultivo de gérmenes, muchos médicos y estudiantes de medicina y biología tuvieron acceso relativamente rápido (diez o quince años después de que se presentara la teoría de la infección) al estudio de los microbios humanos por primera vez. **Algunos** de esos estudiantes y médicos se percataron rápidamente de la falsedad de la incipiente **teoría** que acusaba a los gérmenes de producir enfermedades y ser agresivos... **¿Cómo se dieron cuenta tan rápidamente?**... Pues porque es muy **fácil y sencillo**... y los propios estudiantes, en las mismas prácticas de laboratorio, pudieron comprobarlo y darse cuenta, puesto que, en sus primeras experiencias de cultivo de microbios, tomaron muestras, a sanos y a enfermos, y realizaron cultivos y vieron con sencillez y en las primeras pruebas que esas bacterias o **microbios** a los que se les acusaba de producir enfermedades infecciosas... vivían **con** nosotros y **dentro** de nosotros, tanto en estado de enfermedad como en el de salud total, por tanto no eran **un peligro, no eran una amenaza**, sino que estaban ahí porque viven con nosotros desde siempre y para siempre; es decir, viven con nosotros en la salud y la enfermedad, en la riqueza y la pobreza, de fiesta o de entierro... Viven con nosotros y forman parte real de nuestra naturaleza y realidad biológica, exactamente igual que los animales, arbustos y árboles forman parte de la naturaleza y la realidad de las montañas; por tanto, es imposible infectarse de ellos entre nosotros, puesto que cada cual tiene sus numerosos gérmenes formando su propia **microbiota**; en todo caso, lo único que puede acontecer entre humanos es un intercambio inofensivo, permanente e inevitable de gérmenes entre personas que tengan contacto.

Con estas evidencias, que, **repetimos**, se podían comprobar en las mismísimas clases prácticas de los laboratorios en las facultades de medicina de la primera mitad del siglo XX, algunos médicos e, incluso, estudiantes... corrieron llenos de ingenuidad a publicar y enseñar al resto de compañeros y profesores la existencia de la **microbiota humana**, que habían descubierto que

estaba presente en **todos** los humanos. **Algunos** de ellos creyeron que era muy importante que esa **buena noticia** la conocieran los estudiantes y los médicos; y desde luego que lo era, puesto que si se hubiera tenido en cuenta la **nula agresividad** de esos microbios nuestros se hubiera puesto fin, hace ya más cien años, a la **paranoia irracional** a nuestra propia **microbiota** y se hubiese suprimido de manera total el consumo y distribución entre la población de los primeros productos industriales, productos muy tóxicos desde el principio, que se administraron para destruir a esos microbios que viven en nuestro interior en perfecta y sana **simbiosis**; pero, si esa **verdad** sobre nuestros microbios simbioses se hubiese sabido, la **bestia y su industria farmacéutica** no hubiesen tenido la oportunidad de iniciar la venta de la supuesta y quimérica **inmunidad** y no hubiese acontecido el nacimiento de la **medicina industrial**.

Aquellos **doctores nadie** de la primera parte del siglo pasado quisieron advertir del grave error que se estaba cometiendo, pero, como le ocurrió a este doctor nadie autor de este ensayo, aquellos médicos perdieron su ingenuidad de golpe al comprobar que sus observaciones y descubrimientos sobre el verdadero sentido biológico de nuestros gérmenes no eran atendidos ni valorados por la docencia ni la prensa de **la bestia y su C.C.I.**, que, además, les dejó bien claro que ellos eran unos perfectos **doctores nadie**; por eso, en la actualidad nadie conoce sus nombres, ni siquiera les conocen los estudiantes de medicina, puesto que nadie nunca les habló de ellos ni de sus trabajos ni sus observaciones ni sus artículos e informes de laboratorio, que discrepaban, con la verdad de los hechos, de la **mentira** de la teoría de la infección que predicaba la **C.C.I.** de forma dogmática; pero nosotros hemos escrito este ensayo para decirle **la verdad que cura** al lector para que sepa que, durante todo el siglo XX, hubieron **doctores nadie** que se opusieron a **la mentira que mata**, al fraude médico y a la **iatrogenia** que se iniciaba, y lo hicieron con datos y observaciones objetivas que ellos habían obtenido con facilidad en las mismísimas clases prácticas y en los primeros métodos de sembrar y cultivar gérmenes. A diferencia de los doctores famosos que afirmaban la agresividad de nuestros microbios y que, con esta afirmación, crearon la **paranoia** a los microbios, estos doctores nadie nunca recibieron un solo premio, nunca tuvieron reconocimiento oficial; de hecho, no salen en los libros de historia que manejan los escolares, la prensa ni siquiera les nombró jamás y no tienen calles y avenidas que lleven su nombre; fueron relegados al silencio y al olvido por la sencilla razón de que sus hallazgos no **asustaban** a nadie, no podían servir para el negocio del **miedo** que recién se iniciaba, tampoco pretendieron vender, ni vendieron, ninguna patente

industrial... nunca fueron reconocidos por descubrir **la verdad que cura** y que desmentía el terror a nuestros microbios, es decir, por comprobar con facilidad que nuestros gérmenes son inofensivos y que los tenemos todos; sus importantes hallazgos biológicos que demostraban la existencia de nuestra inofensiva **microbiota** no fueron y todavía no han sido reconocidos por la docencia oficial.

A la **bestia y su c.c.i.**, que estaban construyendo **la mentira que mata** con la prometedora y próspera teoría paranoica de la infección, no les interesaba para nada el trabajo de esos científicos que afirmaban la buena noticia de que nuestros microbios son buena gente; a la medicina industrial no le gustaban las buenas noticias sobre la posible función benéfica y simbiote de la **microbiota humana**, no quería que desapareciera la **paranoia**, no le interesaba que desapareciera el **terror**, no le interesaba que fuera refutada la **teoría de la infección**, puesto que esa **c.c.i. y su industria** perderían el gran prestigio que habían adquirido, en pocos años, presentándose como las salvadoras del mundo contra los microbios, y lo que es peor, desaparecería el **terror a la muerte**, que era la mayor motivación para consumir los productos médico-industriales; esos elixires de **inmunidad** que esa **c.c.i. y su floreciente industria** estaba fabricando y vendiendo masivamente a una población completamente convencida del peligro de muerte que suponían los recién aparecidos gérmenes o microbios. Todo este gran poder industrial, económico, académico y mediático del que dispone la **bestia y su industria** no está dispuesta a perderlo, no lo va a consentir; y, para eso, ha puesto en marcha una **inquisición despiadada** contra todo aquel médico, biólogo o periodista científico que pregone **la verdad** y ose poner en duda la **mentira que mata**, que tanto necesita para vender sus productos, presentarse como salvadora del mundo y seguir con el gran negocio del **miedo**. La **bestia y su c.c.i.** harán todo lo posible para acallar **la verdad que cura**, harán todo lo posible para ocultar que esa **microbiota, esos microbios nuestros**, no son ni han sido nunca la amenaza que durante más de cien años han estado diciendo que eran; su poder de mentir y de disimular la verdad es grande y lo han conseguido hasta la fecha, pero no podrá impedir que médicos con verdadero instinto y **consciencia** de médicos y buscadores de la verdad y la bondad, **los doctores nadie** de todos los **tiempos**, tarde o temprano, aquí y allá, ayer hoy y mañana... lleguen a conocer esa verdad. Y cuando lo hagan, si son médicos auténticos, tendrán la necesidad emocional y el deber moral de proclamarla para cumplir su cometido existencial: **curar las enfermedades y velar por la salud de la gente**. Estos médicos honrados y auténticos han existido durante toda la historia de la infección y, aunque fueron mayoría hasta

la primera mitad del siglo XX, en la actualidad todos ellos son tenidos por **doctores nadie** y no tienen la menor influencia ni en la ciudadanía ni, mucho menos, en los círculos académicos, pero existen; estos médicos, en la actual realidad paranoica impuesta por la **única medicina oficial**, ejercen su oficio y función de manera casi clandestina y a veces en contra de la ley, es decir, jugándose la vida; son médicos que anuncian **la verdad que cura**, aunque son muy pocos y están en grave peligro de extinción ante la persecución de la **bestia**.

CAPÍTULO 9.
FRAUDE Y MANIPULACIÓN EN LAS AULAS

BORRAR LA MEMORIA Y PROGRAMAR LOS NUEVOS CEREBROS

Para el mantenimiento de la **mentira** de la teoría de la infección entre la clase médica, es decir, para seguir con el próspero negocio de la venta industrial de **inmunidad**, ha sido necesario mantener el fraude de la **paranoia** a nuestros gérmenes durante todos estos años y, para lograrlo, ha sido necesario que **la bestia y su c.c.i.** hayan manipulado durante todo este tiempo y hasta límites insospechados la formación científica que han impartido a los aprendices de médico desde los años 50 a esta parte; este médico que escribe, desde la perspectiva que le proporciona el tiempo y recordando su época de estudiante y, sobre todo, libre ya de ingenuidad por haber conocido a la **bestia**, comprendió que efectivamente su educación como médico en los años 70 y la de todos los de su generación y posteriores, hasta nuestros días, había sido y estaba siendo manipulada con el objetivo de mantener fuera del alcance de los aprendices de médico el conocimiento de la existencia y funciones de nuestra **microbiota** y, con ello, poder mantener en el **mercado médico** el rentable **negocio del miedo** ante nuestros propios gérmenes. Con el tipo de información distorsionada que se imparte en la facultad, hasta el día de hoy, los estudiantes no pueden ser conscientes de que se les oculta el conocimiento de la **microbiota humana** y, por eso, ha sido posible mantener en vigencia, y sin posibilidad de discutirla, una teoría médica totalmente **falsa, obsoleta y superada**; una teoría desmentida por la propia realidad científica comprobada repetidamente por muchos microbiólogos anónimos a lo largo de todo el siglo XX.

Los médicos actuales que conocen la existencia de la microbiota y, que por tanto, no creen en las enfermedades que se le atribuyen son, como decimos, bastante escasos; pero el lector debería saber que la mayoría de los catedráticos y médicos en activo de la primera mitad del siglo XX sí que conocían la existencia de la **microbiota**, aunque todavía no la llamaran así; aunque le parezca sorprendente al lector actual, la mayoría de ellos hasta la Segunda Guerra Mundial... eran conocedores del carácter inofensivo de nuestros gérmenes y, por eso, se opusieron frontalmente a la **teoría de la infección** y al consumo totalmente ilusorio y falaz de **inmunidad industrial** que **la bestia y su c.c.i.** proponían con insistencia por medio de una gran presión publicitaria a través de la **prensa** y también con la concesión de muchos premios internacionales a los médicos que insistían en el peligro que representaban los

microbios; toda esta propaganda fue ganando terreno lentamente para poder implantar la **mentira** de la nueva **teoría de la infección** y poder así iniciar el gran negocio, cosa que se lograría de manera definitiva a partir de los años 50 del siglo pasado.

Hay que agradecer a la mayoría de médicos de la primera mitad del siglo XX esa actitud empecinada **contra** la utilización de vacunas y químicos para combatir a nuestros propios microbios que proponía la incipiente medicina industrial, puesto que, por haber sido esta posición contraria a la **teoría de la infección** una opinión mayoritaria entre los médicos hasta los años 50, protegió a la población de esa época de la incipiente **iatrogenia industrial** y la libró de convertirse masivamente en una población de cobayas humanos, como ocurrió después; por tanto, hasta esas fechas, la sociedad humana occidental todavía estaba formada por gente de la especie **homo sapiens** o, como los llamaríamos ahora, humanos naturales sin conservantes ni colorantes que nunca habían sido vacunados de nada ni tomaron nunca antibióticos, puesto que sus médicos todavía no creían en la teoría **de la infección** ni tampoco creían que fuese posible otorgar **inmunidad industrial** a los seres humanos por mucho que éstos la desearan.

Pero esa opinión mayoritaria entre la clase médica de considerar imposible la venta de **inmunidad** y la de considerar a nuestros microbios como seres inofensivos que habitaban nuestro organismo en **simbiosis** amistosa y cooperante fue cambiando bajo la presión oficial y convincente de la **bestia, su C.C.I., su industria y su prensa**, que con su gran poder de convicción pudieron hacer desaparecer de la mente de médicos, estudiantes y ciudadanos el conocimiento de la existencia en todos los humanos de la **microbiota** o de nuestros gérmenes como **simbiontes** y sustituirlo por la **mentira** de la teoría de la infección o la **paranoia tóxica** y sin sentido biológico que todos conocemos y practicamos consumiendo tóxicos sin cesar desde los años 50 y 60 del siglo pasado.

Pero el lector quizá se pregunte... ¿Cómo se ha podido ocultar la existencia de la **microbiota humana** en los últimos 60 años?... ¿Cómo ha podido desaparecer la opinión mayoritaria de los médicos de la primera mitad de siglo, que conocían la naturaleza pacífica de nuestros gérmenes?... ¿Cómo y por qué ha terminado dominando totalmente la visión **paranoica** sobre la visión más real, es decir, la de que nuestros microbios viven en nosotros en **simbiosis** armónica?... ¿Cómo ha sido posible mantener esa **gran mentira** durante tantos

años?

La respuesta a todas estas preguntas lógicas es la siguiente: la **c.c.i. y su docencia** han hecho todo lo posible, manipulando la enseñanza en la facultad, para que toda esa realidad biológica, la existencia de nuestra **microbiota humana**, perfectamente conocida por los médicos de la primera mitad del siglo XX, no fuera conocida por los estudiantes de medicina que han sido preparados desde los años 50 hasta nuestros días. La noción de que nuestros gérmenes son inofensivos y que viven en **simbiosis** con nosotros mismos siempre ha estado ahí, pero se ha tenido como **materia reservada** o, por decirlo de otra manera, ha sido tratada como un **alto secreto** que los estudiantes no debían conocer en ningún momento... y hay que reconocer que la **c.c.i. y su docencia**, con la manipulación de la enseñanza en las aulas de las facultades de Occidente, diseñada desde los años 50 en adelante, consiguieron llevar a cabo esta difícil tarea de ocultación de la realidad biológica; por eso la casi totalidad de médicos en activo, en la actualidad, desconocen la existencia y el sentido biológico de la **microbiota humana**.

Vamos a explicar al lector cómo pudo ocultar la **c.c.i. y su docencia médica** la existencia de nuestra **microbiota** a las múltiples generaciones de médicos formados en las universidades desde los años 50, y para ello vamos a relatar cómo fue y sigue siendo, incluso en la actualidad, la docencia de los aprendices de médico: el autor de este ensayo y sus compañeros de promoción, al llegar al tercer curso de carrera, se encontraron con una curiosa asignatura que formaba parte del programa lectivo de ese año; la asignatura en cuestión era concretamente la de **historia de la medicina**. Es una asignatura que no tiene contenido técnico ni biológico, pero que tenía sentido teórico e intelectual y, desde luego, tenía sentido histórico; durante décadas, estudiar la historia de la medicina de Occidente estuvo en uso en el programa oficial de estudios de medicina como una asignatura que estudiaba el pensamiento teórico y los métodos de los médicos de la antigüedad y sus escuelas (Hipócrates, Galeno, Dioscórides, Avicena, Maimónides...), sus puntos de vista sobre la salud y la enfermedad, sus técnicas médicas y quirúrgicas y sus puntos de vista sobre los distintos aspectos... Todo este conocimiento histórico se consideraba importante para la preparación intelectual de los aprendices de médico hasta los años 50; pero desde entonces se dejaron de impartir clases, es decir, se suprimió la enseñanza lectiva de la historia de la medicina aunque, extrañamente, las cátedras de historia de la medicina no desaparecieron de la facultad y todavía

existen en todas las facultades de medicina de España.

Los estudiantes valencianos de los años 70 desconocedores de esa extraña circunstancia de la susodicha asignatura, cuando acudimos a la primera clase, nos llevamos una sorpresa que, en principio, nos resultó bastante simpática: el mismísimo catedrático Dr. José María Piñero en persona vino a comunicarnos que nos “amnistiaban” o nos “dispensaban” a todos los estudiantes del esfuerzo de preparar la asignatura de historia de la medicina y que la razón de ello era que no se iban a impartir clases de esa asignatura y no se iban a hacer exámenes de ella al final de curso, puesto que se daba como aprobada en todos los “currícula” de los alumnos; y que, como la teníamos aprobada por “la cara”, deberíamos aprovechar el tiempo que se nos regalaba y utilizarlo para preparar el duro programa lectivo que tenía el resto del curso que acabábamos de empezar... ¡Qué maravilla!... pensamos todos los educandos... puesto que se nos aprobaba una asignatura por nuestra cara bonita, sin tener que dedicarle ningún esfuerzo y, además, a principio de curso... ¿Quién podría tener problema con ello? Como aplicados educandos que pretendíamos ser, aceptamos con confianza aquel “regalito” que nos hacían y, efectivamente, llenamos el tiempo que deberíamos haber dedicado a la curiosa asignatura de historia de la medicina, extrañamente amnistiada, a otros menesteres.

En aquel momento, como ingenuo estudiante, me alegré de que me aligerasen la carga de estudio, pero no comprendí ni me pregunté cuál podría ser la razón de que existieran cátedras de historia de la medicina en todas las facultades de medicina si resultaba que esta asignatura no era obligatoria ni tenía ningún tipo de interés académico; sabía, sin embargo, que en décadas anteriores a nuestra época de estudiantes en los años 70 sí que se impartían clases de historia e imaginaba que seguramente, en esas clases que ya no se daban, habría exposición de puntos de vista diferentes sobre la salud y quizá hubiesen charlas, relatos sobre los antiguos maestros y quizá, incluso, debates sobre diferentes ideas y escuelas médicas a lo largo de los siglos... ¿Qué pasaba entonces?... ¿Por qué, de repente, no interesaba la historia en esa época nuestra?... La resolución del misterio de la supresión de la asignatura de la historia de la medicina se me hizo evidente muchos años más tarde, cuando ya tenía consciencia de la existencia de la **bestia**; efectivamente, desde mi exilio y ya sin ingenuidad, comprendí cuál era la intención de habernos suprimido la asignatura de historia de la medicina; esa supresión tenía una intención oculta y espuria, esa supresión quería impedir que nosotros, los estudiantes de los años 70 y los de

después, no supiéramos nada o no tuviéramos la menor noticia de los fuertes debates y enfrentamientos académicos que se habían producido entre aquellos **dos grupos de médicos enfrentados** a principios del siglo XX: los debates que se habían producido entre los médicos que negaban la **teoría de la infección** contra o enfrentados a los que la afirmaban; la **bestia y su docencia médica** suprimieron la asignatura de historia de la medicina con la intención de que los estudiantes no tuviesen la menor noticia de las diferentes opiniones médicas que sobre la teoría de la infección se enfrentaron a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando eminentes médicos como Rudolf Virchow, premio Nobel y padre de la teoría celular, Claude Bernard, catedrático de fisiología de París e introductor en la medicina experimental y muy admirado por profesores y alumnos de mi propia época, se opusieron con razones contundentes y científicas a las opiniones del **industrial** Louis Pasteur, que además no era médico, y a Robert Koch, que fueron los “creadores” de la **teoría de la infección** y que defendían la novedosa y falaz opinión de que nuestros microbios eran agresivos y los causantes de las enfermedades infecciosas. Al suprimir la asignatura de la historia de la medicina, los estudiantes valencianos de después de los años 50 nunca supimos que eminentes catedráticos de nuestra propia facultad como el Dr. García Moliner, el Dr. Juan Bautista Peset y Vidal y otros muchos catedráticos españoles de esa época habían escrito artículos criticando la utilización de vacunas y refutando la opinión de que nuestros microbios fueran productores de enfermedades.^[37] Nunca supimos de las opiniones de estos médicos que se oponían a la teoría de la infección porque, simple y llanamente, nuestros profesores de historia de la medicina nunca nos impartieron clases de historia y nunca hablaron de ellos ni de sus enfrentamientos con los creadores de la **mentira** que introdujo en la medicina del siglo XIX la novedosa **paranoia** a nuestros microbios. Nunca nos hablaron de que, en Europa, la mayoría de médicos y de catedráticos de la mayoría de las facultades de medicina y biología se oponía a la novedosa e interesante, para la industria, teoría de la infección. Nosotros, los estudiantes de mi generación y posteriores, no estudiamos historia de la medicina y nunca supimos nada de esos debates y enfrentamientos entre médicos que habían tenido lugar unas pocas décadas antes.

Años más tarde, cuando ya era un doctor nadie y ya conocía a la **bestia** y sus intenciones, comprendí el verdadero sentido que tenía ese “regalito” que nos habían ofrecido a los estudiantes haciéndonos más fácil el tercer curso académico; comprendí que el que nos aprobaran la asignatura de historia, por nuestra cara bonita, en realidad era un regalo de la **bestia** que tenía la intención

de ocultar **algo** que era de suma importancia para la educación veraz y objetiva de los estudiantes de medicina^[38]: la supresión “de facto” desde los años 50 y 60 de la asignatura de historia de la medicina tenía entonces y tiene ahora el propósito claro de ocultar a los estudiantes, entre otras cosas, unos hechos históricos de la reciente historia de la medicina que, si hubiesen sido conocidos por los propios estudiantes, por lógica y necesariamente, les hubiese llevado a debatir e, incluso, a cuestionar la teoría de la infección que la **bestia y su docencia médica** explicaban en las clases a los alumnos de medicina sin decirles nada de que habían existido grandes médicos que negaban la veracidad de tal teoría; en efecto, para imponer la falsa idea de la **agresividad de nuestros microbios** era capital que los estudiantes no conocieran y no tuvieran noticia alguna de que la **mayoría** de los médicos de antes de la Segunda Guerra Mundial no consideraban a nuestros microbios como entes peligrosos y alienígenas y que no les hacían responsables de enfermedades mortales y de que, de una forma casi unánime, la inmensa mayoría de ellos estaban de acuerdo con la sentencia del Dr. Claude Bernard que afirmaba: “**en la salud y la enfermedad, el microbio no es nada; lo importante es el equilibrio del medio interno**”.

Hemos escrito este ensayo para llevar a la atención del lector la realidad que él mismo puede comprobar, buscando a estos autores médicos a través de internet, de que durante toda la primera mitad del siglo XX la mayoría de médicos conocían y consideraban que nuestros microbios eran benéficos para nosotros y vivían en simbiosis mutuamente beneficiosa. Y para denunciar que a la **bestia y su docencia médica**, que se ha encargado de preparar a los aprendices de médico en estas últimas décadas, no le interesaba que se supiera nada del verdadero sentido biológico de esos seres microscópicos que viven en nuestro interior, puesto que **la verdad** les hubiese impedido hacer el gran negocio que han hecho, por esa razón, ni este médico que escribe ni sus compañeros de promoción ni los que vinieron después tuvimos la más mínima oportunidad de enterarnos de la realidad de que los médicos de antes de los años 50 conocían a su manera la existencia de nuestra **microbiota humana**.

Si los estudiantes de mi tiempo y los que han venido después hubiésemos estudiado la historia de la medicina como siempre se había hecho, necesariamente nos habríamos tenido que enterar de que grandes médicos a los que admirábamos por su conocimiento, como los que hemos nombrado, y la mayoría de catedráticos de todas las universidades de Europa se opusieron con

ferocidad y con datos científicos a la teoría de la infección y a la introducción de las vacunas en la medicina de antes de los años 50.

Si a los estudiantes no nos hubiesen secuestrado **la memoria histórica** con ese “regalito” de aprobarnos la asignatura sin estudiarla, podríamos haber leído a esos maestros de medicina que se oponían a la teoría de la infección y cuáles eran sus razones; hubiéramos sabido, discutido y comparado sus conocimientos con lo que se nos enseñaba en las clases teóricas sobre los microbios... pero todo eso no ocurrió porque de haber ocurrido... los médicos actuales conocerían la **existencia** y el verdadero sentido biológico de la **microbiota** y, contando con ese conocimiento, no hubieran vacunado ni vacunarían a nadie, ni prescribirían antibióticos, es decir, no creerían ni practicarían la paranoia tóxica que han practicado y llevan practicando durante más de 60 años y, como consecuencia, no habrían colaborado a la **iatrogénesis** general, casi total, de todos los ciudadanos de Occidente.

Si los estudiantes de mi época y los actuales hubiésemos sabido que se conocía la existencia de la **microbiota humana** desde hacía décadas o, al menos, nos hubiesen informado de que le habían concedido a Dr. Joshua Lederberg el Nobel en 1958 por descubrirla y mostrar que nuestros microbios tenían una función de **simbiosis**, nos hubiésemos abstenido de intoxicar a toda nuestra población con productos industriales antisépticos y antibióticos.

La supresión de la asignatura de historia de la medicina, ese apetitoso regalo que la **bestia** hizo a los estudiantes de medicina desde los años 50, era otro “lobo vestido con piel de cordero” que les ha producido una laguna de memoria, **una amnesia** planificada de manera descarada que les ha impedido el acceso al conocimiento de la existencia y la verdadera naturaleza de nuestra **microbiota humana** y, como consecuencia de ese secuestro de la memoria, se han convertido en **distribuidores comerciales** de la floreciente **industria farmacéutica** y gracias a esa colaboración, conseguida por la supresión de la asignatura de **historia de la medicina**, se ha podido mantener en el tiempo la lucrativa **teoría de la infección**, un negocio satánico que ha supuesto la **iatrogenia despiadada** de toda la población de la “sociedad del bienestar”.

UNAS CLASES DE PRÁCTICAS MUY “PELIGROSAS”

Dentro de ese plan de **la mentira que mata** a causa de la manipulación y distorsión de la **docencia médica** a la que fuimos sometidos los aprendices de médico preparados después de los años 50, además de este secuestro de la memoria histórica que impuso la **bestia y su c.c.i.** y con la misma intención y propósito de asegurarse de que los estudiantes no tuviesen acceso al conocimiento de la **microbiota**, introdujeron otra estratagema u otro “apaño” en la dinámica lectiva o académica de los estudiantes de medicina de mi generación y generaciones posteriores hasta nuestros días. Nos hicieron otro “regalito” y para ello se suprimieron, dándose también por aprobadas, las clases prácticas de **siembra y cultivo** de gérmenes que se habían realizado en todas las aulas durante todas las décadas anteriores a los años 50 y en todas las facultades de medicina de Europa; se suprimieron porque, como ya hemos contado al lector, esas prácticas de siembra y cultivo fueron la causa que permitió a los alumnos de ese tiempo, anterior a los años 50, conocer la realidad evidente de que todos poseemos, en estado de salud perfecta, todas las especies de microbios que, en las clases teóricas, estaban siendo acusados de producir enfermedades; y cuando decimos todas las especies de microbios queremos decir... ¡todas!... también las que supuestamente causan la difteria, la meningitis, el cólera^[39], la tuberculosis^[40], la peste... ¡todas!

La excusa que nos dieron para evitar o impedir que tuviéramos las clases prácticas de siembra y cultivo de gérmenes fue la siguiente: se nos informó de que no nos podían dejar realizar cultivo y siembra de microbios por razones de peligro de infección entre nosotros, los alumnos, y para evitar la posible propagación entre la ciudadanía de enfermedades contagiosas; esa fue la excusa que se nos dio a los estudiantes que nos atrevimos tímidamente a solicitarlas y, ante semejante peligro con el que nos amenazaba la autoridad académica, aceptamos la orden por prudencia y confianza y creímos lógico renunciar a la “peligrosa” manipulación directa de los gérmenes y dimos por válidas las precauciones que nos pedían y, por eso, ninguno de nosotros (médicos españoles en activo desde hace más de 70 años) y ninguno de los demás aprendices de médico, desde entonces, nunca tuvimos ni han tenido **ninguna** experiencia, ni poca ni mucha, en técnicas de siembra y cultivo de gérmenes, y nunca tuvimos la oportunidad de cultivar nuestros propios microbios como sí habían hecho los

estudiantes de la primera mitad del siglo XX; y por esa supresión de las clases prácticas de siembra y cultivo se nos privó descaradamente de saber, por nosotros mismos, que nuestros microbios eran inofensivos, que forman parte de nuestra realidad biológica y que no nos causaban ni podían causarnos ningún tipo de enfermedad; desde entonces toda la experiencia que tuvimos nosotros y tienen los estudiantes actuales sobre nuestros gérmenes o microbios se obtiene por medio de fotografías, de preparaciones microscópicas montadas previamente, imágenes de vídeos, dibujos, maquetas... que los profesores de microbiología nos mostraban y muestran a los estudiantes; eso sí, añadiendo el mensaje verbal de que esas bacterias que nos mostraban eran, sin ninguna duda, productoras de las enfermedades correspondientes... Los aprendices les creíamos con toda la confianza de que nos decían la verdad, asentíamos y asimilábamos aquellas mentiras que los profesores de microbiología, verdaderos cómplices de la **bestia**, nos ofrecían; y esas **mentiras que matan** se siguen administrando de generación en generación hasta los actuales aprendices de médico que creen, asienten y asimilan la misma formación falaz y distorsionada sobre la falsa agresividad de nuestros microbios. Como había ocurrido con la asignatura de historia de la medicina, los estudiantes de entonces y de ahora agradecemos que nos aligerasen la carga lectiva y celebramos que nos aprobaran, por la cara, las clases prácticas de microbiología, puesto que a nadie le amarga un dulce y confiábamos ciegamente en la docencia oficial que se nos daba por parte de los “docentes” de la facultad.

Este doctor nadie, años después, en la época en que había perdido su ingenuidad estudiantil y se estaba enfrentando a la **bestia** y, por ello, empezaba a conocer el poder de manipulación de la realidad y la intención de carácter espurio que **ésta** poseía... empezó a comprender cuál era el verdadero sentido y la finalidad de haber suprimido las clases de siembra y cultivo de gérmenes en todas las facultades de medicina; es más, al componer el puzzle de sus recuerdos de estudiante de medicina, se percató de que esa **simpática** y supuestamente prudente **supresión** de esas clases prácticas era totalmente imprescindible para que los estudiantes desconocieran la existencia de la **microbiota humana** y siguieran creyendo en la **mentira de la teoría de la infección**.

La **c.c.i.** y su **docencia** sabían que esas clases prácticas de siembra y cultivo de gérmenes, **precisamente las clases de siembra y cultivo de gérmenes**, habían hecho posible que casi todos los estudiantes y médicos de décadas anteriores a los años 50 se percatasen con extrema facilidad de que nuestros

gérmenes son inofensivos y que viven en carácter de **simbiosis** con los humanos y forman la **microbiota** y, por eso, había que suprimirlas, y como consecuencia de ese nuevo secuestro de conocimiento y de **esa mentira que mata**, los estudiantes de mi generación y posteriores nos hemos pasado toda una larga vida de médicos recetando y aplicando sobre nosotros y sobre los demás ciudadanos cantidades industriales de productos tóxicos con el fin de acabar con nuestra propia **microbiota** y, como consecuencia de esa conducta médica, hemos producido la mayor **iatrogénesis** de la historia de la medicina sobre nuestra propia población... El secuestro de la memoria histórica, del conocimiento y de la experiencia real y directa en los educandos en medicina, desde los años 50 hasta nuestros días, ha posibilitado la permanencia e, incluso, el carácter de dogma de la teoría paranoica y **obsoleta** de la infección sobre la idea más real de la **microbiota** como parte de nuestra realidad biológica.

Afortunadamente, esa carencia en la memoria y en el conocimiento práctico que sufren las generaciones de médicos en los últimos sesenta años se puede solucionar de una manera muy fácil y sencilla, puesto que parte de la solución a la **amnesia histórica** que padecen los actuales aprendices de médico se la estamos proporcionando en este ensayo, donde les estamos dando datos que pueden comprobar tanto ellos como el lector que no sea médico ni estudiante, puesto que esta información que le damos sobre la existencia del **microbioma y de la microbiota** y el conocimiento sobre su existencia desde principios del siglo XX está al alcance de todos los ciudadanos en enciclopedias, hemerotecas o por medio de internet, donde se pueden encontrar publicaciones de la época y donde el lector puede encontrar, por ejemplo, las opiniones del Dr. Claude Bernard o buscar y encontrar la concesión del premio Nobel al Dr. Joshua Lederberg en 1958 por el descubrimiento y descripción de la **microbiota**.

Por otra parte, el secuestro de conocimiento práctico de **siembra y cultivo de gérmenes** al que fuimos y son sometidos los estudiantes es todavía más fácil de solucionar para médicos, estudiantes, biólogos, naturalistas... incluso para el lector más lego en estas técnicas, porque la **siembra y cultivo** de gérmenes **es** de lo más **sencilla y fácil** de hacer; tan fácil, sencilla e inofensiva que el lector la podría intentar y lograr llevarla a cabo en su propia casa: basta con obtener placas de cultivo que venden laboratorios especializados y/o por internet^[41]; sobre esas placas de cultivo se puede esparcir el aliento o pasar suavemente los dedos o los cabellos o cualquier otra parte del cuerpo; finalmente, hay que tapar la placa y ponerla o en una estufa de laboratorio a unos 30° C... o como lo ha

hecho tantas veces el autor de este ensayo... en un rincón de la cocina si es pleno verano; si lo hace así, el lector podrá ver que, a los pocos días, aquellas placas de cultivo están llenas de manchas de diversos colores; esas manchas de colores son las diversas colonias que han formado sus microbios y lo que aparece sobre las placas de cultivo es con toda propiedad el aspecto de su propia microbiota.

Si, además, dispone de un buen microscopio y los observa y los compara con fotografías que puede encontrar en enciclopedias, en atlas de microbiología o en internet, se encontrará que son los mismos gérmenes que han sido identificados como patógenos por la C.C.I., es decir, se encontrará con los famosos estreptococos, estafilococos, bacilos de la difteria, bacilos de la meningitis, de la tuberculosis... puesto que todas las personas sanas poseemos cientos de familias de estos gérmenes que, repetimos, son **los mismos** que durante décadas han sido acusados de producir esas “graves”, “temibles” y “famosas” enfermedades que han llenado de historias de terror y muerte los noticiarios de la prensa a lo largo y ancho de todo el siglo XX y que, además, forman parte del entramado de numerosas películas y novelas que han sembrado el terror a nuestros microbios durante más de cien años.

En cuanto a la excusa que se nos daba a los estudiantes para que no tuviéramos clases prácticas de siembra y cultivo, aludiendo al peligro de contagio y epidemia, como todo lo demás, era **otra gran mentira** para manipular nuestra información; la práctica de siembra y cultivo de gérmenes es tan inofensiva que hace unos meses, en la mismísima cadena estatal de TVE, en el telediario de la primera cadena, salía el reportaje de una pintora alemana o austríaca que tenía una técnica pictórica novedosa y original basada, precisamente, en la **simpleza de la técnica** de siembra y cultivo de gérmenes que, sin embargo, teníamos y todavía tienen prohibida los estudiantes de medicina desde los años 50; esta original pintora realiza cuadros sobre unos lienzos impregnados de material de cultivo y logra “pintarlos” tumbándose desnuda sobre ellos o exponiendo una zona de su cuerpo o esparciendo su aliento... Al cabo de unos días... aparecen unas figuras aleatorias y coloridas y de formas irreales y oníricas; el reportaje de TV mostraba, sin ninguna medida preventiva ni aséptica, una exposición pública de ese tipo de arte donde acudieron miles de ciudadanos sin mascarillas ni guantes ni ninguna medida especial de asepsia, y nunca se supo que algún curioso visitante se hubiese contagiado.^[42]

Si los médicos y estudiantes formados en la segunda mitad del siglo

XX hubiésemos sabido toda esta simple realidad que a manera de “noticia curiosa artística original” nos mostraba la TV pública hace unos meses... **con toda seguridad** no se nos hubiese ocurrido recetar **antibióticos y antisépticos** para matar a nuestros microbios, no hubiésemos puesto vacunas a los niños y no nos hubiésemos convertido a nosotros y a los demás en **cobayas**... Pero, a causa de todos estos **trucos**, no tuvimos oportunidad, no tuvimos opción, fuimos engañados sin misericordia, se nos ocultó la verdad y nos secuestraron la memoria y, con nuestro “conocimiento” distorsionado, aceptamos y hemos practicado, durante nuestros años de ejercicio de la medicina, la **obsoleta** teoría de la infección, que muchos de nuestros antepasados médicos de principios de siglo ya habían demostrado que era **mentira**.

El autor de este ensayo, como estudiante y médico de este tiempo, recibió la misma educación médica falaz y manipulada que nos dieron a todos y no fue consciente de ello hasta encontrarse con el fraude del sida. Aquel encuentro con **la bestia** que le obligó a exiliarse en un tiempo sabático le proporcionó tiempo para recordar y reflexionar, y esas reflexiones le hicieron ver o le dieron la oportunidad de recordar la manera en que la C.C.I. y su **docencia médica** estaban al servicio de **aquella** y le habían engañado cuando era un aprendiz de médico y, si nadie pone remedio, seguirán preparando a los médicos de este nuevo siglo XXI con la idea paranoica de que hay que luchar contra nuestra propia **microbiota** con productos industriales tóxicos. Si los aprendices y médicos actuales no tienen la oportunidad de enterarse de la existencia del **microbioma humano** y siguen recetando medicación tóxica, seguirán creando la mayor situación de **iatrogenia** de la historia.

CAPÍTULO 10.
EL INICIO DE LA IATROGENIA TOTAL

LOS VIRUS Y EL TRIUNFO TOTAL DE LA PARANOIA

Hasta aquí, querido lector, hemos relatado cómo, por qué y por quién se creó la **teoría de la infección** como un **hito** en la historia de la medicina y se ha impuesto como un **dogma indiscutible** a pesar de ser una teoría completamente falsa que ha desplazado a la realidad biológica de nuestra **microbiota**, y también hemos explicado las razones industriales que motivaron ese **gran fraude** y lo han mantenido en el tiempo hasta dar nacimiento a la **medicina industrial** y al gran negocio de las multinacionales farmacéuticas.

También hemos explicado que la **bestia, su medicina industrial y su C.C.I.** tomaron la autoridad indiscutible y la dirección de la salud, de una manera definitiva y total, en las décadas de los 50 y 60 del siglo pasado e impusieron la **paranoia contra nuestra microbiota** como pensamiento único y el consumo de medicación tóxica como práctica universal, contaminando masivamente a la población con la excusa del peligro que representaban nuestras bacterias; en ese tiempo, además, acontecieron otros **hitos** en la medicina que “honestamente” dirigidos y controlados por la **bestia** consiguieron elevar al máximo grado posible el sentimiento general de **miedo paranoico** a los “microbios” entre la población; y, como consecuencia de esa “amplificación” del **miedo**, se agrandó al máximo el negocio y el éxito económico de toda la industria farmacéutica, como era lógico esperar; con el poder del **dinero** y los beneficios obtenidos, se consolidó definitivamente el poder absoluto de la medicina industrial en la **dirección y el control** de la política de la salud y de la docencia de la medicina e, incluso, se llegó a manipular la legislación para que nadie le pueda discutir su doctrina **dogmática, única y obligatoria** para todos y, como consecuencia de ello, tanto el volumen del negocio como el grado de **iatrogénesis sobre la población** han alcanzado los altos niveles que tienen en la actualidad; eso sí, al mismo ritmo que se ha materializado o ha tomado realidad innegable el detrimento y la ruina de la salud integral de los ciudadanos de la “sociedad del bienestar”.

Seguramente al lector, a estas alturas del ensayo, no le queden dudas de que **el miedo** a la infección o el miedo a los microbios ha sido y es una realidad que ha marcado gran parte de su propia vida cotidiana a todos los niveles y desde la más tierna infancia, y que esa “cultura” de **miedo a los microbios** que ha mamado desde la infancia le ha hecho consumir toda clase de vacunas,

antisépticos, antibióticos, sueros, desinfectantes... Esa educación familiar paranoica ha condicionado su vida de salud y ha sido un elemento clave e imprescindible tanto en la creación como en el mantenimiento en el tiempo, generación tras generación, de toda esta **mentira que mata** que es la teoría de la infección; pues bien, una vez creada esa novedosa y falsa teoría de la infección e introducida en la mente de todos los ciudadanos como dogma indiscutible de la **única medicina** y asegurada la formación de los aprendices de médico como adeptos a la “innegable” y “demostrada” agresividad de nuestros propias bacterias, la **bestia** creyó que el mercado del miedo y la paranoia a los seres microscópicos todavía se podía **ampliar** hasta límites insospechados si se ampliaba la **mentira que mata** y el **terror**.

Veamos cómo pudieron **la bestia, su c.c.i. y su prensa** multiplicar la intensidad de **miedo** de la “sociedad del bienestar” justo antes de que la población actual se convirtiera de una manera **total** en una **población cobaya integral** por primera vez en su historia: ocurrió que, a mitad de los años 40, la tecnología había introducido el microscopio electrónico en la práctica médica, y este **hito** tecnológico había permitido ver, en los tejidos de la planta del tabaco, unas partículas subcelulares que parecían tener algún tipo de vida; se trataba de unos posibles seres que eran mucho más pequeños que las células y que las bacterias; estaban compuestos por ADN, ARN, lípidos y proteínas... Se observó que todas estas sustancias eran similares e, incluso, iguales en su composición química a las que poseían todas las células y todas las bacterias conocidas; esas partículas más pequeñas que las bacterias que había hecho visibles el microscopio electrónico eran algo desconocido hasta la fecha y, rápidamente, la “bienintencionada” y “honorable” **bestia y su c.c.i.** no tardaron nada en ponerles el inquietante nombre de **virus**.

Como la doctrina dominante en ese tiempo ya era, sin discusión posible, la del **miedo** a los microbios... ante la pregunta de que si eran buenos o malos, amigos o enemigos... pues resultó que bajo la “honrada”, “desinteresada” y “sabia” dirección de la **bestia y su c.c.i.**, todos los médicos y los ciudadanos fueron “adecuadamente” informados de que esos nuevos invitados que se acababan de descubrir y de los que no se sabía nada todavía eran, sin ninguna clase de duda, muy **peligrosos** y que había que defenderse de ellos, costara lo que costara, con nuevos productos industriales; la historia, como verá el lector, se repetía como cuando aparecieron las bacterias o microbios bacterianos y se hicieron visibles en el microscopio óptico en el siglo XIX, solo que a estas

alturas, años 50 del siglo XX, ya casi no quedaban médicos que se mantuvieran disidentes de la teoría de la infección, que, como ya hemos dicho, era aceptada como **dogma** indiscutible de la **única** medicina; pero aunque ya casi no quedaran médicos disidentes quedó alguno todavía que, tímidamente, propuso unas cuantas posibilidades reales para poder explicar la realidad biológica de esas nuevas partículas subvitaes que había hecho visibles el microscopio electrónico. Esas posibilidades que se propusieron con timidez eran las siguientes: siendo que la composición química de los recién descubiertos virus era igual a la de las células y bacterias... algún médico con sentido lógico se preguntó... ¿podrían esos virus ser partículas formadas por restos de sustancias intracelulares que la célula estuviese eliminando?... ¿podrían ser mensajes o intercambios intercelulares de material genético?... ¿podría tratarse de estructuras de ADN y ARN utilizadas en un momento de síntesis proteica y desechadas al acabar el proceso?... ¿esas partículas de ADN o ARN recubiertas de lípidos y proteínas iguales a las de las propias células... son o podrían ser... el resultado de una limpieza, depuración o renovación de material intracelular de esas propias células?... Por supuesto que estas preguntas no han sido ni siquiera investigadas, ni poco ni mucho, puesto que ya hemos explicado al lector que la **c.c.i. y su docencia**^[43] no está interesada en el conocimiento en sí del cosmos y en la verdadera naturaleza de las cosas y fenómenos naturales, y la única explicación que le interesa, por ser “rentable”, es la idea de que los virus tienen que ser peligrosos y agresivos y que están ahí para matarnos y que, por tanto, tenemos que consumir nuevos productos industriales para luchar contra ellos; esa explicación es la única interesante para la medicina industrial, es la única que se presentó desde el principio y, sin discusión posible, es la única explicación válida que admite la medicina industrial por ser la única **rentable y comercial** para poder emprender un buen negocio.

Con esta “buena” disposición fueron descritos y presentados los **virus** al público como elementos peligrosos por la “honesta” **bestia y su c.c.i.** y, naturalmente, todos los ciudadanos y los médicos nos lo creímos y, lógicamente, ante el nuevo peligro de los virus entramos en pánico por segunda vez en la historia de los microbios; el **miedo** se volvió mayor o más amplio y, lógicamente, se sumó al que ya profesábamos ante las bacterias y, como consecuencia, nos vimos motivados a consumir más vacunas y medicamentos desde entonces; es otra prueba que demuestra que para la industria médica de la **bestia y su c.c.i.** sólo la **paranoia** es rentable y, por tanto, hay que crearla y mantenerla a toda costa como dogma indiscutible y agrandarla al máximo y, si es

necesario, utilizar el peso de la ley que la **única medicina** tiene y dispone para convencer a los incrédulos y contestones o para callarles la boca por la fuerza, aunque esos incrédulos sean médicos y escasos.

La aparición de los virus no solamente multiplicó por diez la paranoia ciudadana y el volumen del negocio del terror, sino que además se iban a convertir en “la gallina de los huevos de oro” para los años futuros; los virus y su supuesto peligro se iban a utilizar por la industria médica para agrandar hasta el infinito **la mentira que mata** y el ya próspero y gran negocio de meter **miedo** y de vender **inmunidad** industrial... ¡Jugada perfecta!... para la industria farmacéutica.

Para facilitar las cosas al novedoso y formidable negocio que se iba a iniciar, resultó que los virus tenían unas características especiales que hicieron pensar a la **bestia y su C.C.I.** que eran “ideales” para convertirse en un negocio voluminoso e inagotable... ¿Cuáles eran estas características?... Pues que eran y son muy difíciles e incluso imposibles de **ver, de aislar, de cultivar y de estudiar**... por alguien que no disponga de un centro carísimo y altamente sofisticado de alta tecnología, es decir, por alguien que no cuente con unas instalaciones que le permitan el funcionamiento de un microscopio electrónico con una complicada infraestructura electrónica que haga posible la biología molecular. Esas grandes dificultades técnicas que presenta la observación y estudio de los virus no permiten que, como hemos visto en el caso de las bacterias, ningún médico, ni biólogo, ni estudiante... pueda ver, sembrar, cultivar virus y poderlos estudiar por su cuenta; en definitiva, no permite que nadie que no trabaje en un centro de biología molecular pueda observar a ningún virus como pudieron hacer los estudiantes y biólogos con las bacterias cuando éstas aparecieron en el panorama de la biología.

Para poder ver a los virus tienes, necesariamente, que ser un especialista en medicina molecular y tener la suerte excepcional de trabajar en uno de esos escasos centros de virología^[44] que hay en el mundo. Todos los demás, seamos médicos en activo, estudiantes de medicina y biología o cualquier otro naturalista curioso, la única consciencia, conocimiento o experiencia que podemos tener sobre los virus es lo que la C.C.I., que, por supuesto, es la que controla en rigurosa exclusividad estos escasos centros de biología molecular, nos quiera decir o nos quiera mostrar en fotografías, en montajes de ordenador o en forma de bonitas y sugerentes maquetas tridimensionales^[45]... Todos los demás científicos tenemos **imposibilidad** total, física y tecnológica de comprobar todo

aquello que la c.c.i. nos quiera decir sobre los virus; sólo podemos recibir información indirecta y nunca hemos podido, ni podemos, tener experiencia directa y objetiva sobre los virus. Dadas así las cosas, esas nuevas criaturitas resultaban “perfectas” para que la c.c.i., con el control total de los **escasos** centros de virología, pudiera manejarlas a placer y afirmar cualquier cosa sobre los virus, sin tener que enfrentarse en debate a otros médicos que puedan poner en duda su existencia real y sin tener necesidad de dar explicaciones a nadie.

Si la **bestia** y su c.c.i. han sido capaces de mantener en secreto la existencia de la **microbiota** humana durante más de cien años... si ha sido capaz de engañar a generaciones de estudiantes que podían tener acceso fácil al estudio de sus microbios con multitud de microscopios ópticos... como comprenderá el lector, la creación y mantenimiento de una nueva **paranoia** sobre esos nuevos enemigos que nadie, excepto la propia c.c.i., tiene potestad oficial de “ver” y de “estudiar” en modo exclusivo en el interior de los escasos centros de virología... está claro que mantener una paranoia falsa y ficticia sobre los virus en estas condiciones... era, es y así ha sido un objetivo mucho más fácil; en realidad, crear y mantener la paranoia a los virus ha sido pan comido para la c.c.i. y en efecto lo ha sido y, así, desde esa época de posguerra, años 50, hasta nuestros días la c.c.i. ha ido creando y sacando al **mercado** del negocio de la medicina industrial variados y oportunos nuevos virus “por la cara” y “a voluntad”; desde entonces ya no ha hecho falta acusar a ninguna bacteria de producir ninguna nueva enfermedad infecciosa sino que sólo se ha utilizado a los nuevos virus de ser los únicos causantes de enfermedades nuevas; afirmaciones gratuitas que, esta vez, nadie le puede contradecir y que, con la ayuda de una buena campaña de propaganda, aumentan el terror e imponen un ambiente de pánico y disparan el consumo de **inmunidad industrial**.

En la sociedad del bienestar regida por la **bestia**, sólo la c.c.i. tiene potestad y sólo ella está “acreditada” para decir si los virus causan enfermedades o no, si están o no están, si son solteros o casados, si se van de vacaciones o si pagan hipoteca... y con la confianza de que nadie le puede contradecir, sus afirmaciones son impunes y gratuitas; ningún doctor nadie le puede negar o discutir las “ocurrencias” y “afirmaciones” gratuitas que pueda hacer a voluntad la c.c.i. desde los centros especializados altamente controlados por especialistas bien pagados y adeptos comprometidos^[46]; eso sí, siempre se trata de “ocurrencias” y “afirmaciones” que inciden provechosa y oportunamente en la próspera marcha y evolución del lucrativo negocio del **miedo** a los virus y la

consecuente venta de **inmunidad** en cantidades **industriales... ¡negocio seguro y perfecto!**

Con esta facilidad e impunidad de poder decir cualquier cosa sobre los virus sin temor a que nadie lo pueda contradecir, la capacidad de inventarse la realidad y de producir terror entre la población cobaya es ilimitada, y la **bestia** ha sacado provecho de su posición de ventaja absoluta y, desde entonces, no ha dejado de sacarse nuevos virus de la chistera y de atribuirles graves y tremendas enfermedades (polio, sida, hepatitis, ébola, sarampión, gripe A...), nuevos virus que, una vez presentados en sociedad por la C.C.I., pasan a ser inmediatamente “**estrellas**” de los medios de comunicación y de la prensa, que durante un tiempo bate récords de audiencia, produce monográficos, tertulias televisadas y especiales informativos... con los que logran dar “realidad” mediática al nuevo y oportuno virus y, con esta actitud de la prensa, se logra con extrema facilidad agrandar la sensación de **miedo**, que se convierte en **paranoia colectiva**, que, a su vez, se traduce inevitablemente en una demanda desesperada por parte de la ciudadanía de **inmunidad industrial...** un negocio redondo que es imposible que pueda fallar y por tanto no falla... pero se trata de un negocio **iatrogénico y tóxico** de consecuencias fatales.

Durante las últimas décadas de **polución** industrial del medio ambiente planetario, los virus le han servido a la C.C.I. para camuflar una enorme cantidad de desmanes tóxicos e industriales que se iniciaron al acabar la Segunda Guerra Mundial... ¿A qué nos referimos?... Nos referimos al hecho de que en los años 50 los gobiernos compraron los excedentes de la industria bélica, es decir, adquirieron a módico precio líquidos y gases venenosos clorados, organofosforados, DDT, agente naranja... que eran excedentes de la guerra química; estos venenos se utilizaron de manera indiscriminada con las conocidas aspersiones aéreas y fumigaciones extensas de los años 50 y 60 para exterminar plagas de animales catalogados como indeseables para la agricultura industrial (conejos, topos, caracoles...) y para eliminar hierbas no productivas y plagas de insectos de varias clases; se pusieron de moda las fumigaciones aéreas indiscriminadas, conocidas por todos los que tenemos más de 50 años, que han hecho desaparecer tanto a algunas especies que eran el objetivo concreto del envenenamiento como a otras muchas especies animales beneficiosas que, simplemente, estaban allí o compartían hábitat con las primeras.

Durante esos mismos años y coincidiendo con este envenenamiento masivo del aire, de la tierra y del agua de extensas zonas geográficas, curiosamente,

fueron “identificadas” y anunciadas por la **prensa de la bestia** varias epidemias supuestamente producidas por virus que afectaron tanto a animales como a humanos, como la mixomatosis, diversas encefalitis, la misma poliomielitis, las hepatitis... que, en realidad, lo más probable y lógico hubiese sido relacionarlas con los efectos secundarios y efectos colaterales tanto de algunos medicamentos experimentales como de esos gases venenosos que se fumigaron de manera indiscriminada sobre todos los seres vivos incluidos los humanos, o sea, sobre la totalidad de los seres vivos de toda índole y condición que necesariamente fueron afectados por esos venenos que impregnaron la atmósfera y las aguas de su hábitat o región donde vivían; fueron afectados de manera indiscriminada, puesto que los venenos que se esparcieron no eran inteligentes y no poseían el don del discernimiento. Pero a la C.C.I. no le interesaba que se relacionaran estas epidemias inéditas y desconocidas con la práctica gigantesca, imprudente y venenosa de impregnar la atmósfera, las aguas y los alimentos con gases venenosos, aunque es innegable la coincidencia en el tiempo y en el espacio geográfico de esa práctica industrial tóxica e indiscriminada y la aparición solapada o superpuesta de esas epidemias “causadas” por virus. Y resulta también elocuente la coincidencia en el tiempo de la desaparición de alguna de esas supuestas epidemias víricas con la prohibición de la fabricación y utilización de esos venenos, prohibición que se produjo después y que motivó la desaparición de alguna de esas enfermedades víricas... Si se utiliza el sentido común y la intención de saber lo que ha pasado verdaderamente... no puede estar más claro. Pero la **bestia y su prensa**, con todo el control sobre la información que consume el ciudadano de la “sociedad del bienestar”, han logrado presentar a esas “epidemias” como el producto del ataque de nuevos virus y su posterior desaparición como la consecuencia de las vacunas que se vendieron contra esas “epidemias”... ¡Genial!... Con esa maniobra publicitaria, la industria químico-farmacéutica se ha librado de tener que dar otras explicaciones sobre lo que verdaderamente ha pasado y, además, ha hecho un gran negocio y doblemente rentable tanto al principio como al final de la historia... ¡Jugada maestra!; el dominio y control de los centros oficiales de **virología** y de la **prensa** le permite a la **bestia** y a su **industria** decir lo que quieren sobre la aparición y desaparición de nuevos y oportunos **virus** y ocultar la verdad y salvar y engrandecer el floreciente negocio de la **intoxicación general**, puesto que admitir la verdad de lo que verdaderamente ha pasado, es decir, la realidad que estamos contando al lector y que éste puede indagar, estudiar y comprobar en internet^[47], habría obligado a la C.C.I. a tener que

admitir y a asumir su responsabilidad de haber provocado esos envenenamientos masivos que han exterminado a numerosas especies animales y han provocado esas epidemias atribuidas **falsamente** a los virus; pero admitir esa realidad es imposible para la **industria química** de la **bestia** y ha sido mas fácil, útil y rentable económicamente para la c.c.i. y **su industria** atribuir todas estas calamidades a la acción de virus de nueva creación que se sacaba de la chistera con extrema facilidad y, con ello, seguir haciendo negocio aumentando la paranoia a los microbios y ampliando el mercado **iatrogénico**.

LOS ANTIBIÓTICOS... O... LOS CABALLOS DE TROYA

Durante ese tiempo de inmediata posguerra y de auge de la industria química y farmacéutica se produjo **otro hito** (satánico) en la historia de la humanidad y de la medicina que, junto a las vacunas, los sueros y los antisépticos que ya se consumían, iba a contribuir de manera especial y formidable al gran negocio de las farmacéuticas, a la **iatrogénesis** masiva y a la creación de la **sociedad cobaya** en que se ha convertido la población del primer mundo; efectivamente, en los años de la posguerra se introdujeron masivamente otras novedosas sustancias tóxicas que se iban a hacer entrañables, en el sentido más literal de la palabra, para la totalidad de la población occidental: **los antibióticos**.

Fueron descubiertos por el microbiólogo escocés Dr. Alexander Fleming unos años antes de la Segunda Guerra Mundial, pero no fue hasta los años 50 que la industria farmacéutica fue capaz de producirlos y distribuirlos por toneladas; entonces, estos nuevos fármacos industriales fueron presentados por la C.C.I. como la esperada **panacea** para tratar las infecciones bacterianas, es decir, como el arma ideal contra nuestros propios gérmenes o microbios simbioses. Los antibióticos fueron presentados por la prensa, el cine y la literatura como un milagro de la ciencia y fueron recibidos por médicos y ciudadanos como verdaderos “corderitos” y se repartieron por toneladas con toda confianza entre la población de manera masiva y generalizada, y no sería hasta unas décadas después que algunos médicos se dieron cuenta de que, en realidad, esas nuevas medicaciones eran unos auténticos “lobos vestidos con piel de cordero”.

En los años 50 y 60 la inmensa mayoría de los médicos y estudiantes de la época ya eran adeptos convencidos al **dogma** de la teoría de la infección y no tenían ni la menor idea de que sus microbios podían ser inofensivos ni sabían nada de la existencia de su **microbiota y microbioma humano** a pesar de que el año 1958 le habían concedido el Nobel al Dr. Lederberg por descubrirlo y describirlo; pero, como esa noticia pasó desapercibida para médicos y estudiantes, éstos siguieron sin tener la menor idea de la existencia de nuestra microbiota y, por tanto, aceptaron con confianza y satisfacción la nueva y “milagrosa” medicación antibiótica que mataba a nuestros microbios; **los antibióticos** fueron aceptados por los médicos de la época con toda confianza para tratar las enfermedades infecciosas, que, a estas alturas, ya eran muchas las

descritas y “etiquetadas” con ese calificativo de **infecciosas**; concretamente, la mayoría de las enfermedades del repertorio médico y, desde luego, las más comunes y frecuentes: otitis, resfriados, tos, cistitis, anginas, flemones, acné, gastroenteritis... Y para todas ellas... se daban y se dan en la actualidad antibióticos de manera protocolaria.

Los conocidos, consumidos y “entrañables” antibióticos, desde entonces y por primera vez en la historia del **homo sapiens**, circulan por nuestras venas e impregnan todos nuestros tejidos orgánicos, nuestras células y nuestro ADN y ARN; hay que saber, además, que los antibióticos no solamente se han **incorporado** en aquellas personas que los han consumido personalmente sino que están presentes, desde entonces, también en nuestros alimentos animales (huevos, leche, carnes...) y desde ahí pasan a incorporarse con la alimentación diaria a nuestros organismos aunque no seamos consumidores directos; por tanto, **todos los ciudadanos sin excepción** posible estamos impregnados de estos productos en más o menos grado; y ahora que lo sabemos y no lo podemos negar, queremos llamar la atención del lector sobre un detalle curioso: quien quiera que fuese el personaje que le puso el nombre de **antibióticos** a estas sustancias parece ser que quería dar un mensaje semisecreto que dice algo así como que “**el que avisa no es traidor**”, porque la etimología de esta palabra expresa claramente que se refiere a un “**veneno vital**” (anti-biótico). Como veremos en los próximos capítulos, el aviso implícito en el nombre no era en balde, sino que era una advertencia seria y de importancia grave para las futuras generaciones... porque, 50 o 60 años después, es muy evidente para los genetistas serios y otros médicos actuales que el consumo masivo y continuado de antibióticos por parte de la población cobaya occidental, nacida a partir de los años 50, 60 y 70, es una de las causas que más peso objetivo ha podido tener en la **iatrogenia general** que se ha producido en la población de Occidente afectando, sobre todo, a su salud **genética** o más concretamente a la calidad de sus **genes** y, como consecuencia de ello, los populares antibióticos han sido uno de los factores tóxicos o, podríamos decir, han sido una de las sustancias venenosas más directamente implicadas en la dramática **castración química o esterilidad** que se ha cebado de manera exagerada sobre los actuales jóvenes cobayas y también de la aparición, en exclusiva dentro de esa población, de la terrible pandemia de las **enfermedades raras**; es decir, los antibióticos han sido un ejemplo inigualable de lo que estamos diciendo que es “un lobo vestido con piel de cordero”, o en este caso podríamos recurrir a otra metáfora, griega en este caso y mucho más expresiva, y decir que los antibióticos han sido como unos

verdaderos “**caballos de Troya**” que hemos introducido con confianza y alegría en nuestro organismo de una manera masiva como si fueran o se tratara de un “regalo”; y ahora que han entrado en nuestra intimidad orgánica o en nuestra “fortaleza biológica”, como ocurrió con los guerreros aqueos escondidos en el vientre del caballo de madera que invadieron la fortaleza de Troya, los antibióticos han procedido a destruir, a distorsionar y a aniquilar la capacidad de reproducción celular, han alterado irreversiblemente nuestros genes y han estropeado el mecanismo de transmisión del mensaje genético de nuestras células. Por todo ello, esos caballos de Troya que han resultado ser los antibióticos han sido la más importante causa de la situación general de **esterilidad irreversible, de enfermedades raras y de muerte temprana y cruel** de las jóvenes generaciones de ciudadanos cobaya.

Éstas, **las enfermedades raras**, son unas alteraciones graves y totalmente nuevas y desconocidas por la medicina de otros tiempos que, como ya hemos dicho, se han convertido en una grandísima **pandemia** entre los recién nacidos de la población **cobaya**, y resulta muy evidente para el observador sagaz y dispuesto a saber la verdad que estas enfermedades de “nuevo diseño” son **los efectos secundarios** a largo plazo del consumo masivo y continuado de **antibióticos** que han sido introducidos en nuestro organismo confiada y masivamente, contaminando nuestra más profunda intimidad biológica y alterando y distorsionando de manera grave e irreversible las moléculas de ADN de nuestro **código genético**.

Además de los antibióticos, en esa época de “esplendor” médico-industrial aparecieron en el mercado numerosas medicaciones industriales, sintéticas y de nuevo diseño que con el beneplácito de la **bestia y su c.c.i.** y con la inestimable ayuda de los nuevos y convencidos médicos adeptos a la **única medicina...** se distribuyeron y se inyectaron en nuestros organismos, como verdaderos caballos de Troya, de manera masiva y rápida debido a la gran capacidad de fabricación y distribución comercial propia de la época; todos estos medicamentos de origen industrial se distribuyeron como un verdadero adelanto de la medicina por toda la “sociedad del bienestar”; y como todos los productos eran **nuevos y desconocidos hasta la fecha**, como consecuencia lógica, tenían y tienen carácter **experimental** y, por ello, nos hemos convertido en pocos años, **todos** los habitantes de esta “afortunada sociedad”, en los primeros **cobayas humanos** de la historia; y como, también, todos esos nuevos productos eran y son tóxicos^[48] ... los nuevos cobayas están resultando ser jóvenes afectados por **enfermedades**

nuevas y raras, se han convertido en una población de **castrados y estériles** y genéticamente **deformes e inviábiles** como consecuencia de que se les han introducido en el interior de su organismo unos productos industriales nuevos y experimentales pero que han resultado ser venenosos y están acabando con ellos... pero ya es demasiado tarde... Están dentro de sus células y de sus genes... Esas nuevas medicaciones que la **bestia** repartía como regalos del progreso humano han resultado ser unos auténticos “**caballos de Troya**”.

Para entender todo este cambio social y antropológico que se produjo en la sociedad occidental inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, se tiene que tener en cuenta el hecho concreto o la circunstancia de que, debido a la grande y rápida pujanza de la **industria** que produjo en esos años 50, las viejas y artesanales boticas y herbolarios fueron sustituidos, en pocos años, por las modernas farmacias que expedían todo tipo medicación industrial de síntesis, que sustituyó rápida y “perfectamente” a toda la medicación natural que se había utilizado hasta la fecha y que no tenía carácter experimental, es decir, la medicina natural no era nueva ni inédita, sino que tenía miles de años de utilización conocida desde antiguo sobre sus espaldas y, por tanto, se conocían sus efectos desde la noche de los tiempos y, además, tenía un origen natural, ecológico u orgánico; la **bestia y su industria** nos convencieron en pocos años para sustituir todos estos remedios ancestrales por productos industriales nuevos de trinca y salidos de las fábricas: antipiréticos, analgésicos, calmantes, somníferos, hormonas... Todo ese arsenal de medicación, por ser nueva y tóxica, necesariamente tiene un carácter experimental y, repetimos, nos ha convertido en una total y auténtica sociedad de **humanos cobaya**^[49] inmersos en un **gran experimento** que, como todos los experimentos, tiene un carácter incierto y peligroso y que estamos comprobando a la vuelta de unos años que ese experimento nos ha llevado a una situación de serio peligro de extinción.

La bestia y su prensa, al inicio de ese experimento y con el fin de motivar a los ciudadanos, pregonaban y lo siguen haciendo con plena impunidad y descaro que esos primeros humanos **cobaya** de la historia que se iban a prestar a ese **experimento**, sin ningún género de dudas, iban a ser “mejorados” por los nuevos productos médico-industriales, iban a experimentar un “salto evolutivo” perfectamente planificado y dirigido por la nueva medicina industrial, iban a superar a sus antepasados **homo sapiens** sometándose a esa prueba con los nuevos y revolucionarios productos que se estaban inoculando en masa a toda la población. La **bestia y su c.c.i.** afirmaban, con gran autoridad y contando con la

confianza de todos los gobiernos y toda la prensa, que los cobayas que aceptaran el riesgo se iban a convertir o a transformar en una raza superior sin ninguna duda y, por supuesto, sin correr ningún riesgo; todo el mundo aceptó la doctrina que se les inculcaba y aceptaron el reto de meter dentro de sus organismos todos esos “caballos de Troya” con plena confianza en la **única medicina industrial** y, de esa manera, empezó a partir de los años 50 el **gran experimento histórico** con efectos secundarios sobre **toda** la población... Se inició la **iatrogénesis** más brutal de la historia de la medicina, que unos años después daría origen a la **pandemia** más grande y grave de la historia de la humanidad: **la de las enfermedades raras**.

CAPÍTULO 11.
LA MEDICINA PREINDUSTRIAL

LOS ÚLTIMOS HOMO SAPIENS SANOS Y FÉRTILES

El lector, a estas alturas del ensayo, seguramente será consciente de que él y toda la gente a la que conoce, su familia, sus vecinos e, incluso, sus mascotas forman parte de esa nueva sociedad **experimental** de cobayas humanos y animales que se dejaron introducir en sus organismos los nuevos productos con la misma confianza con que los troyanos introdujeron en el interior de su ciudadela el “regalo” en forma de caballo de madera que los aqueos les habían dejado, y el lector, además de reconocerse como un perfecto cobaya, seguramente, conoce también algún caso de **enfermedad rara** entre sus familiares o allegados, o el caso de alguna joven pareja de jóvenes actuales con deseos de tener hijos y con graves problemas de **esterilidad** y, por tanto, con necesidad de acudir a algún centro especializado para poder tener hijos de una manera artificial o industrial. Si miramos a nuestro alrededor o nos introducimos en las estadísticas del Ministerio de Sanidad, podremos comprobar que los casos de **esterilidad y de enfermedades raras** son muy frecuentes en nuestra “sociedad del bienestar” y que por desgracia, a medida que pasan los años, se están haciendo tan frecuentes que se están convirtiendo en casos normales, es decir, va resultando de lo más “normal” ser **estéril** o tener algún hijo o nieto con alguna enfermedad rara, puesto que todos hemos consumido muchos productos médico-industriales que después hemos sabido que han afectado nuestro ADN en más o menos grado; ahora sabemos que nadie ha podido escapar al gran experimento en nuestra “sociedad del bienestar”, aunque es verdad también que unos individuos se han entregado más o mucho más que otros al consumo de medicamentos, y esta variación en la cantidad y frecuencia de consumo, lógicamente, va a repercutir en la mayor o menor acumulación tóxica de cada cual. Pero casi nadie ha podido escapar, precisamente, porque la medicina industrial es **única y excluyente** en el primer mundo desde hace sesenta años, y esa situación de poder absoluto y de monopolio de mercado ha impedido la posibilidad de que alguien escapara, incluso que imaginara la simple existencia de otras medicinas. Quizá, ante esta realidad innegable y totalmente asumida por la sociedad actual, el lector cobaya que nos lea se pregunte: ¿Hay o ha habido alguna medicina válida más allá de la que hemos conocido?... ¿Hay alguna otra posibilidad de cuidar de la salud, sin los actuales productos industriales?... ¿Cómo se trataba la gente de la especie homo sapiens anterior a la Revolución Industrial y a la nueva raza homo cobaya? ¿Cómo ha podido sobrevivir la humanidad durante milenios sin conocer ni

practicar la moderna medicina industrial?

Para responder a estas preguntas bastaría con reconocer la milenaria historia de la humanidad, puesto que los **homo sapiens** de toda la vida (egipcios, caldeos, hindúes, chinos, europeos...) han venido sanando sus enfermedades y calmando sus dolores, durante miles de años antes de la Revolución Industrial, sin necesidad de acudir a una moderna farmacia, ni a un hospital moderno, ni disponer de antibióticos, hormonas, somníferos... puesto que estos elementos apenas tienen 60 años de existencia los más antiguos... Esta realidad histórica innegable... pone seriamente en duda el carácter de **única, imprescindible y auténtica** que se atribuye a sí misma la medicina moderna o industrial, puesto que si esto que afirma de sí misma la moderna medicina fuese cierto... cabría preguntarse: ¿cómo hemos sobrevivido los homo sapiens durante miles de años sin la medicina moderna, sin farmacias y sin el moderno y novedoso arsenal de productos industriales? Incluso, ¿cómo es posible que en la actualidad existan grandes países como India, China, los países del sudeste asiático, Japón, Nepal... con sociedades sanas y longevas donde millones de personas no utilizan la medicina industrial sino que se mantienen sanos contando y utilizando una medicina tradicional milenaria y natural?

Dado que la historia milenaria de la humanidad es una realidad innegable y, además, anterior a la Revolución Industrial y a su medicación, veamos cómo se las ha arreglado el homo sapiens durante milenios para sobrevivir y reproducirse hasta crear pueblos y ciudades llenas de habitantes, migrar a través de continentes, fundar imperios milenarios, habitar continentes y océanos... careciendo hasta hace tan sólo unos sesenta años de las modernas medicaciones de la **“única y auténtica”** medicina moderna e industrial... ¿Cómo hemos podido sobrevivir durante milenios sin la c.c.i., sin farmacias, sin industria multinacional de farmacia, sin la OMS, sin conocer la “agresividad” y existencia de nuestros gérmenes, sin las “necesarias” vacunas, sin los “imprescindibles” antibióticos y sin los populares y muy consumidos antidepresivos y ansiolíticos...?

Ante tantas preguntas de pura lógica o sentido común, la respuesta no puede ser otra que: si toda esta cobertura que nos ofrece la medicina industrial fuera o fuese necesaria, como parece ser que todo el mundo cree, los homo sapiens no llevaríamos milenios habitando este planeta; sin embargo, hemos viajado a través del tiempo y aquí estamos; la humanidad ha vivido milenios sin comprometer su supervivencia y creciendo con salud y conservando su

capacidad de reproducirse de manera natural y gratuita, además, sin destruir ni contaminar su medio ambiente como hemos hecho los modernos en menos de dos siglos; el homo sapiens genuino y natural, sin colorantes ni conservantes, ha demostrado ser un gran superviviente con su milenaria existencia; pero, contrastando grandemente con esa supervivencia milenaria del **homo sapiens preindustrial** o humano de toda la vida, el **homo industrialis** o humano modernizado y nuestra civilización de progreso tecnológico apenas tienen 200 años de existencia y, en ese cortísimo período de tiempo, nos hemos convertido con rapidez inusitada en **homo cobayas** altamente contaminados, estériles, degenerados y con una **pandemia** de enfermedades tan desconocidas y monstruosas que les hemos llamado **enfermedades raras**; de paso, al mismo tiempo e igual de rápido, hemos convertido nuestro planeta en otro “cobaya” altamente polucionado y enfermo y nosotros, los tataranietos de los primeros hombres **ilustrados** que inventaron esta civilización, tenemos serias razones como para temer y esperar un final cercano de las condiciones de vida en este planeta, incluso a veces nos parece inminente ese final... y todo este desastre planetario y humano lo hemos logrado en menos de doscientos años de “ilustración y progreso”, que es el tiempo del esplendor de la civilización industrial.

LA MEDICINA POPULAR NATURAL PREINDUSTRIAL

Durante los miles de años en que los humanos hemos vagado por este planeta, el tema de la salud era un conocimiento y una práctica popular que formaba parte del patrimonio de la gente del pueblo en general; patrimonio popular que le servía para curar las enfermedades y paliar el dolor tanto en Europa como en otras partes del mundo; la gente se curaba sus enfermedades más frecuentes y comunes y los chamanes, médicos y sacerdotes sólo eran requeridos en casos graves o difíciles que necesitaran dotes o conocimientos especiales.

Los métodos y técnicas médicas que utilizaban los médicos tradicionales de todos los pueblos durante miles de años eran, en general, muy sencillos y de una lógica terapéutica aplastante, de manera que, salvo en casos excepcionales que requerían de técnica más sofisticada, como era el caso de algunas intervenciones quirúrgicas y el de enfermedades graves, esta sencillez de las técnicas médicas tradicionales permitía que la gente del pueblo las aprendiera con facilidad y las pusiese en práctica en su vida cotidiana. Los propios médicos tradicionales hacían de maestros (doctores) y enseñaban a los propios pacientes y familiares a preparar infusiones con plantas, a poner cataplasmas calientes o frías de hierbas o de arcilla, a preparar y aplicar aceites y pócimas sencillas, a realizar vahos calientes, a aplicar purgantes y enemas... y los ciudadanos, sobre todo las mujeres, tenían un conocimiento médico de cultura popular bastante útil y práctico que, una vez aprendido, pasaba de madres a hijas; ese bagaje de prácticas higiénicas les permitía conocer, por ejemplo, un número de entre veinte o cincuenta plantas y raíces medicinales de su propio entorno que, preparadas y servidas, las ofrecían a sus hijos y familiares para corregir y curar una enorme cantidad de patología frecuente: resfriados, cistitis, gastritis, estreñimientos y diarreas, golpes y torceduras, insomnios y ansiedad, heridas y magulladuras, reumatismos, lumbagos y ciáticas... Para todos estos cuadros frecuentes de enfermedad que en la práctica ocupan el 80% ó el 90% de toda la patología aguda que padecemos los ciudadanos y que en la actualidad se tratan con productos industriales tóxicos, se tenía remedio en la propia casa y familia sin necesidad de grandes estructuras sanitarias, sino que bastaba con la práctica y el conocimiento **médico popular** que tenían y practicaban en el seno del hogar tradicional las madres y las abuelas. Los pocos médicos y hospitales que entonces había se empleaban para los casos más complicados; en Europa, por ejemplo, los hospitales eran construidos por reyes, nobles y obispos y eran

atendidos por monjes y clérigos que conocían la medicina y que curaban gratuitamente a los pobres sin familia y a los casos de enfermedades más graves que no habían sido resueltos en primera instancia.

Las enfermedades comunes y estacionales, los dolores, las picaduras de insectos, las magulladuras, las inflamaciones y las enfermedades más frecuentes eran atendidas y curadas en la casa familiar; esta sabiduría y práctica generalizada de la medicina popular proporcionaba a la población una cobertura médica autónoma y casi gratuita que ha ido desapareciendo de la práctica de los ciudadanos en menos de cien años; ha sido desprestigiada a propósito por la medicina oficial y la prensa y sustituida por el grandísimo negocio de los productos industriales tóxicos y las modernas farmacias; este cambio y sustitución de la medicina popular y natural por la medicina industrial se ha ido terciando, poco a poco, a lo largo del siglo XX pero, como decimos, no fue hasta los años 60 cuando se produjo un cambio total en las prácticas médicas que supuso un punto de inflexión que iba a diferenciar a los que llamaremos **homo sapiens**, nacidos antes de estas fechas y que eran los que utilizaron esta medicina popular, de los **homo cobaya**, nacidos después, que fueron tratados con productos industriales y experimentales desde su infancia; este cambio tan radical y rápido ha permitido que algunos de los ciudadanos actuales, mayores de cincuenta años, hayan conocido en su infancia este tipo de **medicina popular** y milenaria, como por ejemplo este **doctor nadie** que escribe y que nació en una zona rural a mediados de los años 50; en efecto, España en ese tiempo era un país donde en todos los pueblos se practicaba, todavía, este tipo de medicina natural, familiar y milenaria que con frecuencia era utilizada y puesta en práctica por madres y abuelas conocedoras de este tipo de remedios; existían además, en toda la España profunda, personas que tenían cierta capacidad o habilidad natural (se decía que tenían don) para curar golpes, torceduras y alteraciones de los miembros y eran requeridos por los vecinos y con su habilidad curaban los dolores musculares, las luxaciones y los lumbagos tanto a personas como a animales domésticos; en realidad, se les podría llamar osteópatas y fisioterapeutas en la actualidad; las madres y abuelas españolas conocían una gran cantidad de hierbas, cataplasmas y mejunjes varios con los que eran capaces de solucionar numerosas situaciones de enfermedad y dolor y por tanto eran auténticas naturópatas domésticas y tradicionales de gran calidad; en nuestros pueblos se practicaba también un tipo de medicina muy curioso y efectivo que se basaba en “rituales” de carácter religioso o piadoso que consistían en la combinación de oraciones aprendidas en “jueves santo”

piadosamente combinadas con genuflexiones y persignaciones y que practicaban también algunas mujeres, y era común que en todos los pueblos hubiera una o dos de ellas que conocían el ritual y que eran capaces de curar y hacer desaparecer verrugas, tumores, papilomas dermatosis... Como biólogo... no me atrevería a explicar “el mecanismo de acción” de estas formas piadosas de curación de la medicina popular que abundaban en nuestra España rural pero, aunque me sienta incapaz de dar una explicación biológica y ni siquiera lógica, no quiero privarme de decirle al lector que este médico que escribe ha podido constatar por experiencia, propia y ajena, la eficacia real y efectiva de esa medicina “teúrgica” que se practicaba en todos los pueblos de España y que conocimos y experimentamos en diversas ocasiones los españoles de mi generación en nuestra infancia y primera juventud... ¿Era efecto placebo o sugestión?... No sabemos, pero funcionaba.^[50]

Durante todo el tiempo que ha pasado desde entonces, he sido testigo directo de cómo el paso del tiempo, el supuesto progreso de la modernidad y el monopolio de la información por parte de la **bestia y su C.C.I.** han ido desprestigiando y haciendo desaparecer de la práctica, entre los ciudadanos, ese conocimiento médico popular, tan útil y valioso, que practicaban nuestros antepasados y que les mantenía vivos, sanos y coleando, simplemente contando con ese familiar y milenario **arte médico popular**. Efectivamente, muchos españoles que en la actualidad tenemos más de cincuenta años conocimos esa medicina popular y, en el caso de mi persona y mi familia, he podido vivir en mi infancia y puedo recordar que mis abuelas manejaban con soltura gran cantidad de plantas medicinales de su entorno, las llamaban por su nombre, conocían su mejor fecha de recolección, las guardaban en manojos aromáticos en la casa y hacían con ellas aceites e infusiones, vahos calientes, ungüentos y cataplasmas... que utilizaban para sanar a sus familiares y vecinos de muchísimas afecciones comunes y frecuentes; sabían obtener extractos de plantas y fabricaban artesanalmente vinos y licores medicinales, conocían el valor terapéutico de caldos y zumos de frutas y sabían cocinar pócimas y remedios con los elementos naturales de su entorno natural inmediato; en tiempos de mis abuelas, aunque ahora pueda parecer imposible, la gente sencilla del pueblo era su propio médico de cabecera y su propio farmacéutico, y no se conocían ni se necesitaban a las multinacionales.

Mi madre y las de mis amigos de infancia, unas décadas después, todavía conocían algunas hierbas y algunas maniobras y remedios populares y

naturales... aunque muchos menos; y fueron las primeras que bajo la influencia de la doctrina de la **bestia y su “progreso”** empezaron a utilizar los nuevos medicamentos industriales de las modernas farmacias... Unos años después... mi hermana, nacida a mediados de los años 40, en los inicios de la “sociedad del bienestar” y cuando la sociedad española ya empezaba a estar llena de nuevos **hitos** industriales y de modernas farmacias, por eso, esta mujer, aunque conoció la medicina popular tradicional en su infancia y juventud, ya no aprendió su uso y ya no llegó a conocer y a manejar ninguna planta medicinal ni pócima natural, como hacían sus abuelas y su madre; creció en los inicios de la implantación de la **medicina única** y moderna, lo cual le ha hecho depender toda su vida de la esclavitud de los productos industriales farmacéuticos que ha tenido que consumir ella, aunque combinándolos con los remedios de sus abuelas, pero que, sobre todo, han consumido sus hijos, que ya fueron medicados con productos industriales de manera exclusiva durante toda su vida; y por eso, mi hermana y sus hijos, junto a todos los demás españoles de su generación, fueron los pioneros o primeros ejemplares de la nueva raza de humanos cobaya. Esa pérdida de conocimiento médico tradicional que se transmitía de madres a hijas y esa pérdida de patrimonio cultural, naturalmente, ha sido motivado y promovido por la industria médica, puesto que la **bestia y su C.C.I.**, con un gran esfuerzo económico y publicitario, han logrado hacer desaparecer de la consciencia y de la práctica de la población actual la medicina popular de sus madres y abuelas; por eso esta última mujer de la tercera generación (mi hermana) y las demás mujeres de su tiempo ya sólo pudieron acceder en parte a los remedios naturales y milenarios de sus abuelas y años más tarde, cuando tuvieron hijos en los años 60 y 70, tuvieron la necesidad de aprender y consumir, en exclusiva, medicación nueva y experimental y, debido a ese cambio de medicina natural por la medicina industrial, han tenido la mala experiencia de enterarse, tiempo más tarde, de que algunos de esos productos que consumió ella y dio a sus hijos hace años con toda confianza han sido retirados del mercado hace poco... por sus efectos **tóxicos**; pero lo más grave de los ciudadanos españoles de esas generaciones y posteriores ha sido que algunos de nuestros hijos han resultado pertenecer a ese grupo de jóvenes cobayas **estériles** que han necesitado reproducirse de manera artificial, y algunos de nuestros nietos han resultado víctimas de alguna **enfermedad rara**.

Las generaciones de españoles nacidos en torno a los años 50 fueron las generaciones de los primeros cobayas humanos, aunque en realidad fueron cobayas parciales, puesto que todavía conocieron la medicina natural y popular

de carácter preindustrial; pero estos homo sapiens parciales o primeros cobayas, 20 ó 30 años después, en muchos casos, se han convertido en los padres de jóvenes cobayas integrales o totales que, estos sí, lo fueron desde el nacimiento y, por tanto, nunca fueron tratados por la medicina preindustrial sino que lo fueron, exclusivamente, por la medicina moderna e industrial; estos son los ciudadanos cobaya integrales que, en muchos casos, son incapaces de reproducirse de una manera natural y que tienen necesidad de recurrir a la fertilización artificial, una práctica que era desconocida en la sociedad anterior a los años 70 pero que es una realidad muy frecuente, casi normal, en nuestros días.

Ha pasado el **tiempo** como suele hacerlo, rápidamente, y durante el transcurso de unas pocas décadas aquel saber popular, aquel arte médico extendido y asimilado por la población fue, poco a poco, desapareciendo ante la próspera creación de farmacias y el enriquecimiento de la industria del medicamento; en el momento actual, llevamos más de sesenta años con el uso predominante, único y exclusivo de la medicina industrial. En la actualidad, casi nadie conoce las plantas medicinales, no las conocen ni utilizan las abuelas y ni siquiera los estudiantes de medicina las estudian; la **bestia y su c.c.i.** y la docencia médica les han dicho a los aprendices de médico actuales que: ¡ni se les ocurra! y que lo que tienen que hacer es aprender los nombres comerciales y aplicar los protocolos de medicación industrial que se les presentan en las clases; les han advertido seriamente que la naturaleza ya no es fuente de salud y de conocimiento para el médico moderno; ahora, en cambio, todo el mundo tiene que aprender y memorizar los nombres de varias marcas comerciales de medicamentos (Nolotil, Aneurol, ibuprofeno...) que el mercado médico presenta en campañas de publicidad al consumidor. Todas estas medicaciones, repetimos, son nuevas y de carácter experimental que nos obligan a vivir dentro del **gran** experimento, y después de someternos a ese gran experimento de medicina industrial con la promesa de que íbamos a convertirnos en unos humanos superiores a nuestros antepasados... cabe preguntarse: ¿lo hemos conseguido 60 años después?... ¿La nueva raza de humanos cobaya es superior biológicamente a los genuinos homo sapiens de toda la vida?... ¿Han mejorado los sistemas biológicos de los nuevos ejemplares sometidos a la acción “evolucionante” de los nuevos productos industriales?... ¿Ha resultado positivo y beneficioso para el ciudadano cambiar aquella medicina popular de sus abuelos por la medicina moderna exclusivamente industrial de ahora?... Y... ¿a quién le ha interesado esta transformación y se ha beneficiado verdaderamente con este cambio de

costumbres higiénicas?... En los próximos capítulos responderemos a todas estas preguntas, pero ahora empezaremos por la última, puesto que es muy fácil ver que quien se ha beneficiado claramente de este cambio de costumbres higiénicas de la población y de la desaparición del patrimonio médico ancestral, es decir, la medicina natural popular, no han sido los ciudadanos, que se han convertido en una población de cobayas enfermos y degenerados, sino que ha sido toda la novedosa **industria farmacéutica y los que viven de ella.**

CAPÍTULO 12.
INDUSTRIA MÉDICA Y MEDICINA INDUSTRIAL

HACERSE CON EL MERCADO DE LA COMPETENCIA

La bestia, su industria médica y su c.c.i. se dieron cuenta enseguida, desde el principio de la Revolución Industrial, del enorme **negocio** que suponía el tomar o apropiarse de todo ese bagaje cultural milenario, todo ese saber y conocimiento natural, cósmico y gratuito que formaba parte de la medicina **popular** que utilizaba la gente para curarse, y sustituirlo por productos industriales. **La bestia y su industria** se pusieron manos a la obra para cambiar las costumbres ancestrales de salud popular y para reducir a la nada el conocimiento médico popular y milenario de los ciudadanos, es decir, se empeñaron en hacer desaparecer ese bagaje de conocimiento gratuito de salud natural que era propiedad del pueblo llano y, como resulta muy evidente en la actualidad, lo lograron totalmente y con creces. ¿Cómo?... Pues con el poder demiúrgico que ya sabe el lector que posee la **bestia** de cambiar la realidad con la sugestión e hipnosis y con el poderío que le otorga la propiedad exclusiva, en forma de monopolio, de **toda** la información a **todos** los niveles que posee en esta “sociedad del bienestar”, puesto que su autoridad es tal que le permite dirigir a toda la prensa, la legislación^[51], la educación, la universidad, la cultura... y la salud.

La bestia y su c.c.i. vieron claramente que si querían hacer negocio tenían que apropiarse de todo ese patrimonio de sabiduría popular sobre la salud natural que poseía la gente y hacerlo desaparecer; si lograban esa **aniquilación** del conocimiento médico de la gente, podrían crear el gran negocio y abarcar todo el “mercado” de la salud y satisfacerlo con sus productos industriales; y para ello, lo primero que había que cambiar era los estudios de medicina y alejarlos del conocimiento tradicional; y para cambiar el conocimiento médico tradicional de los estudios universitarios había que apartar la atención de los estudiantes del conocimiento de la **naturaleza** y dar importancia al método experimental y al laboratorio, es decir, en los estudios de medicina no tenía que haber nada de cosmología, ni de dietética, ni de psicología, ni de botánica... Había que alejar al aprendiz de “nuevo médico” industrial del latido y de las **leyes de la naturaleza** y cortar de una vez por todas y de manera definitiva con esa fuente de salud ancestral, natural y gratuita que había en **la naturaleza** y que conocía la gente y, de esa manera, obligar a médicos y ciudadanos a depender para su salud, exclusivamente, de los nuevos productos industriales. Para que el nuevo y revolucionario negocio de la medicina industrial valiera la pena y produjera

beneficios seguros, había que hacerse con el mercado de la competencia y, si era posible, hacer desaparecer de la faz de la tierra toda posibilidad de existencia de cualquier tipo, el que fuese, de competencia en el campo de la salud y erigirse en la **única medicina** que pudiese operar sin restricción ninguna y comerciar sin competir con nadie en la “sociedad del bienestar”.

Para llevar a cabo ese **reduccionismo** científico que iba a empobrecer la formación antropológica, cosmológica y ética de los médicos y los iba a transformar en técnicos comerciales de productos industriales, se procedió a una reducción drástica de los temas de estudio y atención que debían aprender hasta la fecha; con esta disminución del campo o áreas de estudio, todo resultó más fácil y simple para el nuevo aprendiz de médico y mucho más comercial para la industria; esa facilidad en los estudios de medicina era como un regalito de la **bestia** y todo el mundo quedó contento y satisfecho con el cambio de sistema educativo.^[52] Desde entonces ser médico era algo bastante sencillo y estaba al alcance de cualquiera: no se necesitaban grandes conocimientos en cosmología, ni filosofía, ni botánica, ni de historia de la medicina y, por supuesto, carecía de importancia la ética aristotélica y la moral religiosa y otras “zarandajas” morales o éticas que, en realidad, para la medicina industrial que se quería imponer eran, más que nada, un inconveniente que dificultaba el progreso científico y la mentalidad experimental de los educandos... Para los nuevos aprendices de médico bastaba con aprender unos protocolos de actuación que eran bastante fáciles de aprender y recordar, y con eso era más que suficiente para poder distribuir, como buenos comerciales, los productos industriales que, una vez aprendidos, iban a ser la **única medicación** que utilizarían en la nueva y única medicina.

La nueva medicina industrial no necesita que sus modernos médicos conozcan y sigan las leyes del cosmos, ni que sepan las propiedades curativas de la arcilla, ni las del agua, ni las del fuego o calor; no necesitan saber que los alimentos mismos se pueden utilizar como remedios; no necesitan saber que se pueden hacer pomadas y ungüentos con plantas del jardín y del campo y, desde luego, al igual que los médicos, tampoco es necesario que la gente sepa curarse por sí misma; eso sería nefasto y arruinaría el negocio... A la **bestia y su industria médica** le basta y le sobra con tener buenos comerciales (médicos modernos) convencidos y bien preparados para distribuir sus productos industriales y que, además y al mismo tiempo, critiquen y desautoricen, con su categoría profesional de médicos, a todas las abuelas y madres que sepan aplicar

remedios naturales y que, acusándolas de locas alucinadas y viejas brujas, olviden de una vez por todas el impresionante patrimonio de salud natural que poseían y hacían servir con asiduidad entre familiares y vecinos y lo sustituyan por los novedosos y flamantes productos médico-industriales; en efecto, los médicos que están en activo en la actualidad, desde los más jóvenes hasta los de mi generación, adoctrinados por la medicina industrial que les formó, se han dedicado a descalificar y denigrar todo ese arte médico popular y, para ello, no sólo han contado con su “prestigio y autoridad” académica como doctores, sino que además han contado con el poder inquisitorial de la legislación oficial, que, como ya sabe el lector, está en manos de la **bestia** y a su entera disposición; con esta coyuntura social y legislativa de dominio absoluto de la **única** medicina controlada por los **únicos médicos** auténticos de la historia, que, en realidad, son auténticos comerciales que han contado y cuentan con la propia legislación vigente para deshacerse de sus competidores persiguiendo y encarcelando a todo curandero y terapeuta natural que les espante a la clientela y, de esa sencilla manera, ha desaparecido del mapa toda una riquísima cultura médica popular y gratuita y toda una tradición médica que, en nuestro país, se había practicado durante milenios.

LOS MÉDICOS DE LA NUEVA RAZA SUPERIOR

La transformación de la mentalidad médica no se limitó sólo a dar a los médicos modernos una visión totalmente materialista y mecanicista del cosmos y de la naturaleza del hombre; tampoco se limitó a negar o a erradicar todo rastro de espiritualidad y de moralidad en la conducta médica y sustituirlo todo por un espíritu comercial e industrial que facilitara su transformación en técnicos comerciales sino que, además de eso, la preparación o la educación “ilustrada” de los médicos modernos incluía también en instaurar en ellos una mentalidad chauvinista y paleta que les hiciese sentir y creerse que eran los mejores médicos de la historia; qué digo los mejores... ¡los únicos médicos que habían existido! Los nuevos académicos de la Revolución Industrial, ellos mismos, ya se creían afortunados ciudadanos de una civilización humana muy superior a todas las que había conocido la historia, y no sólo eso sino superior también a todas las que pudiesen existir en todo el mundo mundial; en realidad, los nuevos científicos y médicos europeos “ilustrados” y “modernos” tenían la “ilusión” de ser los primeros miembros de la historia de la **única** “civilización” humana que hubiese podido existir nunca y en ningún sitio; como diría Kant, tenían la “consciencia” plena de pertenecer a una civilización de humanos que, por fin, habían alcanzado su “mayoría de edad” y, desde esa posición de tener la sensación de poseer una superioridad intelectual “indiscutible”, despreciaban a todos los filósofos, a los científicos y a los médicos tradicionales que, según la misma doctrina kantiana, se habían quedado en la etapa anterior a la Ilustración de “humanidad infantil” propia de la Edad Media y de los milenios anteriores; con este convencimiento, totalmente subjetivo, que les hacía creer o tener la ilusión de ser los más listos y guapos de la historia, arremetieron con críticas gratuitas y difamaciones falaces contra aquellos científicos y médicos tradicionales que, a pesar de ser “menores de edad”, les hacían la contra con sus serios argumentos científicos, con sus tratados coherentes de medicina milenaria, con sus creencias morales y normas deontológicas, con su devoción y fidelidad a las leyes de la naturaleza y con su empecinada resistencia a creerse y tragarse al supuesto “progreso” ilustrado y con su negativa a industrializar, a comercializar y a envilecer su arte médica. Efectivamente, con el objetivo de destruir a la competencia médica tradicional, la **C.C.I. y su docencia** emprendieron una campaña de desprestigio contra esos médicos antiprogreso industrial que se negaban a aceptar los nuevos conceptos mecanicistas y materialistas ilustrados, sus nuevos métodos experimentales y sus

novedosas técnicas médicas realizadas al modo industrial, es decir, con rapidez, de manera indiscriminada y en cantidades industriales.

La **bestia y su c.c.i.**, a pesar de tenerlas todas a su favor, puesto que toda la cultura había aceptado el espíritu ilustrado y creía en el “progreso” de los nuevos tiempos, todavía conservaban el temor de que algunos médicos o estudiantes nostálgicos tuviesen la tentación de estudiar y conocer los criterios y certezas de la medicina tradicional o natural y se sintieran atraídos por esa visión holística y natural del hombre y, sobre todo, comprendieran las razones éticas del rechazo moral al **experimento humano** que tenían los médicos tradicionales y preindustriales y temiendo que esa vuelta atrás ocasionara problemas éticos, mentales y operativos en los nuevos aprendices de médico y les impidiera creer y, sobre todo, comprometerse a colaborar en la nueva medicina industrial que tenía un evidente e innegable carácter **industrial y experimental** por naturaleza y que carecía totalmente de moralidad o de manías éticas anticuadas; ante esa posibilidad real, la c.c.i. inició una campaña de propaganda negativa contra la medicina tradicional y construyó una **leyenda negra** y una crítica desleal y llena de falacias contra la **medicina natural** que se había practicado en Occidente durante milenios con el fin de que los nuevos aprendices de médico se sintieran superiores y miembros afortunados de una nueva raza de médicos “ilustrados” y, por todo ello, sintieran desprecio por los antiguos maestros tradicionales.

La nueva docencia ilustrada quería enterrar la nostalgia de los estudiantes por la medicina tradicional y sus normas éticas “anticuadas” y transformar el antiguo arte de la medicina de naturaleza artesana en la medicina moderna, que es **una industria** que, como toda industria, necesita vender en cantidades industriales aquello que fabrica y, por tanto, necesita de buenos **comerciales y publicidad**. Ante esta nueva dirección que debía tomar la nueva **medicina industrial**, pensó que los mejores y más idóneos agentes comerciales serían los nuevos y modernos médicos y, por tanto, había que adoctrinar muy bien a los nuevos educandos y convencerles de que el **experimento humano** que rechazaban los médicos tradicionales hasta entonces no era una práctica tan abominable como pensaban aquellos viejos médicos carcas y que, en realidad, experimentar nuevos medicamentos en humanos era algo bueno, necesario e, incluso, imprescindible para el progreso de la nueva civilización ilustrada; había que persuadirles, costara lo que costara, de que los nuevos médicos modernos, a diferencia de los antiguos, tenían que tener agallas para asumir retos peligrosos, puesto que los médicos modernos eran “superiores” en todo a los tradicionales; y

finalmente había que convencerles de que someter a algunos pacientes sacrificados al riesgo de tomar medicación **nueva y experimental** valía la pena y era un precio a pagar de carácter inevitable y necesario... puesto que, si los nuevos aprendices de médico no estuviesen convencidos de su “categoría superior”, de la bondad del experimento humano y de la superioridad de los productos industriales sobre los naturales, la nueva medicina moderna propuesta por la civilización industrial no podría tener ningún futuro.

A la nueva docencia médica inspirada en la doctrina de la **bestia** no le interesaba que los nuevos médicos tuvieran referentes anteriores, no quería que sintieran esa sumisión ante **la naturaleza** que profesaban sus antepasados, no quería que conociesen la ética médica tradicional ni las técnicas ni las medicaciones naturales de autores históricos como Celso, Hipócrates, Galeno, San Alberto Magno, Vesalio... y para ello se suprimieron los textos clásicos, y nunca más se pudieron estudiar los interesantes tratados médicos de autores tan prolijos y competentes como el maestro romano Dioscórides, el hispano judío Maimónides o el hispano musulmán Averroes... Se suprimió el estudio de la historia de la medicina tradicional y desapareció la **memoria médica** en los nuevos educandos, como ya hemos comentado. Si se borra la memoria desaparecen los referentes anteriores, y al suprimir la asignatura de la historia de la medicina, los estudiantes de los años 50 en adelante no supimos nada de nuestros antepasados en el oficio; una vez cortado el acceso a la memoria, en lugar de la verdadera historia de la medicina, se enseñó directamente a los estudiantes que los médicos anteriores a la medicina industrial que practicaban la medicina tradicional de los **cuatro humores y de los temperamentos**, la milenaria medicina hipocrática o galénica, eran unos enanos mentales sin paliativos, unos supersticiosos, unos farsantes, unos hipócritas... que habían estado engañando a la población con sus trucos, nada menos que durante miles de años, y que recurrían a los “espíritus” y los fantasmas para explicar el origen de las enfermedades, que desangraban a los pacientes o que los envenenaban con pócimas de sangre de lagarto, de mandrágora y de otras hierbas venenosas, que eran unos cochinos que no se lavaban... y una enorme cantidad de anécdotas y leyendas entre macabras y pintorescas que, según la **bestia y su docencia**, eran propias de aquellos descerebrados médicos tradicionales... de aquellos seudocientíficos que, por ser anteriores a la ilustración de los tiempos de Kant y anteriores a la Revolución Industrial, se daba por supuesto que eran unos “adolescentes” intelectuales. Toda esta **leyenda negra** sobre la medicina preindustrial con la que se instruía a los nuevos aprendices de médico, para ser

cierta, necesitaba de una suposición que, aunque totalmente inverosímil, los instructores “doctrinarios” de la nueva **medicina de la bestia** daban por cierta y probada; esa “historia de la medicina” inverosímil que había que suponer y dar por cierta era la siguiente: había que suponer que los humanos anteriores a la Revolución Industrial eran incapaces de saber algo tan simple como si la visita de su médico había sido provechosa o no; había que suponer que tanto médicos como pacientes eran oligofrénicos que no podían saber si una cataplasma les había quitado un dolor o si una infusión de plantas les había calmado una tos pertinaz o si les había inducido a un sueño reparador... Para que los médicos tradicionales pudieran ser todo lo impostores y mentirosos que afirmaba la **bestia y su c.c.i.** que habían sido durante miles de años, los pacientes y ciudadanos, es decir, los humanos preindustriales hasta donde alcanza nuestra memoria histórica, deberían ser tontos del bote e incapaces de saber algo tan simple como que si sus médicos les curaban o les engañaban y si los remedios que les aplicaban les quitaban el dolor, la fiebre, la tos... o no. Para que la leyenda negra que nos “imprimían” en nuestras mentes estudiantiles tuviese algo de sentido, había que suponer que emperadores como Julio César, Octavio Augusto, Adriano o Marco Aurelio eran ingenuos hasta la oligofrenia por dejarse tratar por sus médicos farsantes que les aplicaban remedios que no les calmaban y lo mismo había de suponer de filósofos e intelectuales como Sócrates, Aristóteles, Séneca, Erasmo de Róterdam, Descartes, Newton o Galileo... de escritores como Virgilio, Horacio, Shakespeare, Cervantes... Es decir, prescindiendo de la historia real... los nuevos y modernos académicos ilustrados e industriales formaban a los nuevos aprendices de médico, sin memoria histórica, en la idea falaz y la suposición claramente imposible de que los grandes hombres del pensamiento occidental de todos los siglos anteriores a ellos habían estado alelados y sin criterio suficiente, es decir, eran subnormales y por tanto eran incapaces de darse cuenta de que sus médicos eran unos impostores y que, en realidad, no les curaban de sus dolencias y enfermedades y que eran incapaces de calmar sus dolores... ¿Es posible pensar y dar por supuesto que el discernimiento humano, la sensibilidad al dolor físico y el sentido común hubiese hecho su aparición en la especie humana en el siglo de la Revolución Industrial y no antes?... ¿Es posible admitir que la invención de la dinamita, de la máquina de vapor o de la ametralladora... produjeran un repentino cambio evolutivo en la mente del humano que le dotase de la capacidad de “darse cuenta de las cosas” por primera vez en el siglo XIX?... ¿Es posible dar por sentado que antes del descubrimiento del capitalismo, el

materialismo y las fábricas... el homo sapiens careciese de sensibilidad y, por tanto, fuese incapaz de percatarse de si un dolor le había desaparecido después de la aplicación de una cataplasma o que le había calmado la tos después de tomar una tisana?... ¿El humano preindustrial era un imbécil incapaz de discernir si sentía o no sentía el dolor o si estaba contento o deprimido o despierto y alerta o dormido...? ¿Se puede dar por cierto que el ciudadano preindustrial era incapaz de darse cuenta de estas cosas tan normales hasta los tiempos de la moderna Europa de la Primera Guerra Mundial?... Pues, por inverosímil que sea, dar por ciertas estas afirmaciones para cualquiera que haya leído algo de Dante, Cervantes, Marco Aurelio... o haya leído algo de la propia historia de la cultura europea y tenga un poco de sentido común... pues por increíble que parezca, decimos, la autoridad académica de la nueva medicina industrial, los modernos catedráticos y docentes de la c.c.i. impusieron esa visión imposible y contaban esa **leyenda negra** sobre los antiguos médicos a los nuevos aprendices de médico como si se tratara de una realidad innegable y felizmente superada... con la “milagrosa” llegada de la Revolución Industrial; y éstos, estos nuevos y modernos estudiantes, por increíble que parezca también, se creyeron esa **leyenda negra** a pies juntillas en cuanto la escucharon; de manera que con esa “historia inverosímil” ellos y sus maestros estaban felizmente convencidos de su nueva “superioridad” mental e intelectual, estaban convencidos del salto evolutivo que había experimentado el hombre moderno gracias al poder “evolucionante” y transformador sobre la naturaleza humana que había sido capaz de producir el progreso técnico, que, por arte de alguna extraña magia, había sido capaz de crear una “nueva” raza de humanos más inteligente que sus antepasados; no se sabe el cómo y el porqué, la invención del motor de explosión o del aeroplano o de cualquier otro utensilio mecánico... había sido capaz de provocar un “salto genético” y un repentino “golpe evolutivo” inexplicable que había transformado al hombre de toda la vida en un nuevo hombre de naturaleza superior y le había llevado a ser, de la noche a la mañana, un nuevo ejemplar humano de una “nueva raza” que gracias a su mente superior ya no se dejaba engañar por médicos impostores y charlatanes porque, de repente, ya era capaz de saber o darse cuenta de cuándo se curaba realmente y cuándo no... o cuándo una actuación médica o la toma de una medicación le suprimía un dolor y cuándo no... ¡Bravo por la Ilustración y la Revolución Industrial!... Pero... ¿cómo se puede creer en semejante realidad?^[53]

La verdad es que esa **leyenda negra** sobre la medicina tradicional que contaban los nuevos profesores resultó fácil de tragar para los jóvenes

estudiantes a quienes se les había secuestrado la memoria histórica, precisamente, para manipular sus mentes y, con esta amnesia y con la consecuente falta de referentes históricos, estos estudiantes alucinados por la nueva cultura tecnológica, por la literatura, por el cine, por la prensa y por los grandes inventos de la ingeniería... sucumbían al encanto y a la “ilusión” de pertenecer a un nuevo y maravilloso mundo nuevo e industrial totalmente lleno de maravillas y portentosos artefactos desconocidos por la historia; toda esta explosión de “magia” tecnológica debió alucinar tanto a los nuevos educandos que les resultó fácil creerse esa imposibilidad histórica que se les contaba desde los púlpitos docentes; además, se la tragaron con facilidad porque era una “perita en dulce” para el “ego” de cada estudiante de la nueva medicina, puesto que, gracias a esa “**ilusión**” aprendida de sus maestros y asimilada, las nuevas generaciones de médicos industriales salían de la facultad **convencidos e ilusionados** y, por tanto, contentos y orgullosos de ser los mejores médicos que habían existido en la larga y milenaria historia de Occidente y los más preparados del mundo “mundial” gracias a que pertenecían a esa Civilización de civilizaciones.

Decimos del mundo mundial porque, además de esta **leyenda negra e imposible** contra la medicina tradicional occidental, al mismo tiempo, con el mismo garbo y prepotencia, con la misma impunidad y por la misma autoridad académica... se adoctrinaba a los estudiantes de las facultades de Occidente con otra **leyenda negra** sobre lo farsantes y anticientíficas que eran otras medicinas de otras tradiciones y culturas del resto del mundo: como la medicina ayurvédica de la India, la medicina china y la acupuntura, la medicina tibetana, la medicina musulmana... que son medicinas tradicionales y milenarias de otras civilizaciones^[54] y que también han utilizado y utilizan remedios naturales milenarios; y, en esta otra leyenda negra y falaz contra otras medicinas del mundo, para poder creérsela también se tiene que dar por sentado y suponer que los habitantes de esas civilizaciones eran y son en la actualidad unos tontos de remate; es decir, para que esa descalificación de las medicinas de otras culturas fuera cierta, se tenía que dar por cierto y comprobado que más de tres mil millones de ciudadanos orientales de China, Mongolia, Corea, Japón, el sudeste asiático, India... que se tratan con sus respectivas medicinas tradicionales, en plena actualidad, son tan subnormales y oligofrénicos como decían que lo fueron nuestros propios antepasados. Esa leyenda negra también era mentira por imposible; sin embargo, se enseñaba y todavía se enseña con toda impunidad y descaro en las clases de medicina, sin que nadie ponga ningún reparo; por ello,

esta falacia sigue en vigor, puesto que los estudiantes carecían y carecen de cualquier tipo de información o señal de la existencia y eficacia de esas medicinas propias de otras culturas milenarias; y con esta carencia grave de referentes, los estudiantes no tenían, ni tienen, otra posibilidad que **tragarse** la única información que se les daba y todavía se les da. Pero hay que reconocer que esa formación distorsionada les hacía **ilusión**... Era un verdadero “chute” para la autoestima, para el egocentrismo, para el chauvinismo y para la vanidad necia de los educandos, que, como consecuencia de este convencimiento que se les predicaba desde la **c.c.i. y su docencia**, estaban encantados de creerse los primeros **médicos auténticos** de la historia y del mundo y los primeros que verdaderamente eran merecedores de tal nombre.

Para salir en defensa de la ingenuidad ridícula de esos educandos, hay que recurrir al popular dicho de: “Mal de muchos, remedio de tontos”, porque esa ridícula **convicción** de ser “los mejores de la historia de la humanidad” era, y todavía lo es en parte, una convicción general de toda la sociedad del Occidente ilustrado e industrial; esta apreciación subjetiva, propia de mentalidades paletas y chauvinistas, se podría definir como una alteración mental colectiva nacida en la cultura anglosajona imperial propia de la Ilustración y de la época de la Revolución Industrial y totalmente compartida por una mayoría de la población de la sociedad europea pasada y actual, puesto que esta “civilización” industrial y moderna es patrimonio y “orgullo” de los países ilustrados e industrializados, que son los que se han denominado y reconocido a sí mismos, durante los últimos siglos, como los **únicos civilizados** y con derecho a civilizar a los demás y que consideran, sin ningún tipo de duda ni posible discusión, que son los que inventaron la **única civilización** digna de llamarse así; y como “de aquellos polvos vienen estos lodos”, de esa alteración mental deriva la creencia, todavía vigente en muchas mentes actuales, de que Occidente conoce y practica la **única** medicina auténtica de todos los tiempos y del mundo mundial^[55]. Este chauvinismo necio y ese sentimiento de supremacía cultural propio de paletos mentales de ayer y de hoy se podía observar también con frecuencia y con todo descaro en la literatura y el cine hasta los años 50 y 60 del siglo pasado, donde abundaban las películas en las que aparecía el “hombre blanco” o el “chico de la película” inglés o europeo, que casi siempre representaba el papel de un militar, un médico, un guía de safaris o un misionero en tierras de ultramar y que en todas las películas ejercía y “disfrutaba” de la supremacía cultural sobre todo indígena que apareciera en la pantalla. La superioridad del nuevo hombre europeo y civilizado era indiscutible hasta hace muy poco, aunque hay que decir

que todavía se conserva ese sentimiento de pretenciosa supremacía racial en amplios sectores de mentalidad “paleta” de la sociedad occidental. Y con esta mentalidad supremacista la **medicina industrial** ha conseguido adueñarse de todo el mercado de la salud, ha hecho desaparecer la medicina tradicional natural y milenaria que se practicaba desde hacía miles de años y ha logrado erigirse en la **única medicina** sin discusión de la “sociedad del bienestar”.

LOS ÚLTIMOS MÉDICOS CON SENTIDO MORAL

En esa **leyenda negra** contra los médicos tradicionales, otro reproche que se les hacía por parte de los docentes del siglo XX era decir y predicar en las aulas que los médicos tradicionales practicaban una medicina estancada en el tiempo que se basaba siempre en las mismas leyes y métodos y sin variaciones ni nuevos descubrimientos ni “adelantos” desde hacía miles de años; los modernos catedráticos criticaban abiertamente que en la medicina antigua y tradicional no existía ni la investigación ni el progreso científico y, por supuesto, les criticaban su sentido ético y su moralidad, que no les permitía ni siquiera pensar en realizar ningún tipo de experimento ni en humanos ni en animales. Esta vez los docentes hablaban de manera veraz, aunque con la misma mala intención de desacreditar a los viejos maestros: efectivamente, la medicina tradicional se consideraba un conocimiento milenario ya en la época de Hipócrates y Galeno; por tanto, era una ciencia que no se nutría de nuevos descubrimientos ni de nuevas experiencias, pero no por falta de capacidad para hacerlo sino que esto era debido a que no estaba interesada en hallazgos revolucionarios ni buscaba nuevas medicaciones ni nuevos métodos... La medicina tradicional, como su nombre indica, era un conocimiento y una práctica que se transmitía de generación en generación y, por ello, se había mantenido constante de maestro a discípulos y sin demasiadas variaciones, ni nuevos hallazgos, ni novedades, ni descubrimientos... durante miles de años.

Los modernos docentes hacían creer a los aprendices de médico que esta falta de “progreso” era la **prueba** palmaria que demostraba la oligofrenia de esa antigua raza de médicos, a la que debían despreciar y olvidar; porque su incapacidad de haber obtenido adelantos y nuevos descubrimientos y su incapacidad de haber creado nuevos productos y medicaciones y, sobre todo, su incapacidad de enfrentarse a la Naturaleza y ser capaces de “vencerla”, de “transformarla” y de “mejorarla”... demostraba su inferior nivel intelectual con respecto a los modernos médicos industriales que, siendo de una “raza superior” como eran, sí que se sentían capaces de crear nuevos métodos para enfrentarse a la naturaleza para mejorarla y progresar; ya hemos explicado que la Ilustración es un movimiento cultural que siempre se creyó con la capacidad de superar al propio **cosmos**. Todas estas explicaciones y arengas que se daban a los educandos para meterles en la cabeza que, sin ninguna duda, eran superiores a sus antepasados médicos y que, por eso, estaban legitimados para experimentar

sobre animales y humanos sin ningún remordimiento y que deberían sentirse orgullosos y agradecidos de vivir en una civilización ilustrada y moderna que amaba el “progreso”, la novedad y donde se permitía el experimento humano. Con toda esta crítica malintencionada contra la falta de entusiasmo que los médicos tradicionales sentían por el “progreso” y su negativa radical hacia el experimento humano, los docentes ilustrados pretendían suplir el secuestro de la auténtica memoria histórica a la que habían sido sometidos los estudiantes; éstos tenían la mente en blanco, no tenían referencias ni clases de historia que les hubiesen explicado y expuesto las razones de los antiguos maestros... Sus mentes eran libros en blanco donde la **docencia de la bestia** podía escribir con toda impunidad la **leyenda negra** de la medicina tradicional. Pero la verdadera explicación histórica de que la medicina tradicional careciera de la idea de “progreso” y que, por tanto, no contemplara en absoluto la posibilidad de investigar y buscar nuevos métodos, nuevas teorías y nuevos medicamentos con sus respectivas patentes industriales era, precisamente, por no ser una **industria** sino una auténtica **medicina tradicional**.

El conocimiento tradicional, al contrario del moderno, se basa en la transmisión de información que se tiene por cierta, verdadera y contrastada de generación en generación, puesto que, si lo que se afirma como cierto lo es verdaderamente y se corresponde con la realidad objetiva, el tiempo no lo cambia ni lo puede cambiar; no existe ni puede existir ningún fenómeno natural ni ninguna ley física que haya cambiado a lo largo de la historia o de un siglo para otro: la ley de la gravedad, las leyes del sonido, de la termodinámica, la fisiología humana, la expansión de los cuerpos por el calor... Todas las reacciones químicas y los fenómenos físicos en todo el cosmos... actúan y se comportan de igual manera siglo tras siglo y milenio tras milenio; la certeza matemática, física, filosófica... no cambia con el tiempo; la realidad cósmica no sigue las modas... Si un fenómeno natural es de una determinada manera... lo es para siempre y de manera constante; como ya hemos dicho, los médicos tradicionales se basaban en las leyes de la naturaleza y pensaban que si los conceptos y métodos médicos de sus antepasados eran ciertos y habían demostrado funcionar y se basaban en la realidad cósmica y en sus leyes constantes e inamovibles... lo más inteligente era mantener ese conocimiento que se atenía a una realidad existencial constante o a una evidencia cósmica que no podía variar con el tiempo; además, ya hemos dicho que todos los científicos y, por tanto, los médicos preindustriales veneraban a la **naturaleza** como expresión perfecta e insuperable del poder creador de Dios y nunca se hubiesen

atrevido a pensar siquiera que pudiesen superarla, pensamiento éste propio y exclusivo de los científicos modernos.

Esta fidelidad al conocimiento de los antepasados sobre las leyes cósmicas permitía a los médicos tradicionales utilizar métodos y medicación que eran harto conocidas desde antiguo. No tuvieron necesidad de experimentar nuevas medicaciones en sus pacientes y ponerles en peligro; es más, detestaban esta práctica moderna por abominable; habían hecho un juramento donde uno de sus primeros preceptos era “*primum non nocere*”, que significa “lo más importante es no dañar (al paciente)”. En la escuela médica tradicional europea se seguían los consejos y sentencias de los antiguos maestros y esos consejos los podemos leer todavía, por ejemplo, en los aforismos de Hipócrates que han llegado hasta nosotros; por tanto, podemos comprobar cómo **todos** los aprendices de médico leían en el primer aforismo: **La vida es breve y el arte es largo, el experimento PELIGROSO y el juicio difícil...** Los aforismos eran colecciones de consejos y sentencias que pretendían adiestrar a los estudiantes no sólo en la práctica y la técnica del arte médico, sino que también pretendían educarles en la moral y la deontología con la que todo médico debe ejercer su oficio.

Es curioso que mucha gente de nuestra época crea, y quizá nuestro lector también, que los médicos modernos actuales hacemos el juramento de Hipócrates al terminar nuestros estudios en la universidad e iniciar nuestro ejercicio de la medicina; queremos informar a nuestro lector que eso **no es así** desde hace siglos y que, en la actualidad, si algún médico conoce dicho juramento es porque es un aficionado a los libros de historia y lo ha podido leer en alguno de ellos. Por otra parte, esa supresión de cualquier tipo de juramento la vemos totalmente coherente en nuestra sociedad, puesto que para hacer un juramento y sentirse obligado a seguirlo se tiene que ser creyente religioso, puesto que jurar es poner a Dios por testigo y juez último de que cumplirás aquello que afirmas cumplir bajo juramento; la mayoría de los médicos actuales no son creyentes sino agnósticos o ateos y no practican ninguna moralidad religiosa, por lo tanto, carecería de sentido y valor cualquier juramento que hiciesen. Pero una cosa debe quedar clara para el lector y es que si en la actualidad los médicos hicieran el juramento de Hipócrates que hacían sus antepasados y, además, se sintieran obligados a cumplirlo... **la única medicina** moderna o medicina oficial o medicina industrial... no existiría ni podría existir, pues ésta se basa, como hemos explicado, en una práctica prohibida por el viejo juramento por considerarla una abominación indigna de ser practicada por un

médico: **el experimento humano**. Y hay que decir, para ser fiel a la verdad, que toda la medicación moderna que el médico actual se ve obligado a utilizar, toda ella, es de origen industrial, sus efectos secundarios son aleatorios y muchas veces desconocidos y **toda ella** tiene un carácter **experimental**. Esa es la razón por la que, de vez en cuando, podemos oír en la televisión que se ha retirado del mercado una determinada medicación que se había estado utilizando durante años... porque se ha comprobado que producía unos efectos secundarios que resultaban más perjudiciales que el mal que pretendían sanar... Sólo que cuando ocurre tal cosa... ya es demasiado tarde para miles de pacientes que la han estado consumiendo durante años.

Efectivamente, los médicos tradicionales no aceptaron nunca el **experimento humano** porque no se podían permitir la posibilidad de que “eso nuevo y desconocido” o “esa nueva medicación salida de una fábrica” que se pudiese administrar al paciente... le pudiera perjudicar; y como eso no se puede saber hasta que se prueba, no se arriesgaban por respeto a la salud de su paciente y por el temor de causarle un daño a un inocente. Los médicos tradicionales tenían un altísimo grado de moralidad, creían que la Divinidad les pediría responsabilidad por el buen o mal hacer de su arte, puesto que habían hecho un juramento y eran creyentes; consideraban como una **abominación** el **experimento sobre humanos** y no fueron seducidos nunca por la novedad, la revolución científica ni por la búsqueda de nuevas sustancias experimentales y, por todo ello, no eran aptos para los nuevos tiempos de Revolución Industrial y, como tenían esas **restricciones éticas**, fueron desprestigiados y acusados de **pseudocientíficos** y sustituidos por los nuevos y flamantes médicos modernos que, en contraposición clara, tienen una “ética” mucho más laxa y acomodada a los intereses industriales y económicos y, por eso, creen que poner en riesgo la vida y la salud de los pacientes es un riesgo que pueden asumir y que practican con toda naturalidad y sin ningún problema ético; los nuevos médicos de la **única medicina** son adeptos y practicantes de la medicina industrial, que es, por su propia naturaleza y método, una medicina **experimental** en la que todos los pacientes tienen o se les aplica el papel de cobayas humanos.

Los médicos tradicionales, siendo fieles a su tradición médica milenaria que utilizaba remedios conocidos desde la noche de los tiempos y siguiendo las leyes naturales, nunca tomaron a sus pacientes por cobayas y mantuvieron la pureza y las cualidades naturales de los humanos, que, gracias a ese respeto que les profesaban sus médicos tradicionales, se mantuvieron como ejemplares

genuinos, sanos y fértiles o humanos con todas sus posibilidades biológicas gratuitas y genuinas propias de la especie homo sapiens; eso fue así durante milenios hasta la llegada de la medicina moderna con los nuevos médicos “ilustrados” y supremacistas que padecen de un tipo de alteración mental que les **hace creer** que son “mayores de edad” y “los primeros y únicos médicos de la historia y del mundo” y que la medicina que practican es la “**única medicina**” que merece llamarse así y, además, estos médicos modernos no tienen ningún problema ético o moral que les impida la práctica del **experimento humano** sin ningún tipo de miramiento y sin ningún tipo de compasión hacia el paciente y, precisamente, este nuevo **hito** de la medicina ilustrada, la administración de medicación nueva y experimental, que es una práctica exclusiva de la medicina moderna, es lo que nos ha transformado a los ciudadanos de “la sociedad del bienestar” en los actuales **homo cobayas estériles y con enfermedades raras**.

CAPÍTULO 13.
LA MEDICINA EXPERIMENTAL MODERNA

EL EXPERIMENTO COMO ELEMENTO INDISPENSABLE EN LA MEDICINA INDUSTRIAL

La medicina moderna desprecia el conocimiento ancestral o tradicional y lo ha desterrado completamente de la enseñanza de los jóvenes aprendices; los médicos modernos hace siglos que no hacen el juramento de Hipócrates y, por tanto, no se comprometen a esa premisa de “**primum non nocere**”, y esa moderna mentalidad liberada de éticas “anticuadas”^[56] les permite hacer pruebas de todo tipo sin importar lo desconocidas, imprevisibles y catastróficas que puedan ser las consecuencias; por eso, por ese desparpajo ético y ese “pasotismo” verbenero propio y exclusivo de la **única medicina** moderna, **el experimento humano** es la estrella en la medicina actual; en efecto, el experimento es un elemento imprescindible, puesto que la propia cultura industrial se basa en nuevos descubrimientos y nuevos métodos, en nuevas teorías revolucionarias y en medicaciones de última hora, y lo que no es capaz de solucionar ahora asegura que lo solucionará en el futuro con **nuevos** métodos y ensayos y en **nuevas y atrevidas** medicaciones experimentales. Y precisamente este carácter experimental propio y exclusivo de la medicina moderna es otra de las notas características que la diferencia de toda ciencia médica o **medicina** que se haya conocido y practicado en el mundo en la larga historia de la medicina de Oriente o de Occidente. Y como vamos a mostrar en este ensayo, ese carácter experimental, del que tanto presume la medicina moderna, es lo que la invalida para ser precisamente eso: **auténtica medicina**, puesto que el experimento, por su propia naturaleza y por su propia dinámica, es incierto y aleatorio y, por tanto, tiene un grado indeterminado de riesgo y de peligro desconocido y, en consecuencia, no se pueden saber los verdaderos resultados hasta que todo se ha consumado y, siendo así, si los resultados no son los deseados o programados, una vez obtenidos, ya resultan inevitables para el paciente sobre el que se haya aplicado el tratamiento experimental, puesto que los humanos sólo tenemos un **solo organismo** para toda una sola **vida**; es algo elemental. A pesar de esta dinámica incierta, arriesgada y totalmente desprovista de compasión hacia el paciente cobaya, la civilización industrial y su **única** medicina moderna ama la novedad y no solo la ama sino que, por su propia naturaleza industrial y comercial, se sustenta y necesita del **experimento y de los nuevos hallazgos de la ciencia**, hallazgos que se extraen, necesariamente, de los resultados experimentales observados en los propios pacientes a los que se

les asigna sin compasión alguna el arriesgado papel de cobayas.

Los médicos e industriales que iniciaron la teoría de la infección y lograron ponerla en práctica estaban impacientes por iniciar el negocio, tenían a la prensa de su parte y contaban con el apoyo del dinero de la industria y, desde luego, carecían de escrúpulos de cualquier tipo y mucha prisa en hacerse ricos; como, además, se sentían nuevos hombres ilustrados liberados de la moralidad “caduca” de sus predecesores tradicionales, a los modernos médicos industriales no les importó **desconocer** todo sobre los efectos de las medicaciones con las que iban a **experimentar**, sin temor, sobre la población, y empezaron a inyectar a los primeros cobayas humanos las primeras vacunas y los primeros productos industriales. No importaba lo que les pasara a los cobayas; es más, no se podía saber hasta que se realizara el nuevo experimento; se sabría después, aunque entonces ya sería tarde... para los cobayas.

Cuando los primeros médicos modernos e ilustrados se alejaban de la **naturaleza** y empezaban a asumir que las creencias religiosas, los juramentos y la moral de sus antepasados eran deficiencias mentales o unas tontas zarandajas que el científico ilustrado, civilizado, moderno y con visión positivista de la realidad debería superar y descartar, fue cuando, en realidad, se inició la medicina moderna y, con ella, se introdujo la práctica del **experimento humano** por primera vez en la historia de la medicina occidental. En esa época, no solamente los médicos sino que al mismo tiempo casi toda la “intelectualidad” europea estaban mayoritariamente convencidos del poder **demiúrgico** del hombre sobre la naturaleza y, además, la cultura y consciente colectivo se habían vuelto ateos, materialistas, utilitaristas, capitalistas, comunistas... y como consecuencia de todas estas neofilosofías, propias y exclusivas de la civilización europea supremacista, el **poder económico** tomó definitivamente el rango “divino” que conserva hasta el día de hoy, puesto que, desde entonces, el **dinero** es la **única** “divinidad” y “autoridad” reconocida e indiscutible que manda en la **civilización de civilizaciones**. Todos estos cambios en la escala de valores ocurrían en una Europa donde se podían escuchar voces de filósofos y científicos revolucionarios que gritaban por primera vez: “Dios ha muerto”... “El cristianismo es una doctrina de esclavos”, gritaba Nietzsche... “No necesito a Dios para entender y explicar el mundo”, afirmaba el positivista Comte... “La religión (y su moral) es el opio del pueblo”, predicaba Karl Marx...

Hasta ese tiempo de grandes hitos, la medicina tradicional y también la ciencia había sido practicada en Europa por médicos y científicos creyentes en

su mayoría, incluso por clérigos, y aunque durante los siglos inmediatamente anteriores al XIX habían existido algunos científicos y médicos con ideas ateas, desde luego, fueron la excepción; pero todo eso cambió en ese siglo con los nuevos filósofos ilustrados que hemos nombrado y otros muchos y, en efecto, Dios murió para la “**intelectualidad**” europea de los siglos XVIII y XIX y con ÉL murió toda moral tradicional y toda ética médica, y cuando la “intelectualidad” europea “enterró” a Dios ocurrió lo que advertía el escritor ruso Dostoievski: “**si Dios ha muerto, todo está permitido**”, y ocurrió también que “**a dios muerto, dios puesto**”... y desde entonces, en la Europa civilizada e industrial, **el dinero** ocupó el puesto que siempre le había correspondido a **Dios**.

Efectivamente, reflexionemos, si no hay Dios... ¿quién puede juzgar los actos de los hombres?... Si no hay una moral emanada de las leyes de Dios y de la naturaleza, si ya no sirve de nada jurar, si no hay moralidad que pueda castigar la mentira y el fraude, si el dinero hace que todos sin excepción te respeten y admiren, si lo único real es vivir la vida como mejor puedas y nada más, si no hay justicia en el más allá y lo único que cuenta es cómo sobrevives aquí... ¿qué más da cuál sea tu conducta?... Si cada cual tiene su ética personal igual a la de cualquiera, ¿quién puede decir dónde está el bien y el mal?... Si Dios ha muerto... ¿quién puede juzgar la conducta de los hombres?... ¡Nadie!... Por tanto, puedes hacer lo que quieras siempre que te lo puedas permitir.

Para Nietzsche y la mayoría de filósofos como Adam Smith, Robespierre, Comte, Hegel, Marx... y para todos los modernos científicos, médicos e industriales... la muerte de Dios representaba una verdadera “liberación” y, desde entonces, ya no había ni podía haber pecado, ni culpa... ni Juez; después de enterrar a Dios, la respuesta moral a la conducta del hombre estaba... en el poder personal de cada cual o en el poder colectivo de las masas, y ese poder, personal o colectivo, era otorgado por la posesión del **dinero y/o del control y posesión de los medios de producción**; el que poseía el dinero y/o el poder político... se convertía en un **superhombre** que era capaz de imponer y hacer realidad su voluntad por encima de los demás; ese superhombre sólo obedecía a su voluntad sin límites y disfrutaba del privilegio de no estar sometido a la moral de todos, la moral tradicional, sino que disfrutaba de un tipo “especial” de moral “descubierta” por Nietzsche y a la que denominó “**la moral de los señores**”; quien podía permitirse optar a esa moral tenía el derecho de imponer su voluntad y sus intereses sobre los demás con impunidad total, sin ningún límite y sin tener que responder ante nada ni ante nadie. Los demás, los que por no tener dinero o

poder político y económico no llegaban a ser superhombres, debían someterse a la voluntad de los primeros porque estaban obligados a seguir “**la moral de los esclavos**”; éstos podían ser utilizados y sacrificados en favor de la economía del “señor”, de su ciencia y del progreso de la “civilización”, puesto que ésta era propiedad exclusiva de los señores. Eso permitía a los grandes industriales la utilización inhumana y cruel de grandes masas de obreros, sometidos a la moral de los esclavos, y que, por ello, podían ser explotados, ellos y sus hijos, de manera inmisericorde hasta la extenuación; podían ser sacrificados realizando tareas inhumanas en las nuevas fábricas y minas para proporcionar riqueza a sus indolentes y caprichosos dueños, que tenían la suerte de ser **superhombres** y, por tanto, propietarios de la vida de sus esclavos; además de servir de carnaza para la incipiente civilización industrial y para satisfacer la indolencia sin límites de sus señores, los esclavos fueron inmolados con impunidad en las nuevas y terribles guerras industriales, donde millones de europeos, con “moral de esclavos”, sirvieron de carne de cañón para defender los intereses de los gobiernos de sus señores y para que el “progreso” siguiera su marcha triunfal.

Con este ambiente ilustrado y amoral al que se le llamó **la civilización europea y civilización de civilizaciones**, no fue difícil que los médicos y científicos, sintiéndose del grupo de los señores, aceptaran la **experimentación humana** como un hito histórico que marcaba la diferencia entre el moderno “**progreso**” propio de la civilización ilustrada y la “**barbarie**” medieval propia de los antiguos médicos y científicos que abominaban de esa práctica moderna y seguían la moral natural y cristiana tradicional y el respeto a la integridad humana y a la naturaleza. Éstos, los tradicionales, fueron despreciados por estrechos morales, por maniáticos de la deontología médica, por pseudocientíficos y contrarios al progreso de la ciencia y de la civilización porque su fe en una bondad y justicia divina y el juramento que le habían hecho a Dios les impedía practicar el experimento humano y poner en peligro la vida de sus pacientes.

La **bestia y sus filosofías** convencieron a los “civilizados” europeos de su supremacía histórica y étnica y de la supremacía del **dinero** sobre **Dios** y de lo irrelevantes y fantasiosas que eran las antiguas creencias en un paraíso y un infierno en el más allá; las neofilosofías afirmaban que lo verdaderamente real e interesante estaba en esta vida concreta y única y lo de antes era pura superstición propia de mentes medievales y obsoletas; las modernas ideas materialistas, positivistas y ateas que empezaban a dominar el nuevo mundo

“civilizado” ensalzaron, llevaron a la gloria y enriquecieron a los **superhombres** que no tenían problemas éticos que les pudiesen impedir hacer experimentos humanos y no tenían escrúpulos ante los resultados, necesariamente inciertos, que se pudieran producir en la persona de los esclavos, puesto que éstos estaban predestinados a ser sacrificados como carnaza en nombre del progreso humano, puesto que estaban sometidos a la “moral de los esclavos” según explicaba y convencía el filósofo ilustrado Nietzsche. Con este ambientillo de refinada civilización europea, el experimento humano se introdujo como otro **hito** importante y capital para el avance de la civilización industrial y, con el tiempo, se ha convertido en una práctica habitual y **necesaria** para la medicina moderna; y, como ya hemos dicho, esa es otra nota característica que demuestra que la medicina moderna es algo distinto de lo que siempre se ha conocido por **medicina**.

LOS PRIMEROS MÉDICOS QUE UTILIZARON EL EXPERIMENTO HUMANO

Si el lector quiere hacerse una idea de lo importante y valorado que es y ha sido el **experimento humano** en los avances en medicina moderna, y concretamente en la creación de la teoría de la infección, puede leer el libro del Dr. de Kruif, que es un biógrafo oficial de los más famosos y reconocidos médicos con mentalidad de **superhombres** que fueron pioneros en la creación de la **sociedad cobaya**; este biógrafo oficial describe detalladamente y sin ningún tipo de rubor, en su libro *Cazadores de microbios*^[57], cómo se llevaron a cabo las primeras identificaciones de los gérmenes que iban a ser acusados de causar graves enfermedades y, también, cómo se iniciaron las distribuciones e inoculaciones de las primeras vacunas y sueros antiinfecciosos, es decir, los primeros productos industriales que se utilizaron experimentalmente y que dieron nacimiento a la actual **sociedad cobaya**.

Para triunfar en el nuevo mundo de la medicina era más importante tener estómago y agallas que escrúpulos éticos y moral; era imprescindible tener mucha más ambición de triunfar y obtener dinero y gloria que practicar la compasión por los demás hombres, y era indispensable tener más fe en el progreso técnico e industrial que en la Divinidad; para triunfar en la nueva medicina industrial era necesario tener mentalidad de superhombre y “moral de señor”... y llenos de esas modernas “virtudes” y con la nueva mentalidad industrial, todos los famosos cazadores de microbios, absolutamente todos los biografiados por el Dr. de Kruif, utilizaron con absoluta normalidad y sin problemas mentales a **cobayas humanos** en sus experimentos, sobre todo a niños de orfanatos y a soldados y, sin embargo, en ninguna ocasión se les ocurrió experimentar esos productos nuevos sobre ellos mismos, lo cual demuestra que eran unos médicos positivistas, supremacistas, desalmados y sin escrúpulos; pero, desde luego, no eran tontos y practicaban la prudencia más estricta para sí mismos y no corrieron riesgos innecesarios; simplemente utilizaron sin compasión a gente indefensa sometida a “la moral de los esclavos” como cobayas humanas con el fin de alcanzar el éxito personal y probar sus intuiciones científicas.

Podemos empezar por **el primero** de todos estos “honorables” creadores de las vacunas, el inglés Edward Jenner, el cual utilizó como “cobaya” al hijo de su

sirviente; podemos imaginarnos el grado de libertad de un siervo en la Inglaterra de finales del siglo XVIII y su capacidad de elección para poder negarse ante su amo; **el segundo** “inventor” e introductor real y definitivo de las vacunas fue el conocido, famoso y laureado Dr. Louis Pasteur, el cual también utilizó en 1885 a un niño como cobaya humano para su primera vacuna contra la rabia, como nos cuenta su biógrafo Dr. de Kruif con toda naturalidad en su libro; con la misma naturalidad, el biógrafo nos relata la escena histórica en la que el suero antidiftérico del Dr. Behring fue probado en niños de orfanatos berlineses y hubieron varios muertos de inmediato, aunque el biógrafo no se detiene a decirnos la cantidad de cadáveres infantiles que resultaron de esa prueba; pero lo que sí nos relata es que ese pequeño inconveniente, ese montón de cadáveres de niños indefensos que resultaron de la prueba, no tuvo demasiada importancia ni repercusión mediática y, desde luego, no paró la experiencia, porque como el mismo biógrafo afirma: “las fábricas alemanas ya habían producido toneladas de suero antidiftérico”... y el progreso no se podía detener ante la muerte de unos pocos esclavos... El Dr. Behring, sin importar la cantidad de niños huérfanos sacrificados, fue premiado con el premio Nobel por haber descubierto y aplicado por primera vez semejante suero... y esos sueros antidiftéricos se sacaron al mercado y se distribuyeron por todo el mundo.

Aquí en España también tuvimos nuestros propios cazadores de microbios, médicos que también se creyeron superhombres, es decir, con “capacidad mental”, “ética personal”, “estómago suficiente” y la carencia de escrúpulos necesaria como para utilizar cobayas humanos indefensos; nos lo cuenta con frialdad la Dra. María José Báguena de la cátedra de historia de la medicina de la Facultad de Medicina de Valencia, en su libro^[58], donde relata que el Dr. Jaime Ferrán, en la Valencia de finales de los años mil ochocientos, utilizó de cobayas humanos para probar su primera vacuna contra el cólera a toda la población de un orfanato de Valencia, incluidas las monjas. El prestigioso médico positivista no tenía problemas de conciencia para **experimentar** sobre unos seres humanos indefensos y, además, como todo era legal y como todo se hacía en nombre de la ciencia, el progreso y la civilización... todo estaba en orden para él, pero el experimento resultó un fracaso, y cuenta la historiadora que **murieron todos los niños... y también las monjas** del orfanato que se habían ofrecido como voluntarias, seguramente, para dar ejemplo a sus niños. Nadie clamó ni reclamó por sus vidas; la historiadora dice que hubo cierto revuelo entre los médicos valencianos, pero se corrió un tupido velo sobre el asunto y Ferrán siguió con sus experimentos humanos en nombre del progreso de la ciencia y nunca tuvo el

menor problema legal; todo lo contrario, Ferrán fue reconocido como superhombre ilustrado, laureado y galardonado por la Academia de Ciencias de París unos años después y tuvo muchos reconocimientos académicos, incluso creo recordar que tiene dedicado un busto de mármol en los pasillos de mi vieja Facultad de Medicina de Valencia y algunas calles dedicadas en los pueblos de mi tierra... Ya hemos dicho que en ese tiempo había que hacer propaganda para introducir la **paranoia** de la **teoría de la infección** y el uso de los sueros, vacunas y demás medicación industrial.

A la **bestia y su c.c.i.** y a la **nueva medicina positivista** no le importaban los niños con moral de esclavos muertos; los superhombres creadores de la **paranoia** tenían impunidad total, disponían de material humano y carta blanca para realizar experimentos, no faltaría más... y, por otra parte, no había otra forma o método para lograr avanzar en la nueva medicina experimental. Debido a que los animales tienen fisiología distinta del humano y sus reacciones no son extrapolables o equivalentes... entonces... ¿cómo saber los efectos de nuevos productos en el humano si no lo utilizamos a él mismo de cobaya? Lógicamente, desde el propio método positivista científico que se basa en el experimento lo más exacto posible y sus resultados, es imposible saber todo eso... sin aplicarlo sobre **el cobaya humano** y observar, tiempo después, a corto, medio o largo plazo, qué o cuáles cambios y reacciones presenta el humano cobaya. El experimento es un elemento **necesario e imprescindible** en la más pura doctrina y lógica operativa del positivismo científico; sin experimento no puede haber experiencia ni demostración; no cabe otra opción.

Si no hubiesen tenido impunidad total estos nuevos médicos que administraron las primeras vacunas y los primeros sueros, **todos**, absolutamente todos los gloriosos creadores de vacunas y sueros que fueron premiados con el Nobel y otros reconocimientos y ahora son ensalzados en los libros de historia y en las efemérides científicas y médicas, todos sin excepción hubiesen terminado en la cárcel por homicidios múltiples. Si no hubiesen gozado de inmunidad legal y carta blanca para la experimentación en cobayas humanos indefensos y sin importar el resultado ni el número de muertos, les conoceríamos como psicópatas en serie.

Los médicos actuales saben que aquellos productos pioneros (vacunas y sueros) que fueron presentados como grandes remedios que “**presuntamente**” salvaron miles de vidas y sus descubridores recibieron muchos premios, incluido el Nobel, pueden ser mortales de una manera fulminante; por eso han sido

abandonados desde hace décadas. Pero si eso que decimos es verdad y el lector lo puede comprobar por la hemeroteca o internet... entonces... cabe preguntarse desde el sentido común y la lógica más elemental... si aquellas vacunas y sueros que la prensa presentó como panaceas maravillosas a finales del siglo XIX... si salvaron vidas, entonces... ¿cómo es que ahora son catalogados de mortíferos y están totalmente prohibidos?... ¿Puede darse la posibilidad científica de que algo que era maravilloso hace unos años ahora sea un tóxico mortal? La verdad histórica innegable es que la incipiente medicina industrial necesitaba de esos médicos capaces de seguir, sin problemas éticos, impulsando el **progreso** y el **nuevo negocio**, con agallas suficientes como para cargarse a niños de orfanatos y, sin embargo, pensar y sentir que estaban a favor del progreso humano y de la civilización y, por añadidura afortunada, comprobar que estaban en el camino del éxito y el **dinero**. Y por si surgía alguna duda moral que les pudiese hacer vacilar o tener algún remordimiento ante lo que era “necesario hacer” en aras de la civilización... ahí estaba la **bestia**, que les iba a recordar y convencer de que, en realidad, eran superhombres “ilustres” con derecho a vivir “mas allá del bien y del mal” y que poseían impunidad total y que merecían prestigio, dinero y, además, que se les otorgaran los laureles de la gloria académica e histórica. Los nuevos médicos positivistas y con moral de señores pensaron que si la **sociedad** y la historia oficial les iba a reconocer como héroes y salvadores de la humanidad... ¿quién más les podría juzgar y condenar?

CAPÍTULO 14.
IATROGÉNESIS GENERALIZADA EN LA SOCIEDAD
COBAYA

LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR Y SUS CIUDADANOS COBAYAS

Ya hemos adelantado al lector en anteriores capítulos que durante toda la primera mitad del siglo XX, y a pesar de que la **bestia y su industria** hicieron una gran campaña para imponer la nueva **teoría de la infección**, ésta no fue muy aceptada por la inmensa mayoría de médicos urbanitas y rurales, que eran los más numerosos y los que, en realidad, se ocupaban de mantener la salud de los ciudadanos de la sociedad civil. Durante ese tiempo, marcado por dos guerras mundiales y grandes expediciones militares a las numerosas colonias que tenía Europa, la novedosa **teoría de la infección** era un asunto que se empezaba a practicar, casi exclusivamente, en ambientes médicos militares, experimentales e industriales... pero el resto de la población civil quedó al margen de esa medicina antiinfecciosa porque, como hemos dicho, la mayoría de los médicos de la primera mitad del siglo XX no aceptaron ni la teoría de la infección, ni la novedosa medicación antiséptica industrial, ni las vacunas y sueros que proponía la industria.

La sustitución de estos médicos escépticos y resistentes a aceptar y practicar la teoría de la infección por los nuevos médicos sin problemas éticos y adeptos a ella se completó más o menos en los años cincuenta del siglo XX. Y como hemos dicho que **el tiempo** es un elemento fundamental para nuestro análisis, rogamos al lector que retenga esta fecha, puesto que queremos recordarle al lector que el cambio **radical** de visión y el cambio casi **total** de actitud de los médicos que se produjo en esa época marca un punto de inflexión que distinguirá, claramente, a dos tipos de poblaciones humanas: un tipo que corresponde a los últimos **homo sapiens** sin añadidos industriales, que por el hecho de haber nacido antes de los años 50 se salvaron por los pelos del **gran experimento**, y el otro tipo o grupo de ciudadanos, el de los auténticos **homo cobaya**, que por haber nacido después de los años 50 consumieron esos nuevos productos experimentales desde la más tierna infancia, incluso desde que eran fetos, puesto que sus madres ya eran consumidoras de las nuevas medicaciones. Estas dos poblaciones humanas que en la actualidad, todavía, viven juntas se diferencian, entre otras cosas, en que la primera nació y creció en un tiempo en el que la mayoría de los médicos no creían o creían poco en la teoría de la infección y en la quimioterapia industrial; por tanto, esta población, que en la actualidad está formada por individuos de más de sesenta años, se puede decir

que son los últimos ejemplares de **homo sapiens**, hijos a su vez de otros homo sapiens que todavía tenían sus sistemas orgánicos y su inmunidad genuinos y naturales. Esta población, hijos de humanos que no habían sido contaminados, se mantuvo exenta, en parte, de la contaminación industrial porque no participó, desde su mismo nacimiento e infancia, en el **gran experimento social** que se inició en los años 50 y 60, y por esa razón no ha conocido nunca ni ha padecido ningún grado de **infertilidad generalizada** ni tampoco ha padecido jamás de **enfermedades raras** y, además, estas personas son los actuales octogenarios y nonagenarios, es decir, las actuales personas que disfrutaban de una sana longevidad en nuestra sociedad son aquellas personas que nacieron 10 ó 20 años antes de que se iniciaran las vacunaciones sistemáticas y la administración generalizada de los conocidos **antibióticos**, es decir, antes de que se iniciara el proceso de **iatrogenia general** que, como decimos, comenzó en los años 50 y 60.

La segunda clase de población que vive en la actualidad es la de los ciudadanos nacidos y crecidos después de los años cincuenta, sobre todo a partir de los sesenta aquí en España; estos ciudadanos han nacido y crecido en un tiempo en el que la **bestia y su c.c.i.** ya dominaban toda la política y la docencia de salud y la **medicina industrial** se había erigido ya como la **única medicina** y, por tanto, todos los nuevos médicos, sin excepción alguna, estaban adoctrinados en la moderna creencia dogmática de la agresividad de nuestros microbios y en la convicción de la necesidad de utilizar quimioterapia y vacunas como **única** solución para enfrentarnos a ellos; por eso utilizaron estos productos industriales con profusión sobre esta población desde el mismo momento de nacer y durante toda su infancia. Y esta realidad incontestable es la responsable de que todos los nacidos en España después de los años sesenta sean una población cobaya desde el mismo nacimiento, sin que casi no pueda existir excepción alguna en toda la población. Es precisamente en esta población de ciudadanos cobayas nacidos en los años 70, 80, 90... en adelante... en la que se está detectando y presentando, **en exclusiva**, la incidencia y la proliferación de una nueva pandemia propia de la “sociedad del bienestar” desconocida por los anales de la medicina: la pandemia de las **enfermedades raras** y **la esterilidad o castración química** de sus jóvenes.

EL PODER DEMIÚRGICO DE LA PRENSA

Con todo ese programa experimental iniciado en los años 50 y llevado a cabo de una manera casi total sobre toda la nueva población **cobaya**, y teniendo asegurado el futuro del negocio farmacéutico gracias al control de la prensa y, sobre todo, gracias al control y la manipulación de la docencia médica, que aseguraba la fidelidad de los nuevos médicos preparados e instruidos en el pensamiento **único** y en la **única medicina** por la propia **bestia y su C.C.I.**, éstas pensaron que sería muy conveniente dar un buen golpe de “propaganda” para que la población de “la sociedad del bienestar” redoblara esa creencia ciega en el sistema de salud industrial; y, para ello, decidieron presentar los primeros “**resultados positivos**” del **gran experimento social** que se estaba llevando a cabo sobre la población; pensaron que sería muy provechoso y conveniente que la **prensa** proclamara alguna noticia impactante, algún logro positivo, aunque no importaba que fuera real o imaginario, puesto que se podría presentar como si se tratara de una “**realidad innegable**” y “**demostrada científicamente**” sin ningún tipo de problema; la **bestia**, con su maestría innata, pensó que debía adelantarse a las posibles dudas de los ciudadanos y darles “pruebas”, “hechos comprobados”, “estudios estadísticos”, “noticias oficiales”, “programas informativos”... que “demostrarán sin lugar a dudas” que el gran experimento al que se habían sometido y al que estaban sometiendo a sus hijos, sin ninguna duda, estaba saliendo tan bien como se esperaba desde el principio y, además de eso, había que informar a los ciudadanos que se habían sometido a la medicina industrial de que se estaban convirtiendo o transformando en unos “humanos nuevos” y, por supuesto, muy superiores biológicamente a sus antepasados milenarios, los antiguos homo sapiens de toda la vida.

Así pues, se le encargó a la dócil prensa de la **bestia** el anuncio de un “pelotazo” publicitario grande para que tuviese un fuerte impacto emocional sobre el consciente colectivo, es decir, que anunciara a bombo y platillo y de una manera convincente algún avance verdaderamente “objetivo” e “innegable” que justificara, de una vez por todas, la confianza que la población **cobaya** había depositado en el buen resultado del experimento al que se estaba sometiendo.

Para lograr presentar los primeros logros positivos que dieran señal inequívoca de que la nueva raza era superior a la anterior, a la C.C.I. y **su prensa** se le ocurrió decir y pregonar en todos los foros de comunicación y con toda

seguridad y confianza nada menos que antiguas epidemias como la rabia y la viruela, y otras nuevas como la poliomielitis, habían desaparecido de la faz de la tierra gracias a las recientes, masivas y eficaces campañas de vacunación.

La OMS fue la encargada por la C.C.I. para dar la gran noticia o “pelotazo” publicitario dentro de la oficialidad médica; esa gran noticia, como vamos a explicar, era en realidad una afirmación **inverosímil** de un logro totalmente imposible en forma de anuncio publicitario que la **prensa** vociferó en todas partes para que la población cobaya se convenciera, más si cabe, de que todo aquello que estaba consumiendo, todas las vacunas, los antibióticos y demás productos químicos e industriales que tomaba y administraba a sus hijos eran buenos y tenían mucho sentido; es más, eran **necesarios**, incluso **imprescindibles** para estar sanos y tener un nivel de inmunidad y de vitalidad que nunca antes habían disfrutado los humanos antepasados suyos.

Esas noticias de la prensa que anunciaban que se habían exterminado especies biológicas ultramicroscópicas que habitaban todos los rincones del planeta... eran **imposibilidades** puras y simples; cualquiera que reflexione en ello lo puede ver utilizando, simplemente, el sentido común; pero la prensa lo anunciaba a bombo y platillo a los confiados ciudadanos, a los que, sin tiempo ni capacidad para reflexionar, les convencía fácilmente con complacientes y deseables noticias y les hacía sentir seguros y les creaba la “ilusión” de que pertenecían a una raza superior que disponía y disfrutaba de la mejor medicina de todos los tiempos: **la medicina moderna industrial**, que, definitivamente, les había transformado en una nueva raza superior en relación a sus ancestros... les había convertido en una nueva raza superinmune. Gracias al esfuerzo de la **prensa**, que se esmeró con entusiasmo, a todos los ciudadanos de Occidente les resultó muy fácil de creer esa hazaña imposible de la medicina industrial y les produjo la maravillosa sensación de ser los afortunados habitantes de la primera “sociedad del bienestar” de la historia y, por añadidura, toda la prensa ganaba dinero explotando y dando a conocer “las maravillas y los avances” de la nueva y moderna medicina industrial.

En pocos años todo el mundo, médicos y ciudadanos, se lo tragaron sin masticar, con avidez y con la dulce sensación de pertenecer a una nueva raza de humanos superior que, gracias a las campañas de vacunación, ya no podía ser atacada por unos **bichitos** que habían estado asesinando a generaciones de humanos de la raza anterior durante todo el tiempo que la historia recordaba; además, se reafirmaron en la convicción de lo bueno que era seguir siendo

cobayas aplicados y de entregar, con entera confianza y sin vacilar, a sus hijos al sistema de salud y protegerles de peligros potenciales a los que habían estado sometidos los homo sapiens de toda la vida.

La **medicina industrial**, decía la OMS y vociferaba la prensa occidental, era capaz nada menos que de erradicar especies microscópicas que habían habitado todos los rincones del planeta durante millones de años, y lo había logrado en un período breve de cinco o seis años de vacunación sistemática de la población... ¡increíble!... ¡formidable!... si fuese posible tal cosa... pero no lo es.

Esa hazaña inverosímil que pregona la prensa mundial era **mentira** como todo lo demás, pero la campaña de publicidad iba a convertir esa mentira en una “realidad” que no obedecía a ningún hecho real; la iba a convertir en una “realidad dogmática” asumida por todos como supuestamente demostrada y que, desde entonces, no dejan de esgrimir en todos los debates sobre vacunas los médicos y tertulianos televisivos “enteraos” que son fieles adeptos a la imposibilidad de esa alucinación, “asegurando” como si ellos fueran testigos presenciales de que las maravillosas vacunas han salvado a millones de personas y, además, que es algo perfectamente demostrado por la “realidad” de los hechos y contrastado “científicamente”.

Pero si metemos la lupa de la lógica y analizamos este anuncio publicitario veremos con claridad que no es más que eso, **un anuncio publicitario falso** que contradice el sentido común más elemental y que podría ser denunciado por su falta de posibilidad real o por su imposibilidad total de llevarse a cabo. Si se presta atención a la lista de las enfermedades que la OMS afirmaba que habían desaparecido del planeta, verá que todas ellas son enfermedades supuestamente producidas por **virus**. Lo segundo que tiene que tener en cuenta el lector es que hemos explicado en párrafos anteriores que el avistamiento y estudio de los virus sólo se puede hacer en pocos centros de **biología molecular** que, por supuesto, están dentro del área de control de la **C.C.I.** Son escasos centros oficiales donde no puede haber disidencia ni oposición que ponga en peligro lo que afirme o niegue la indiscutible autoridad dogmática de la propia **bestia y su C.C.I.** Como ya hemos explicado, los virus no son como las bacterias y no se pueden estudiar en otros ámbitos independientes de la **C.C.I.**, como, por ejemplo, los laboratorios de las facultades o en los laboratorios de biólogos particulares; en consecuencia, nadie puede desdeñar o poner en duda lo que a la **C.C.I.** se le ocurra afirmar o negar acerca de la vida y costumbres de estas criaturas ultramicroscópicas llamadas **virus**. Sólo ella, **la bestia y su C.C.I.**, pueden afirmar si un virus

produce una determinada enfermedad, sólo ella puede anunciar la repentina aparición e “invención” de nuevos virus, cosa que no ha dejado de hacer en estos últimos años, y sólo ella puede decir que una especie de virus ha mutado, o ha cambiado de sexo, o ha salido de fiesta, o se ha ido de viaje o dado nacimiento a otro virus... o afirmar, sin más, que una especie de virus ha desaparecido del planeta; la C.C.I. puede decir cualquier cosa sobre la vida y aventuras de los **virus**, puesto que nadie de fuera de la C.C.I. tiene acceso a ese tipo de instalaciones carísimas de complicada y sofisticada tecnología que están bajo su control y, debido a esa circunstancia insalvable, ella se lo guisa y ella se lo come, es juez y parte del proceso en debate, nadie puede interferir de manera oficial ni en sus afirmaciones ni en sus negaciones; su opinión es fácil, indiscutible y barata... es decir, totalmente gratuita.

Dado que la **bestia y su C.C.I.** son juez y parte a la vez, sus afirmaciones son siempre intencionadas; pero el lector con sentido lógico y un grado normal de imaginación puede llegar a saber, con los conocimientos de biología a nivel popular, si es posible que sea verdad lo que la OMS afirma con autoridad absoluta y sin posibilidad alguna de que pueda haber debate. El lector, con sentido común, puede preguntarse: **¿es posible erradicar del planeta una especie biológica, ultramicroscópica y difícil de localizar, es más, siendo solamente posible su detección en los escasos y sofisticados laboratorios de alta tecnología y... dadas estas características... es posible conseguir su extinción y erradicación planetaria en un período inferior a una década?...** La respuesta lógica es que, dadas las propias características atribuidas a los virus por la propia C.C.I., tal cosa debería ser y es totalmente imposible.

Si fuera posible erradicar una especie viviente (virus) de extensión planetaria, que nadie ve ni siente, que sólo son detectables en centros de biología molecular y que ni siquiera se pueden ver con un microscopio óptico... si fuera posible tal cosa... debería ser mucho más fácil erradicar las plagas de piojos que castigan a nuestros niños, o erradicar la abeja asiática que está invadiendo América y Europa ocasionando destrozos entre las familias de abejas autóctonas, o sería posible y mucho más fácil erradicar los mosquitos que “supuestamente” causan la malaria, o serían más fáciles de erradicar las especies de plantas foráneas que amenazan de muerte a nuestros campos, ríos y lagos... La enorme lista de todos estos fenómenos de invasión de especies foráneas, propios de nuestro tiempo, no los podemos solucionar a pesar de estar ocasionando graves trastornos desde hace décadas; no podemos erradicar estas plagas y, al fin y al

cabo, a estas criaturas que las causan se las puede ver con la simple vista, cazar o agarrar con la mano, se las puede contar y comprobar, con facilidad visual, su desaparición total y seguir con el exterminio en caso de comprobar, con los propios ojos, si quedaran algunos individuos... La lógica más elemental o sentido común sugiere que, en estos casos conocidos y noticiados, en donde los seres a exterminar son visibles y ponderables incluso desde el aire, el exterminio y erradicación de los mismos debería ser más fácil que en el caso de que fueran invisibles y difícilmente observables, incluso, como es el caso de los virus, sólo detectables en escasísimos centros de alta biotecnología. Entonces, cabe preguntarse: si es **imposible** acabar con los piojos, que se ven y se sienten, ¿cómo es posible erradicar a tres especies biológicas de virus invisibles y de **extensión planetaria**? **¿Cómo comprobarlo, si para ello se necesitan instalaciones** que por su coste y complejidad técnica son escasas? ¿Quién ha hecho esa búsqueda y exterminio total y cómo se ha podido comprobar que esos virus, en el caso de que hayan existido en realidad, no están presentes en animales y hombres de la estepa asiática o en la extensa África o en cualquier tierra remota donde jamás se han tomado pruebas y que se hayan podido analizar en sofisticados institutos de biología molecular?... Lógicamente esa afirmación de la OMS es imposible que sea cierta y, técnicamente, imposible de llevar a cabo y, además, afirmarlo y publicitarlo resulta completamente gratuito para la c.c.i., puesto que no arriesga nada con decirlo, tiene impunidad y “autoridad oficial” para poder hacerlo y no teme asegurarlo, puesto que sabe que nadie de fuera del control de la c.c.i. puede comprobarlo y negarlo oficialmente. No es por casualidad que las tres epidemias que la c.c.i. ha dado por extinguidas y erradicadas del planeta estén causadas, según la propia c.c.i., por virus y no por bacterias. Al ser adjudicadas a los virus, por las razones técnicas que hemos explicado, su existencia o inexistencia sólo la puede afirmar la c.c.i., que controla esos centros de alta tecnología, y por esa razón nadie le puede contradecir. De las enfermedades supuestamente atribuidas a las bacterias, que, aunque invisibles también, son asequibles con la ayuda de un simple microscopio óptico a estudiantes de biología y médicos, la c.c.i. no se ha atrevido a decir que haya erradicado ninguna, aunque lógicamente debería ser más fácil, puesto que, aunque son invisibles, se pueden ver con un simple microscopio óptico, que es perfectamente portátil y se puede instalar en cualquier parte del mundo; pero, en este caso de las bacterias, cualquier doctor nadie o incluso cualquier estudiante de biología curioso podría comprobar la falsedad e imposibilidad real de tal afirmación y, por esa razón, la OMS no se ha

atrevido a anunciar la erradicación planetaria total de ninguna de las enfermedades supuestamente **bacterianas**.

LA CASI DESAPARICIÓN DE ANTIGUAS EPIDEMIAS

En el caso de las enfermedades supuestamente bacterianas que según la prensa llevaban décadas provocando epidemias mortíferas producidas por nuestros propios gérmenes, como **la difteria, la tos ferina, el cólera...** la **c.c.i. y su prensa** no se atrevieron a anunciar que habían desaparecido y que, por tanto, estaban erradicadas del planeta, puesto que tal cosa es **imposible** y se podría comprobar fácilmente por cualquier médico o estudiante que dispusiese de un microscopio óptico, pero, no obstante, se podía anunciar que habían disminuido drásticamente hasta casi desaparecer del primer mundo; esa “buena noticia” no era como la extinción total, pero algo es algo, y sin duda decir que habían **casi** desaparecido acrecentaría **algo** la confianza de los ya confiados cobayas.

La prensa, siempre al servicio del **dinero** (cabeza principal de la bestia), explicaba con júbilo e interés verdaderamente “didáctico” la disminución hasta la casi desaparición de todas estas plagas, supuestamente causadas por nuestros propios gérmenes, que habían ocupado tantas páginas y reportajes en los años y décadas anteriores; la **c.c.i. y su prensa** hacían proselitismo de las bondades y ventajas de las que estaban disfrutando las nuevas generaciones, que, por fin, habían logrado la tan prometida **inmunidad**, gracias a esa gran cobertura preventiva iniciada pocos años antes y que había significado la vacunación de más del 95% de la población infantil.

Según la **c.c.i. y su prensa**, esos nuevos niños cobayas nacidos en los años 60 eran superinmunes, pertenecían a una nueva raza de humanos con mayor capacidad inmunitaria, no estaban expuestos a esas históricas enfermedades (difteria, tétanos, etc.) que tanto **terror** habían ocasionado a la humanidad anterior; y para dar certeza y erradicar cualquier tipo de duda... ahí estaban las estadísticas que mostraban todo el logro obtenido y demostraban, además, que esos nuevos niños iban a tener un mayor nivel de salud, más capacidad vital y muchas menos enfermedades, incluso vivirían más; la prensa y la docencia explicaban con confianza y autoridad a todos los habitantes de Occidente que esa nueva raza sería tan longeva que, según todos los políticos y expertos que incluso hoy en día hablan de ello, afirman que tal longevidad pondrá en peligro todo el sistema de pensiones en el futuro.^[59]

Con todo este proselitismo a todas las escalas y en todos los niveles de comunicación en Occidente y con una gran cantidad de estudios y gráficos

estadísticos presentados en todas partes^[60], la c.c.i. y su **prensa** han logrado convencer al ciudadano cobaya de la realidad de unos falsos mitos que son creídos y están perfectamente asimilados por el consciente colectivo de toda la población del primer mundo, hasta el punto en el que ya nadie tiene ninguna duda sobre la **bondad y necesidad imprescindible** de esos productos industriales que han incorporado a su “ego” biológico genuino y natural por primera vez en la historia de la humanidad; y, con esa fe pseudoreligiosa, toda esa población cobaya cree y espera confiadamente que ese experimento, al que se ha sometido y se está sometiendo, le mejore su sistema inmunitario y le transforme, al final de la peregrinación, en una raza superior a la del **homo sapiens** de la que desciende.

Pero, a pesar de ese convencimiento general de la población, todos esos anuncios publicitarios espectaculares que ha realizado la prensa de la c.c.i. son, sencillamente, falsos por imposibilidad real: erradicación de especies víricas, la desaparición durante décadas de las enfermedades clásicas como la difteria, la tos ferina... La inmunidad superior de las nuevas generaciones, el mayor nivel de salud y de longevidad de los miembros de la nueva raza superior... ante un simple análisis lógico son, sencillamente, falsos, como vamos a mostrar al lector.

Si dejamos aparte la publicidad de la c.c.i. y analizamos la realidad con **lógica** y con la ayuda inestimable del paso del **tiempo**, podremos ver que no es verdad que hayan desaparecido, ni siquiera disminuido... ninguna enfermedad de las que padecían la raza anterior de humanos, la especie homo sapiens, por muy pregonada y dogmatizada que esté esta afirmación y por muchos y trucados estudios estadísticos oficiales que hayan repartido por todas partes; las generaciones de ciudadanos de la supuesta nueva raza superior, en realidad, han padecido las mismas enfermedades que sus antepasados (difteria, neumonías, tos ferina, etc.), aunque no tienen conciencia de ello, y vamos a explicar por qué.

Las generaciones de humanos cobaya tampoco tienen mayores niveles de salud sino todo lo contrario, y no van a ser más longevos que sus antepasados sino todo lo contrario; en realidad, lo único que se puede mantener como cierto de todos estos **falsos** mitos de la **medicina moderna** es la afirmación de que los ciudadanos del primer mundo nacidos a partir de los años 50 y 60 **son de una “nueva” raza**, puesto que, efectivamente, la población que nació en esa época y posteriormente ha sido utilizada como cobayas en el mayor experimento de la historia de la medicina; por tanto, podemos afirmar con toda propiedad que se trata de una **nueva raza de humanos cobaya** sobre los que se ha operado una

manipulación biológica con la aplicación de unos productos **experimentales** de procedencia industrial, con la intención teórica de mejorar el propio diseño natural de sus **sistemas biológicos naturales** y con la promesa **prematura o a priori** de que el experimento no podía ni puede salir mal, puesto que se ha “dado por supuesto” que toda esta “transformación” es producto del conocimiento científico y, por lo tanto, está bajo control y no puede fallar nada... de ninguna de las maneras... Pero... eso que nos han dicho y prometido... ¿ha sido así de verdad?... Ha pasado **el tiempo** y ya tenemos cobayas de primera, segunda, tercera y cuarta generación; los más mayores ya tienen 60 ó 70 años y han tenido hijos y nietos... Les ha dado tiempo a vivir y a reproducirse, a enfermar y a morir... Ahora podemos respondernos objetivamente, con los datos reales en las manos, a las siguientes preguntas: ¿La nueva **raza de cobayas** está presentando signos o datos reales que hagan pensar o que muestren alguna evidencia de superioridad biológica?... ¿Los homo cobaya que han sido transformados por la medicina industrial poseen unos sistemas orgánicos mejores o más eficaces que los que tenían sus antepasados, los ancestrales homo sapiens?... ¿Los hombres y mujeres cobaya han mejorado sus capacidades biológicas de supervivencia y reproducción y han superado en salud, vitalidad y felicidad a los hombres y mujeres de siempre?...

La **C.C.I. y toda su prensa** afirma, con toda la impunidad que le caracteriza desde el mismísimo principio del experimento, que todo está saliendo bien y que, aunque era la primera vez en la historia que se intentaba tal hazaña biológica, el macroexperimento está siendo un grandísimo éxito sin paliativos y que la nueva raza de homo cobayas que está saliendo de esa nueva experiencia es mejor y superior a la antigua raza de homo sapiens. Nadie le contradice y, como en el caso de la erradicación de enfermedades que hemos contado al lector, la **C.C.I.** se lo guisa y ella se lo come; sin embargo, ya conocemos la frase evangélica que nos advierte que “**por sus frutos los conoceréis**” y, después de unas décadas desde que se inició el gran experimento, ha llegado el momento de la “**cosecha**”, y con los frutos ya maduros del **gran experimento** en las manos podemos ser testigos y comprobar los **verdaderos resultados** y analizarlos.

Pues bien, con este análisis racional que vamos a hacer con ayuda del sentido común o la lógica natural propia de personas lúcidas, vamos a demostrar al lector que los habitantes de la “sociedad del bienestar” o “nuevos humanos” que se prestaron como cobayas han sido engañados o estafados de manera miserable e inmisericorde, puesto que el simple análisis y exposición de la

realidad más evidente **demuestra** que no pertenecen a una raza superior ni mucho menos, por muy convencidos que estén, sino que el experimento al que se sometieron y están siendo sometidos les está llevando a ser una **nueva raza**, de eso no hay la menor duda, pero para nada superior sino, desgraciadamente, muy **inferior y enfermiza, distorsionada genéticamente hasta la monstruosidad, estéril y enferma desde la juventud y, por todo ello, en serio peligro de extinción**; aunque, eso sí, la propaganda oficial anuncie lo contrario y la población cobaya se lo crea a pies juntillas y tenga la impresión de estar bien cuidada y protegida. Para explicar al lector la falsedad del optimismo general y de la sensación de seguridad, vamos a exponerle los hechos tal y como son en realidad; vamos a demostrarle con hechos y acontecimientos que él mismo puede comprobar con facilidad a través de internet y, curiosamente, por medio de las propias estadísticas oficiales del Ministerio de Sanidad, ni más ni menos.

CAPÍTULO 15.
LAS ENFERMEDADES QUE NUNCA
DESAPARECIERON

EL PODER TRANSFORMADOR DE LAS PALABRAS

Como hemos comentado unos párrafos antes, la **C.C.I.**, **su prensa y sus ministerios de sanidad** de todos los países anunciaron a bombo y platillo que las temibles enfermedades supuestamente infecciosas que habían assolado Europa en los años 20, 30, 40... como la difteria, cólera, tuberculosis, tos ferina... **no** habían sido erradicadas del planeta... pero que, sin embargo, se podía afirmar que habían disminuido hasta casi extinguirse y desaparecer de las estadísticas; eso sí, gracias a las campañas de vacunación, casi totales, llevadas a cabo sobre la nueva población infantil desde los años 50 y 60; y esa **casi desaparición** de antiguas enfermedades se reflejaba en los diversos gráficos estadísticos y en las numerosas publicaciones y artículos, **todos ellos oficiales** y “de total confianza”, que estaban, y todavía lo están, a la libre disposición de ciudadanos, estudiantes y médicos.

Todo el mundo pudo ver muchos gráficos con líneas estadísticas de colores, leer muchos artículos de prensa y escuchar y ver numerosos programas “informativos” de radio y TV donde se afirmaba con claridad y rotundidad que la difteria o la tuberculosis o la tos ferina... llevaban años sin manifestarse entre la vacunada población cobaya de la “sociedad del bienestar”. Estas estadísticas y artículos que todo el mundo parecía conocer servían y sirven de poderoso argumento a favor de la vacunación y de la eficacia “indiscutible”, “probada estadísticamente” y “demostrada científicamente” de las campañas de prevención con vacunas industriales que se habían emprendido hacía unas décadas.

Para lograr hacer realidad esa falsa **desaparición** de enfermedades conocidas y temidas, o mejor, para simularla, puesto que no es posible hacerlas desaparecer, la **C.C.I.** recurrió a un truco o ardid lingüístico ingenioso que le ha dado muy buenos resultados y que ha logrado convencer plenamente a ciudadanos y a médicos: para hacerlas desaparecer de las estadísticas, simplemente... **les ha cambiado el nombre**. Para explicar al lector ese ardid o esa astuta maniobra, vamos a contar lo que aconteció con respecto a la docencia o enseñanza médica de estas enfermedades en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, o sea, en los años 40, 50 y 60 del pasado siglo, en las facultades de medicina de todo Occidente; y, para explicar lo que pasó, tomaremos el caso de **la difteria** como un ejemplo de lo que aconteció con todas las demás

enfermedades supuestamente infecciosas que iban a “desaparecer” de un día para otro, gracias a la “supuesta” mejora del grado de **inmunidad** de la nueva raza de cobayas por acción de las campañas de vacunación.

Con el fin de entender bien este ardid o juego de palabras del que se ha servido la C.C.I. para dar por cierta y comprobada la desaparición de enfermedades como la difteria, es importante saber algo que los estudiantes de medicina desde los años 50 y 60 en adelante no podían saber, precisamente porque no sabían nada de historia de la medicina y no la podían conocer porque ya no tenían clases lectivas de esta asignatura, como ya hemos explicado. El secuestro de la memoria a la que estaban sometidos les impedía saber que desde la época de los griegos hasta los años 50 del siglo pasado el nombre de **difteria** se aplicaba, de manera general, a **todos** los cuadros inflamatorios de los **ganglios linfáticos** de la garganta con mucosidad; es decir, durante miles de años la palabra **difteria** ha servido para denominar un cuadro patológico o enfermedad que en la actualidad todo el mundo conoce con el popular nombre de **anginas o amigdalitis con placas fibromucosas**. Es decir, que los nombres de **difteria, anginas y amigdalitis** son **tres sinónimos** o tres vocablos diferentes pero totalmente equivalentes en su significado y que, por tanto, nombran exactamente el mismo cuadro patológico: los tres nombres sirven para designar la inflamación de los ganglios linfáticos de la garganta; por tanto, al decir **amigdalitis** decimos **difteria**, o lo que es lo mismo, **anginas...** y viceversa.

Estamos seguros de que esta información sorprenderá mucho al lector e, incluso, sorprenderá a los propios médicos actuales y a los estudiantes de medicina y biología, puesto que todos ellos creen que la **difteria** es una enfermedad histórica, exótica y rara que nunca han conocido, pero no es cierto, puesto que, si han tenido o padecido alguna vez una **amigdalitis** o unas **anginas** con placas de mucosidad o sin ellas, que no tengan duda de que han padecido la **difteria**; este desconocimiento que sufríamos, también, todos los aprendices de médico de mi época es debido, o podríamos decir que este desconocimiento es una más de las consecuencias resultantes del secuestro de esa memoria histórica que sufríamos los estudiantes de mi época y que en la actualidad padecen, también, médicos y aprendices de hoy en día; es decir, aunque parezca increíble, los médicos desconocen que estos tres **sinónimos** nombran el mismo cuadro patológico; lo desconocen los estudiantes de médico desde que se suprimió la asignatura de historia de la medicina.

Efectivamente, si uno se toma la molestia de estudiar libros de patología de

los primeros años del siglo XX o del siglo XIX y, por supuesto, libros clásicos de patología médica de Hipócrates, Galeno, Dioscórides... podrá comprobar que estos tres sinónimos se referían al mismo cuadro patológico desde la medicina de los griegos, es decir, durante miles de años los médicos habían llamado con estos nombres sinónimos al conocido y muy frecuente cuadro patológico de la **inflamación de los ganglios linfáticos de la garganta u orofaringe** que el ciudadano común conoce con el nombre de **anginas o amigdalitis o adenoides**. De estos nombres sinónimos, el de **difteria** era el que había adquirido, en la época en que se implantó la idea de infección, la terrible fama de epidémica, infecciosa y mortal. Esta terrible reputación había sido creada y publicitada, a propósito, por la prensa de la C.C.I. con la intención de crear el negocio de vender **inmunidad** industrial; para lograrlo se propuso esparcir el **miedo y la paranoia** entre la población para motivarles a vacunarse y consumir sus vacunas y sueros antidiftéricos experimentales.

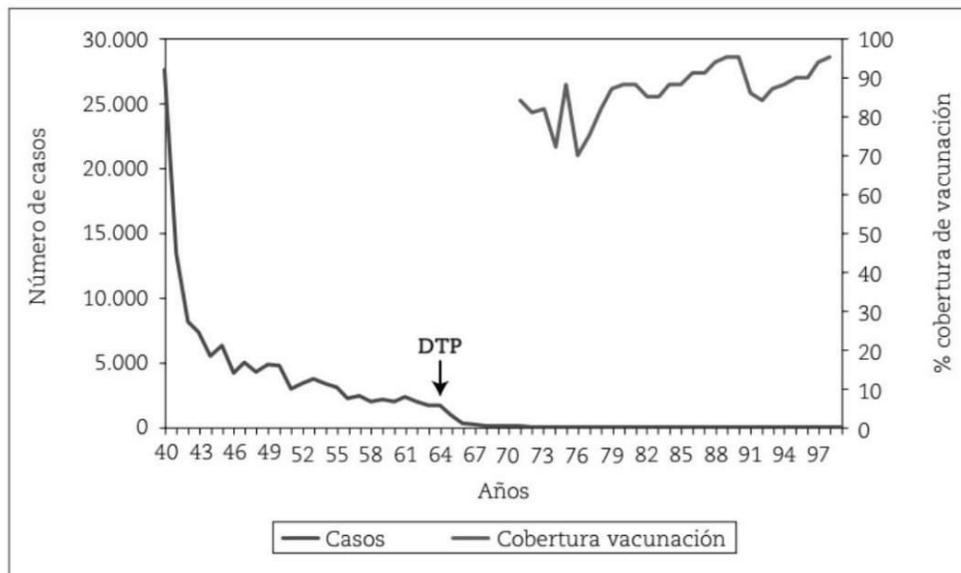
En los años 60, cuando ya se había instaurado la vacunación masiva contra esta enfermedad y, por tanto, la población debiera haber quedado protegida de esa enfermedad... resultó que no, puesto que seguían presentándose numerosos casos de **inflamación de ganglios linfáticos de la orofaringe**, es decir, la población, vacunada y no vacunada, seguía teniendo afecciones inflamatorias de garganta como las que se habían tenido siempre, y que, repetimos, siempre habían sido llamadas o nombradas con los **3 sinónimos** mencionados. Seguramente el lector puede que haya sido alguien que durante las pasadas décadas o hace poco tiempo haya sufrido de **amigdalitis** alguna vez, puesto que es una afección muy frecuente; si ha sido así, puede considerarse un caso, entre muchos, que atestigua realmente que la **difteria** no ha desaparecido, ni por asomo, de España durante los últimos 30 años, como afirma el sistema oficial de salud y “corroboran” y “demuestran” sus cuadros estadísticos “verídicos” y “científicamente comprobados”.

La C.C.I., que había promovido la vacunación general de las nuevas generaciones, ante la persistencia tenaz de los cuadros de inflamación aguda de las glándulas linfáticas del cuello con o sin mucosidad añadida (anginas, amigdalitis o difteria), es decir, ante el fracaso evidente del efecto protector de las vacunas, ideó un plan **lingüístico** que encubriría el nulo efecto de la campaña de vacunación: ingenió un ardid **semántico** contando con el efecto de **amnesia histórica** que padecían los estudiantes, que les impedía saber que para todos sus antepasados en el oficio, es decir, para los médicos anteriores a los años 50, la

difteria era la misma enfermedad que la amigdalitis o las anginas. Aprovechando este importante desconocimiento y teniendo imposibilitado el acceso a la historia de la medicina, la C.C.I. propuso a todos los profesores de patología de todas las facultades de Occidente un cambio de nomenclatura, por efecto del cual ya no debían llamar al cuadro de inflamación de los ganglios linfáticos del cuello con el nombre de **difteria**, puesto que, como consecuencia “lógica” de las campañas de vacunación que se estaban realizando en todo Occidente, la **difteria** “debería” de desaparecer del mapa y, por tanto, todos los cuadros de inflamación de adenoides o de ganglios linfáticos de la orofaringe, a partir de ese momento, nunca más deberían llamarlo con el temible nombre de **difteria**, ni debería ser tratado con los peligrosos sueros antidiftéricos... En el futuro y por orden expresa de la jerarquía docente de la C.C.I... los médicos en activo y los estudiantes aprendices de médico deberían llamar a ese frecuente cuadro inflamatorio de los ganglios linfáticos de la garganta por los nombres sinónimos o equivalentes de: **anginas, adenoides o amigdalitis** y desterrar de la sociedad el temible nombre sinónimo de **difteria**.

Los médicos y aprendices de los años 50 en adelante obedecieron las indicaciones y empezaron a utilizar la **nueva nomenclatura** “corregida” de esos **sinónimos**; y como consecuencia de esa nueva nomenclatura propuesta por la docencia médica de la C.C.I., a partir de esos años 50 y 60, los nuevos médicos que salían de las facultades dejaron de denominar o llamar con el terrorífico nombre de **difteria** a las inflamaciones agudas de garganta... Se acostumbraron a llamarlas **anginas o adenoides o amigdalitis**, es decir, dejaron de pronunciar la palabra difteria y en consecuencia, en poco tiempo, la terrible **difteria**... desapareció de España.

GRÁFICA 5
DIFTERIA: ESPAÑA, 1940-1999.
CASOS ANUALES Y COBERTURA DE VACUNACIÓN



Fuente: Centro Nacional Epidemiología. Ministerio de Sanidad y Consumo.

Explicación del gráfico: en este gráfico estadístico presentado por el propio Ministerio de Sanidad se pueden observar dos momentos de la desaparición de la difteria en España. El primero se produce en los años 40 y siguientes (años de la postguerra), donde no hay vacunaciones pero se produce una recuperación socioeconómica del país y se empieza a introducir el cambio de nombre de la enfermedad y, por tanto, se cambia el nombre de difteria por el de anginas y todo eso produce una enorme bajada en la incidencia de la enfermedad; en el año 64, cuando se introduce la primera vacunación, que se administró de manera opcional y, por ello, no tuvo una distribución generalizada, parece observarse una pequeña disminución de casos después de su administración, pero esa disminución es muy pequeña si la comparamos con la disminución que se produce antes, en los años 40, sin haber habido ninguna campaña de vacunación. La segunda administración se produjo en los primeros años 70; ésta fue obligatoria y mucho más generalizada, aunque, como el lector observará, ya no existían, oficialmente, casos de difteria. En realidad este gráfico, en vez de ser indicativo de la eficacia de la vacuna, lo que demuestra es la poquísima incidencia que ha tenido la vacuna en la “supuesta” desaparición de la difteria en España.

Repetimos la explicación, puesto que estamos seguros de que el lector se habrá quedado un tanto perplejo: afirmamos que no fueron las vacunas las que hicieron desaparecer la difteria en España sino que lo que pasó en realidad fue que se dejó de llamar con el nombre de **difteria** al frecuente cuadro patológico

de inflamación de las glándulas linfáticas de la garganta y lo llamaron **anginas o amigdalitis aguda**, y esa simple y oportuna **transformación lingüística** fue la verdadera causa o la **clave** de la desaparición de la difteria en España... Y eso mismo que pasó en España y que recordamos de nuestros tiempos de estudiante ocurrió en todo el panorama médico y docente de las facultades de Occidente... Dejaron de llamarle **difteria** y... de un día para otro... desapareció rápidamente la difteria de Occidente, aunque, eso sí, siguieron presentándose el mismo número de casos de inflamación de ganglios linfáticos de la garganta, que desde entonces se llamaron con el popular y conocido nombre de **anginas o amigdalitis**.

UN CAMBIO DE NOMENCLATURA QUE SALVÓ LA VIDA A MILES DE CIUDADANOS

Ese ardid lingüístico de cambiarle el nombre a la enfermedad, como es lógico, no impidió que muchos españoles que vivimos la niñez en esos años (50, 60 y 70), como es el caso de este viejo médico que escribe, padeciéramos la **difteria** (anginas o amigdalitis), aunque, afortunadamente para nosotros, ya no se llamara así en ese tiempo. Lo que nadie puede negar es que entonces y ahora, en España y en todo Occidente, seguían y siguen presentándose numerosos cuadros de **inflamación aguda de los ganglios linfáticos de la garganta**, es decir, de lo que se ha venido llamando difteria durante miles de años, pero que desde los años 50 se viene denominando amigdalitis aguda o anginas; por eso somos cientos de miles, incluso millones, los españoles de mi edad y de generaciones posteriores a los que nos han extirpado las anginas en la niñez y pubertad durante las décadas de los 50, 60, 70, 80, 90... hasta nuestros días y todos nosotros podemos decir, **con propiedad y corrección ortodoxa**, que hemos pasado la difteria, aunque, gracias a Dios, en nuestro tiempo ya no se llamara así. [\[61\]](#) En realidad, todos los lectores que hayan tenido la desagradable experiencia de pasar un cuadro de anginas agudas, gordas, con placas, dolor y fiebre y, al ir al médico, éste les haya dicho que tenían una amigdalitis aguda o unas anginas inflamadas y que su cuadro patológico requería cama y antibióticos, deben saber o deben enterarse de que han tenido **difteria**. Y por todo lo que les hemos explicado, deben tener la certeza de que si hubiesen presentado ese **mismo** cuadro de enfermedad en los años anteriores a los cincuenta, es decir, antes de que se le cambiara el nombre, se les hubiera comunicado que tenían **difteria** y se les hubiese tratado con los altamente peligrosos **sueros antidiftéricos** y hubiesen tenido muchas posibilidades de morir por ello. [\[62\]](#)

De todo lo que acabamos de explicar se deduce que ese cambio de nombre, además de hacer “desaparecer” a la **difteria** del mapa de Europa, providencialmente, salvó la vida de muchos europeos de las primeras generaciones cobaya, puesto que, aunque es verdad que los antibióticos son tóxicos y la extracción quirúrgica de las amígdalas es una operación exagerada que ha ido abandonándose con los años, la experiencia ha demostrado que, al fin y al cabo, la administración de antibióticos y la cirugía amigdalar no son terapias médicas tan tóxicas y peligrosas como lo era la administración intravenosa de los

históricos **sueros antidiftéricos** que ordenaba o prescribía el protocolo médico de antes de los años 50, cuando esta misma enfermedad se llamaba difteria y se consideraba mortal en la mayoría de los casos; por esta razón, gracias al cambio de nombre y al consecuente cambio de tratamiento, los ciudadanos que padecemos la enfermedad a partir de los años 50, en un tiempo en que ya se había realizado el cambio del nombre de **difteria** por el de **amigdalitis o anginas**, gracias a eso, no fuimos tratados con los peligrosos sueros que muchas veces mataban a los desafortunados pacientes de manera fulminante, sino que fuimos tratados con antibióticos, antiinflamatorios y, en última instancia, con cirugía menor, y pudimos sobrevivir a la experiencia y, gracias a ese cambio de terapia, lo podemos contar cuarenta o cincuenta años después.

Por tanto, debe quedar claro para el lector que lo que afirma el Ministerio de Sanidad^[63] y pregona la prensa en el sentido de que no ha habido difteria en España durante 30 años es totalmente falso; por supuesto, intencionadamente falso, puesto que la verdadera realidad es que la **difteria** la hemos pasado millones de españoles ininterrumpidamente durante los últimos 30 años, a quienes nos han extraído las anginas y muchos otros a los que no llegaron a hacerlo, pero, tanto en un caso como en el otro, tuvimos la suerte de que en nuestro tiempo ya no se llamaba **difteria... sino... anginas o amigdalitis aguda o adenoides** al conocido e histórico cuadro clínico de **inflamación de las glándulas linfáticas del cuello...** y ese pequeño cambio de sinónimos, esa variación lingüística, ese cambio semántico... repetimos, nos salvó la vida y las sigue salvando en la actualidad.

Hemos tomado y analizado el caso de la difteria como ejemplo de todas las enfermedades supuestamente infecciosas y declaradas oficialmente “desaparecidas” en España desde hace 30 ó 40 años porque es un cuadro muy frecuente y son muchos los lectores que, por propia experiencia personal, pueden comprobar que todo lo que hemos descrito es verdad y pueden reconocer que, efectivamente, en alguna ocasión fueron afectados de difteria en su niñez o adolescencia, aunque hasta ahora nadie se lo haya explicado y pensarán, por tanto, que nunca habían padecido esa histórica y famosa enfermedad. Y una vez explicado el caso de la difteria, tenemos que informar al lector que de la misma manera, del mismo modo, con la misma intención y por el mismo truco o ardid **lingüístico** que hemos descrito para la desaparición de la difteria, se procedió en la “desaparición” oficial de las otras enfermedades supuestamente infecciosas que tenían fama de mortales y que habían protagonizado, según la prensa de la

c.c.i., numerosas epidemias durante las décadas anteriores a la vacunación general; enfermedades que eran muy temidas por la población cobaya y que hasta entonces se habían llamado con los conocidos nombres de **tos ferina, cólera morbo, tuberculosis...** y que tenían fama de mortales; a todas ellas y más o menos en la misma época, por los mismos motivos y con la misma facilidad, simplemente se les cambió el nombre... y desaparecieron del mapa como había pasado con la terrible difteria.

Veamos algunas de las más conocidas: al cuadro patológico que puede presentar una inflamación de los bronquios y la tráquea, es decir, un cuadro de tos intensa, constante y agotadora, con disnea o sensación angustiosa de asfixia, con fuerte abatimiento y fiebre alta... en la actualidad se le denomina de varias formas **sinónimas** y, por tanto, equivalentes; por ejemplo, a ese cuadro se le podría denominar perfectamente, en nomenclatura técnica actual, como un cuadro de **bronquitis aguda febril, bronquiolitis aguda, traqueobronquitis, bronconeumonía, incluso asma bronquial con fiebre...** pero ese mismo cuadro de tos aguda y febril podía ser llamado **tos ferina** antes de implantar la práctica de la vacunación masiva en los nombrados años 50 y 60.

En ese tiempo de cambio de nomenclatura (años 50 y 60) y por indicación de la c.c.i., como había pasado con la difteria, los médicos y aprendices de médico dejaron atrás el terrible nombre y, desde entonces, nunca volvieron a llamar a ese cuadro con el nombre de **tos ferina**, sino con los sinónimos que hemos señalado antes, y, en virtud de ese cambio de nombre, la temible enfermedad de la **tos ferina** desapareció del mapa durante un período de más de cuarenta años. Y como a esos cuadros se les sigue denominando con los diversos tipos de **bronquitis** que hemos señalado, la **tos ferina** sigue desaparecida de Europa y del mundo occidental en general. Pero este médico, autor de este ensayo, junto con todos los demás que hemos ejercido la medicina clínica no hemos dejado de atender, durante estos últimos cuarenta años, en España, cuadros de inflamaciones broncopulmonares, como bronquitis agudas, bronquiolitis, traqueítis agudas... imposibles de distinguir, ni clínica ni analíticamente^[64], de aquel cuadro patológico que pudiera haber sido y era con frecuencia denominado **tos ferina** en los años treinta, cincuenta y anteriores.

El mismo proceso de cambio de nomenclatura que hizo desaparecer a la difteria y a la tos ferina acabó con el **cólera morbo**; en efecto, ocurrió que a partir de los años 50 los modernos médicos empezaron a llamarle con los sinónimos de **gastroenteritis, diarrea aguda, toxinfeción digestiva,**

salmonelosis... y por el mismo arte de magia, por la misma transformación lingüística que la difteria se había convertido en anginas y la tos ferina en bronquitis varias... el cólera desapareció de Occidente porque, desde entonces, los afortunados ciudadanos cobaya ya no padecerían de cólera morbo sino, simplemente, de las conocidas y populares gastroenteritis, colitis agudas, disenterías y diarreas... agudas.

Todo el mundo cree en el mensaje de la **bestia y su c.c.i.** y todos están “encantados” de creérselo y, por eso, le resulta fácil mantener completamente convencida a la población de que la medicina industrial ha erradicado esas temibles epidemias, al menos, durante décadas; y decimos durante décadas puesto que hace unos años (verano de 2015) apareció un caso de **difteria** en la ciudad de Olot. Un caso de difteria que, según Sanidad, rompía un silencio sin casos de difteria de más de treinta años en España... y, naturalmente, todo el mundo se preguntó... ¿qué había pasado con ese silencio de tres décadas? ¿Cómo se había podido producir ese único caso, después de 30 años? ¿Dónde podía estar el foco de infección?

A todas estas preguntas lógicas nos proponemos responder en el próximo capítulo, puesto que este misterioso caso nos servirá como ejemplo para demostrar la veracidad de lo que hemos afirmado en este capítulo, es decir, que el **cambio de sinónimos** producido a partir de los años 50 para denominar estas enfermedades ha sido el factor clave para explicar la supuesta, aunque falsa, desaparición de la difteria durante estos últimos treinta años en España.

CAPÍTULO 16.
EL EXTRAÑO CASO DE DIFTERIA EN OLOT

UN CAZADOR DE MICROBIOS EN EL SIGLO XXI

Durante el verano del año 2015 una noticia inquietante rompió la tranquilidad de que la ciudadanía española disfrutaba desde hacía treinta años según el propio Ministerio de Sanidad: se había localizado un caso de un niño infectado nada menos que de la histórica **difteria** al sur de los Pirineos, en la antigua ciudad catalana de Olot... Las autoridades sanitarias, la prensa y los padres del niño se asustaron; el caso salió a la luz inmediatamente y se difundió la noticia en todas las televisiones del país y del mundo entero y se afirmó, con notoriedad y estrépito publicitario, que era el primer caso que se producía en España en treinta años. Y todos se preguntaban lógicamente: ¿cómo se había producido un caso de una enfermedad contagiosa en un país donde se consideraba erradicada?

El niño en cuestión no había salido de Olot, ni había tenido contacto con nadie que hubiese viajado a zonas donde todavía no hay vacunaciones sistemáticas contra la enfermedad; entonces... ¿cómo se había infectado?... ¿había alguien a su alrededor que tuviera la enfermedad y no lo hubiera dicho?... ¿quién le había transmitido la enfermedad?... ¿dónde podía estar o estaba el foco de la infección?

Las autoridades sanitarias de la región tomaron el mando del asunto y empezaron a dar noticias de carácter oficial para tranquilizar a la población y solucionar el caso, y de ahí, de esa **información oficial** a la que puede tener acceso el lector por la voluminosa hemeroteca que produjo el caso de difteria en dicho verano del 2015, sacaremos los datos publicados por la prensa y que todavía se pueden encontrar en internet; estos datos de prensa y las declaraciones de los sujetos que participaron en los hechos son los que vamos a manejar para aclarar este misterioso caso. Se trataba de una situación insólita, excepcional y en principio inexplicable; se había roto un silencio o ausencia de la enfermedad de 30 años y lo había roto un solo caso de un niño de la región que no había salido de la zona y que había nacido y crecido en un país donde no existía la difteria, según el Ministerio de Sanidad; entonces, ¿cómo había podido entrar en contacto con la difteria?... ¿Cómo se había podido infectar?... Era un misterioso asunto digno de excitar la curiosidad del mismísimo Sherlock Holmes. Sin embargo, con la información que ya le hemos proporcionado al lector sobre el cambio de sinónimos, es un caso sencillo de resolver cuya clave reside, precisamente, en el poderoso **poder transformador** del lenguaje que acabamos

de explicar en el capítulo anterior, es decir, la causa y el motivo real de la súbita **reaparición** de este caso de **difteria** en Olot ha sido, también, un cambio de **sinónimos**, que, como hemos explicado, motivó la desaparición falsa de la difteria en España hace treinta años. Efectivamente, adelantamos al lector que la causa de la extraña y repentina aparición de la **difteria** en **Olot** ha sido un cambio de sinónimos pero con la diferencia o la salvedad de que este último cambio, en el año 2015, se ha realizado, esta vez, **en sentido inverso**... Veamos: si hemos explicado que en los años cincuenta se abandonó la palabra difteria y se sustituyó por los sinónimos de amigdalitis o anginas y... “**desapareció**” de manera oficial la difteria de España... en el verano de 2015 se volvió a utilizar el sinónimo de **difteria** para nombrar a un cuadro común de anginas inflamadas o amigdalitis... y... por la misma arte mágica o poder de transformación del lenguaje “**reapareció**”... oficialmente la difteria a España.

Enseguida vamos a explicar al lector cómo se produjo la **reaparición** de la **difteria** en España y, para ello, recurriremos a los propios hechos que fueron relatados por las autoridades sanitarias y que transmitió la prensa de todo el país y que todavía se pueden encontrar en internet. Empezaremos por analizar la personalidad y la conducta médica del primer personaje de esta extraña historia; se trata del médico que realizó el “**encantamiento**” mágico responsable de la reaparición de la histórica enfermedad al volver a pronunciar, por primera vez en 30 años, el sinónimo que había sido abandonado, es decir, la palabra **difteria**, en una consulta médica española; se trata del médico que atendió al niño con **amigdalitis** que se iba a convertir en la fatal víctima de este desgraciado juego “**mágico**” de **sinónimos**.

Este colega alemán, llamado Stephan Schneider, contó en una entrevista televisada que algún pariente suyo (su abuelo) había muerto de difteria histórica en la inmediata posguerra europea, allá por los años cuarenta o cincuenta, es decir, antes de que se cambiara el nombre de **difteria** por el sinónimo de **anginas o amigdalitis**; ese acontecimiento familiar fatal había dejado mucho dolor en la familia y el médico en cuestión guardaba cierto resquemor y cierta fobia personal hacia la enfermedad de la difteria.

En el tiempo en que pasaron los acontecimientos en el servicio de salud de Olot, Schneider llevaba años en Cataluña predicando con ímpetu germánico la gran importancia que, según su “docta” opinión, tienen las vacunas y advertía seriamente del enorme peligro al que exponen a los propios hijos los padres “tercermundistas” y salvajes que no les vacunan, que, aunque estos padres son

menos del 5% de la población, este médico opina que es una barbaridad intolerable, y llegó a acusar a estos pocos padres de “asesinos” irresponsables; y, cómo no, acusó con el mismo calificativo y la misma rabia a los pocos doctores nadie que advierten a la población y la informan del nulo sentido biológico de las vacunas y de los posibles problemas graves que la inyección de esas vacunas, de vez en cuando, pueden presentar.

Resultó que este médico, adepto fiel y militante fanático de la visión paranoica hacia nuestros **microbios**, estaba de servicio en el centro sanitario cuando llevaron a un niño **no vacunado** con una **amigdalitis** aguda de dos días. Si le hubiera atendido un médico español normal y corriente, lo normal es que le hubiese prescrito antibióticos, cama y algún antiinflamatorio y/o antipirético; y el niño se hubiera recuperado en unos días, como viene ocurriendo siempre en estos casos de anginas... Pero, en esta ocasión, a este niño con anginas **no** le atendió un médico español normal y corriente como los de cualquier consulta actual; le estaba esperando y le atendió el Dr. Schneider, que, ya hemos advertido al lector, era un médico adepto y prosélito hasta la militancia del poder de protección de las vacunas; al enterarse de que el niño **no estaba vacunado**, el médico teutón entró en cólera y, además, se le despertó en su interior su agudo “ojo clínico” y vio, con clarividencia propia de la pitonisa de Delfos, que aquel preciso caso de **amigdalitis**, aquel caso de **anginas agudas...** se trataba sin ninguna duda de un caso de **difteria** de las de antes, de las que no quedaban desde hacía más de 30 años, como la que había infectado a su difunto abuelo en los años de la posguerra alemana y lo había matado sin piedad.

El Dr. Schneider llevaba varios años de ejercicio de la medicina y, por supuesto, había tenido muchos casos de amigdalitis exactamente iguales a ese que se le presentaba ese día; repetimos, **exactamente iguales** en niños vacunados, que son más del 95% en España, es decir, había visto innumerables casos de niños con anginas que presentaban los mismos síntomas y que, sin embargo, no despertaron su ojo clínico ni hicieron vibrar su instinto... Pero ese niño **no vacunado...** ¡vaya, vaya, vaya!... Ese niño no vacunado... era otra cosa; ese niño con anginas gordas y con mucosidad (como todas las demás) pero no vacunado... ¡Hum!... Ese niño hijo de unos padres irresponsables y salvajes... ¡Huum!... Ese niño tenía que tener, necesariamente, difteria, según le gritaba con inusitada fuerza en el interior de su alma su agudo instinto de cazador de microbios.

Pero ya hemos explicado en los capítulos anteriores que **es totalmente**

imposible diferenciar por los síntomas que presenta el enfermo... **si se trata de** una **difteria** histórica o de una **amigdalitis** aguda común y corriente, puesto que los dos sinónimos nombran al mismo cuadro de enfermedad; el Dr. Schneider, por supuesto, conocía la imposibilidad de distinguir las dos supuestas enfermedades “oficialmente” “diferentes” si atendía a los síntomas e, incluso, si utilizaba toda la capacidad analítica de la que disponía el moderno y preparado centro de salud de Olot en el que estaba; es decir, sabía que no podía afirmar con los datos que tenía y de los que podía disponer que ese preciso caso de amigdalitis era difteria histórica (porque son la misma enfermedad); y ante esa dificultad o, mejor dicho, ante esa imposibilidad de hacer el diagnóstico diferencial entre la difteria histórica y la amigdalitis común, y seguramente considerando que en España llevábamos treinta años sin casos de difteria, el Dr. Schneider se contuvo en hacer público su alarmante diagnóstico “clarividente” de que se trataba de **difteria infecciosa**. Era un verdadero fastidio no poder demostrarlo... pero él estaba seguro, puesto que su ojo clínico y su olfato de sabueso cazador de microbios había “detectado” la presencia de **difteria**, inmediatamente después de saber que... el niño no estaba vacunado... Schneider, por sí mismo, sabía que no podía diferenciar, de ninguna de las maneras, si ese niño tenía anginas con placas o difteria histórica, puesto que, repetimos al lector, no hay forma de diferenciar ni por los síntomas ni por la analítica un sinónimo de otro, porque son la misma enfermedad y presentan el mismo cuadro clínico y analítico. Como no podía estar seguro, Schneider no se atrevió a afirmar que se trataba de un caso de difteria, y entendemos que no quiso exponerse a meter la pata y hacer el ridículo; hasta ahí, el médico alemán fue prudente y quiso asegurar el diagnóstico de difteria antes de llamar la atención de los medios y anunciar la extraña e inquietante noticia que rompía un silencio nada menos que de 30 años de esa enfermedad en las consultas españolas^[66].

Podemos ponernos en su lugar e imaginar que este médico fanático de las enfermedades infecciosas y de las vacunas, una vez seguro de lo que le decía su ojo clínico, se preguntara: ¿cómo demostrar que ese niño no vacunado no era un caso de anginas con placas común sino que se trataba de la terrible difteria infecciosa? El médico alemán sabía que la localización de la bacteria en la garganta del niño no era una prueba suficiente, puesto que daba positivo en muchos o en todos los casos, estuvieran sanos o enfermos, cosa que se confirmaría días más tarde entre los familiares y compañeros de clase del niño cuando muchos de ellos dieron positivo al análisis de bacterias de la difteria; el

médico alemán sabía también que los signos y los síntomas que presentaba el niño tampoco aportaban nada que diferenciase a una amigdalitis no diftérica de otra que sí lo fuera, puesto que, **repetimos otra vez**, la difteria y la amigdalitis son la misma enfermedad y, por tanto, presenta los mismos síntomas; entonces... ¿qué podía hacer?... ¡Qué fastidio!... ¿Cómo podría convencer a sus colegas españoles de que aquel niño con anginas, **no vacunado**, en realidad no padecía una simple amigdalitis aguda sino que presentaba un cuadro de difteria infecciosa? ¿Cómo demostrar el extraordinario poder de su ojo clínico o de su olfato de sabueso cazador de microbios?... Ante esta imposibilidad clínica y analítica de diferenciar la amigdalitis de la difteria, el Dr. Schneider se preguntaba con ansiedad: ¿Habría alguna forma en la actualidad de demostrar científicamente que ese niño tenía difteria en lugar de un simple y vulgar cuadro de anginas agudas?

Quizá se puso a buscar en internet o quizá alguien de los que siempre está a la última le dijo que no buscara más, puesto que había solución a su difícil problema de diagnóstico diferencial; y le contó que, aunque es muy reciente y totalmente desconocida por la mayoría de médicos en activo, en la actualidad y desde hace más o menos una década de años existe una posibilidad real de resolver el dilema que se le presentaba a Schneider; se trataba de la existencia de una **prueba diagnóstica o test diagnóstico** que **sólo** se realizaba en el Instituto de Biología Molecular Carlos III de Madrid; se trataba de un **novísimo test** que según la docta e infalible c.c.i. es la **novedosa** prueba analítica **definitiva y única** que permite diferenciar unas anginas o amigdalitis con placas de una difteria infecciosa de manera **oficial y homologada** por la propia c.c.i. o, dicho de otra manera, existe un **test diagnóstico** oficial y homologado por dicha c.c.i. que es **el único** existente que puede afirmar con seguridad si un cuadro de amigdalitis es de naturaleza diftérica y que, por tanto, requiere suero antidiftérico o si se trata de una amigdalitis común que puede ser tratada con antibióticos.

Aunque el médico alemán ya parecía tenerlo claro en su prodigiosa mente y no tenía ninguna duda de que el aquel caso era **difteria infecciosa**, como no podía tener la certeza ni ninguna prueba para poder afirmar su diagnóstico, envió unas muestras de la orofaringe (garganta) del niño al citado instituto de biología molecular, donde le confirmaron el diagnóstico de difteria gracias a esa **nueva prueba o nuevo test** que la c.c.i. considera como la novedosa, única y exclusiva prueba válida y aceptada.

Queremos que el lector preste atención al hecho o circunstancia que le vamos a exponer, puesto que es de suma importancia para el análisis del caso; queremos que se quede con la siguiente realidad de esta historia: si no hubiera existido ese **nuevo** test que había sido introducido **recientemente**, el médico alemán que atendió al niño no hubiese podido averiguar si el niño tenía una amigdalitis de origen diftérico o no y, seguramente, no se habría atrevido a declarar la difteria en España después de treinta años de ausencia de esa enfermedad. Pero con el **recién incorporado** test homologado por la C.C.I. en la mano, es decir, con las pruebas oficiales del nuevo test realizado por el Instituto Carlos III, ya no podía haber duda. El médico alemán, una vez recibida la confirmación “oficial” de difteria, se felicitó a sí mismo y a su instinto y convocó a los medios de comunicación para anunciar su insólito y extraño hallazgo, y después envió al niño al moderno hospital de la Vall d'Hebron con el diagnóstico oficial y protocolario de **difteria**.

Insistimos en llamar la atención al lector sobre la circunstancia de que sin ese **reciente y novedoso** y, por eso, poco conocido **test diagnóstico** que se realiza exclusivamente en el Instituto de Biología Molecular Carlos III, el Dr. Schneider no hubiese podido llegar al diagnóstico de difteria infecciosa y se habría quedado con las ganas de montar el número y escándalo mediático que montó.

LA UCI DE VALL D'HEBRON Y EL FINAL DE LA CUENTA ATRÁS

Una vez realizado el sorprendente diagnóstico, con el novísimo y casi desconocido test de diagnóstico, el niño fue llevado con urgencia al hospital Vall d'Hebron; resultó que en este moderno hospital nunca habían atendido un caso de difteria, puesto que se construyó hace menos de treinta años, es decir, cuando la difteria hacía años que ya no se llamaba así en España y, por tanto, no “existía” oficialmente y, en su lugar, sólo habían conocido y se trataban muchos cuadros de amigdalitis o anginas agudas con o sin placas mucosas; ante la inesperada novedad, el sobresalto fue tan grande que decidieron ingresarle nada menos que en la UCI del hospital y, desde esa unidad de cuidados intensivos muy dotada de medios, se propusieron poder monitorizar todos sus sistemas y controlarlo lo mejor posible y sin perder detalle; actuaron así ante una situación de urgencia motivada por esa “histórica” enfermedad infecciosa que, supuesta y oficialmente, estaba desaparecida desde hacía treinta años y, por esa circunstancia, era totalmente desconocida para el personal médico actual.^[67]

Podemos imaginarnos la sorpresa y el desconcierto del personal del hospital de la Vall d'Hebron; y si nos ponemos en su lugar y circunstancia podemos imaginarnos que el jefe de la UCI, ante semejante sorpresa y sobresalto, quizá preguntó a sus médicos si tenían alguna experiencia con la difteria, puesto que para él, que era el jefe y el más mayor, ese caso que había ingresado era el primer caso de difteria que veía en su larga vida profesional de médico... Ante esta demanda surrealista del jefe de la unidad, seguramente sus subalternos médicos se miraron entre ellos y, levantando los hombros y con cara de no entender nada, le respondieron que ellos también carecían de la menor experiencia, puesto que en España, según la “realidad” médica “oficial”, llevábamos treinta años sin un solo caso de esa enfermedad.

Todos ellos, eso sí, habían atendido muchas veces cuadros de inflamación de anginas de todos los tamaños y colores, o lo que es lo mismo, de amigdalitis agudas con placas o sin ellas y con fiebre, exactamente igual al cuadro que presentaba el niño, pero nunca se plantearon, ni mucho menos, la posibilidad de que se tratara de la desaparecida difteria infecciosa y nunca pidieron ni tuvieron la oportunidad de pedir ese **nuevo test** ante un caso de amigdalitis, puesto que no existía hasta hace diez años y sólo es conocido por superespecialistas;

tampoco nunca antes habían ordenado el ingreso de un caso de anginas en la UCI, puesto que siempre los trataron de manera ambulatoria y sin necesidad de ingresarlos en el hospital. Cuando todos esos médicos se prepararon en la facultad ya hacía años que se había producido el cambio de **sinónimos** y a todos les enseñaron que ese **mismo** cuadro que presentaba el niño de Olot de dolor de garganta, con placas mucofibrosas, dificultad al tragar y fiebre... se llamaba anginas o amigdalitis... y se trataba con antibióticos, antipiréticos y cama. Por otra parte, hasta ese mismo momento, estos médicos de uno de los más modernos hospitales de Europa desconocían, también, la existencia de ese **nuevo test** que es capaz de diferenciar una amigdalitis común y corriente de una difteria; y, por esa razón, nunca lo habían solicitado ante los numerosos casos de anginas que habían atendido a lo largo de sus años de oficio, simplemente porque ese nuevo test diagnóstico **no existía** y no podían, ni sabían que podían, pedir ningún test que les proporcionara el diagnóstico diferencial, por lo cual todos los cuadros que habían atendido hasta la fecha los habían diagnosticado y tratado como anginas y los habían tratado y curado con antibióticos de una manera ambulatoria y simple.

Ante tan repentino e inesperado caso se preguntaron qué hacer, cómo tratar una enfermedad de la que no sabían nada excepto algunas vagas referencias históricas que habían podido ver en alguna película o leer en alguna novela... No tenían más noticia de la difteria más allá de que era una terrible e histórica infección erradicada hacía décadas en toda Europa; ante el estupor inicial, alguien les debió sacar del apuro cuando recordó a los atónitos y desorientados médicos de la UCI que ellos eran médicos modernos y que, por tanto, no había mucho que pensar y, además, no necesitaban hacerlo; lo que debían hacer era aquello que estaban entrenados a hacer, es decir, **aplicar el protocolo** sin hacerse preguntas.

– Sí, sí... claro, aplicaremos el protocolo... – asintió con alivio el jefe de la UCI... y se dispusieron a hacerlo... Pero resulta que, cuando se dispusieron a aplicar el protocolo, se percataron de que en los libros de patología actuales no hay información sobre la difteria histórica, puesto que todos los protocolos actuales tienen un origen reciente y te hablan, precisamente, de los diversos cuadros de amigdalitis agudas de diversos orígenes... pero ni una palabra sobre tratamientos para la difteria infecciosa, puesto que esa palabra había desaparecido hace 30 ó 40 años del mapa médico del primer mundo y, en consecuencia, de los libros de protocolo médico actual. Ante esta carencia,

seguramente seguimos imaginando que tuvieron que acudir a tratados de terapias de los años cuarenta o cincuenta, para ver cuál era el protocolo de tratamiento que usaban los médicos españoles cuando en España había epidemias de difteria, o mejor dicho, cuando a la inflamación de los ganglios linfáticos de la garganta se le denominaba con el sinónimo que más mala fama tenía, el de difteria. Para desgracia del pequeño paciente, después de buscarlos, encontraron los protocolos del tratamiento de la difteria en libros de patología de hace más de 60 años: el protocolo oficial que indicaban estos tratados era la inyección intravenosa de los temidos y peligrosos sueros antidiftéricos que habían sido abandonados en toda Europa desde hacía décadas.

Visto desde fuera, lo que estaba pasando en el moderno hospital era una situación totalmente insólita, no parecía real, todos tenían una sensación extraña de distorsión temporal, puesto que de repente, como en la conocida película *El final de la cuenta atrás...*^[68], en la moderna y sofisticada UCI del hospital Vall d'Hebron, de repente, la “realidad existencial” de los miembros que la formaban se había trasladado al pasado; alguien había realizado un “**encantamiento**” pronunciando una **palabra** que hacía años que no se pronunciaba y... el tiempo... retrocedió a los años cuarenta como por arte de magia; y los médicos del moderno hospital se vieron por primera vez delante de un caso de amigdalitis aguda que se había vuelto diferente a los que siempre habían conocido y ya no era un cuadro de anginas sino de **difteria**, como hacía 60 años, y, como entonces, en vez de antibióticos y antiinflamatorios, iban a utilizar suero antidiftérico de animales inmunizados, es decir, se prepararon para utilizar una terapia abandonada en toda Europa occidental desde los años 50.

Una vez asumida por el personal médico, no sin cierta dificultad mental inicial, esa extraña “realidad” distorsionada en el tiempo, se dispusieron a aplicar el ya olvidado protocolo de los sueros; nunca antes lo habían hecho, puesto que eran médicos de generaciones posteriores al primer cambio de **sinónimos**; eran médicos que nunca habían utilizado esos anticuados sueros de animales inmunizados que habían sido retirados del mercado por su alta toxicidad hacía más de 60 años... Cuando ya habían decidido actuar, resultó que la cosa no era tan fácil, puesto que, debido a esa distorsión en el espacio y en el tiempo, había surgido un problema: el problema era que, una vez tomada la decisión de seguir el protocolo de los años cuarenta, no fue fácil para los médicos de ese gran hospital conseguir los sueros antidiftéricos, puesto que en toda Europa no había existencias de suero antidiftérico, puesto que, al igual que en España y por las

mismas razones que hemos explicado, llevaba desaparecida la difteria y los temibles sueros antidiftéricos desde hacía al menos 30 ó 40 años; los sueros que eran una medicación de otros tiempos se volvieron, de nuevo y de manera imprevista, la solución idónea y apropiada al problema, por tanto, había que conseguirlos costara lo que costara. Finalmente y después de mucho buscar, encontraron esos anticuados sueros en Rusia, sueros que se utilizaron hace veinte años en unos brotes de supuesta difteria que se produjeron a principios de los años 90.

Cuando ya tenían el suero antidiftérico ruso de hace veinte años, volvieron al manual de terapéutica de los años cincuenta y vieron que el protocolo ordenaba que había que inyectarlo intravenosamente al joven paciente; nunca antes lo habían hecho, no sabían qué podía pasar, estaban inquietos y un tanto desconcertados, tomaron todas las precauciones y monitorizaron todo, había que obedecer el anticuado y, para ellos, desconocido protocolo, pero no lo pensaron más... Era el único protocolo... y así lo hicieron... El niño no mejoró; es más, fue empeorando hasta que unos días después falleció^[69].

Las autoridades y los técnicos que habían llevado el caso anunciaron a todos los medios que el niño había muerto de **difteria infecciosa** y que los padres eran los únicos responsables de ello por no haberle vacunado. No dijeron nada del empeoramiento de la situación del niño después de tratarle con un protocolo médico anticuado y haberle administrado un suero de caballo, una terapia que había sido abandonada hacía más de 60 años en toda Europa, precisamente por su carácter altamente tóxico; y no dieron ninguna explicación de cómo puede morir un niño, aunque sea de difteria infecciosa, en la unidad de cuidados intensivos (UCI) de uno de los más modernos y sofisticados hospitales de Europa.

CAPÍTULO 17.
LA PRUEBA DE LA VERDAD

UN BUEN CASO PARA SHERLOCK HOLMES

Mientras toda esa extraña tragedia ocurría, los técnicos buscaban de dónde diablos había surgido ese extraño y excepcional caso de difteria; debía existir un foco de infección en el entorno del niño. Tomaron muestras de las faringes de las personas del entorno del niño, las enviaron a Madrid para hacer el nombrado **test de biología molecular nuevo**; y los técnicos se llevaron una sorpresa, puesto que dio positivo en aproximadamente el 20% de la gente que acababa de hacer una excursión con el niño, incluido el monitor del grupo de niños.

El test demostraba claramente que los amigos de excursión, **todos ellos vacunados**, también daban positivo al nuevo test de difteria; de hecho, si alguno de ellos hubiese presentado un cuadro de amigdalitis, el test es lo que de una manera oficial **hubiese demostrado y ratificado** que esos amigos del niño padecían de difteria; los técnicos, ante esta inesperada compañía de diftéricos asintomáticos, les denominaron con el paradójico nombre de **portadores sanos** y los identificaron como el posible foco de infección que habría contagiado al niño no vacunado, ya que no había otra explicación posible; daban esta explicación al mismo tiempo que recalcaban, para reforzar el valor de las vacunas, que el niño fallecido no se hubiese infectado por contacto con esos portadores sanos... si hubiese estado vacunado. Y con esa sentencia y con la acusación de irresponsabilidad y de negligencia a los padres, dieron por cerrado el caso. Aunque eso no pudo ni puede explicar por qué esos “portadores sanos” que vivían con el niño desde hacía tiempo no le habían contagiado en otras muchas ocasiones durante los varios años anteriores, años antes en que el mismo niño había tenido otros episodios de amigdalitis.

Pero, si dejamos aparte las afirmaciones poco lógicas de las autoridades sanitarias, lo más relevante para realizar un buen análisis lógico y esclarecer la verdad es prestar atención a un **hito** de la medicina moderna que aparece en esta historia y que **desconocíamos** casi **todos** los médicos españoles que estamos en activo: ese **hito** tecnológico al que nos referimos y que, repetimos, desconocíamos todos los médicos actuales es ese nuevo **test de diagnóstico** al que tuvo que recurrir el Dr. Schneider para hacer el diagnóstico diferencial entre la difteria y las anginas; por eso hemos requerido la atención del lector sobre este novedoso test diagnóstico en los párrafos anteriores, puesto que en la **novedosa** aparición en el mundo de la medicina de este **test** está **la clave** que nos va a

explicar la imposibilidad y la mentira de que este desgraciado caso del niño de Olot haya sido un caso de **difteria infecciosa**.

El lector debe saber, además, que en ese tiempo, el verano del año 2015, todos o por lo menos la inmensa mayoría de los médicos en activo desconocíamos la existencia de ese test; no sabíamos de su existencia por la sencilla razón de que apenas llevaba diez años en el panorama médico y, además, sólo es conocido y utilizado por escasos especialistas, puesto que sólo existe en centros de biología molecular como el nombrado Carlos III y, por eso, es prácticamente desconocido por la mayoría de médicos actuales en activo que, repetimos, **nunca** hemos tenido la ocurrencia ni la posibilidad de pedirlo a la hora de diferenciar las amigdalitis agudas entre ellas y, de hecho, los médicos actuales, como el autor de este libro, nos hemos enterado de su existencia, precisamente, a causa de haber estado atentos a este extraño caso de difteria que salió en Olot en el 2015.

Este caso, pues, nos ha mostrado por **primera vez** la existencia de una **prueba o test diagnóstico** que es un **hito** en la historia de la medicina, un test diagnóstico histórico que ha sido incorporado a la microbiología hace unos 10 años y considerado, desde entonces, como el **único método válido** y homologado por la propia C.C.I. para diagnosticar una difteria y “diferenciarla” supuestamente de unas anginas comunes con garantía de seguridad.

Esta información novedosa y de última hora que nos habla de este nuevo **test diagnóstico**, como hemos advertido al lector, va a ser **la clave** que nos revele toda la verdad y la mentira del caso de difteria de Olot y, por extensión, de toda la **teoría de la infección** que nos hemos creído durante el último siglo. Puesto que ahora que la C.C.I. afirma tener un **test oficial y homologado** y con la afirmación oficial de que ese **test** es el **único método seguro y fiable** para diagnosticar la **difteria...** la misma C.C.I. admite implícitamente que las técnicas de aislamiento de las bacterias en las faringes de los pacientes, que se han dado por válidas durante más de cien años para afirmar la infección, no demostraban ni demuestran nada anormal y lo único que han mostrado, sin pretenderlo, ha sido la existencia de la **microbiota humana**, es decir, la evidencia de que nuestros gérmenes de la difteria (*corine bacterium difteriae*) viven en nuestras gargantas tranquila y felizmente desde siempre y en perfecta **simbiosis**.

No se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo... y la verdad tarde o temprano reaparece para descubrir a los impostores, sobre todo cuando éstos no tienen memoria de sus falaces afirmaciones anteriores, y este extraordinario y

raro caso de difteria de Olot nos va a permitir ver con claridad que todo lo que nos han contado acerca de la agresividad de nuestros microbios... es por pura lógica... necesariamente falso. Con toda la información oficial sobre el novedoso **test diagnóstico** que nos ha aportado este extraño caso de difteria en Olot, el lector y el propio Sherlock Holmes, con la simple ayuda de la lógica más elemental, tienen información y elementos suficientes para poder montar el rompecabezas; procedamos, pues, al análisis lógico de la verdad sobre la teoría de la infección.

La c.c.i. afirma que este novedoso **test** es el **único** método capaz de proporcionar un diagnóstico **cierto** de la presencia de **difteria** en un enfermo y que, por tanto, no valen los diagnósticos realizados al hallar la presencia de la bacteria en la garganta, puesto que esa bacteria está presente en todas las gargantas humanas, puesto que se trata de una bacteria **endémica** cuyo hábitat es el humano... Por tanto, el planteamiento lógico que cabe hacerse es el siguiente: si el **nuevo y reciente test diagnóstico** que tiene menos de 10 años de aplicación en microbiología es el **único método** que la c.c.i. considera que es **válido**... entonces cabe preguntarse... ¿Con qué criterio diagnóstico se declararon las epidemias de difteria que la prensa anunció en las décadas de los años 20, de los 30, de los 40 y 50?... ¿Con qué criterio diagnóstico se han elaborado multitud de gráficas estadísticas “oficiales” que describían “verazmente” la aparición, el aumento, la disminución e, incluso, la “erradicación” durante 30 años de la difteria en España a lo largo del siglo pasado?... ¿En qué realidad objetiva se han basado los guiones de tantas películas y novelas, tantas historias radiadas y televisadas, tantos artículos de prensa y monográficos que hemos escuchado y leído, durante casi cien años, y que nos han metido en nuestra alma colectiva el miedo y el terror a los microbios y a las epidemias?

El nombrado Dr. Schneider, a pesar de contar con su personal “ojo clínico” extraordinario, hemos visto que tuvo **necesidad** de echar mano de ese **novísimo test** considerado como el **único método válido** para hacer el diagnóstico diferencial en el caso de la amigdalitis del niño de Olot... pero... **¿nos podría explicar este hábil médico en qué prueba diagnóstica concreta y “válida” se pudo haber basado el médico que atendió a su abuelo y le diagnosticó la difteria infecciosa en los años 40 ó 50?**

El lector con sentido lógico tiene que llegar a la conclusión de que todas esas noticias e historias que nos han acompañado durante décadas, todos esos gráficos y estadísticas sobre la aparición, aumento o disminución de las

enfermedades infecciosas, todos los mitos y leyendas que se nos han presentado como verdades, simplemente eran **mentiras que mataban**, puesto que acabamos de saber que hasta hace tan sólo unos pocos años, según la propia doctrina oficial, no se podía hacer el diagnóstico diferencial **válido y homologado** por la propia C.C.I. entre una amigdalitis común de otra amigdalitis supuestamente diftérica, puesto que todavía no existía este nuevo test; por tanto, todo lo que nos han contado y mostrado durante todo el siglo XX no era, ni podía ser, otra cosa que **una gran mentira**. Y si ha sido mentira la causa del terror, es decir, la agresividad de nuestros propios gérmenes, si ha sido mentira el motivo de la **paranoia**, mayor **mentira y engaño** ha sido la toma de productos industriales de carácter tóxico que ha consumido la población de la “sociedad del bienestar” para defenderse de un supuesto enemigo que era mentira que lo fuese. Creemos que ha quedado bien claro que **el consumo** de esos productos tóxicos que como caballos de Troya los hemos incorporado a nuestro organismo como si hubiesen sido un bendito regalo para nuestra salud... en realidad, **ese consumo generalizado** ha resultado ser el elemento principal de una gran y macabra farsa.

LA PRENSA CÓMPLICE DEL NEGOCIO DEL MIEDO

Lo hemos estado repitiendo durante todo el ensayo para recalcar su grandísima importancia en la elaboración de esta gigantesca alucinación o de esta gran **mentira que mata**: la prensa, la radio y el cine han sido y siguen siendo un factor importante o unos medios imprescindibles en la creación de este gran fraude. Su capacidad de persuasión y de penetración en la intimidad de la sociedad actual y el poder de sugestión de las ondas y las imágenes... es capaz de crear “realidades” inexistentes, de crear opiniones, bulos y noticias capaces de impresionar hondamente e, incluso, de convencer de la existencia “real” de “artefectos” y de producir “películas de terror” que pueden parecer reales pero que en realidad no lo son... **La prensa** ha sido **un instrumento** de mucho provecho al servicio de la **bestia y su c.c.i.**, puesto que con sus historias irreales y falsas pero llenas de dramatismo y sensacionalismo ha llegado a todas partes y rincones del planeta, llevando el mensaje de **terror** primero para crear la paranoia irracional a nuestros microbios y, después, de esperanza en los productos industriales que supuestamente proporcionaban la deseada y publicitada **inmunidad**, pero, finalmente, todo era mentira... todo era publicidad de la buena para hacer negocio. Como ejemplo histórico y conocido por muchos ciudadanos del impresionante poder de persuasión de la prensa al servicio de los intereses comerciales de la medicina industrial, está la conocida, relatada y tantas veces cinematografiada historia de la carrera de trineos en Alaska.

En el invierno del año 1924 todos los ciudadanos europeos y americanos, incluso los colonos europeos de Oceanía y Asia, estaban pegados a la radio, seguían con interés, angustia y tremendo suspense una historia dramática y heroica a la vez, una historia de terror y esperanza, una historia de vida o muerte que tenía todos los ingredientes idóneos para captar el interés de los ciudadanos y obtener la máxima audiencia, atención y seguimiento hasta el final.

Todo el mundo seguía con el nudo en la garganta, día a día y capítulo a capítulo, una historial “**real**” que estaba aconteciendo en Alaska y que transmitían las radios de todo el mundo; ¿cuál era el motivo de tanta atención y suspense en todo el planeta Tierra?... El motivo era que todas las radios públicas y privadas del mundo habían anunciado que se había declarado una epidemia de **difteria** en una localidad del centro del país. Todas las emisoras radiaban en todo el mundo que la gente de ese lugar de Alaska, sobre todo niños, se morían y

no había suero antidiftérico disponible en varios miles de kilómetros de esa localidad, y todavía faltaban años para que entraran en escena los antibióticos; los habitantes que continuaban vivos en ese pueblo habían logrado contactar por radio con la ciudad de Anchorage, pidiendo ayuda ante la amenaza mortal que suponía la epidemia que amenazaba con acabar con toda la población, según decía la prensa. En todo el mundo mundial, todas las familias escucharon, pegadas a la radio, la llamada de auxilio y terror de la población superviviente y todos pensaron que no había tiempo que perder y que había que hacer todo lo que fuese necesario para salvarlos.

Las autoridades de Anchorage, impresionados por la muerte de los niños, se propusieron llevarles los **sueros antidiftéricos “salvadores”** costara lo que costara, a pesar de ser invierno y estar cerca del círculo polar; pidieron voluntarios y se presentaron muchos jóvenes generosos que, con la humanitaria intención de salvar las vidas de los niños, salieron con sus trineos en plena noche ártica hacia un viaje incierto en dirección norte en una expedición heroica, por el peligro y la dificultad que entrañaba; pero había que salvarlos y no lo dudaron, prepararon los perros y los trineos y se dispusieron a llevar los sueros antidiftéricos a los enfermos a pesar de ser invierno en Alaska. Todos los radioyentes del mundo compartían el dolor y el interés, el miedo y el suspense de la aventura dramática y cargada de sentimientos humanos que se les estaba radiando; todos, como un sólo corazón, compartían la esperanza, rezaban y daban ánimos a los héroes salvadores para que logran llegar vivos y, con ellos, salvar a los pobres enfermos aislados; todo el mundo con nudo en la garganta contenía la emoción rezando o pidiendo a Dios, reunidos en familia junto a la radio, para que todo saliera bien. Después de unos días inciertos de travesía por el hielo y la nieve, llegaron a la localidad y, por fin, la radio pudo contar a todo el mundo mundial que con la llegada de los “benditos” y “maravillosos” sueros se habían salvado los habitantes de aquel remoto pueblo... El mundo entero lloró de emoción, gritó de alegría y satisfacción y, finalmente, recobró la tranquilidad emocional y, desde luego, aprendió la lección **impresionante e imborrable** de lo peligrosa y despiadada que es **la difteria** y lo necesarios y benéficos que son **los sueros**.

Como parte de la prensa incluimos, naturalmente, al cine,^[70] puesto que de este acontecimiento de Alaska se han hecho varias películas que han visto todos los ciudadanos de varias generaciones que vinieron después; incluso, en la ciudad de Anchorage se celebra una carrera de trineos cada año para recordar

esta hazaña y, además, uno de los perros guía de los trineos salvadores tiene un monumento de bronce en Central Park en la ciudad de Nueva York. Ese acontecimiento forma parte de la historia emocional de la mayoría de los ciudadanos del siglo veinte, de mayores y pequeños y de abuelos y nietos; se han hecho varias películas y todo el mundo conoce la historia de la difteria en Alaska, la ha visto alguna vez y se le ha quedado gravada profundamente en la memoria de su alma.

Pero, mentiras y grandes películas aparte, el **tiempo ha pasado** y ahora sabemos por la propia c.c.i. que la única prueba objetiva para afirmar que una amigdalitis se trata de verdadera difteria es el **nuevo y reciente test diagnóstico** que, como ya sabe el lector, es la **única** prueba que se considera **válida** por la c.c.i. y sabemos que lleva menos de diez años en uso para poder proceder a hacer el diagnóstico diferencial... ¿Qué tal?

Ante semejante información que poseemos ahora, estamos seguros de que Sherlock Holmes se preguntaría o quizá preguntara a su inseparable amigo Watson: **¿Quién o quiénes afirmaron que había difteria en Alaska en el invierno del año 1924?... ¿En qué prueba o método de diagnóstico “válido” se basaron?... ¿Qué les pudo motivar a pensar que era difteria y no amigdalitis común?... ¿Quién pudo tener motivos o interés en afirmar que aquellos casos de amigdalitis eran una epidemia de difteria?**

Para responder a la primera pregunta, debemos decir que **la prensa** fue la que esparció el mensaje de terror y que ella misma, con esa mentira dramatizada y radiada a todo el mundo, ya hizo su negocio y obtuvo su ganancia, que fue su gran audiencia y prestigio vendiendo el suspense con el cual captó y luego mantuvo la atención de los ciudadanos de todos los países; en cuanto a la segunda pregunta, sabemos que en ese tiempo el único método diagnóstico en uso era el detectar la presencia de la bacteria en la garganta de los enfermos, y ahora sabemos, e incluso admite y afirma la propia c.c.i., que esa prueba no sirve porque da positiva a casi todo el mundo, puesto que todos poseemos no una, sino cuatro familias de bacterias diftéricas que conviven en y con nosotros en estado de salud total, puesto que estas familias de bacterias son un **endemismo** que poseemos los humanos; por tanto, ahora sabemos que en 1924 no había, ni podía haber, forma humana o analítica para poder distinguir de manera **válida** si esos casos de amigdalitis detectados en Alaska se trataban de la terrible epidemia de **difteria** o de una común epidemia invernal de **anginas**; por tanto, ahora tenemos la certeza de que aquella afirmación de difteria en Alaska

que conmovió al mundo entero, en el mejor de los casos, fue una opinión ignorante por necesidad o un bulo de terror de alguien que no podía basarse realmente ni sobre ningún síntoma específico ni sobre prueba diagnóstica diferencial alguna, puesto que al **único test homologado** que se da por **válido** y supuestamente capaz de “discernir” o de hacer un diagnóstico “diferencial” (diferencia que en realidad no existe) entre la amigdalitis común y la diftérica le faltaban casi ochenta años para ser inventado y utilizado como tal.

Para responder a la pregunta de **¿se benefició alguien con la afirmación de que esas amigdalitis de Alaska eran difteria?**... para responderse a esta última pregunta, que, en realidad, es resolver el móvil del delito o de la mentira radiada a todo el mundo mundial... el Dr. Watson, Holmes y el lector deben tener acceso a un dato del que les informamos en este mismo momento, una circunstancia histórica que quizá desconocen por completo y que, estamos seguros, nuestros personajes literarios y el lector sabrán valorar en lo que vale, puesto que conociendo ese dato que le proporcionamos a continuación quizá puedan responderse a esta última pregunta. La información es la siguiente^[71]: en el año 1923, es decir, un año antes de esa odisea histórica que llevaba la supuesta **inmunidad** y la salvación a todo un pueblo y que se iba a radiar a todo el mundo mundial... el **Instituto Pasteur**, que ya tenía categoría y poder económico de gran firma comercial y multinacional, **casualmente**, había sacado al mercado un nuevo **suero antidiftérico** de segunda generación que había requerido una gran inversión en su diseño y fabricación... ¡Interesante coincidencia!

No sabemos si esa circunstancia “casual” influyó mucho o poco en la decisión de nombrar **intencionadamente** a esos casos de inflamación de garganta con el nombre de la temible difteria en vez de utilizar otros **sinónimos** menos temibles y totalmente equivalentes; no lo sabemos con certeza y nunca lo sabremos, pero se lo dejamos al juicio y la reflexión inteligente del lector y al de los acompañantes literarios aludidos. Lo que sí podemos afirmar con rotundidad es que ese mismo año de 1924, inmediatamente después de que la historia radiada a todo el planeta llegara a su fin, “casualmente” hubieron tantos pedidos del **suero salvador** por parte de todos los países de todo lo largo y ancho del planeta que, “casualmente”, habían seguido por radio toda la aventura que el Instituto Pasteur no fue capaz de satisfacer tanta demanda; aunque, con un poco más de tiempo y con la propiedad del monopolio del suero antidiftérico, esta multinacional hizo una verdadera fortuna... y todo eso... porque “alguien” utilizó “de manera inocente”, sin “ninguna intención” y sin ningún criterio

científico posible, el nombre de **difteria** en lugar de utilizar el sinónimo de **amigdalitis** para designar a un brote de anginas en un lugar de Alaska en el duro invierno del año 1924, casi ochenta años antes de que existiera **un test diagnóstico inédito y nuevo** considerado por la propia C.C.I. como el único criterio válido.

Para los buenos entendedores resultará evidente que la **bestia, su industria, su prensa y su c.c.i. nos han engañado**, nos han mentido y, ahora, dirigen con autoridad toda la salud de Occidente y ordenan y mandan; ya nadie se les enfrenta y la población de cobayas está absolutamente entregada y confía plenamente en sus verdugos. La **bestia** practica y sigue la “moral de los señores” y está “más allá del bien y del mal” y casi todos los modernos ciudadanos de la “sociedad del bienestar” practicamos confiadamente la “moral de los esclavos”. La población no lo sabe, ni siquiera lo sospecha, pero la realidad es que los **hombres y mujeres cobayas** no tienen escapatoria; están en peligro de extinción como consecuencia de todo el proceso de **iatrogénesis tóxica** que padecemos desde hace décadas; la **bestia y su prensa** les han engañado y viven seguros y confiados en que están siendo cuidados, sin duda alguna, por la mejor medicina de la historia... ¡Qué digo la mejor!... **La única medicina...** Todo el mundo calla y otorga... todo el mundo está encantado y adora sin rechistar... pero... ¿nadie es capaz de escuchar la carcajada de la **bestia**?

CAPÍTULO 18.
QUIMIOTERAPIA Y DAÑOS COLATERALES

LA QUIMIOTERAPIA TÓXICA E INDISCRIMINADA

Como hemos venido explicando al lector, en la “sociedad del bienestar” casi nadie ha osado poner en duda la bondad, la sabiduría y el poder demiúrgico que afirma poseer la nueva medicina industrial; nadie ha dudado de su “veracidad” ni de su “bondad” intrínseca y todo el mundo ha aceptado a la medicina industrial y a la teoría de la infección como hitos formidables y característicos del **progreso humano** y de la **civilización**; por eso nadie los ha criticado o puesto en duda... Ni los biólogos, ni las ideologías políticas sean las que sean, ni los intelectuales, ni siquiera las religiones de Occidente han sido capaces de abstenerse de depositar su confianza ciega y sin discusión, su creencia y su “adoración” a la medicina industrial.^[72] Pero esta alucinación colectiva no tendría tanta importancia si se hubiera detenido ahí, si se hubiese quedado en una teoría o hipótesis científica o en una creencia que simplemente afirmara que nuestros propios gérmenes o microbios nos atacan y, desde ahí, y sin pasar del nivel teórico, se opusiera a la otra teoría que afirmara que nuestros gérmenes siempre habían estado ahí viviendo en **simbiosis** y que no producían ninguna enfermedad infecciosa. Esta controversia no sería importante si la cosa se hubiera quedado como dos posibilidades teóricas que discutieran profesores y estudiantes en las aulas como ocurre, por ejemplo, con los que entienden el cosmos y la vida como productos de una gran explosión, seguida de un largo proceso de evolución, y los que creen que el cosmos ha sido creado por la omnipotencia divina; es decir, como la ya clásica y teórica discusión bizantina entre los materialistas evolucionistas ateos o agnósticos y los religiosos creacionistas creyentes.

La gran importancia o, mejor dicho, la gravedad que comporta el hecho de haber creído en la teoría de la infección radica en que esa creencia, además de falsa, ha comportado una práctica y un **consumo** de productos industriales que hemos ido **in-corporando** o introduciendo en nuestro cuerpo, por primera vez en nuestra historia biológica; y esta práctica concreta y real se transforma en una gran tragedia si, al repasar la historia de estos productos, vemos que todos ellos, desde los primeros que se utilizaron a finales del siglo XIX y principios del XX a los de las últimas generaciones, todos... **repetimos para que quede bien claro**: todos los productos médico-industriales que nos hemos introducido en nuestros organismos, sin excepción, han sido y son productos **tóxicos**; o dicho de otra manera, el haber creído y practicado la teoría de la infección durante más de 100 años y, sobre todo, de una manera casi total desde hace 60 años ha obligado

a la población de la sociedad del bienestar a incorporar a su biología genuina, como caballos de Troya, una enorme y continuada cantidad de productos tóxicos en forma de vacunas y medicación química que ha producido una **iatrogenia total** que ha sido la principal **causa y el origen** de las nuevas enfermedades que, por ser tan novedosas y desconocidas, se llaman **enfermedades raras**; como prueba que demuestra que estas enfermedades han sido causadas por estos productos industriales de carácter experimental, está el dato innegable o la realidad muy elocuente y demostrativa de que ese tipo de enfermedades nuevas y raras afectan **exclusivamente** a los ciudadanos de la “sociedad del bienestar” por ser éstos los que de manera **exclusiva** han sido los primeros cobayas que han “disfrutado” y consumido los nuevos medicamentos industriales que la **única medicina moderna** les ha ofrecido como un producto del “progreso” de una manera **exclusiva**... ¿Puede haber una circunstancia más evidente y que demuestre mejor cuál ha sido y es la causa de esas **enfermedades raras**?

La medicina industrial de finales del siglo XIX y principios del XX animó y premió con la riqueza y la gloria social y académica a todos los investigadores que fueran capaces de “crear”, descubrir o sintetizar en laboratorio cualquier producto que tuviese alguna acción punitiva sobre los “malditos” microbios; la **C.C.I. y su incipiente industria** prometían a los científicos emprendedores y productivos que descubriesen y fabricasen ese tipo de medicamentos germicidas... que serían generosamente recompensados. Atraídos por la gloria y la riqueza que se les prometía, muchos médicos y químicos y biólogos europeos empezaron a buscar afanosamente en los modernos laboratorios nuevos medicamentos experimentales que la industria pudiese fabricar y distribuir masivamente y, con ello, crear patentes y hacerse millonarios... Los nuevos médicos y químicos europeos buscaron entre sales y compuestos de sustancias venenosas de arsénico, de bismuto, de cianuro... Buscaron entre álcalis y ácidos orgánicos e inorgánicos... Buscaron entre alcoholes y fenoles... Buscaron entre toda clase de sustancias químicas... Y como la industria tiene necesidad de producir, vender y ganar dinero a la mayor brevedad... muy pronto salieron al mercado una enorme cantidad de “remedios” **nuevos y experimentales** contra los gérmenes; pero, durante los primeros años, los resultados eran tan catastróficos que todos ellos tuvieron corta estancia en el mercado, puesto que en la mayoría de casos... “era peor el remedio que la enfermedad” y esos venenos mataban a los gérmenes, sí, pero producían estragos imposibles de disimular entre los pacientes que los consumían.

No obstante, en el primer tercio del siglo se utilizaron, por primera vez, unos compuestos químicos llamados **sulfamidas**. Y aunque eran tóxicas, como no tenían una toxicidad fulminante ni aparatosa, la C.C.I. las presentó como una panacea contra los microbios y fueron bastante utilizadas en los sectores médicos adeptos a la teoría de la infección, que entonces no eran muchos; unos años después, el médico alemán Dr. Ehrlich introdujo un producto químico y muy tóxico a base de arsénico para tratar la sífilis que tuvo mucho renombre: **el salvarsán...** Medicación famosa y quizá conocida por el lector, puesto que ha salido en muchas películas y que le valió el Nobel a su creador; pero tanto las sulfamidas como el salvarsán, que en el momento de salir al mercado fueron presentados como la “solución idónea al problema”... fueron retirados y desaparecieron del mapa, por su alta **toxicidad**, cuando unas décadas después otro premio Nobel, el británico Dr. Alexander Fleming, descubrió los **antibióticos**, que resultaron ser mucho menos venenosos que el salvarsán y las sulfamidas, por lo menos a corto plazo.

Todos los diversos productos que salieron para protegernos de nuestros microbios, incluidos los antibióticos, fueron elegidos por los médicos que los introdujeron porque demostraban ser mortales para los temidos microbios en el laboratorio, es decir, “in vitro”, y se pensó que, para matar a los que se habían hallado en el organismo humano o “in vivo”, lo más sencillo era inundar el propio organismo con esas sustancias que mataban a los gérmenes en los tubos de ensayo de los laboratorios. Y si esas sustancias mataban a los microbios “in vitro”, también deberían matarlos “in vivo”, pensaron nuestros geniales médicos... Y con esta simplicidad mental... se han introducido en la sangre de los ciudadanos cobaya una enorme variedad y cantidad de sustancias químicas industriales tóxicas, sobre todo desde los años 50 y 60 del siglo pasado, todas ellas presentadas por **la prensa** como “verdaderas maravillas” que, según esa misma prensa y los miles de tertulios televisivos “enteraos”, han salvado a miles de personas en todo el mundo “mundial”; pero, a pesar de esa opinión generalizada, vamos a explicar al lector que esa idea de inundar nuestro organismo de sustancias venenosas para eliminar a nuestros gérmenes carece de la más elemental lógica.

EL PROBLEMA INSUPERABLE DE LA QUIMIOTERAPIA

Aunque esta administración de sustancias químicas (quimioterapia) haya sido y es muy usual y normal, queremos mostrar al lector el fallo que, **necesariamente**, tiene toda la quimioterapia tóxica, ya sea ésta antibiótica, anticancerosa, antiviral o de cualquier otra naturaleza. Es un **fallo de bulto** que no debería permitirse una persona con sentido común que reflexionara mínimamente en ello; se trata de una chapuza que resulta muy evidente, aunque quizá el lector, profano en temas de medicina y confiado en que está protegido por las mentes eminentes de sus médicos modernos y, por tanto, por la mejor medicina de todos los tiempos, nunca haya pensado en ello y no se haya dado cuenta del poco sentido lógico y biológico que tiene la utilización de un antibiótico u otro germicida químico cualquiera; es decir, lo **absurda** que resulta ser cualquier tipo de **quimioterapia**.

Ese error **inevitable e insuperable** que posee todo método de quimioterapia es el siguiente: incluso si admitiéramos que nuestros gérmenes son peligrosos y creyésemos en las infecciones, cosa que no hacemos... aún así... no podríamos aceptar la quimioterapia de los antibióticos u otros germicidas como una terapia válida por una simple razón de lógica elemental que pasamos a explicar: el mecanismo de acción de los antibióticos y quimioterápicos en su totalidad, es decir, su acción tóxica y aniquiladora que ejercen sobre los gérmenes es poco o, mejor dicho, **nada selectiva**, puesto que la “fumigación” por quimioterapia afecta, **sin discriminación posible**, tanto a las bacterias como a las células normales de nuestro organismo y, por tanto, produce el mismo daño, es decir, envenena de igual manera al grupo de bacterias que supuestamente son su objetivo primordial que a las propias células normales que forman la estructura básica de nuestros tejidos y órganos propios. Ese daño colateral, imposible de evitar y no deseado, esa intoxicación innecesaria sobre nuestras células ha sido y es totalmente imposible de evitar en los tratamientos con antibióticos o con cualquier otro compuesto químico con carácter germicida, antiséptico o anticanceroso... Repetimos... **Producen el mismo envenenamiento colateral sobre las células normales que el que producen sobre las bacterias que son su objetivo; y ese efecto tóxico colateral sobre las células normales es totalmente imposible de evitar hasta el día de hoy.** Es inevitable por la sencilla razón de que los productos industriales carecen de inteligencia y de capacidad de discernimiento y, desde luego, no adquieren ningún poder de

selección en el momento de incorporarse a un organismo vivo. La quimioterapia presenta el mismo problema que se tendría en una casa donde se fumigara insecticida tóxico o un raticida como la estricnina sin tener la precaución de sacar previamente a sus habitantes humanos.

Los antibióticos serían una medicación antiséptica aceptable, para los que creen en la infección, si limitaran su acción tóxica, exclusivamente, sobre la zona o área del organismo donde se encontraran los gérmenes que pretende eliminar, y así, por ejemplo, al tratar una otitis, su acción se limitara a la zona anatómica del oído y allí, y sólo allí, destruyera las células microbianas y sólo a ellas, sin afectar al mismo tiempo a las neuronas auditivas y al resto de células del cuerpo; o, en caso de una muela infectada, el antibiótico limitara su acción a las supuestas bacterias patógenas presentes en esa muela... o en caso de una cistitis sólo afectara a las bacterias supuestamente patógenas de las vías urinarias... pero resulta que eso no es así... ni remotamente.

Todos los estudiantes de medicina y de biología en general deberían saber la siguiente realidad fisiológica y biológica: los antibióticos y todas las demás productos químicos inyectados o ingeridos y, por tanto, incorporados a cualquier mamífero se distribuyen por la sangre y alcanzan a **todas** las células de **todos** los tejidos del cuerpo y, por tanto, ejercen su acción tóxica multisistémica, y muchas veces letal, sobre todas las células del organismo; por eso, todos los estudiantes de medicina se ven obligados a estudiar en los libros de farmacología que los antibióticos, además de ser tóxicos para las bacterias, son nefrotóxicos y pueden matar o intoxicar las células del riñón, ototóxicos porque hacen lo mismo con las del oído^[73]... y de la misma manera y por el mismo mecanismo de acción de los antibióticos (que consiste en la distorsión, alteración y, a veces, destrucción de las moléculas de ADN y ARN), afectan a todas las células del resto del organismo sin excepción alguna: las del hígado, las células germinales o reproductoras, las del intestino, las de la sangre...

Ni siquiera en la actualidad, setenta años después de su aplicación masiva sobre toda la población occidental, cabe la posibilidad real de separar o hacer una mínima discriminación entre la acción tóxica sobre las bacterias y la misma acción sobre las células de nuestro organismo. Eso que acabamos de explicar que ocurre con los antibióticos ocurre, igualmente, en los tratamientos contra el cáncer cuando se utiliza la quimioterapia, puesto que los productos altamente tóxicos que se utilizan son incapaces de hacer ninguna distinción entre las células normales y las cancerosas; ante esta realidad insuperable, resulta

increíble que se lleven más de 60 años utilizando quimioterapia contra el cáncer y se tenga como la terapia indiscutible y **dogmática** aun cuando este método se esté dando de narices contra la lógica biológica más elemental.

La **bestia y su c.c.i.** introdujeron este tipo de tratamiento como un **hito** glorioso de la ciencia moderna al iniciar la quimioterapia^[74] y los ciudadanos nos hemos estado tratando con este burdo método de intoxicación indiscriminada, las múltiples enfermedades supuestamente infecciosas y, además, esta práctica la hemos llevado a cabo de una manera masiva y casi total durante los últimos setenta años. La **c.c.i.** nos ha adoctrinado con empeño y profusión a médicos y ciudadanos diciéndonos que esa medicación química eliminaba con facilidad muchas bacterias que nos amenazaban; la **prensa** nos ha estado predicando que los antibióticos han salvado muchas vidas, que han erradicado el peligro de las bacterias asesinas, pero ahora sabemos que nuestros microbios viven en perfecta **simbiosis** y son socios nuestros; por tanto, todo lo que nos han contado ha sido y es una gran **mentira** que nos ha obligado a desarrollar una **guerra civil** dentro de nosotros y contra nosotros mismos; por tanto, todo ha sido un grandísimo y **satánico fraude**; por una parte nos han mentido como a bellacos y por otra no nos han contado nada de los **daños colaterales causados que se han producido necesariamente** en el organismo del paciente después de cada tratamiento con quimioterapia; nos han ocultado la acción **iatrogénica** sobre esas células normales nuestras a las que necesitamos para ser y existir como individuos y como especie. A la **bestia, a su c.c.i. y a su prensa** no les ha interesado hablar a los médicos y ciudadanos de las consecuencias secundarias de la **guerra civil** que hemos mantenido contra **nuestros microbios**; nuestras universidades y centros oficiales de educación y ciencia no premian a ningún médico que se interese en describir los resultados **iatrogénicos** producidos en los organismos en donde se ha producido el bombardeo indiscriminado; a la **c.c.i.** no le interesa que se sepa cómo ha quedado el ciudadano tratado con quimioterapia y, con ese silencio intencionado, ha ocultado esa **iatrogenia**, puesto que hacerla pública o enseñarla a los aprendices de médico... sería reconocer su verdadera naturaleza rapaz y satánica y su falta de sentido común y biológico y su carencia total de bondad; informar de la realidad biológica que suponen los antibióticos hubiera supuesto para la **bestia y su c.c.i.** perder su categoría de protectores bondadosos de la “sociedad del bienestar”; por tanto, no les ha interesado que el ciudadano, el estudiante y el médico cobayas supieran mucho sobre ese tema, simplemente porque ese conocimiento sobre los efectos colaterales hubiese hecho fracasar el grandísimo

negocio producido por consumo de antibióticos y otros productos de quimioterapia que desde hace unos 70 años consumen confiadamente todos los seres vivos de Occidente, ya sean éstos humanos o animales.

Ante la realidad y prosperidad de ese **gran negocio**, comprendemos que la **bestia y su industria médica** no quieran saber nada ni, mucho menos, informar del efecto de los antibióticos y otros químicos sobre la salud de los confiados y agradecidos ciudadanos de la “sociedad del bienestar” y que hagan todo lo posible para acallar a todos los impertinentes **doctores nadie** que les salen desde dentro de sus propias filas con la intención de denunciar esa realidad; comprendemos que quieran acallar y hacer desaparecer del mapa a esos médicos “traidores” que no son nadie, a esos “mentecatos” que no se “enteran” y que parecen ignorar que si se informa o se comunica al público lo que de verdad ha pasado y está pasando en la guerra contra los nuestros microbios... la C.C.I. y la **clase médico-industrial** perderían su prestigio social e histórico, que les ha costado mucha **prensa** y mucha **publicidad, películas, novelas y planes académicos**... lograr y, también, podrían perder su prestigio académico y su gran poder económico... Si se supiera la verdad biológica se acabaría la farsa satánica y el negocio que, aunque fraudulento y letal para la población de la sociedad del bienestar... resulta muy rentable para la industria farmacéutica.

Comprendemos, pues, que la **bestia y su industria farmacéutica** se empeñen y carguen con todo su interés y sus medios legales contra toda disidencia, contra todo médico que se atreva a decir alguna cosa que pueda despertar la consciencia de los ciudadanos sobre lo que, en realidad, están consumiendo y haciendo consumir a sus hijos con la excusa falsa de protegerles de un peligro que **no existe ni ha existido nunca** y que puedan darse cuenta y despertar de su alucinación colectiva y paranoica y que, en definitiva, sean conscientes, después de más de cien años, de que la **bestia** les ha engañado con una **paranoia contra sus propios microbios** y han sido y están siendo utilizados sin misericordia como carnaza de la industria farmacéutica multinacional.

QUIMIOTERAPIA MODERNA Y EL MENSAJE GENÉTICO

Este doctor nadie, por sentirse comprometido con los ciudadanos, sí que se propone llevar a la atención del lector, para que los pueda analizar, los daños producidos por ese consumo generalizado de antibióticos, que, como vamos a explicar, han sido una clase de **daños** que han ido apareciendo al cabo de unos pocos años de haber generalizado su consumo; este efecto retardado de los efectos secundarios es debido a que, simplemente, muchos de los antibióticos y tóxicos industriales que hemos consumido no suelen dar complicaciones y efectos secundarios graves a corto plazo, salvo en excepciones. De hecho, esa ausencia relativa y disimulada de efectos secundarios **inmediatos o fulminantes**^[75] en los antibióticos es lo que sirvió para que la C.C.I. los presentara como una medicación “ideal” en los años cincuenta y, por eso, tanto los médicos como la confiada población de la “sociedad del bienestar” se creyeron que los antibióticos eran bastante inocuos y accedieron a la introducción en el interior de sus organismos de esas novedosas y tan laureadas medicaciones, porque parecían inofensivas en principio pero, en realidad, iban a ser sus caballos de Troya, puesto que unas décadas después de esa confiada introducción se supo que el problema de los antibióticos no estaba, ni está, de una forma general, en sus efectos inmediatos a **corto plazo**, sino en los efectos colaterales de carácter **iatrogénico** sobre **los genes** de las células normales de la población cobaya que se presentarían a **medio y largo plazo...** y eso no se podía saber en los años 50 y 60 del siglo pasado, cuando todo empezaba, sino que se supo por sus efectos nefastos sobre la segunda y tercera generación de humanos **cobayas...** pero... unos pocos años más tarde. De hecho, esos efectos colaterales de espoleta retardada se empezaron a detectar en los años 70 y 80, cuando la población **cobaya** llevaba ya veinte o treinta años introduciendo en sus organismos de manera recurrente y confiada la nueva medicación **experimental** y de fabricación industrial que la C.C.I. había propuesto como la mejor para matar a nuestros propios microbios.

Ese desconocimiento que se tenía sobre los efectos secundarios de los antibióticos a **medio y largo plazo** era totalmente insuperable en el tiempo en que se introdujeron en la terapia de las infecciones en los años 50, puesto que eran medicaciones novedosas e “inéditas” y, por tanto, **experimentales**, y la única manera de conocer esos efectos secundarios retardados era, por necesidad, esperar unos diez o veinte años, cuando esa primera generación de humanos

cobayas empezase a reproducirse; es lo que tiene de malo o de inconveniente la **medicación experimental...** que hay que esperar a ver todos los resultados, tanto los que se producen a **corto plazo** como los que se producen a **largo plazo**, y como los que también se pueden producir en los **hijos y descendientes** de aquellos humanos cobayas que hayan recibido la **medicación experimental...** Hay que esperar todos los resultados posibles para poder saber con seguridad todo el proceso al completo... Hay que esperar... Pero para la industria médica, como para cualquier otra industria, esperar era perder tiempo y dinero, y aunque esperar era una medida prudente, necesaria y responsable, no cabía ninguna duda de que era antieconómica y, como ya estamos acostumbrados en esta historia, imperó el interés económico e industrial sobre el interés médico y el de la salud de la población, y esos productos médicos novedosos y experimentales (antibióticos) se aplicaron de una manera **prematura, temeraria e imprudente** y sin tener ningún tipo de consideración hacia el ciudadano y sin tener todavía conocimiento suficiente; lo verdaderamente prioritario para la **bestia y su industria** era y es el negocio, la ganancia y el **dinero**, y por eso, durante ese intervalo de tiempo de obligado desconocimiento de sus efectos retardados, se vendieron y se introdujeron esos “caballos de Troya” en el interior de los organismos de los confiados ciudadanos de la “sociedad del bienestar” por toneladas en los años 50, 60, 70 y 80. Durante esas décadas, los antibióticos estaban presentes en casi todas las medicaciones: en todas las pomadas, los colirios, los jarabes para la tos, las pastillas digestivas, en los antipiréticos... Casi toda la medicación de las décadas de los sesenta hasta los noventa, fuese para lo que fuera, llevaba su dosis de antibióticos, por si acaso. Incluso a los jóvenes aprendices de médico de esos años, como un servidor, se nos instruía en la facultad para tratar las mismísimas gripes con protección antibiótica, a sabiendas de que esa medicación era ineficaz para la supuesta causa de la gripe, que, según la C.C.I., es un virus.

En ese tiempo (años 50-80) en que se impusieron masivamente los antibióticos y los ciudadanos los consumían para casi todas las dolencias, ya existía una rama de la medicina llamada **genética molecular**, que estaba dando sus primeros pasos que llevarían a revolucionar, en pocos años, el conocimiento de la genética y del engranaje bioquímico del mecanismo de transmisión del mensaje genético humano, proceso que se desconocía hasta la fecha, puesto que la moderna genética había nacido en los años cincuenta cuando Watson y Crick descubrieron por primera vez la estructura helicoidal del ADN. No vamos a extendernos en este tema tan apasionante por no dispersarnos, pero queremos

recalcar que durante las últimas décadas del siglo pasado, es decir, años 80 y 90, la genética molecular que se iniciaba empezó a identificar una enorme cantidad de sustancias industriales que pueden alterar el mensaje genético e, incluso, destruir enzimas y biocatalizadores necesarios para la correcta transcripción de dicho mensaje genético, impidiendo o distorsionando el proceso y haciendo posible que ese mensaje sea **aberrante**. El lector conocerá sin duda casos como la talidomida, el DDT, los defoliantes de la guerra de Vietnam, el phenol, las dioxinas... que fueron causa de distorsión del mensaje genético y, como consecuencia, de la aparición de los primeros niños deformes y fetos monstruosos que nos mostró la televisión por primera vez y que eran niños o fetos nacidos de padres y madres intoxicados por estos productos.^[76]

La genética molecular, esa rama de la medicina y la biología recién estrenada, fue la que se percató de que existían sustancias químicas que actuaban sobre las cadenas de ADN y que eran capaces de alterar los genes, es decir, el mensaje genético, y como consecuencia de esa alteración eran capaces de producir enfermedades de origen genético: cáncer, leucemias, anemias aplásicas, oligocefalias, bicefalias, órganos y miembros aberrantes, organismos monstruosos... Es decir, se constató, por primera vez, que algunos productos químicos afectaban a los **cromosomas y sus genes** a nivel molecular y, curiosamente, entre esas sustancias que pueden alterar la genética molecular de la población de cobayas estaban, cómo no, **los entrañables antibióticos y demás productos de quimioterapia utilizados contra el cáncer...** La genética molecular fue la que delató que esos productos, los antibióticos, tan consumidos desde el nacimiento por todos los ciudadanos de la sociedad del bienestar y que, además, están en todos los alimentos como la leche, la carne, los huevos...^[77] habían sido y eran unos verdaderos “caballos de Troya” que una vez dentro del organismo de los ciudadanos podían alterar el mensaje genético e, incluso, con el paso del tiempo, podían acumularse en el interior de nuestras células y tejidos y con sus efectos a largo plazo afectar al ADN y alterar o impedir su función genética y aniquilar a toda la población de la “sociedad del bienestar”.

Pero lo que más asombro debería causar al lector es que, a pesar de ese nuevo descubrimiento de la genética de los años 80 que permitió el conocimiento de que los antibióticos estaban entre los tóxicos que, sin ningún género de duda, pueden llegar a distorsionar el mensaje genético y hacerlo aberrante... a pesar de que no haya ninguna duda de ese efecto secundario de los antibióticos... no se haya suspendido la administración masiva y constante de

estos productos y de otras sustancias “**teratógenas**”^[78] propias de la quimioterapia.

El mantenimiento de la quimioterapia por antibióticos es otro caso de permanencia de, en este caso, un método terapéutico erróneo, tóxico y **obsoleto** que, inexplicablemente, se mantiene en vigor hasta nuestros días con toda normalidad y cotidianamente, a pesar de saber con certeza su acción **monstruosa y aberrante** sobre los hijos de los humanos cobaya... Es absolutamente increíble la negligencia que puede practicar la moderna medicina industrial, puesto que es capaz de mantener como **dogmas médicos** únicos e indiscutibles... a ciertas teorías científicas como la de **la infección** y métodos de terapia **aberrantes** y superados por su propio conocimiento biológico reciente si, con ello, es capaz de mantener fabulosos negocios; por esa razón se siguen utilizando los antibióticos en todo Occidente y parte del extranjero; se utilizan con toda normalidad e impunidad como si lo que la medicina ha llegado a descubrir y en la actualidad sabemos con certeza científica sobre la acción teratógena y distorsionante que estos productos provocan sobre nuestros genes... fuera una broma... En realidad, lo que es una maldita y satánica broma es la absurda supremacía y monopolio de la **medicina industrial** que consumimos en nuestra sociedad moderna y aberrante.

CAPÍTULO 19.
UNA EFÍMERA RAZA HUMANA EXPERIMENTAL

EL EXPERIMENTO QUE NO PODÍA SALIR MAL

Como ya sabe el lector que haya llegado hasta esta página, le hemos estado contando que a mitad del siglo pasado dio comienzo en Occidente un **macroexperimento**, una experiencia histórica nueva que iba a utilizar de **cobayas**, esta vez sí, a toda la sociedad, pero con la promesa solemne por parte de **la bestia y su c.c.i.** de que esa experiencia colectiva y nueva en la historia iba a salir bien al primer intento y, por tanto, no cabía plantearse ninguna duda; la seguridad de los cobayas estaba garantizada puesto que, repetimos, la **bestia y su c.c.i.**, que poseía el don de la “infallibilidad”, aseguraba que tenía el poder de mejorar el diseño inteligente del organismo humano y, con la autoridad propia de un faraón, afirmó solemnemente que todo iba a salir bien a la primera... Ante tanta seguridad prometida, la confiada y esperanzada población dejó que la **bestia** introdujera todos esos **nuevos** productos industriales y experimentales en el interior de sus organismos sin abrigar ninguna duda de que todo era por su bien.

Los padres de esas generaciones de niños de los años sesenta, sumidos ya de manera total en la alucinación y la “cultura” de terror a los microbios, confiaron en las promesas de **bondad** y de protección que se les ofrecía y, queriendo otorgar la inmunidad “superior” prometida a sus hijos, los entregaron con total confianza como cobayas del experimento que estaba empezando; la **c.c.i.** les informaba “sinceramente” de que todo era para bien y que el gran experimento no podía salir mal y que, después de consumir esos productos industriales **experimentales**, sus hijos serían mejores en todos los sentidos que lo habían sido ellos y sus antepasados... Ante estas ventajas “aseguradas” por la **bestia y su c.c.i.**, publicitadas por la prensa y avaladas por todos los estamentos gubernamentales de todos los países avanzados, los confiados padres entregaban a sus hijos a esa experiencia novedosa y, además, lo hacían con la agradable sensación de sentirse afortunados habitantes de un nuevo mundo libre de enfermedades infecciosas, puesto que éstas pasarían, por fin, a formar parte de la historia pasada y oscura del hombre.

Con la ayuda de la prensa y de los contertulios “enteraos” y de numerosos documentales y películas, **la bestia y su c.c.i.** convencían a los padres de que esa entrega de sus “afortunados” hijos al gran experimento, en realidad, debía ser para los padres una muestra de amor, de responsabilidad y de esforzado cuidado

hacia sus hijos, puesto que lo debían hacer porque ya “**saben**” y tienen bien asimilado que la **c.c.i.** y su **progreso médico** es capaz de todo, incluso de hacer desaparecer epidemias, de mejorar la inmunidad; incluso es capaz de acertar a la primera en el intento histórico de mejorar el microcosmos humano; y ese poder demiúrgico propio de la **c.c.i.** se iba a hacer patente empezando por la mejora industrial del sistema inmunitario que se disponía a hacer realidad sobre sus queridos y “afortunados” hijos.

Pero, a pesar de esas promesas faraónicas y de esa confianza ciega de la población, pasó el **tiempo** y en los años 70 y 80 del siglo pasado, cuando la sociedad del bienestar se sentía segura con la nueva cobertura sanitaria experimental y los primeros ejemplares de la nueva raza empezaban a tener 20 y 30 años, de manera extraña e inesperada empezaron a aparecer entre la población de los nuevos jóvenes unos problemas de salud que, además, tenían unas características nuevas, es decir, empezaron a salir enfermedades **nuevas** propias y exclusivas de la **nueva sociedad** de cobayas... ¿Qué estaba pasando?... ¿Qué podía significar la aparición de esas nuevas enfermedades?... Los libros de patología de los últimos años 70 empezaron a describir unas enfermedades graves y nuevas que, curiosamente y en contra de lo que es natural y, desde luego, en contra de lo que se esperaba, estaban afectando sobre todo a los jóvenes cobayas que habían participado y participaban desde los primeros años de vida en el gran experimento, es decir, eran nuevas enfermedades **exclusivas** de los nuevos cobayas.

Los médicos y patólogos se dispusieron a investigar y a analizar las características de esas nuevas enfermedades que comenzaban a generalizarse entre la población joven y lo que primero que les llamó la atención fue que no se parecían en nada a los cuadros patológicos conocidos hasta la fecha, sino que eran enfermedades nuevas y desconocidas; y al empezar a analizarlas y describirlas, la sorpresa de los nuevos patólogos de los años 70 fue descubrir que todos esos trastornos, todas esas nuevas lesiones e inflamaciones extrañas, los causaba el propio **sistema inmunitario** de los propios enfermos. La gran proliferación de enfermedades del sistema inmunitario propició la aparición de otra nueva especialidad, **la inmunología médica**, que después de muchas comprobaciones, después de muchos análisis contrastados de los numerosos casos que se estaban presentando... a los nuevos y flamantes inmunólogos no les cupo ninguna duda: el responsable directo de la gran proliferación de esas nuevas enfermedades de reciente aparición era el propio sistema inmunitario.

Para los nuevos especialistas estaba claro que por alguna razón, desconocida para la C.C.I., en la nueva generación de **humanos cobaya**, cuyo sistema inmunitario había sido **manipulado** por la nueva medicina industrial con la intención de **mejorarlo**, inexplicablemente, ese sistema inmunitario se había vuelto aberrante, traicionaba el propósito esencial de su función biológica y atacaba las propias estructuras orgánicas, es decir, el nuevo y “mejorado” sistema inmunitario de estos ejemplares de la nueva raza experimental se comportaba de forma distorsionada, no funcionaba bien y, en lugar de ser un sistema orgánico de supervivencia y adaptación, como lo había sido durante miles de años, inexplicablemente utilizaba sus energías y su fuerza biológica para atacar y destruir a sus propios sistemas orgánicos.

Los inmunólogos y patólogos, aunque sorprendidos ante aquello que veían, no tuvieron más remedio que admitir que estaban siendo testigos de la **alta traición** biológica que estaba cometiendo el **sistema inmunitario** humano. Una traición que se había convertido en un peligro grave para la supervivencia de los jóvenes cobayas y que estaba en el origen de todas esas **enfermedades nuevas** y tan frecuentes entre los jóvenes. Era tan evidente que la causa de esas nuevas enfermedades era el sistema inmunitario que los patólogos no dudaron en llamar a estas enfermedades nuevas, graves e inexplicables que brotaban como setas con el nombre genérico y perfectamente apropiado de enfermedades **autoinmunes**.

La irrupción masiva y exclusiva en la nueva sociedad, es decir, el carácter **endémico** en el seno de la joven población cobaya de este tipo de **nuevas y desconocidas** enfermedades propias del **sistema inmunitario** en los años 70 y 80 debió **detener o interrumpir** esas campañas masivas de vacunación sobre la población infantil, puesto que es imposible, desde el método científico positivista, incluso desde el sentido común más elemental, no relacionar de alguna manera la aparición masiva de enfermedades del sistema inmunitario con la **simultánea** manipulación masiva de ese mismo sistema con nuevos productos industriales de carácter inédito y experimental... Pero detener los planes de vacunación generales hubiese significado reconocer que la “divina” y “sabia” C.C.I. se había podido equivocar y, además, la **bestia y su industria** habrían tenido que renunciar a su **negocio...** y ante semejantes razones no se interrumpieron las campañas de manipulación o vacunación industrial del sistema inmunitario... sino que se incrementaron de manera exponencial.

Lo verdaderamente macabro de esta historia real que acabamos de contar y

que nadie puede negar es que, si en lugar de ser una realidad social macabra que estaba afectando a muchos hombres y mujeres cobaya se hubiera tratado de un experimento normal, con ratones de laboratorio u otros cobayas animales, realizado en cualquier facultad de biología, ante la aparición de estos numerosos casos de evidente y sonado fracaso se hubiese detenido el experimento inmediatamente y se hubiese replanteado el asunto. Ese hubiese sido el comportamiento coherente que se hubiera seguido en cualquier clase de prácticas de laboratorio que se hubiese realizado en una facultad de ciencias que se precie... Pero esta vez no se trataba de un simple experimento de laboratorio en la universidad y los cobayas no eran ratas... sino ciudadanos **consumidores**; esta vez era un fraude gigantesco que buscaba la ganancia en el negocio del consumo de productos industriales, era un plan ideado por unas mentes desalmadas y diabólicas que se rigen por la “moral de los señores” y están “más allá del bien y del mal”... No era un experimento universitario, no... Era y es un gran fraude o formidable engaño que utilizó sin misericordia a los ciudadanos con “moral de esclavos” para venderles unos productos tóxicos como si fueran elementos de salud necesarios, con la única finalidad de crear y producir el gran negocio de miles de millones de dólares que ya lleva unas cuantas décadas funcionando y que ningún doctor nadie puede detener. Desde entonces, los ciudadanos de Occidente estamos inmersos, en calidad de cobayas con “moral de esclavos”, en un experimento incierto donde, para colmo, los verdaderos resultados no importan nada a nadie; y la verdad científica y el conocimiento experimental no eran, ni de cerca, el objetivo; por eso, sean cuales sean los resultados, por catastróficos, monstruosos y evidentes que sean, no son capaces de cambiar, ni poco ni mucho, la marcha triunfal y macabra de la **única medicina de la bestia**.

A NUEVAS ENFERMEDADES... MAYOR NEGOCIO

La **bestia y su c.c.i.**, ante la aparición repentina de los numerosos síndromes autoinmunes y ante el deterioro del sistema inmunitario de los nuevos cobayas, no quisieron detener su negocio y utilizaron su poder de persuasión para mantener su fraude dentro de la “sociedad del bienestar”; es más, vieron rápidamente que podían aprovechar la nueva coyuntura y aumentar, más si cabe, el negocio sin ningún tipo de problema, puesto que, para la **bestia y su industria médica**, la aparición de todas estas nuevas enfermedades no ha sido nunca, ni es, un problema ni, mucho menos, una situación dramática que debiera interrumpir de inmediato la distribución de medicación industrial de carácter experimental sobre la población; nada de eso, puesto que la aparición de todo este conjunto de **nuevas e inéditas enfermedades** no es un contratiempo sino más bien una simpática, beneficiosa y prometedora coyuntura que le ha permitido durante todo este tiempo **ampliar el negocio** y, además, es una favorable perspectiva para el futuro, puesto que gracias al aumento del número de esas nuevas enfermedades exclusivas de la nueva “sociedad del bienestar” el volumen de clientes no deja de aumentar sin pausa y, como consecuencia, tampoco deja de aumentar la producción y el consumo de productos industriales... ¿Se puede pedir y desear algo mejor para una industria floreciente que puede manipular la realidad?

Y para calmar a la población cobaya cuenta con el poder de crear la “realidad” que todos aceptamos como “auténtica” e indiscutible gracias a la dócil **prensa y la docencia**, que ya sabe el lector de su capacidad de convencer a todo el mundo de cualquier “realidad” por inverosímil que sea; éstos factores de persuasión tratan de calmar al personal enseñando que esas enfermedades nuevas y autoinmunes tienen un origen “desconocido” por ahora pero que la moderna ciencia descubrirá en el futuro, y advierte a los ciudadanos a través de la **prensa** que no deben preocuparse ni alarmarse, nada de eso, sino que deben confiar, como siempre han hecho, en el “reputado” genio humano ilustrado de la **medicina moderna** que ha “demostrado”, repetidamente, tener mucho poder sobre las mismísimas leyes de la **naturaleza**; la prensa de la c.c.i. afirma que todo se arreglará y que, por ahora, lo que tienen que saber los ciudadanos de la sociedad del bienestar es que la **bestia y su c.c.i.** han puesto en el mercado, a disposición de los nuevos médicos, otra nueva serie de productos industriales de nueva producción y recientemente descubiertos que son capaces de controlar en parte, aunque sólo en parte, a ese sistema inmunitario que se ha vuelto traidor sin

más; son los nuevos protocolos de medicación industrial a base de los conocidos antihistamínicos, corticoides sintéticos y los ya populares inmunosupresores, que, aunque tienen importantes y notorios efectos secundarios tóxicos, logran aminorar un poco, aunque sea sólo un poco, los destrozos que ese sistema inmunitario distorsionado, enloquecido y traidor está ocasionando “sin causa justificada” en su propio organismo. El sistema oficial de salud y la docencia médica enseña a los aprendices de médico que, ante la aparición de esas nuevas enfermedades del **sistema inmunitario**, no deben preocuparse ni extrañarse, y que, aunque sean exclusivas de la población cobaya, no deben hacerse preguntas, no deben establecer relaciones ni, mucho menos, deben pensar o reflexionar si guardan algún tipo de relación con la simultánea manipulación industrial y experimental de ese mismo **sistema inmunitario**... No deben hacerse preguntas indiscretas; tienen que confiar en sus maestros y simplemente tienen que hacer aquello que se les ha “entrenado” a hacer... que es aplicar exactamente el **protocolo** que se les enseña y que está diseñado por la enorme “sabiduría” que no admite discusión ni disidencia de la “honorable”, “bienhechora”, “bienintencionada” y “sabia” C.C.I. Esta confianza plena en la **única medicina** debe quedar bien clara para todo aprendiz o médico en activo, porque lo que no permite la **bestia y su C.C.I.**, bajo pena de cárcel, despido, desprestigio o multa, es que ningún médico ni aprendiz piense o insinúe, mucho menos que diga algo o que escriba sobre la posibilidad de relacionar dos acontecimientos biológicos que se han sucedido uno a otro y que es necesario que tengan alguna relación de causalidad, puesto que han acontecido y coincidido en el tiempo, precisamente en esta época de inicio y desarrollo del gran experimento; es decir, la C.C.I. no permite que nadie relacione el hecho objetivo e innegable de haber manipulado el sistema inmunitario por **primera vez** en la historia biológica del hombre y la coincidencia en el tiempo de la aparición, también por **primera vez** en la historia de la medicina, de unas enfermedades propias de ese mismo sistema inmunitario, nuevas enfermedades que no existían antes del acontecimiento y que, para hacer más evidente la relación de causalidad entre un fenómeno y otro, resulta que esas nuevas enfermedades afectan, exclusivamente, a esa nueva población cobaya... ¿Qué tal?... ¿Son necesarias más coincidencias exclusivas que demuestren la relación de causalidad entre los dos fenómenos o acontecimientos?

Pues, por muy claro que le pueda parecer al lector con sentido común, si alguien se atreve a preguntarse si hay alguna relación entre los dos acontecimientos sobre el mismo sistema orgánico... estaría cuestionando la infalibilidad de la C.C.I., estaría sugiriendo que todos esos grandes científicos que

formaron y forman dicha comunidad se han podido equivocar la primera vez que intentaron, por medio de un experimento, mejorar el diseño ancestral del sistema inmunitario humano, y eso sería poner en duda su absoluta sabiduría que les impide equivocarse, ni siquiera en el primer intento de una prueba experimental... Por tanto, que el lector sepa que, aunque su sentido lógico le induzca a pensar que existe una relación causal innegable y evidente entre la manipulación industrial y experimental del **sistema inmunitario** de la población de la “sociedad del bienestar” y la aparición de nuevas enfermedades **autoinmunes** entre los ciudadanos de esa misma sociedad... ¡No!... ¡No!... y ¡No!... la **C.C.I. y su única medicina industrial** no comete errores, no puede fallar en nada de lo que se proponga y no hace rectificaciones... ¡Lo sabe todo y lo puede todo!... Y ese poder demiúrgico indiscutible le permite superar y mejorar al diseño natural de los propios sistemas biológicos en cuanto se pone a ello... ¡sin posibilidad alguna de error!... Ante esta dogmática proclama de la **bestia**... todos callan y adoran... ¿Nadie es capaz de escuchar la gran carcajada de la **bestia**?... Entre tanta algarabía y voces de alabanza hacia la **única** medicina moderna... ¿nadie oye su satánica risa?

SÍNDROME DE INMUNODEFICIENCIA ADQUIRIDA:

EL SIDA

Unos pocos años después de la aparición en escena de los primeros casos de **enfermedades autoinmunes** en el corazón de la “sociedad del bienestar”, donde la población cobaya vivía el “American Dream” propio de la sociedad de la **bestia**, en concreto en la ciudad de San Francisco surgieron unos casos de neumonía atípica y desconocida hasta la fecha en un grupo de homosexuales adictos a drogas lúdicas como el “popper” y a las anfetaminas, a la heroína, al alcohol, a la marcha nocturna y a la vida sexual promiscua, según relataron los propios pacientes gays a los médicos que les atendieron.

En los primeros análisis, los patólogos vieron que estos ciudadanos presentaban muchos casos de tumores de Caposi, frecuentes linfopatías, alteraciones de la flora digestiva y neumonías atípicas, y que, además, presentaban signos que denotaban que su sistema inmunitario estaba muy deficiente tanto en los análisis como en la clínica: disminución de linfocitos en sangre, candidiasis pulmonares y digestivas, astenia intensa, alteraciones termostáticas, fiebres, anemias graves, diarreas crónicas... Enseguida aparecieron cientos, incluso miles de casos de jóvenes con las mismas catastróficas deficiencias orgánicas del mismo sistema; en los años 80 y 90 se le denominó **la pandemia** del siglo debido a los millones de casos que aparecieron en pocos años. A esa nueva enfermedad la llamaron sida, que son las iniciales de **síndrome de inmunodeficiencia adquirida**. Otra nueva y desconocida enfermedad del **sistema inmunitario humano**.

Ante esta nueva enfermedad del sistema inmunitario que azotaba también a las generaciones cobaya de la nueva raza y que volvía a poner en duda el buen resultado del macroexperimento realizado desde hacía años sobre el propio sistema inmunitario, la c.c.i. tampoco propuso interrumpir las campañas de manipulación sobre el susodicho sistema; en vez de eso, en esta ocasión, salió anunciando que había encontrado un porqué o una causa “objetiva y real” de ese síndrome de inmunodeficiencia, es decir, de ese nuevo y pandémico fracaso de la inmunidad de las nuevas generaciones cobaya: la prensa anunció a todo el mundo que **la causa** que estaba haciendo fracasar el gran proyecto de mejorar al sistema inmunitario, según la c.c.i., era ajena a sus métodos y a sus medicaciones experimentales y ajena, por supuesto, a la manipulación química e

industrial del propio sistema inmunitario que se estaba operando desde hacía años.

La susodicha **c.c.i.** y **su prensa** se esforzaron para llevar a cabo una campaña gigantesca, formidable y mantenida durante más de diez años, para que todo el mundo quedara bien enterado de que el sida era algo no previsto en el macroexperimento y de naturaleza totalmente casual y fortuita, un acontecimiento desafortunado e imprevisto: la causa era un nuevo y desconocido virus hallado en el Instituto Pasteur^[79] al que llamaron **VIH**. La prensa de todo el mundo anunció a finales de los ochenta que ese nuevo virus que habían aislado era, sin ningún género de duda, el verdadero causante del colapso del sistema inmunitario de los jóvenes inmunodeficientes que habían aparecido de repente en plena “sociedad del bienestar”. La presentación por parte de la **c.c.i.** de ese nuevo virus probaba, para la prensa y la docencia, que ese nuevo síndrome de inmunodeficiencia que se había presentado de manera inesperada entre la población cobaya, por supuesto, no tenía nada que ver con el **macroexperimento** que se estaba realizando desde hacía 30 años sobre su sistema inmunitario, puesto que ese experimento no tiene otra posibilidad que la de salir bien, ya que así lo afirma la doctrina infalible y dogmática de la **bestia**.

Pero la **c.c.i.** no pudo evitar que, como ya hemos contado en los primeros capítulos, salieran algunos **doctores nadie** y otros científicos que sí eran **alguien** dentro de la propia **c.c.i.**, entre ellos varios premios Nobeles y los mejores virólogos de ese tiempo, que se convirtieron inmediatamente en **médicos disidentes** de la versión oficial y se enfrentaron de la opinión de la **c.c.i.** y, además, daban otra explicación diferente sobre la causa del sida; **todos ellos** coincidían en afirmar que la verdadera causa del sida no era un virus nuevo, éste en realidad ni existía, sino que el sida era consecuencia de la acumulación tóxica de vacunas, antibióticos y drogas industriales en unas generaciones de jóvenes cobayas que habían practicado y practicaban su consumo desde la más tierna infancia.

La explicación de la verdadera causa de esa nueva enfermedad que daban estos médicos disidentes, como comprenderá el lector, no les gustó nada a la **bestia** y **su c.c.i.**, puesto que con sus afirmaciones, aunque evidentes y coherentes con lo que de verdad había pasado, estaban poniendo en duda la opinión y autoridad absoluta de la propia **c.c.i.**; además, estaban denunciando directamente la responsabilidad que, sin ninguna excusa posible, tenía esa **c.c.i.** en la producción y creación de la nueva enfermedad del sida, puesto que había

sido ella la que había diseñado durante todo el siglo XX toda la distribución y la introducción de todos los productos industriales tóxicos que, como “caballos de Troya”, ahora que ya estaban en el interior de sus organismos desde hacía años estaban aniquilando la vida de todos esos jóvenes.

Era evidente que la opinión de esos **doctores nadie**, que afirmaban que el sida era una enfermedad producida por acumulación de tóxicos, denunciaba directamente que el **gran experimento** sobre la población del primer mundo que se estaba realizando por parte de la **medicina industrial** estaba resultando ser un fracaso y que la **nueva raza de cobayas** estaba mostrando sus primeros síntomas graves de distorsión y aberración biológica y que, contrariamente a lo que se anunciaba oficialmente en todas partes, esa nueva raza no daba ninguna muestra de estar transformándose en una raza superior que gozara de mayor inmunidad ni de mayor salud, sino todo lo contrario. La **bestia** no podía permitir semejante mensaje, que la situaba en su verdadero papel de genuino **depredador** en esta macabra historia, y cargó su ira contra tales elementos “difamadores”. Y ante las evidencias y los datos contrastados que mostraban estos médicos “traidores”, tuvo que utilizar todo su poder mediático, académico y político para vetar y silenciar la opinión disidente de estos doctores nadie en los medios de comunicación. Ya hemos explicado en capítulos anteriores que lo logró contando con su gran poder político y académico e, inmediatamente, fueron excluidos de todos los focos mediáticos y cesados de sus cargos científicos y docentes; por eso, los ciudadanos no conocen a estos científicos que, hasta el momento de enfrentarse a la opinión de la C.C.I., ésta les tenía a algunos de ellos por miembros suyos honorables y destacados; pero, a partir de ese encontronazo, desaparecieron de los medios públicos y docentes; de la noche a la mañana fueron despedidos y eliminados de sus puestos y de sus rangos dentro de la **c.c.i.**, dejaron de ser **alguien** y pasaron a ser unos **doctores nadie**; quienes ya lo éramos en esa época, los colegios de médicos se encargaron de mantenernos en silencio bajo amenaza de sanción en nuestro pequeño ámbito reducido y familiar...

Para cualquier Sherlock Holmes, sin necesidad alguna de ser médico, resulta evidente que la supuesta pero irreal epidemia infecciosa atribuida al nuevo virus VIH es una excusa perfecta para la C.C.I., puesto que, si lograba colar esa acusación al nuevo virus y presentarlo como la causa de la inmunodeficiencia de los cobayas, evitaría tener que dar cuentas reales y replantearse estos sesenta años de **iatrogenesis tóxica**. Y podemos decir que ha logrado esquivar esa

evidente responsabilidad... hasta el día de hoy.

CAPÍTULO 20.
EL MUNDO FELIZ DE ALDOUS HUXLEY

LOS HOMO COBAYA CASTRADOS POR LA QUÍMICA

El autor de este ensayo, por el hecho de llevar muchos años en esta guerra y, además, habiendo asumido la derrota como una realidad continua, definitiva y sin remedio, pretende ser realista y, por eso, es capaz de reconocer la gran dificultad que representa cambiar esta realidad social **tóxica**; es más, cree que es totalmente imposible vencer a la **mentira que mata** impuesta por la **bestia y su industria** y sólo espera que algunos lectores, aunque sean muy pocos, comprendan lo que se ha escrito aquí y puedan reaccionar, puesto que sé que sólo es posible el cambio y la solución a esta situación de **iatrogenia** a nivel personal o particular; no es posible la solución colectiva o social porque... como verá el lector... es demasiado **grave, grande y monstruoso** todo lo que esa **c.c.i. con su medicina única** tendría que reconocer; ha sido muy grande y mantenida en el tiempo la **mentira que mata** y es mucho aquello de lo que habría que desdecirse... y ni los gobiernos, ni las grandes facultades de medicina, ni los médicos, ni las ONGs... están dispuestos a reconocer que han estado equivocados durante tantos años; no van a admitir que han sido engañados por la **bestia** y han sido los causantes de toda esta situación de **iatrogenia**... No lo van a poder reconocer y no lo han hecho... ni lo harán y... la **bestia** lo sabe... y este viejo médico que ha escrito este libro también lo sabe y lo tiene asumido, puesto que él sí que hace ya mucho, demasiado, tiempo que escucha, con una insoportable claridad, la prepotente y descarada carcajada de la **bestia**.

Pero para seguir con su oficio de médico y ofrecer a los pocos que sean capaces de escuchar y entender la verdad y que, con ello, se puedan curar de la locura **iatrogénica** que padece nuestra sociedad, este doctor nadie sigue invitando al lector a hacer un análisis racional de la verdadera situación de la población, más allá de la “ilusión” propia de esa alucinación colectiva y de esa euforia vana e indolente en la que se vive en la “sociedad del bienestar”; y, para ello, quiere dirigir la atención del lector para que tome en consideración los siguientes datos y estadísticas que le va a presentar para su conocimiento y atención, datos y estadísticas que, como viene siendo habitual en este ensayo, no son de este médico sino de los mismos organismos oficiales.

Si se entra en las estadísticas del propio Ministerio de Sanidad de principios del tercer milenio (año 2000), cualquiera puede comprobar con facilidad que **la**

fertilidad de los jóvenes varones de la nueva raza de humanos, según el propio Ministerio y sus datos estadísticos, **se ha reducido a la mitad**. Este dato, que el lector encontrará con facilidad en las estadísticas del Ministerio de Sanidad, se traduce, en concreto, en la enorme cantidad de parejas jóvenes que, en nuestros días, son incapaces de reproducirse como lo ha hecho desde siempre la raza del **homo sapiens**, es decir, por medio del coito y la cópula normal humana.

El lector conocerá, sin duda, algún caso familiar, incluso puede ser él uno de esos casos incluidos en las estadísticas; es posible que esté viviendo o, mejor dicho, sufriendo en persona la **castración química** propia y exclusiva de las generaciones de los jóvenes cobayas, es decir, la **esterilidad** de reproducción (impotentia fecundandi) que, repetimos, desde los años próximos al 2000 el propio Ministerio de Sanidad lleva constatando que afecta, en según qué regiones en España, más o menos a la mitad de los jóvenes en edad de reproducción.

Esta situación actual de **castración química** de los jóvenes varones de la nueva especie de homo cobaya afecta también a las mujeres casi en el mismo porcentaje, aunque en las féminas ha influido directamente, también, el uso excesivo de medicación hormonal industrial que se ha hecho común en nuestra sociedad para tratar de manipular otro sistema orgánico con el fin de “mejorarlo” y de “controlarlo”: el sistema reproductor de la mujer. Como sin duda conocerá el lector, existe toda una formidable industria médica que basa su gran negocio en proporcionar a la mujer moderna todo un arsenal de productos industriales que le permiten actuar de manera **contranatural** alterando sus ritmos sexuales, suprimiéndolos o abortándolos... Sin entrar en valoraciones morales... no podemos dejar de advertir que todas estas manipulaciones artificiales del ciclo sexual genuino de la mujer no quedan impunes desde el punto de vista de la salud física y psíquica femenina y del buen funcionamiento de los sistemas reproductores de la mujer. Estos productos hormonales logran alterar los ciclos hormonales propios de las mujeres sin aparentes efectos secundarios de carácter grave a corto plazo, pero después de unas décadas de haberse implantado esta costumbre entre las féminas occidentales... se ha constatado un gran aumento de tumores mamarios y uterinos de carácter maligno... No se ha investigado demasiado la posible relación que pueda existir entre ese aumento del cáncer femenino y la manipulación hormonal de su sexualidad; a la **bestia** no le interesa demasiado el tema del incremento de la frecuencia del cáncer entre las mujeres modernas y, por ello, no hay estudios y no se conoce si hay posible relación de

causalidad, sino que a la **industria médica** lo que le interesa es que cada día haya más consumo de productos hormonales en el mercado para interferir, con fines variados, con el funcionamiento del organismo de las mujeres cobayas.

En la actualidad, los análisis llevados cabo en los cobayas varones demuestran dos deficiencias principales en su semen: falta o carencia de espermatozoides y/o alteraciones en la forma y movilidad de éstos; es decir, son escasos, paralíticos, deformes y aberrantes.

En las hembras los resultados son: nidos vacíos, ovulaciones sin óvulo desarrollado, óvulos con ARN mitocondrial y ADN nuclear impregnados de restos de antibióticos, alteraciones en el proceso de gestación y de anidación uterina, menopausia anticipada y aumento exagerado de la incidencia de miomas, papilomas y de cáncer de mama y genital en las jóvenes mujeres cobaya.

Los médicos que ya somos veteranos y llevamos cerca de cuarenta años de ejercicio hemos sido testigos de primera fila de la silenciosa, rápida y solapada aparición y aumento exponencial de la **esterilidad** en los jóvenes cobayas, por la sencilla razón de que cuando empezamos a ejercer nuestro oficio, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, simplemente **no existía la esterilidad en la población**, salvo en casos excepcionales que, normalmente, obedecían a causas de minusvalía o de accidente grave; todos los demás varones normales y sanos de la especie homo sapiens e, incluso, los de la primera generación cobaya éramos **rabiosamente fértiles**; nosotros, los primeros en someternos al experimento y que, en la actualidad, somos cincuentones los más jóvenes, éramos hijos de los últimos humanos de la raza **homo sapiens**, es decir, somos hijos de aquellos que se quedaron a las puertas del gran experimento masivo y total; éramos los hijos de los que tenían una biología humana normal y genuina, anterior al experimento; éramos los primeros cobayas cuyos padres serían los últimos humanos cuyo ADN estaría libre de contaminación antibiótica; por eso, ellos y la mayoría de nosotros éramos, **todos**, perfectamente fértiles. Pero, por haber nacido en el tiempo en que se estaba iniciando el gran experimento, los que ahora tenemos alrededor de sesenta años, nuestro ADN iba a ser el primero de toda la milenaria historia humana en impregnarse de químicos industriales y antibióticos con capacidad de producir alteraciones en el mensaje genético; el experimento empezó con nosotros, los de mi generación fuimos los primeros españoles que empezamos a consumir antibióticos; por tanto, los primeros cobayas nacimos en la década de los 40 y 50 y, desde entonces, esa introducción

de antibióticos no ha hecho otra cosa que intensificarse en volumen y cantidad... Si comparamos la primera, segunda y tercera generaciones de humanos cobaya, podemos ver con claridad que la primera nació de un ADN sin contaminar y, por eso, **éramos todos fértiles**; a partir de la segunda y tercera generaciones (años 80 y 90) es cuando los ejemplares cobayas ya nacen de padres cuyo ADN está, cada vez más, impregnado de antibióticos y otros productos industriales, y ellos mismos han recibido antibióticos desde el mismo nacimiento; por tanto, ha sido a partir de estas segundas y terceras generaciones de cobayas intoxicadas desde la concepción que han ido surgiendo exponencialmente una gran cantidad de casos de **esterilidad** entre sus jóvenes ejemplares, y en los hijos de estas generaciones que han logrado vencer la esterilidad por fertilización artificial han aparecido numerosos casos de niños con **enfermedades raras**.

Todo este aumento creciente obedece a que cada vez han ido apareciendo en el mercado médico más tóxicos industriales nuevos que los ciudadanos, desde los años 50 y 60, han ido in-corporando a su organismo en forma de vacunas, medicación y tóxicos ambientales. Los casos de **esterilidad** empezaron a emerger como hongos en los últimos años ochenta por todas partes, hasta llegar a las estadísticas del año dos mil, donde ya se constató que la mitad de la población de adolescentes actuales eran **estériles**, es decir, en el momento actual (2018) han pasado casi 20 años más desde que empezó el tercer milenio y hay que suponer que esa infertilidad, siguiendo el mismo ritmo, debe haberse casi duplicado, y dentro de 20 años más... ¿quedará algún ejemplar de humano cobaya que sea fértil?...

El tiempo nos lo dirá... pero por ahora podemos constatar objetivamente que nuestra experiencia como médico veterano nos ha mostrado con claridad y queda constatado en las propias estadísticas del Ministerio de Sanidad que, a partir de las segundas y terceras generaciones cobayas, se ha reducido su capacidad de reproducirse de una forma natural, capacidad que poseían sus abuelos, incluso sus padres, de una forma general, espontánea y gratuita, aunque estos últimos empezaran a tener restos de los primeros antibióticos en sus genes.

Si repasamos las fechas, podemos observar que esta **castración química o esterilización** de la población ha sido muy rápida, se ha producido en treinta años y, por eso, afecta sobre todo a los jóvenes y se da el caso paradójico, pero muy lógico según lo que acabamos de explicar, que, en la actualidad, son más fértiles las poblaciones de varones de más de cincuenta años que los jóvenes de treinta; esa circunstancia ha provocado algo curioso en la población actual

española y europea, y es que los niveles de gestaciones y nacimientos **naturales** y, por tanto, concebidos mediante la cópula humana son mantenidos principalmente por parejas de padres mayores, puesto que por primera vez en la historia de la humanidad son más fértiles los abuelos que los nietos. A causa de la transformación industrial del **homo sapiens en homo cobaya**, en estos últimos años se ha llegado a invertir el orden natural de la reproducción humana en la “sociedad del bienestar”, donde sus jóvenes cobayas están siendo castrados químicamente, han perdido un poder ancestral que tienen todos los animales del planeta; pero, en su alucinación, los homo cobaya o los ciudadanos modernos se sienten confiados y afortunados habitantes de una “sociedad del bienestar” y se creen miembros de una raza superior.

Ante esta nueva catástrofe genética que amenaza con la extinción de la propia raza cobaya, la **bestia y su C.C.I.**, como siempre, no se inquieta sino más bien la celebra y la aprovecha, y le ha dado la vuelta a la situación de tragedia biológica que supone la castración masiva de los cobayas, volviéndola un fenómeno favorable para la industria y el consumo; la industria médica amplía su horizonte comercial con cada nueva situación catastrófica convirtiéndola en una nueva fuente de negocio... Su capacidad de ganar dinero es insaciable y, como siempre, utiliza la propaganda en la prensa y en la docencia, donde puede soltar su discurso y su bando: **“no os preocupéis por estar un poco castrados y no poder engendrar hijos como hacían vuestros padres y abuelos; no pasa nada; la medicina moderna os ofrece la nueva tecnología que os permite tener niños probeta que son iguales que los naturales; ¡qué digo iguales!... ¡Mejores!... En un futuro próximo... podréis elegir cómo los queréis... guapos, altos, inteligentes, sin enfermedades y sin defectos... y no hay que preocuparse, puesto que ser estéril no tiene por qué ser un problema, puesto que con nuestra tecnología lo podemos convertir en una ventaja”**. No perdáis la confianza en vuestra amada C.C.I., que con su ciencia y su medicina industrial os hace cada día mejores ejemplares humanos y os tiene reservado un futuro maravilloso, donde el útero maternal habrá pasado a la historia y seremos capaces de crear seres humanos perfectos en el laboratorio y de ahí a la producción industrial...”

Firmado: La bestia... partida de risa.

LA MONSTRUOSA SOCIEDAD DE LOS NUEVOS HUMANOS RAROS

La prensa no deja de hacer proselitismo de los avances en ingeniería genética y reproductiva; y a pesar de todos estos intentos fallidos de mejorar los sistemas orgánicos no cesa en su prédica de que, más allá de estas catástrofes, la ciencia y la medicina industrial nos conducirán y nos harán llegar a una “tierra prometida” donde los cobayas impotentes de hoy podrán tener, el día de mañana, a sus niños probeta sin problemas por encargo y a la carta. Pero, además, promete solemnemente (como siempre) que esos niños probeta, gracias a la industria y la tecnología que desarrollará la *c.c.i.*, serán superiores y más perfectos que lo fueron sus padres... y la población de cobayas se lo cree y sigue pensando que vivir en estos tiempos de progreso y en esta “sociedad del bienestar” ha sido una verdadera suerte.

La enorme proliferación de centros médicos de reproducción asistida y de infertilidad del momento actual es el gran negocio de la **bestia** y, por eso, lejos de estar preocupada por la castración de los jóvenes cobayas, está encantada con la situación de **esterilidad** creciente que se observa día tras día. Estos centros de infertilidad, a pesar de dar servicios carísimos, están abarrotados de gente joven en la actualidad y son un campo cada vez más grande dentro del gran negocio de la medicina industrial en estos momentos, pero los cincuentones y sesentones actuales somos testigos vivos de que los centros médicos de infertilidad no existían ni se conocían hasta hace tan sólo 30 años, puesto que hubiesen estado vacíos y sin clientes. Todas esas situaciones catastróficas han ido apareciendo en las últimas décadas al tiempo que la **prensa y la cultura** modernas nos han ido convenciendo de que vivimos en la mejor de las sociedades que el hombre ha conocido y, con ello, han logrado ocultarnos la realidad de que estamos dejando de ser humanos y nos estamos convirtiendo en seres experimentales, en humanoides con función de cobayas de destino incierto, y que corremos el peligro de convertirnos en **monstruos auténticos** como resultado final de haber querido perfeccionar y superar nuestra propia **naturaleza humana** genuina.

El médico y el científico tradicional mantenían ese gran respeto y veneración por la **naturaleza o el cosmos** del que ya hemos hablado al lector y sabían que no había impunidad para aquel humano o sociedad que osaba oponerse a la naturaleza o alterar sus ritmos y sus leyes; la sociedad ilustrada

moderna que hemos llegado a crear ha desafiado a esas leyes cósmicas llegando a querer sustituir las funciones vitales de los humanos por procedimientos industriales y a los sistemas orgánicos por artefactos tecnológicos; no importan los evidentes fracasos que hemos descrito y que el lector puede constatar con facilidad, puesto que la tozudez de la ilustración humana insiste en querer superar al propio cosmos y, a pesar de la aparición de nuevas enfermedades, no cesa en su vano empeño; pero, como la acción **contranatural** no puede quedar impune, la sociedad industrial del bienestar empieza a padecer la que quizá sea la última de las epidemias que conozca la humanidad: la terrible pandemia de **las enfermedades raras**.

Esta monstruosa epidemia, que, como las demás que acabamos de describir, es exclusiva de Occidente y que, por supuesto, afecta sólo a ejemplares jóvenes de la nueva raza cobaya, es de una magnitud sin precedentes en la historia de la medicina; en la actualidad (2018), según el Ministerio de Sanidad, hay 3.000.000 casos de afectados en España y de 30 a 36.000.000 en Europa... ¿Qué tal?... ¿No son suficientes casos como para que la prensa apenas hable de ello?

Nunca antes, en toda la historia de la medicina, se había podido describir una **incidencia tan gigantesca y formidable** en tan poco tiempo (20 ó 30 años) de cualquier otra enfermedad conocida. En realidad, para calificar el gran número de casos que se han presentado en los últimos años, la palabra más indicada es la de **pandemia**.

¿Qué son y cómo son estas **enfermedades raras**?

Son enfermedades cuya **causa**, sin ningún género de duda, es **genética**, es decir, todos los médicos, incluidos los modernos, afirman que son producidas por defectos en la calidad de los espermatozoides y/o de los óvulos, que se encargan de transmitir el mensaje genético, y que afectan exclusivamente a los hijos recién nacidos de **la tercera y cuarta generaciones cobaya**, que, simple y llanamente, son niños humanos que **nacen imperfectos, nacen estropeados**; en el lenguaje industrial propio de la industria médica moderna se diría, con toda propiedad, que esos desafortunados niños **nacen con defecto de fabricación**.

Esa inmensa cantidad de niños **deformes** y **deficientes** vitales son la consecuencia lógica de la presencia en el interior de los **genes** de sus progenitores de los terribles y despiadados “caballos de Troya” en forma de productos experimentales tóxicos que fueron introducidos de una manera confiada sin pensar ni querer saber que podrían tener consecuencias

desconocidas y arriesgadas para las generaciones futuras; ahora ya es demasiado tarde, ya han contaminado los genes... ya no puede haber marcha atrás... Y después de varias generaciones de ciudadanos que se han intoxicado, ahora ha llegado el **momento** de la **aniquilación** y el **sufrimiento** como consecuencia de la transmisión distorsionada y monstruosa del mensaje genético que están produciendo los tóxicos genéticos en los **fetos** de las mujeres cobayas de tercera y cuarta generación. Como consecuencia de esos fallos en la estructura bioquímica de los genes de los nuevos **fetos cobaya**, los mensajes de herencia biológica no tienen la coherencia que corresponde a su propia naturaleza y **son teratógenos**; por eso, los nuevos humanos cobaya recién llegados, nietos y bisnietos ya de las primeras generaciones de cobayas, son hijos de unos códigos genéticos intoxicados y alterados, son hijos de un mensaje genético demasiado distorsionado y, como consecuencia, nacen niños con sus sistemas digestivos que debieran digerir y resulta que no digieren porque son incapaces de hacerlo; sus sistemas nerviosos, que debieran coordinar movimientos y sensaciones, resulta que no coordinan los movimientos más básicos, como respirar o tragar o moverse normalmente, ni tampoco controlan las sensaciones, que se vuelven aberrantes y dolorosas y, por eso, la piel de estos niños no resiste el contacto con el aire, sus huesos se rompen como el cristal, envejecen con rapidez, sus órganos y miembros pueden faltar o ser deformes, no pueden reír, no pueden respirar, no pueden hablar, no pueden oír, no pueden ver... no pueden... vivir la vida... El simple existir resulta una tortura para el pequeño paciente y para sus familiares.

La **c.c.i.** dice desconocer la causa de que se produzcan tantos casos de enfermedades genéticas, pero lo dice para no reconocer y callarse que la verdadera causa es la **iatrogenia tóxica** que afecta a toda la población de jóvenes cobayas; no quiere decir que estas enfermedades tienen un origen que sin ninguna duda es **iatrogénico**... ¡No! ¡No! ¡No!... No quiere reconocer ese origen... porque esa **iatrogenia** la ha producido y propiciado la propia **c.c.i.** y, queriendo huir hacia adelante, promete encontrar una solución en un futuro próximo.

La prensa apenas habla de esta **pandemia** y prefiere hablar de los casos de ébola que aparecen en el Congo, de la gripe y sus nuevas vacunas y de los presuntos adelantos de nuevos medicamentos y operaciones inéditas y prefiere, también, hablar de los avances tecnológicos imaginarios que prometen acabar algún día con todas las enfermedades... Habla de cualquier cosa menos de la enorme cantidad de casos de **enfermedades raras** que se están presentando en la

“sociedad del bienestar”. Sin embargo, están ahí esos millones de casos y los ciudadanos sólo se enteran cuando les ha tocado personalmente y descubren la horrible realidad de que estos casos tan desgraciados y crueles... existen y son una pandemia; pero entonces ya es demasiado tarde para ellos y sólo la **muerte temprana** que les suele sobrevenir a estos niños con **enfermedades raras** resulta ser, paradójicamente, un **dulce regalo** para las criaturas y un descanso para el sufrimiento emocional y la impotencia de los padres.

Con esa gran **iatrogenia** general que ha dado origen a estas **pandemias** desconocidas para la medicina tradicional de enfermedades nuevas y de esterilidad de los jóvenes... la nueva raza del **homo cobaya** que prometía tanto... se va a extinguir en unas cuantas generaciones más; habrá resultado ser una **raza efímera** de humanos y tendrá que recurrir, y de hecho lo está haciendo en la actualidad, a un nuevo e industrial **hito** de la ciencia y la medicina modernas: **el homo probetae**. Pero... en esta desesperada huida hacia adelante... ¿tenemos que volver a creer que la industria será capaz de crear una raza superior?... ¿tenemos que creernos que las probetas industriales van a ser capaces de gestar mejor que lo han hecho durante miles de años los úteros de nuestras madres?... La publicidad y la prensa de la **bestia** está dispuesta a convencernos de que esa nueva raza de **homo probetae** va a ser, sin ninguna duda, una raza superior; es muy posible que consiga convencer a los actuales humanos cobaya, puesto que su poder de crear la “realidad” ya hemos visto que es enorme...

Sea como sea, lo que va quedando claro por ahora es que la raza **homo cobaya**, en lugar de ser una raza superior como prometía la Ilustración científica y como estaba previsto en los planes de la civilización industrial, está resultando ser una raza enfermiza, débil, aberrante, estéril y efímera. Esa nueva raza de humanos nació hace 60 años y desaparecerá antes de que pasen otros tantos. Pero quedará en los anales sociales que esa raza efímera, enferma y deforme, mientras existió, estaba plenamente convencida de que era una raza afortunada que le había tocado vivir el tiempo histórico de la culminación de la inteligencia humana y de la civilización; estuvo convencida hasta la médula de vivir en una nueva “sociedad del bienestar” y, cómo no, disfrutando del “primer mundo” cuidada y protegida por la mejor... ¡qué digo la mejor!... la **única medicina** que ha conocido la humanidad de todos los tiempos. La necedad, la ignorancia, la degeneración y la autoaniquilación han resultado ser la verdadera culminación intelectual de la **Ilustración**. La sociedad moderna que se jactó de no necesitar a

Dios y de ser superior a la **Naturaleza** y que se creyó poseedora del poder demiúrgico de diseñar el cosmos a su antojo... ha resultado ser una sociedad enferma, estéril y monstruosa; se ha convertido en la civilización de la **bestia** y su orgullosa población va a ser fagocitada por **ella** porque se ha convertido en su confiada presa.

CAPÍTULO 21.
LA MEDICINA DE LA BESTIA: EL FIN DE LA
PELÍCULA

LA TELARAÑA DE LOS VALORES NORMALES

Por si todo este gran fraude infeccioso y tóxico fruto de la **paranoia a nuestros microbios** que ha transformado en pocas décadas a todos los ciudadanos en unos cobayas enfermos y que les ha sumergido en un proceso de **iatrogénesis general** que les ha convertido a su vez en una población de **impotentes estériles y deformes** no hubiese sido suficiente para **asegurar** la inminente aniquilación de la población de la “sociedad del bienestar” en las próximas décadas, si todo ese fenómeno de intoxicación industrial no hubiese bastado, además, la medicina industrial ha desarrollado unas “doctrinas médicas”, unos “modus operandi” y unas costumbres “higiénicas” con las que ha logrado “enseñar” una “cultura de la salud” que, en realidad, es un conjunto de verdaderas “trampas” comerciales para que toda la población cobaya que ya está contaminada no pueda dejar de estarlo durante toda su vida y no pueda escapar de la **iatrogenia**.

Una de esas prácticas higiénicas a las que nos ha acostumbrado la medicina moderna es la realización de análisis de sangre, radiografías, organoscopias, tests de alergias... y demás chequeos médicos de control de la salud: **los análisis de control rutinarios**. Esta peligrosa práctica es una recomendación de la **bestia** y, desde luego, es otro **hito** de la medicina moderna derivada de la visión mecanicista del organismo humano. Esta visión inédita y desconocida en la medicina tradicional supone que todos somos máquinas más o menos iguales y que estamos formados por el mismo número y distribución de tuberías, líquidos, poleas, cables, lubricantes... y el sistema de salud de la **bestia** recomienda que nos hagamos esos controles y “chequeos” médicos con la misma naturalidad y mentalidad con las que llevamos periódicamente a nuestros vehículos a la ITV (Inspección Técnica de Vehículos). Esa moderna forma mecanizada de entender la naturaleza humana propia y exclusiva de la **única** medicina moderna ha llevado a la estandarización de los hombres máquina y, por supuesto, al desconocimiento por parte de los modernos médicos y aprendices del valor que tiene la **diferencia individual** en medicina y en el cuidado de la salud personal, que es una cosa muy diferente o muy distinta al moderno sentido de la salud a nivel estandarizado o estadístico; de hecho, el concepto estadístico de salud es algo totalmente **imaginario** y por tanto **irreal** que ha sido inventado e introducido por la medicina moderna con el fin plenamente comercial de que los pacientes o clientes no dejen de consumir medicación industrial durante toda su vida; vamos a explicar en qué consiste ese plan propio de la medicina moderna

que obliga al ciudadano de la “sociedad del bienestar” a tener la necesidad de consumir medicación industrial la mayor parte de su vida con la sensación de estar totalmente cuidado por la mejor de las medicinas posibles.

Para la medicina tradicional y artesana que se ha venido practicando durante miles de años aquí en Occidente, la **diferencia individual** de cada enfermo era una realidad de primera importancia para la buena aplicación y provecho de cualquier acto médico; sin embargo, esa diferencia individual, **propia de cada cual**, no parece tener la menor importancia para la medicina moderna; dicho de otra manera, para la medicina mecanicista propia de la visión moderna de la salud todos los humanos máquina somos iguales y, por lo tanto, debemos tener los mismos niveles de azúcar, de lípidos, de proteínas, la misma presión arterial, el mismo apetito sexual, la misma temperatura corporal... y, además, debemos responder por igual a los estímulos, a las medicaciones y en general a cualquier maniobra que se realice sobre el organismo mecanizado, exactamente igual que pasaría con un vehículo mecánico o un electrodoméstico.

Esta visión uniforme de la vida humana es el resultado consecuente y lógico del interés exclusivo, por parte de la medicina industrial, por el estudio del humano a nivel mecánico y dinámico de la materia y la energía. Este estudio y exclusivo interés de la medicina mecanicista por la anatomía y la fisiología humanas llevó a la conclusión totalmente falsa y distorsionada de que, como resulta que todos los humanos, sin distinción, tenemos el mismo número de huesos, músculos y tendones, las mismas glándulas, los mismos órganos, las mismas vísceras, los mismos neurotransmisores... se debe sacar la conclusión de que todos somos iguales, como lo son los vehículos o las máquinas de escribir o los frigoríficos, y por tanto funcionamos de igual manera, somos máquinas más o menos idénticas unas de las otras, con el mismo número de piezas, más o menos, y perfectamente sustituibles y estandarizables.

Podemos entender perfectamente que a la medicina industrial le interese la visión uniforme e indiferenciada de las naturalezas humanas, puesto que **facilita** y simplifica la aplicación del **método industrial** y la distribución masiva e indiscriminada de los medicamentos, y facilita y simplifica, también, el estudio y preparación de los médicos y los predispone a ser lo que son: técnicos y comerciales de una industria.

En contraposición a esta visión y esta pedagogía médica igualitaria y mecánica, estaba la visión holística e individualizada de la medicina tradicional, que, como ya hemos explicado, se basaba en la armonía integral de cuerpo y de

la mente por una parte y de la relación equilibrada del individuo con su medio ambiente familiar, social y cósmico por otra. De esa interacción entre mente y cuerpo y del tipo de relación entre el individuo y el ambiente social y natural resultaba que los humanos no eran iguales entre sí, sino que cada uno tenía una **constitución** física y un **temperamento** psicológico propios, es decir, una forma de ser y de comportarse o reaccionar ante la realidad humana y cósmica de manera distinta, según quién es y cómo es... cada cual.

No vamos a entrar en detalle de todo el conocimiento sobre las **tres constituciones** y los **cuatro temperamentos** que la medicina tradicional contemplaba en la realidad existencial y constituyente del individuo humano, puesto que necesitaríamos otro tratado completo para explicarlo, pero sí vamos a recalcar que la combinación personal que cada individuo tiene de estos dos conjuntos de elementos, presentes en la naturaleza de cada ser humano, hacía que cada uno de los humanos fuera un individuo diferente a todos los demás y con un tipo de comportamiento y de funcionamiento de sus órganos y sistemas vitales que le hacían diferente, en mayor o menor grado, a las de cualquier otro. Cada ser humano es único e irrepetible y, por eso, cada cual reacciona de distinta manera ante una misma situación existencial: ya sea la toma de una misma medicación, ante una misma situación de peligro, ante la misma comida o ante cualquier otra situación existencial real...

Esa diferencia en la naturaleza y en la conducta de los individuos es muy fácil de observar, incluso, sin necesidad de ser médico; por eso, el propio lector podrá apreciar con facilidad, si presta atención, que entre la gente que forma su entorno social hay individuos muy diferentes: unos son delgados hagan lo que hagan, otros son obesos hagan lo que hagan, unos tienen movimientos rápidos y hablan y hacen las cosas con celeridad, otros son lentos y se mueven y hablan con lentitud; unos son poco dormidores y tienden al nerviosismo y a la inquietud, otros son grandes sedentarios y se quedan dormidos apenas paran o ralentizan su actividad y no conocen las noches insomnes; unos son precipitados y otros prudentes, unos son coléricos y otros son pacientes, unos son altos y otros bajitos, unos son dominantes y otros sumisos... Las diferencias sicosomáticas entre individuos y su forma diferente de reaccionar a los estímulos del entorno y ante situaciones personales son algo completamente natural, real y fácilmente apreciable para cualquiera, médico o no médico, que se fije en ello.

Esa evidente diferencia de los individuos en cuanto a su actitud ante la existencia y su distinta y variopinta conducta psicomotora se ve igualmente

reflejada ante los estímulos físicos y químicos: unos aguantan el alcohol bastante y otros no lo resisten, unos pueden tomar y toman varios cafés al día y otros no se pueden permitir ni uno solo sin tener temblores, taquicardia e insomnio, unos digieren todo lo que comen y otros son unos melindrosos que cualquier cosa les sienta mal; ante una situación de peligro unos chillan y corren y otros se quedan quietos, unos tienen capacidad musical y/o talento para las matemáticas y otros lo tienen para la pintura y/o la habilidad manual; unos prefieren el frío y otros viven mejor en el calor... Por tanto, queda claro que somos diferentes unos de otros, y esa diferencia se basa precisamente en las distintas combinaciones de esas tres constituciones y de los cuatro temperamentos que concurren en la formación y estructura de la individualidad humana.

Estas diferencias eran tenidas en cuenta como muy importantes por los médicos tradicionales^[80] en el momento de examinar a un enfermo y proponerle una conducta higiénica y unas medicaciones que, necesariamente, no podían ser iguales a las de otro con otras características y otra forma de reaccionar distintas. Por eso las prescripciones que se hacían eran personales e intransferibles y específicamente indicadas para cada enfermo en concreto; en el argot médico tradicional se llamaban **fórmulas magistrales** y eran preparadas de distinta manera y en cantidades adecuadas para cada paciente.

A la medicina industrial no le es grata esta manera de ver y ejercer la medicina, puesto que tantos matices y diferencias, tanto conocimiento y personalización de los pacientes... simple y llanamente... no permiten la fabricación industrial masiva y la distribución indiscriminada de “medicación” sobre grandes masas de población; no le salen las cuentas si tiene que fabricar medicación para cada paciente ni tampoco para pequeños grupos puesto que, con tal ritmo artesano de producción y consumo, el negocio no es rentable; esto es totalmente admitido en la cultura actual y las farmacéuticas no disimulan el desdén que sienten y practican ante enfermedades que no ofrecen un volumen comercial suficiente como para fabricar medicación en cantidades industriales y de esa manera obtener un buen margen de beneficios.

Ante la práctica médica tradicional de sutil diferenciación entre distintos tipos de pacientes, **la bestia** y **su c.c.i.** decidieron cambiar el punto de vista integral y artesano de los antiguos médicos, que no admitía la estandarización de los pacientes ni se podía adaptar al ritmo industrial y con su poder absoluto; simplemente, suprimieron la mayor parte de ese conocimiento extenso que debían tener los médicos y hicieron desaparecer del mapa académico de los

nuevos médicos industriales los clásicos estudios sobre la **constitución humana y los temperamentos**, un conocimiento que había tenido una importancia capital durante miles de años para los médicos tradicionales y su arte médica. En efecto, la moderna docencia, para facilitar el carácter industrial de la nueva medicina, hizo desaparecer el estudio de la **diferencia individual** de las constituciones y los temperamentos de los estudios médicos, y a partir de mitad del siglo XX se estudió la naturaleza y la fisiología del humano como si todos los individuos fuésemos iguales y, además, reaccionáramos de igual manera ante los estímulos químicos, ante los fármacos y ante las situaciones existenciales. Esa gran parte del conocimiento médico tradicional que estudiaba la **individualidad** real de cada cual tenía que desaparecer de la formación de los médicos industriales para simplificar los estudios de medicina y formar a los médicos como técnicos comerciales y, para ello, como había pasado con la historia de la medicina, se suprimió de un plumazo el estudio de las constituciones y los temperamentos humanos; y de esa manera los educandos en medicina, que ya no tenían memoria de sus antepasados en el oficio, fueron manipulados por la **bestia y su docencia universitaria** aduciendo que el estudio y conocimiento de los temperamentos y las constituciones no era importante sino que eran distingos y matices de los antiguos que no servían para nada, viejas supercherías y zarandajas de unos descerebrados que practicaban una medicina de curandero charlatán.

Con el poder de convicción que ya sabe el lector que tiene la C.C.I., los nuevos aprendices de médico de las modernas facultades aprendieron, por primera vez en la historia de la medicina, que ya no existían **enfermos individuales** que puedan ser diferentes. Esa diferenciación meticulosa, que era de mucha importancia para la medicina artesana de todos los tiempos y culturas, dejaba de tenerse en cuenta y pasaba a la historia que nunca sería contada, puesto que complicaba el negocio. Lo que en verdad era interesante en la nueva medicina industrial, lo que tenía que saber el médico era que existían **enfermedades** y que no existían **enfermos** con nombre y apellidos y con una historia y circunstancias personales; sólo existían enfermedades y cada enfermedad tendría su **protocolo** de actuación y sus productos industriales concretos y precisos, que se aplicarían a **todos aquellos**, fueran quienes y como fueran, que presentaran una determinada **enfermedad**.

A partir de entonces ya no era necesario tener en cuenta quién o cómo era el paciente, ni su temperamento ni constitución corporal; bastaba con el nombre de la enfermedad que se le etiquetaba: si, por ejemplo, era diabético se le

prescribiría insulina, independientemente de quién o cómo fuera la persona; si, por ejemplo, era epiléptico, fuera alto o bajo, obeso o delgado, caluroso o friolero... se le recetaba un anticonvulsivo... La nueva medicina industrial resultó ser mucho más simple, menos complicada, más estandarizada y, desde luego, mucho más adaptada al comercio y a la distribución industrial; tenía, además, la ventaja de ser muy fácil de aprender y, con esa simplicidad, se podían preparar una gran cantidad de médicos comerciales que iban a ser necesarios para distribuir, en cantidades industriales y en grandes protocolos, los nuevos productos y medicaciones a grandes masas de ciudadanos sin demasiados matices y sin diferencias individuales.

Este tipo de medicina masiva, una vez aceptada por la mentalidad industrial dominante, ha venido gustando mucho a los gobiernos de los países, puesto que les ha permitido presumir de paternalismo ante los ciudadanos llevando a cabo planes gratuitos de vacunaciones masivas e indiscriminadas donde, mira tú por donde, siempre aparecían algunos casos que no reaccionaban igual e, inesperadamente, presentaban alergias más o menos graves, shocks anafilácticos, reacciones adversas o, incluso, algunos morían al ser vacunados... Pero, para no interrumpir la marcha industrial de la medicina, estos casos atípicos se tomaban como excepciones inexplicables que no eran tenidas en cuenta; se asumía con toda naturalidad que eran “casos raros” que se tenían que asumir en beneficio de la inmensa mayoría, se olvidaban y a “otra cosa mariposa”; esa medicina industrial indiscriminada ha permitido en el siglo XX los grandes planes nacionales de salud y la construcción de hospitales gigantescos que han distribuido en cantidades industriales todas esas medicaciones indiscriminadas y masivas que nos han intoxicado a todos con rapidez y eficacia.

Para lograr industrializar la medicina y ante la realidad innegable de que somos diferentes y variados, es decir, somos individuos irrepetibles, y ante la imposibilidad de que esa diferencia no apareciera como evidente en los distintos análisis de funciones y sistemas que la medicina moderna utiliza sin cesar, la c.c.i. introdujo en la enseñanza y la práctica de la medicina unos nuevos parámetros, con el fin de uniformar los protocolos y facilitar la práctica industrial de la medicina; estos nuevos parámetros para identificar enfermedades son lo que hoy en día se conoce por **valores normales**, o **cifras clínicas o valores analíticos** referenciales.

Estos valores normales en los que se basa toda, absolutamente toda, la práctica de la medicina moderna son valores referenciales o abstracciones que no

tienen existencia en la realidad, puesto que son sacados por medio o a través de **la media aritmética** de los distintos y variados valores reales que puede presentar la población, según las múltiples variaciones, tipologías y estados mentales de cada individuo en concreto, y que además varían en un mismo sujeto a lo largo del tiempo y varían también según la situación y el estado mental y la emocionalidad existencial del paciente.

Tener en cuenta todas estas realidades variables y particulares de cada paciente es demasiado complicado y complejo para la medicina industrial y, por tanto, su control y estudio ha quedado abolido en la enseñanza del nuevo médico técnico, para quien ya no existen **los enfermos** reales y palpantes con una vida personal e intransferible sino que existen **enfermedades** teóricas, fáciles de estudiar y de etiquetar pero que no dejan de ser entelequias con un elevado grado de irrealidad; pero no importa, puesto que a la medicina industrial no le interesa la realidad concreta y real de cada paciente, puesto que eso sería tomarse la medicina como una actividad artesana (Ars medica) y ya se sabe que eso no sería rentable y, por tanto, no interesa para nada; a la medicina industrial le basta con valores estadísticos aproximados, estandarizados y fáciles de controlar e incluso de uniformar... aunque éstos, en realidad, sean variables por naturaleza y cambien con las circunstancias personales de todo tipo y, por ello, no puedan uniformarse sin faltar a la verdadera naturaleza de las cosas. Ponemos un ejemplo muy conocido y practicado por millones de ciudadanos en la actualidad en el tratamiento de una afección muy común, la hipertensión.

Todo el mundo sabe, puesto que así lo predicen los médicos modernos, que los valores de la tensión arterial considerados normales son de 120 mm de Hg o, como es popularmente conocido por el público, con la expresión “tener 12 de tensión”. La medicina industrial, al poner esos valores medios como referentes de normalidad, trata de uniformar los protocolos y obliga a que toda la población que tenga su tensión arterial por encima o por debajo de esa cifra sea catalogada de enfermos hipertensos o hipotensos, es decir, en sujetos que padecen una enfermedad o un trastorno que se ha detectado por medio de un chequeo y que tiene un nombre (hiper o hipotensión) y que el protocolo dice que esa enfermedad necesita un tratamiento.

Naturalmente, con esos protocolos estandarizados resulta que siempre, es decir, siempre, hay al menos dos terceras partes de la población que no llegan a los valores normales o que, por el contrario, se pasan... O sea, son muchos los ciudadanos que no dan esos valores medios y, como consecuencia de ello, se

tienen que poner a consumir medicación para normalizar los valores y, como consecuencia, el mercado de consumidores de medicación siempre, es decir, siempre, es positivo; y se comprende fácilmente que esa concepción de lo que debe ser normal es una gran ventaja para la industria, que tiene asegurada la venta de medicación como resultado simple de la creencia en el valor real e indiscutible de esos parámetros que el protocolo médico ha definido como los que, necesariamente y por norma, hay que tener para saber que estamos sanos, seguros y protegidos.

Sin embargo, la realidad es que muchos de los ciudadanos son hipotensos por naturaleza, es decir, debido a su constitución y temperamento nunca llegan a los valores normales, y otros ciudadanos, por las mismas razones naturales y constitucionales, tienen siempre valores superiores; pero en realidad tanto unos como otros, con esos valores distintos a la “**normalidad**” prescrita por la medicina industrial, pueden disfrutar de perfecta salud, sin síntomas ni molestias, y viven sin preocupación su vida saludable década a década sintiéndose felices, sanos y despreocupados... hasta que un día... la empresa donde trabajan o el Ministerio... ha programado unos análisis y chequeo médico para los empleados, que de repente “descubren” que tienen valores por encima o por debajo de los “normales” y de “repente” adquieren la consciencia y la “sensación” y sentimiento real de que están enfermos de hipertensión o de hipotensión; no lo sabían ni sentían nada y, en realidad, se sentían y se creían sanos pero, mira por dónde, como no llegan o bien sobrepasan el valor medio de 12... descubren que están enfermos desde hace tiempo y resulta que, según el chequeo, necesitan tratamiento inmediato.

En el momento en que el ciudadano ingenuo y desprevenido ha caído en la **telaraña de los valores normales**, de repente aparece un elemento conocido por el lector desde los primeros capítulos y que ha sido el **motor oscuro** de la medicina industrial: **el miedo a la muerte**. El médico moderno, una vez vistos los resultados de la prueba, como está entrenado a reconocer **enfermedades** sin importarle la realidad personal del supuesto **enfermo**, le dice al ciudadano que tiene una enfermedad que puede causarle la muerte o una parálisis grave si no se medica. El resultado de esta **iatrogénesis psicológica** producida por las palabras del médico moderno ante esos valores analíticos es un efecto **vudú** sobre el confiado ciudadano, que hasta ese momento se encontraba la mar de bien y, después de esa advertencia del médico, aparece la preocupación en su ánimo, incluso a veces la hipocondría y la ansiedad; y, en muchísimos casos, esa

revisión médica pagada por la empresa, ese análisis hecho por casualidad y ese pánico que le ha entrado desde que sabe la noticia... se convierte en una seria paranoia y en el inicio de un tratamiento (tóxico) contra una “enfermedad” que desconocía hasta la fecha y que tendrá que atender durante toda su vida y que será el origen de una **iatrogénesis química** inevitable que le llevará a enfermar de otros sistemas orgánicos por los efectos secundarios de la medicación que ha empezado a consumir de manera habitual y, para colmo, esa misma perpetua toma de medicación no le asegura, de forma total y definitiva, que no muera de esa hipertensión; es decir, el paciente no puede desprenderse de la sensación de **miedo** aunque se tome la medicación y, normalmente, entrará en pánico si en una situación anómala (un viaje, una pérdida accidental de la medicación...) no puede contar con esa medicación, puesto que le han asegurado que no podrá vivir sin ella. Para más colmo, se puede producir una situación que va resultando ser muy frecuente en la sociedad moderna, y es que se puede descubrir, al cabo de unas décadas, que esa medicación que el paciente ha estado tomando religiosamente se haya comprobado que tiene efectos secundarios graves en otro sistema biológico, que afecta a otros órganos o que produce cáncer... Si el lector presta atención, comprobará que este caso no es poco frecuente y sale de vez en cuando en las noticias, aunque también debe saber que, cuando esto ocurre, es debido a que se trata del caso de una medicación cuyos efectos secundarios nefastos resultan muy graves y muy evidentes y debe saber, también, que los efectos tóxicos ya no se pueden evitar cuando se lleva tiempo tomando la medicación que se acaba de saber que es tóxica.

Este ejemplo de la tensión arterial se aplica por igual al resto de **valores normales** de las analíticas o chequeos médicos: colesterol, glucosa, urea, bilirrubina... y a los variados test de los distintos sistemas.^[81] Los valores normales, la uniformidad de los protocolos y de los tratamientos propios de la medicina industrial son una **gran tela de araña** para que la gran masa de población, tarde o temprano, quede atrapada en la sensación de que está enferma y en la “realidad” ficticia de que necesita **normalizarse** y, para ello, debe aplicarse al consumo de medicación industrial, que le promete mantenerle seguro y tranquilo dentro de los **valores normales** siempre que mantenga la toma de medicación durante toda su vida.

Con la supresión del estudio de las constituciones y los temperamentos, con la supresión del estudio de las plantas medicinales, con la supresión del estudio de la historia de la medicina y con la supresión del estudio de los remedios

naturales... y con la aplicación de una medicina más simple, más homogénea, más indiscriminada, más industrial... el campo comercial se amplía y, con él, el gran y próspero negocio de la medicina industrial.

A causa de la importancia que la medicina moderna otorga a los **valores normales** y a los **chequeos**, todos los ciudadanos cobaya adeptos a la medicina moderna, tarde o temprano, serán atrapados en la telaraña de los análisis y de los valores normales y, una vez atrapados, les entrará el miedo a la enfermedad, a la decrepitud y a la muerte, y para “salvarse” serán esclavos de las medicaciones industriales tóxicas de por vida y, con esa realidad, les será imposible escapar de la gran **iatrogénesis**. Esa realidad tan asumida por la población de la “sociedad del bienestar” es la que motivó al médico y escritor Aldous Huxley a afirmar: “la medicina ha avanzado tanto que ya todos estamos enfermos”.

UNA MEDICINA CON OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

Vamos por último a analizar, digamos, el **último hito** de la medicina moderna, que, como los demás que hemos explicado, no fue propio, ni podía serlo, de la medicina tradicional sino que es propio y exclusivo de la industria en general y del comercio moderno de la peor calidad; este **hito** es un nuevo y revolucionario método comercial especialmente satánico que ha adoptado la cultura industrial recientemente y que le ha procurado el aumento del margen de beneficio económico y, además, le ha permitido agrandar el negocio y mantenerlo próspero indefinidamente y sin mengua.

En la civilización del progreso industrial de Occidente, a medida que crecían las fábricas que producían objetos y cosas y se vendían, el comercio y el dinero corrió en abundancia y todo el mundo estaba contento y los nuevos ciudadanos se consideraban afortunados de vivir en la “civilización” industrial; todos los países, occidentales primero, y después todos los demás que han podido, se han hecho adeptos a la Revolución Industrial y a la cultura moderna de la producción y el consumo; y, como consecuencia de ello, la fabricación y venta de objetos y cosas se ha multiplicado y ha ido llenando toda la realidad existencial, y casi todos los afortunados habitantes de la “sociedad del bienestar” tienen de todo en los países del primer mundo. Esta saturación del mercado que se produce cuando ya todo el mundo tiene de todo, de manera inevitable, ralentiza la demanda y, por tanto, la venta y, por tanto, la producción y el consumo y, por tanto, la ganancia del codiciado **dinero**, y ya se sabe que dejar de ganar dinero es lo peor que puede pasar en esta civilización avanzada en la que vivimos.

Todo el mundo admite que la obtención rápida y abundante de **dinero** es la máxima motivación y motor de esta civilización moderna a la que hemos identificado como la civilización de la **bestia**; por eso, cuando se llegó a ese punto de saturación del mercado, **la bestia** pensó una argucia para solucionar el problema que había surgido al ralentizarse el consumo por fabricación excesiva, que, a su vez, ralentizaba la ganancia de **dinero**; se dio cuenta de que la industria en su quehacer productivo, en su forma de trabajar y producir objetos, había intentado conservar, por error y falta de previsión, un valor antiguo y desfasado propio de la artesanía y de los artesanos tradicionales: ese valor era el valor de **hacer las cosas bien hechas** o, por lo menos, el valor de hacerlas lo mejor posible. La **bestia con su espíritu comercial** vio claro que, si quería seguir

aumentando la ganancia de **dinero**, eso no podía seguir así, puesto que la producción y venta de objetos industriales de gran calidad y larga duración paralizaba el negocio y saturaba el mercado. Y para evitar esa detención de la fabricación y venta continuadas, a partir de la **mitad** de siglo pasado, se introdujo en la cultura industrial de la “sociedad del bienestar” un nuevo método muy rentable y que aseguraba la ganancia de **dinero** en la industria de fabricación de objetos: se inventó por primera vez el **hito** de la fabricación de objetos y cosas con **obsolescencia programada**.

¿En qué consistía este nuevo hito?... Pues se trataba de hacer los objetos útiles pero de corta duración, que funcionaran y resolvieran bien la necesidad para la que habían sido fabricados pero con una breve fecha de caducidad o, por decirlo de otra manera, con un período de utilidad efímero; el objeto ideal, o el colmo de la producción y la ganancia para la industria que quisiera fabricar y vender sin parar, era fabricar aquel producto destinado a funcionar una sola vez, lo que se conoce popularmente como consumo de objetos de **usar y tirar**.

Ese método de fabricación de objetos útiles para una sola vez, y de los que duran poco y tienen que ser sustituidos por otros nuevos de tiempo en tiempo... hay que reconocer que ha dado nuevo impulso al comercio y la industria asegurando la producción y el consumo y aumentando la ganancia y **el poder del dinero**... pero, al mismo tiempo y como consecuencia lógica, ha multiplicado por millones la cantidad de objetos obsoletos que deben ser retirados y sustituidos por otros nuevos de reciente fabricación, es decir, ese nuevo hito industrial y comercial consistente en fabricar objetos cuya utilidad sea efímera ha dado nacimiento a otro **hito** desconocido por la sociedad tradicional: por primera vez, los humanos conocemos y sufrimos la enorme realidad de la **basura industrial** en nuestro planeta; esta producción de basura industrial, que incluye desde plásticos a residuos electrónicos pasando por productos químicos, gases industriales, residuos radiactivos, excedentes de productos bélicos... es otro fenómeno propio y exclusivo de la civilización industrial y de la sociedad de consumo actual; podríamos decir con toda propiedad que es la **iatrogenia planetaria** que la civilización industrial ha provocado y que ha contaminado todos los rincones del planeta Tierra, que ha exterminado y está exterminando a muchas especies vivas de animales en nuestros océanos y continentes... Nosotros, los tataranietos de los pioneros industriales del siglo XIX, somos testigos directos del gran deterioro de nuestro planeta por la acumulación de basura industrial, un maravilloso mundo que,

cuando lo heredamos de nuestros ancestros preindustriales, era un lugar en el cosmos lleno de vida a rebosar donde valía la pena vivir y reproducirse y donde se podía gozar de la vida de forma gratuita y genuina y que, apenas 200 años después de haber inventado la **civilización industrial**, está agonizando a causa de la enorme cantidad de basura industrial y de residuos tóxicos que están en todas partes; hemos convertido a nuestro planeta también en un **cobaya** y está tan enfermo como sus propios habitantes animales, vegetales y humanos; todos lo sabemos, cada vez es más evidente y asistimos impasibles a esta **iatrogenia** planetaria con un sentimiento de impotencia y parálisis cómplice.

Cuando la industria inventó la obsolescencia programada y comprobó cómo aumentaban sus ganancias... la **medicina industrial** no quiso renunciar a semejante chollo; el espíritu industrial y comercial dominaba y domina a la medicina moderna, que no ha querido privarse de ganar **dinero** con el método de la **obsolescencia programada** y lo ha introducido en todos los protocolos del sistema de salud oficial y único que hay en la “sociedad del bienestar”.

Para introducir tan ventajoso método, pensó que, si producía medicación, ésta tendría que ser un tipo de medicación que **no curara** las enfermedades, pero las aliviara y las hiciera más soportables en el tiempo, de manera que el número de pacientes, es decir, de clientes y consumidores, no menguara (lo cual sería contraproducente) sino que aumentara en número y cantidad y, como consecuencia lógica, la producción y el consumo no disminuiría sino que iniciaría un interminable y apetecible aumento; además, se podía introducir la **obsolescencia programada** de forma disimulada, es más, dando la impresión a los consumidores de que con esa medicación se les estaba cuidando mejor que nunca... como así ha ocurrido.

Como los aprendices de médico y los ciudadanos ya no conocen las plantas medicinales y los remedios naturales, puesto que ya no se estudian en las facultades de Occidente, la **bestia** y su moderno negocio de productos **con obsolescencia programada** no tienen competencia en el mercado; como consecuencia, los médicos se ven en la circunstancia de que sólo pueden utilizar los productos industriales que la **bestia** y su **C.C.I.** les presenta y permite; no tienen otra opción y, por eso, están obligados a seguir los protocolos marcados por la industria médica y aprender a practicar una medicina industrial con carácter de monopolio y, además, con obsolescencia programada... ¡El negocio más redondo que se pueda imaginar! Para la industria médica, la **obsolescencia programada** ha resultado ser como la “gallina de los huevos de oro” que le ha

proporcionado el enorme volumen de negocio y de **dinero** del que hace gala, pero, como consecuencia de llevar más de medio siglo de medicina industrial con obsolescencia programada y de **iatrogénesis** general, la sociedad cobaya actual se ha llenado de enfermedades llamadas **incurables o crónicas**; lo marcan todos los indicadores estadísticos oficiales; de hecho, las enfermedades incurables que duran de por vida son las más frecuentes y que más incidencia tienen en la población adulta actual; pero, además de muy frecuentes, tienen la característica de que **no se curan nunca** y, por tanto, requieren del consumo de medicación durante toda la vida del enfermo.

Pongamos ejemplos conocidos por todos: la diabetes, una de las enfermedades crónicas más frecuentes entre la población del primer mundo y que sigue una progresión creciente, no se cura nunca y el paciente (más de 5 millones en España) se ve obligado a consumir insulina toda su vida; la insulina que consume jamás le va a curar la enfermedad, sólo es capaz de mantener los niveles de glucosa dentro de los parámetros aceptados como normales, pero no curará su páncreas nunca y, por tanto, tendrán que consumir insulina industrial todos los días que dure su vida... La hipertensión igual (más de 9 millones en España y creciendo cada año), las múltiples enfermedades reumáticas (más de 10 millones y creciendo el número de casos cada año) lo mismo y, así, las migrañas, la epilepsia, las alergias (la mitad de la población española y creciendo), los trastornos **psicóticos** (más de 9 millones), las psoriasis y demás dermatitis crónicas, las enfermedades del sistema inmunitario que hemos nombrado y, por si fuera poco, todos los cánceres, que, sin excepción, están aumentando entre la población cobaya y, como hemos explicado, a estas enfermedades clásicas y conocidas por la medicina de todos los tiempos, hay que añadir todas las nuevas enfermedades tóxicas propias y exclusivas de la **raza cobaya**, es decir, las enfermedades autoinmunes, la infertilidad y las enfermedades raras... La absoluta totalidad de **todas** ellas no tienen cura según los protocolos de la medicina moderna y, por tanto, no hay ningún producto médico industrial que las cure totalmente; sólo existen productos que, como la misma medicina oficial afirma y admite, alivian al enfermo temporalmente y parcialmente. La medicación industrial moderna con obsolescencia programada no pasa de ahí y tampoco lo pretende y, de esa manera, los pacientes se acumulan y requieren del consumo constante de medicación de por vida.

Esa realidad innegable es la que ha motivado que en la “sociedad del bienestar”, a pesar de ser la sociedad con más médicos y hospitales “per cápita”

de la historia, a pesar de toda la extensa red sanitaria, como la población vive con la cultura del **miedo** a no ser normal y a no cumplir con todos los valores estándar junto a que la medicación que se consume nunca llega a curar definitivamente... hace que la formidable infraestructura sanitaria esté siempre desbordada y con interminables “listas” de espera; domina la demanda incesante de salud sobre la oferta y, por tanto, siempre hay superávit; los enfermos se amontonan por miles por muchos hospitales que inauguren cada año y, como la medicina moderna funciona con **obsolescencia programada**, la población nunca puede dejar de consumir medicación y el negocio prospera sin mengua posible.

La población infantil y juvenil, como es normal, no presenta tantas enfermedades **crónicas y degenerativas** como la población adulta sino que presenta cuadros **agudos**, mucho más propios de la infancia; pero esos niños cobayas jóvenes que todavía no presentan enfermedades crónicas, es decir, los niños que no padecen **enfermedades raras** y que nacen sanos, presentarán enfermedades **crónicas** en el futuro sin ningún tipo de dudas, como las presentan la inmensa mayoría de sus mayores... ¿Que por qué aseguramos que sufrirán de **enfermedades crónicas** la totalidad de individuos de las nuevas generaciones de población cobaya? La respuesta está en la medicación que están tomando en la infancia y adolescencia para protegerse de todas las enfermedades agudas que presentan en este tiempo de su vida y desarrollo, puesto que toda la medicación común que manejan los actuales padres cobayas para resolver y curar las enfermedades agudas de sus hijos son auténticos “caballos de Troya”, puesto que **todas esas medicaciones** son tóxicas y generadoras de **iatrogenia**: los calmantes, los antipiréticos, los antibióticos, las vacunas, los corticoides... Todas las medicaciones comunes, cotidianas y populares que son conocidas por la mayoría de padres y administramos a nuestros hijos, repetimos, **todas** son tóxicas en mayor o menor grado, y una vez introducidas en sus tiernos organismos serán caballos de Troya que mermarán en más o menos grado o aniquilarán con el tiempo sus capacidades vitales, como se puede comprobar y está ocurriendo de manera evidente y constatable desde hace unas pocas décadas y hemos explicado en los capítulos anteriores.

Esa toxicidad es reconocida expresamente, ya que no puede ser negada, por la propia industria médica y, por eso, se ve obligada a advertir de los riesgos innegables en el prospecto con el que acompaña cada medicación; pero estos prospectos sólo hablan de los efectos secundarios a **corto plazo** y se reservan hablar de los efectos tóxicos a **largo plazo**, que, como hemos explicado, son los

más graves y mutilantes. Nuestros niños empiezan cada vez más temprano el consumo de medicación con obsolescencia programada (vacunas, antibióticos...) que les conducirá, irremediablemente, a tener efectos secundarios que se transformarán en enfermedades crónicas y degenerativas que ya requerirán medicación de por vida. De manera que la **única medicina** a la que pueden acceder los niños de la “sociedad del bienestar” es medicina **con obsolescencia programada** para dentro de 20 años, cuando esos niños cobayas presentarán enfermedades crónicas. Con este futuro de enfermedades crónicas y con las enfermedades nuevas (experimentales y raras), el panorama de salud de la nueva **raza cobaya** deja mucho que desear, a pesar del sentimiento general de euforia que todo el mundo siente por pertenecer a la “sociedad del bienestar”.

Otro método de **obsolescencia programada** que ha utilizado **la bestia** para asegurarse la fagocitosis de la mayor parte de la confiada población cobaya ha sido el negocio del **narcotráfico legal**; ya hemos comentado en capítulos anteriores que una de las notas características de la sociedad moderna, que también es una exclusiva de ella, es el gran número de casos de **suicidios**, que son una muestra evidente de la tristeza, la frustración y el escaso sentido de la vida con que transcurre la existencia de los ciudadanos modernos que viven inmersos en los “valores” humanos, si es que se les puede llamar así, propios de la “sociedad del bienestar”. A la **bestia**, por supuesto, no le preocupa ni poco ni mucho esa desolación existencial y emocional en la que viven los ciudadanos, igual que no le preocupa la proliferación de la **esterilidad y de las nuevas enfermedades**; no sólo le trae sin cuidado esa desesperanza general, sino que ve en ella una oportunidad más de hacer negocio y ganar **dinero**, como sabe hacer y ha hecho con las demás situaciones catastróficas. Para aprovechar esa situación de depresión emocional general, creó el mercado de la **felicidad industrial** con la misma facilidad que había creado el mercado de la **inmunidad industrial**; para lograr tal mercado, fabricó medicación capaz de cambiar temporalmente el estado mental y emocional de los que la consuman, medicación que, además de tóxica, producía dependencia física y psíquica. Son fármacos que se han vuelto muy conocidos y populares, que tienen un fuerte efecto calmante, sedante, euforizante o miorrelajante; que, además, producen sus efectos durante el tiempo que se toman y desaparecen inmediatamente después, de manera que el paciente tiene necesidad de tomarlos continuamente y, con ello, queda enganchado, supeditado o esclavizado a ese medicamento y, como consecuencia, se transforma en drogodependiente.

En España, por ejemplo, hay más de 20 millones de consumidores de somníferos y ansiolíticos que se sienten totalmente incapaces de dejar de tomar ese tipo de medicación, que lo intentan con verdadero interés y empeño y que descubren que si lo intentan dejar, es decir, si deciden dejar de consumir para poder liberarse de esa dependencia... les vuelve el pertinaz insomnio y la ansiedad; esta sociedad cobaya, además de enferma y deficiente, es **infeliz**, puesto que se constata que uno de los grupos de medicación puntera en esta sociedad son los **ansiolíticos, calmantes y antidepressivos**, que son medicaciones que producen dependencia física y psíquica en los pacientes que las consumen para poder tener un poco de calma, de relajación, de alegría o de felicidad y, por eso, en la actualidad **más de la mitad de la población** adulta de cobayas es **drogodependiente** de uno o varios de estos fármacos y lo será de por vida y, como consecuencia de esta realidad, que el lector puede constatar, el negocio de este tipo de medicación industrial no deja de prosperar; es narcotráfico puro y duro y, además, del más rentable, puesto que es legal, está apoyado por el gobierno, no tiene competencia posible, se retroalimenta con obsolescencia programada y cuenta con miríadas de médicos y farmacéuticos que distribuyen alegremente los productos entre la población... Es un negocio de **narcotráfico** que no puede fallar. Los países más adelantados, los de más renta per cápita, los más modernos, los que poseen mejores infraestructuras médico-sanitarias y, en definitiva, los países que viven más implicados en la civilización de la **bestia** son los que más consumo de **felicidad industrial** constatan...

Ese estado de infelicidad y angustia generalizados era una realidad paradójica hace años para el autor de este libro, cuando un peregrino del Camino de Santiago le hizo reflexionar sobre ella. Ahora ya no es una paradoja inexplicable; ahora todo está un poco más claro para este viejo y veterano médico.

Esperamos haber explicado al lector, entre **otras cosas**, lo que nos habíamos propuesto al inicio del ensayo: que la **medicina** moderna, la única que reconoce la c.c.i., es algo completamente distinto a aquello que se ha conocido como **medicina** siempre y en todas partes. En realidad, si hay que llamarle medicina a lo que se practica como tal en la “sociedad del bienestar”, el nombre más apropiado, atendiendo a la sabia frase evangélica de “por sus frutos los conoceréis”, es la de: **la medicina de la bestia**.

EPÍLOGO.
¡QUE NO ESCAPE NADIE!

LA MEDICINA INDUSTRIAL Y SU DOGMA

Probablemente, el lector que haya aguantado hasta aquí este ensayo que le hemos presentado es probable que se haya dado cuenta de que esa **única medicina** que conoce, en realidad, es una industria pura y dura y que, como tal, lo que realmente le importa es hacer negocio y ganar dinero, y que se constata que no es medicina porque, por los “frutos” o resultados que ha producido en poco más de 60 años de monopolio de acción, no ha mejorado el nivel de salud de la población sino que ha llevado a esta población a una situación de **iatrogenia** que ha resultado ser la más grande de la historia y ha hecho aparecer en esa misma población una pandemia terrible de **enfermedades raras** desconocidas antes de su aplicación como única medicina y, además, ha creado una situación de esterilidad en los jóvenes cobayas de nuestra sociedad que va a comprometer seriamente la continuidad y la supervivencia de la sociedad moderna en el futuro; por tanto, ahora que conocemos “sus frutos” podemos comprobar y llegar a saber, aunque sea tarde, que a esta industria camuflada de medicina no le interesa para nada la salud de los ciudadanos que consumen sus productos y que se someten a sus métodos.

Resulta muy evidente que a la medicina industrial o moderna no le interesa la salud de los ciudadanos de la misma manera que, por ejemplo, es muy evidente también que a la industria del petróleo no le interesa para nada la salud del medio ambiente ni la calidad del aire del planeta ni lo mucho que contaminan sus gases de efecto invernadero, ni sus plásticos y demás derivados y, además, le fastidia que se desarrollen tecnologías que le hagan la competencia y sean capaces de producir energía limpia de otras fuentes que no sean el petróleo.

El mundo y el espíritu industrial es así por definición; es totalmente **egoísta** por su propia naturaleza y no puede entender ni tender a otro objetivo que no sea la ganancia de dinero pura y dura y por encima de cualquier otra consideración; la civilización industrial en la que vivimos desde hace dos o tres siglos no nació con una naturaleza y una finalidad **altruista o filantrópica** ni mucho menos; nació para hacer ricos sin paliativos a los industriales y a las naciones industrializadas, y tanto los individuos como las naciones industrializadas no dudaron ni dudan, ni pueden dudar lo más mínimo, en saquear las materias primas de los países poco desarrollados y de esclavizar a todos los demás, países y personas, para hacerse ricos. Esta afirmación es un axioma propio de la

civilización de la bestia, que no admite ningún tipo de discusión y que nuestro “consciente colectivo” tiene asimilado y que aceptamos todos con toda naturalidad; por eso comprendemos sin problemas que la economía deba ser el parámetro más importante al que atenerse siempre, en todo lugar y en toda circunstancia para dirigir tanto la política de las naciones, como la de las empresas, como la de las familias y la conducta personal... En **la civilización de la bestia** el éxito humano personal, colectivo, doctrinal y cultural se mide y se evalúa según la riqueza material porque todos estamos de acuerdo en esta “sociedad del bienestar” que el valor más importante, por encima de cualquier otro, es **el dinero**.

Para la industria, sea la que sea, es importante que no haya competencia en el mercado, es decir, convertirse y mantenerse como monopolio... Ese es el estatus ideal y soñado por toda industria del pasado y del futuro; por eso la industria de la medicina moderna ha estado luchando para convertirse en monopolio desde que nació en el siglo XIX y hacerse con todo el mercado de la salud en Occidente y, a estas alturas, ya casi puede decirse que lo ha conseguido, puesto que todos los gobiernos de la modernidad la tienen y la reconocen como la única medicina y no reconocen otro tipo de medicina y, con todos los gobiernos, todas las universidades de Occidente, donde no se admite el estudio de la medicina tradicional ni de otras medicinas de otras culturas, y, con ellos, todas las entidades privadas, los organismos internacionales de la salud y las ONGs occidentales y también las iglesias y toda la prensa que se ocupa de la salud... todos los estamentos de la “sociedad del bienestar” solamente reconocen como medicina a la medicina moderna de carácter industrial... a la que nosotros identificamos en este documento como la **medicina de la bestia**.

En el momento en que estamos acabando este documento (marzo del 2019), hemos podido asistir en España al despliegue del poder político que posee la **bestia** para imponer, a la fuerza, el monopolio de su **industria médica**, y somos testigos impotentes del empeño de la actual ministra de Sanidad del partido político que está en el poder (PSOE) y el ministro de la Ciencia, que no tienen la menor idea sobre medicina y que, sin embargo, se han propuesto, estos dos individuos, acabar con toda la **competencia** que la **medicina industrial** pueda tener en nuestro país; y, para lograr su objetivo, que estamos seguros la **bestia** les agradecerá, han propuesto, por ley, prohibir y desterrar de todas las universidades españolas cualquier curso, seminario o conferencia que trate sobre **acupuntura o sobre homeopatía**. Para justificar esa medida, estos “ilustres” y

“doctos” ministros afirman, por la autoridad que les confiere su cara bonita, que esos conocimientos médicos no son tales sino que son **pseudociencias**. Sabemos que estos individuos no tienen la menor idea sobre medicina y lo único que pueden conocer con su “reducido” conocimiento y su mentalidad paleta es la existencia de la **industria médica** y, además, están convencidos de que es la **única medicina**, pero, por lo menos, deberían saber que la **acupuntura** es una técnica que forma parte de la medicina tradicional china y que existen cientos de universidades en el mundo mundial donde se estudia la acupuntura y que existen también miles de hospitales en el mundo, tanto en Asia como en Europa como en América, que utilizan la acupuntura como técnica médica contra el tratamiento del dolor y como técnica anestésica y que, además, existen millones de usuarios en todo el mundo que se benefician y se han beneficiado de ella durante miles de años... ¿No viajan estos ilustres personajes?...^[82] ¿En qué realidad viven? ¿No saben que la acupuntura está incluida desde hace décadas en la seguridad social de países como Francia y Alemania, a los que admiran tanto?... ¿No saben que incluso la OMS las considera medicinas?... Sabemos que la ministra actual y la anterior, Carmen Montón, son médicas las dos y que afirman que la **homeopatía** no hace nada; pensamos que está bien que lo crean, puesto que cada cual puede pensar lo que quiera e imaginamos que ellas, personalmente, no saben nada de homeopatía y saben poco de medicina, puesto que siempre se han dedicado a la política; pero nos preguntamos: si estas individuos afirman que no hace nada... ¿por qué la prohíben?... No están prohibidos el tabaco ni el alcohol en España y todos sabemos que son tóxicos... ¿Por qué prohibir la homeopatía, que según estas ministras no hace nada?

Durante el mes de noviembre de 2018, la cadena de televisión “La Sexta” junto a un consorcio de periodistas europeos estuvieron denunciando la existencia de un mercado de prótesis industriales que, por carecer de control adecuado, ha motivado la aparición de decenas de miles de casos de pacientes a los que esas prótesis de mala calidad les han producido graves trastornos que van desde cegueras, operaciones quirúrgicas, parálisis que obligan a usar sillas de ruedas e, incluso, casos de muerte de los pacientes... Ante esos informes y a pesar de que son decenas de miles de casos...^[83] la ministra María Luisa Carcedo ha declarado que son anécdotas sin importancia; esta individuo está al servicio de la medicina de las multinacionales y ante estos numerosos casos probados de efectos secundarios graves se pone, descaradamente, de parte de la industria que fabrica estas prótesis, quitándole importancia al gran sufrimiento

de miles de pacientes que han sido víctimas de esos artefactos industriales, y, por otra parte, se siente llamada a ser la individuo elegida para suprimir una técnica médica como la **homeopatía**, que nunca ha provocado ningún efecto secundario ni se ha registrado jamás ninguna queja por parte de ningún paciente... ¡Bravo por la ministra socialista de Sanidad y por su interés por los ciudadanos!

Como verá el lector, las ministras españolas están totalmente a favor de la medicina de la **bestia** y quieren acabar con la competencia de otras medicinas, aunque ellas mismas reconozcan que son inofensivas y no tengan nada de peligroso ni de tóxico ni ningún efecto secundario... Entonces... ¿a qué viene ese odio y ese interés en hacer desaparecer del mapa a esas medicinas naturales e inofensivas?... Sabemos las verdaderas razones de esta injusta persecución contra la medicina natural y sus diversas técnicas médicas (fitoterapia, acupuntura, homeopatía, hidroterapia...); la primera de las razones es la que normalmente esgrimen los necios de todas partes, los cuales niegan todo aquello que desconocen para disimular su ignorancia y su necesidad, y la segunda razón que impulsa a estas médicas y ministras “enteradas” a prohibir estas disciplinas médicas alternativas es la imposibilidad que tienen de aguantar que les digan tantas veces la siguiente frase: “mire, doctor/a, eso que usted no me ha podido curar, después de tanto tiempo y después de darme tantas medicaciones con efectos secundarios... ese dolor o esa enfermedad... me la ha curado un homeópata o un acupuntor que he visitado”... Esa afirmación frecuente y tantas veces repetida en los consultorios de medicina moderna en las últimas décadas... definitivamente, resulta insoportable de oír para la mayoría de médicos industriales... y la única forma que han encontrado para dejar de oír tan desagradable e impertinente verdad es la de prohibir toda competencia médica... por la fuerza de la ley, porque no hay que olvidar que el 60% de la población española afirma creer que la homeopatía funciona y nunca ha habido ninguna queja por efectos secundarios, como tantas veces ha ocurrido con la medicina industrial.

LOS ÚLTIMOS HOMO SAPIENS SUPERVIVIENTES

Frente a la gran masa de ciudadanos que consumen las medicaciones industriales y que padecen o padecerán tarde o temprano de enfermedades raras y de esterilidad... frente al monopolio de la única medicina y resistiendo la presión oficial y el descrédito que desde el gobierno, la universidad y la prensa de la bestia se hace contra la medicina natural y contra la vida ecológica y saludable... a pesar del triunfo de la doctrina de la bestia en todos los sectores y niveles de la sociedad actual, a pesar de todo, existe una reserva de ciudadanos que se resisten y se niegan a dejarse tratar y envenenar por esa medicina industrial y no quieren incorporar a sus organismos y al de sus hijos esas novedosas y experimentales medicaciones de naturaleza industrial que el sistema de salud obligatorio les ofrece; son gente que su instinto e inteligencia agreste y natural les proporciona la creencia de que el humano genuino y natural, el homo sapiens, está capacitado para vivir en este planeta desde hace miles de años sin ninguna necesidad de incorporar a su persona ningún artefacto artificial, ninguna prótesis ni ningún añadido industrial que no les haya dado gratuitamente la Madre Naturaleza, igual que pasa con los animales y plantas que habitan este hermoso planeta; su espíritu libre y natural les anima a no temer a la vida genuina que Dios les dio y confían en que están perfectamente capacitados para vivir, crecer y reproducirse por sus propias facultades, como han hecho sus antecesores durante miles de años. Son conscientes de que empiezan a ser ejemplares raros en la sociedad de la bestia, donde cada día abundan más los ciudadanos enfermos y estériles; les cuesta esfuerzo y muchas artimañas mantenerse al margen de la gran contaminación que domina en nuestra sociedad y son un grupo de personas cada vez más escaso en el mundo occidental y se les puede llamar con toda propiedad los **últimos humanos genuinos o los últimos homo sapiens** de la historia, y son los últimos humanos ecológicos o sin colorantes ni conservantes, los últimos hombres y mujeres naturales y, por supuesto, todos ellos sin excepción son fértiles como sus antepasados y se reproducen gratuitamente a través del coito y sus hijos están exentos de padecer enfermedades raras y autoinmunes; son niños sanos como lo han sido durante miles de años los hijos de sus antepasados y no nacen con alteraciones genéticas o con defecto de fabricación.

Debido a lo arraigada y extendida que está la cultura dominante de la bestia y el pensamiento único, hay que decir que la población actual de homo sapiens o humanos sin conservantes ni colorantes es reducidísima; en la actualidad no hay

estadísticas, pero los últimos humanos ecológicos y más o menos limpios son una población muy escasa y quizá no lleguen al 5% de la población española. Como empiezan a ser ejemplares bastante escasos en nuestra moderna sociedad, vamos a describirles para que quede en la memoria y en los anales de la historia cuáles eran las características peculiares de los humanos genuinos y naturales que habitaron este planeta y este país nuestro durante miles de años sin necesitar otra cosa más que el aire y el alimento que la naturaleza les daba: estos hombres y mujeres viven de la manera más simple y natural que pueden permitirse, están perfectamente adaptados a vivir en este planeta sin ningún producto artificial añadido, comen productos biológicos exentos de químicos industriales siempre que pueden, practican la agricultura y la ganadería ecológica, no se vacunan ni vacunan a sus hijos ni a sus animales, puesto que no creen necesitar las vacunas, y se sienten capaces de vivir sin añadidos comerciales a su naturaleza; conocen y utilizan todavía algunas hierbas medicinales, utilizan la arcilla, el agua de mar o de manantiales y otros elementos naturales en algunas de sus curas, y cuando se sienten enfermos y no pueden solucionar sus problemas de salud por ellos mismos acuden a médicos naturales o doctores nadie que, aunque escasísimos también, quedan algunos; éstos les tratan con hierbas, homeopatía, acupuntura, hidroterapia, dietética... pero nunca con productos industriales tóxicos; esos métodos naturales y tradicionales que utilizan estos últimos ejemplares de homo sapiens les curan de todo tipo de enfermedades, incluidas las mal llamadas enfermedades infecciosas, sin tener que utilizar antibióticos; en resumen, los pocos homo sapiens que quedan se tratan como siempre lo ha hecho el hombre durante milenios y, ante la gran presión social y medioambiental que ejerce el mundo industrial y tecnológico y sus gobiernos y sus leyes, mantienen de la mejor manera posible una actitud de defensa frente a la **cultura de la bestia** y tratan de protegerse todo lo que pueden de las agresiones que esa cultura industrial ejerce sobre el planeta Tierra y sobre ellos mismos, y hay que decir que esa voluntad que tienen de mantenerse al margen de la civilización de la bestia y de salvaguardar su propia manera de existir y vivir la vida va resultando más difícil cada día.

Aunque los **últimos homo sapiens** supervivientes son una reserva de población muy pequeña y reducida y que, además, no molestan a nadie y que sólo piden que se les deje vivir a su modo, resulta que son extremadamente molestos para **la bestia**; ésta no les soporta porque, con su vida y ejemplo, ponen en entredicho la civilización industrial y el pensamiento único que aquella ha implantado por la fuerza en Occidente; no les soporta porque no **la** adoran ni **la**

sirven sin rechistar, como hacen los humanos cobaya, y no consumen sus productos tóxicos, y no les soporta porque son los únicos que tienen consciencia y se dan cuenta de que la **civilización de la bestia** es la responsable de que en menos de cien años de cultura industrial este maravilloso planeta se haya convertido en un lugar casi inhabitable; **la bestia** no soporta a este pequeño grupo de humanos libres y sanos que se niegan a tragarse su doctrina tóxica porque cree que con su actitud la ponen en evidencia, les odia porque con el consumo de productos ecológicos y naturales le están haciendo la competencia y se mantienen sanos despreciando sus productos industriales que **ella** reparte entre los confiados ciudadanos cobaya; pero, además, les quiere eliminar porque su vida agreste y su salud y la de sus hijos son la prueba inequívoca y elocuente de la maldad intrínseca y de la toxicidad nefasta de **la civilización de la bestia** y de la medicina industrial, puesto que, si ellos y sus hijos son los únicos que no padecen las enfermedades raras y son los únicos humanos que mantienen su fertilidad intacta... resulta que, sin pretenderlo, están señalando la responsabilidad de la civilización industrial y de la medicina moderna en la **iatrogénesis general** y, por tanto, en la producción de esas pandemias que, repetimos, son muy evidentes y elocuentes y no dejan de denunciar cuál es la verdadera causa de esas enfermedades, puesto que éstas son exclusivas y propias de la sociedad moderna occidental.

Por ese carácter de dedo acusador que tienen los últimos homo sapiens con respecto a la civilización industrial, la bestia no les perdona, no les soporta y no lo puede consentir; y para borrarles del mapa de una vez por todas utiliza la legislación y a los adeptos ministros de la política estatal de última hora; y así podemos observar extrañados que, aunque la cultura política democrática actual, hija de la Revolución Francesa, afirma defender la libertad individual y los derechos de las minorías, los políticos que se consideran más demócratas y más progresistas están proponiendo leyes que pretenden obligar a todos, por la fuerza de la ley, a seguir el pensamiento único y la única medicina. Son políticos que, al mismo tiempo, abogan por la libertad de poder ser alcohólico o fumador, abogan por la libertad del suicidio eutanásico y por el aborto libre y voluntario, abogan por la libertad de poder practicar libremente deportes de riesgo y, sin embargo, no toleran que una persona elija, con plena consciencia y libertad, el tipo de médico y la medicina que más le convence personalmente y sin obligar a nadie a que haga lo mismo... ¿Tiene eso sentido?... Esos políticos... ¿están de veras a favor de la libertad individual? ¿O, en realidad, son idólatras de la bestia que están al servicio del monopolio de la industria médica?... ¿De dónde les viene la

autoridad que pretenden tener para obligar a un ciudadano a dejar de hacer lo que mejor crea para sí mismo?

En realidad, todos esos políticos son adeptos a la doctrina de la bestia que quieren imponer su cultura satánica y quieren hacerlo sin dejar testigos... No quieren que nadie escape para que nadie les acuse de su política de exterminio; no quieren que queden humanos genuinos y naturales limpios de productos industriales y que actúen como testigos de su gigantesco genocidio; quieren acabar con los humanos biológicos de los de toda la vida... de aquellos que se reproducían por sí mismos sin ayuda de máquinas ni de productos químicos; no quieren que sobreviva ningún homo sapiens... y por eso, aunque estos humanos sanos y no contaminados no obligan a nadie a ser como ellos, esos políticos que en realidad son verdugos de la bestia quieren aplicar la política de... ¡que no escape nadie!... ¡que no queden testigos!... En el libro del Apocalipsis podemos leer: “se le dio poder a **la bestia** para enfrentarse a los santos y vencerlos” y, por eso, sabemos que es invencible; sólo nos queda resistir en la clandestinidad, escondernos y esperar a que la bestia apocalíptica acabe de fagocitar a toda esta “sociedad del bienestar”, porque, como parásito que es, morirá por sí misma cuando acabe de parasitar a su propia presa, morirá cuando acabe con esta indolente y confiada “sociedad del bienestar”, una sociedad cebada como cerda satisfecha hasta el hartazgo, cebada de consumo excesivo pero intoxicada, estéril y enferma que en su alucinación cree vivir en el mejor de los mundos, pero que en realidad es la presa de la bestia que acabará fagocitándola... Si para entonces queda alguna pareja de homo sapiens sano y con todas las posibilidades biológicas genuinas y naturales que siempre tuvimos los humanos... si queda alguna pareja así en algún lugar del mundo... quizá se pueda volver a empezar de nuevo y formar una nueva humanidad de hombres y mujeres sanos capaces de vivir una vida genuina y auténtica como la que durante milenios vivieron los homo sapiens que, incluso, fueron felices y sanos, se amaron y tuvieron hijos sanos como ellos y disfrutaron de la vida mientras habitaron este maravilloso planeta llamado Tierra.

Enrique Costa Vercher. Doctor Nadie.

¹La iatrogenia es un concepto clásico que designa a la enfermedad producida por la acción propia del médico sobre el paciente, es decir, a la enfermedad producida por el

médico o por las medicaciones recetadas por éste en la aplicación de su posible mala praxis. Iatrogénesis es el proceso de producir iatrogenia. En este ensayo utilizaremos estos dos conceptos de manera sinónima.

²Quiero llamar la atención del lector para expresarle de la manera más clara posible que en todo este libro en ningún momento ponemos en duda la **buena voluntad** y la **buena intención** de los médicos y personal sanitario en activo que están atendiendo en sus puestos de trabajo a los ciudadanos. Durante todo este ensayo insistimos en que tanto los ciudadanos como los propios médicos han sido **estafados o engañados** por la **medicina industrial** que aplica el sistema oficial de salud... y lo explicaremos sobradamente a lo largo del libro.

³Al decir el mundo occidental, nos referimos a Europa, América y grandes zonas geográficas donde la cultura e influencia europea ha podido ejercer su carácter supremacista e imperial, como por ejemplo en grandes centros urbanos de África, Oceanía y en grandes áreas de Asia. Sólo se han librado de esta influencia médica imperialista los países de cultura tradicional que se han mantenido más impermeables a la colonización europea, como por ejemplo los pertenecientes a la tradición china, a la tradición hindú y a la budista. En estas áreas culturales, todavía se practica, en un porcentaje importante, una medicina tradicional de carácter natural y ecológico que está muy alejada de la medicina industrial moderna de nuestro ámbito cultural.

⁴En este ensayo utilizaremos el término de **medicina moderna** como sinónimo de **medicina industrial** y entendemos estos sinónimos como los apropiados para designar a la “medicina” que se practica en Occidente desde finales del siglo XIX y principios del XX; este tipo de medicina moderna lo contraponemos a la **medicina tradicional**, que es la medicina milenaria que se ha practicado en Occidente desde la noche de los tiempos hasta la época de la Revolución Industrial, es decir, la medicina tradicional es el antiguo arte de curar que se basa en los conceptos cosmológicos de los cuatro elementos, los cuatro humores y las tres constituciones humanas. La medicina tradicional se ha conocido con los nombres de medicina hipocrática y/o galénica y se ha practicado en Europa durante miles de años.

⁵La medicina moderna, lejos de respetar a las leyes de la naturaleza, basa su fama y su negocio en actos contranatura que, sin embargo, satisfacen el deseo y el capricho de sus consumidores: prótesis mamarias, abortos voluntarios provocados, gestaciones artificiales y forzadas “in vitro”, utilización de hormonas sintéticas con finalidades lúdicas, estéticas y deportivas, cambios de sexo, control de natalidad y contracepción, excitantes eróticos, dopaje deportivo, utilización comercial de hormonas en ganadería, experimentación humana... Todas estas actividades médicas son muy frecuentes en la medicina moderna, pero eran consideradas **abominaciones** por la medicina tradicional.

⁶Los antiguos médicos tradicionales tenían conocimientos de botánica, zoología, horticultura, conocían el efecto del clima y de la geografía sobre el cuerpo humano...

En una palabra, eran cosmólogos, botánicos y naturalistas, y ellos o sus ayudantes boticarios eran los que fabricaban sus propias medicaciones, sus fórmulas magistrales, que eran productos artesanos personalizados para cada paciente según sus necesidades personales... La industria farmacéutica y las multinacionales son un fenómeno nuevo (150 años); nacieron cuando la medicina empezó a convertirse en industria y perdía su carácter artesano.

⁷Es muy significativo que en España sean los partidos políticos que se autodenominan progresistas y que abogan más que nadie por la libertad los que se han mostrado más partidarios de prohibir la libre elección del tipo de medicina a la que el ciudadano puede optar. Concretamente, ha sido la ministra de Sanidad del PSOE la que ha intentado prohibir la **homeopatía** en España este año de 2018... ¡Bravo por la ministra “progresista” y “demócrata”!

⁸De esa mentalidad ilustrada que odiaba el orden cósmico y entendía a la naturaleza como un medio hostil y bárbaro nos han quedado aquellas fotografías que retrataban a los “civilizados” y ricos europeos y americanos de principios del siglo XX en sus safaris africanos donde aparecían alegres y satisfechos al lado de un montón de cadáveres de animales a los que habían asesinado. En Europa las administraciones de los estados ilustrados, entre ellos España, premiaban a los ciudadanos que traían cadáveres de animales salvajes como águilas, halcones, zorros, osos... a los que consideraban alimañas; esta práctica “civilizada” estuvo vigente en nuestro país hasta bien entrados los años 60 y exterminó a varias especies de animales propios de la península y del resto de Europa... ¡Bravo por el pensamiento ilustrado!

⁹Pedimos disculpas al lector por el carácter repetitivo empleado, pero lo hacemos para explicarnos bien dentro del lenguaje técnico que nos vemos obligados a emplear en este tipo de ensayo de divulgación científica.

¹⁰ El concepto de “connatural” lo utilizamos como sinónimo de “simbionte”, es decir, que vive en simbiosis. Sólo que este concepto de simbiosis no fue conocido y definido por la biología hasta décadas después.

¹¹Durante los primeros tiempos, los científicos que inventaron la **teoría de la infección** no tenían ni idea de que nuestros microbios viven en nuestro organismo en régimen de **simbiosis** y estaban convencidos de que eran alienígenas que acechaban en la naturaleza esperando infectar al humano. El biógrafo oficial de todos ellos, el Dr. Kruif, describe en su libro *Cazadores de microbios* los viajes que hicieron Koch, Neisser y los ayudantes de Pasteur a Egipto, la India e Indonesia para “descubrir” allí los microbios causantes del cólera y de la peste. No tendrían que haber viajado a tan lejanos países si hubiesen sabido que esos microbios los tenían a millones en su propio intestino, en su baño y en su cocina... como se sabe perfectamente en la actualidad.

¹²Buscar en internet el nombre y los trabajos de investigación de estos científicos.

¹³Si el lector se introduce en internet y busca el concepto de microbiota o microbioma, encontrará una gran cantidad de trabajos de médicos y microbiólogos de la actualidad que hablan abiertamente de los beneficios que nos aportan nuestros gérmenes. La

mayoría de estos profesionales trabajan para el sistema oficial de salud y, aunque no tengan dudas en explicar las diversas funciones benéficas que realiza nuestra **microbiota**, tienen mucho cuidado en no poner en duda la **teoría oficial de la infección**, puesto que si lo hiciesen y afirmaran que nuestros microbios no producen las enfermedades de las que se les acusa... perderían, sin ninguna duda, sus estupendos empleos. Este parece ser el caso de un médico español, el Dr. Francisco Guarner, que tiene varios vídeos en internet que tratan de los muchos beneficios que nos aportan nuestros microbios.

¹⁴ El lector puede recordar estos datos en la numerosísima, incluso exagerada hemeroteca que hay al respecto a finales de los ochenta y principios de los noventa.

¹⁵ La comunidad científica internacional es una entidad a la que se alude mucho en la prensa, aunque nadie sabe lo que es, ni donde vive, ni qué miembros la forman... En realidad, mostraremos al lector que esta entidad fantasma y muy influyente a la vez es el altavoz de los intereses de la industria farmacéutica y de los grandes lobbies financieros que la controlan.

¹⁶ Decimos “información” cuando deberíamos decir “campana de propaganda paranoica y falsa”, puesto que, como vamos a explicar, la realidad del sida ha sido creada de manera eminentemente mediática y totalmente distorsionada por intereses espurios de carácter comercial.

¹⁷ El AZT-Retrovir es una medicación experimental que se había probado en cobayas animales (ratas) en los años 70 y no se había comercializado, precisamente, porque mató a todos los cobayas a los que se les inyectó. El AZT-Retrovir tiene una acción principal de **antimitosis celular**, es decir, impide la reproducción celular de toda célula con la que entra en contacto. Se administró a millones de jóvenes con el fin de impedir la replicación del nuevo virus y la consecuencia fue que **todos murieron**; simplemente, porque nadie, sano o enfermo, puede sobrevivir a un tratamiento continuado de esta sustancia **antimitótica**. Durante los primeros quince o veinte años que se utilizó esta medicación, el **sida** se consideró mortal de manera casi inmediata, como máximo unos meses de vida; cuando posteriormente se retiró el AZT, el **sida** dejó de ser mortal y pasó a considerarse enfermedad crónica. Sin embargo, el supuesto nuevo virus seguía siendo el mismo e igual de agresivo... pero el tratamiento pasó a ser menos venenoso, y esa circunstancia alargó considerablemente la vida de los supuestamente infectados.

¹⁸ Veremos a lo largo de este ensayo que esa costumbre propia y exclusiva de la medicina moderna de identificar como infecciones por virus, es decir, presentar como si fueran enfermedades víricas lo que en realidad son enfermedades tóxicas de origen **iatrogénico o industrial** ha sido una costumbre muy utilizada en las últimas décadas. Ha sido una práctica de la cual la **medicina industrial** se ha servido muchas veces y de forma descarada para camuflar los estragos provocados por el consumo, por parte de los ciudadanos, de tóxicos y venenos a gran escala en las últimas décadas.

^{19]}La **intoxicación** es un proceso patológico y, por tanto, productor de enfermedades y trastornos orgánicos que tiene su causa y origen en el contacto exterior y/o interior con sustancias **tóxicas o venenos** o la ingesta de estas sustancias. Se pueden dividir en dos grandes grupos: **intoxicaciones agudas** o de carácter inmediato; son aquellas en que la cantidad de tóxico ingerido o puesto en contacto con el organismo es suficiente como para provocar “ipso facto” o en poco tiempo alteraciones graves, enfermedad o la muerte. Tomemos como ejemplo la ingesta de cápsulas de cianuro potásico que hemos visto en películas o la ingesta accidental por parte de niños de productos de limpieza corrosivos, o una reacción alérgica a una medicación... **Las intoxicaciones crónicas o acumulativas**; son aquellas en las que la cantidad de sustancia tóxica o veneno no es suficiente como para causar un cuadro inmediato de enfermedad, pero eso no quiere decir que no sea tóxica, sino simplemente que no posee la masa crítica suficiente como para causar una molestia o un cuadro grave. Pero, si vamos añadiendo en el tiempo cantidades de esa sustancia, se pueden ir sumando las pequeñas cantidades y a la larga causar sus efectos tóxicos. Por ejemplo, la intoxicación por polución ciudadana, las intoxicaciones profesionales... pero, además, la intoxicación acumulada de muchas drogas y de muchos medicamentos que son tóxicos, puesto que incluso lo advierte su **prospecto**, pero que, no obstante esa advertencia, se administran en cantidades mínimas que están por debajo de las dosis soportables con el fin, precisamente, de evitar que esa toxicidad acabe inmediatamente con el paciente, pero su acción tóxica se va acumulando con el tiempo y al cabo de años se hacen manifiestos los problemas de esa intoxicación. Como explicaremos a lo largo del ensayo, el sida y todas las **nuevas enfermedades** aparecidas en los últimos años tienen como causa y origen este tipo de **intoxicación crónica o acumulativa**.

^{20]}El investigador Jesús García Blanca, en su magnífico libro *La Sanidad contra la salud* (Ediciones i, 2015), relata, para el lector interesado, las exageradas cifras de afectados y muertos que en ese tiempo publicaba la prensa. Señala el autor, con toda lógica aritmética, que si hubiesen sido verdad las apocalípticas cifras de afectados y muertos que vociferaba la prensa y la C.C.I. en los años noventa, en la actualidad nos hubiésemos extinguido varias veces desde entonces. Ahora se puede ver claramente que la campaña de información y prevención del sida en los años 90 fue gigantesca hasta la exageración, pero en aquel tiempo sirvió para aterrorizar a la población e imponer la versión oficial, que afirmaba la existencia de una epidemia infecciosa mortal.

^{21]}Durante más de una década se utilizó el AZT-Retrovir como medicación contra el sida y durante todo ese tiempo se consideró una enfermedad mortal y fulminante. A finales de los años 90 se cambió el AZT-Retrovir por otras medicaciones menos tóxicas (antiproteasas) y la enfermedad pasó a catalogarse de crónica. Se eliminó una medicación mortal y la enfermedad dejó de ser mortal.

^{22]}Los tests de análisis del sida que se utilizaron durante la década de los 90 (Wester-

Blood) se retiraron por su carácter aleatorio e impreciso y se cambiaron por otros al final de la década (Elisa), pero ese cambio no salió en la prensa, aunque con esos tests iniciales e imprecisos se habían realizado centenares de miles de diagnósticos positivos que motivaron a otros tantos pacientes a someterse al tratamiento con AZT y a morir de la consiguiente **iatrogénesis**. A pesar de que la c.c.i. admitió el carácter impreciso de los primeros tests y los cambió por los segundos (Elisa), estos últimos son tan imprecisos y aleatorios como los primeros (Wester-Blood), es decir, cambiaron de test pero la farsa sigue adelante.

^{23]} *Juicio a un virus inocente*, Mandala Ediciones, 1993. Dr. E .Costa.

^{24]} Si el lector pudiera recurrir a la hemeroteca televisiva de la época (noticiarios de TV del año 94) y pusiera atención a la expresión facial de los y las locutoras de todos los noticiarios españoles que emitieron la noticia, observaría que todos sin excepción daban la noticia de la afirmación del Dr. Kary Mullis con signos evidentes de incredulidad, incluso de desagrado, con reservas... La noticia duró escasamente un día o dos, contrastando claramente con lo habitual en los noticiarios de la época, cuando se llevaban años afirmando, cada día, la existencia y agresividad del nuevo virus con numerosos monográficos y programas de todo tipo dedicados a esparcir **el terror** y la paranoia.

^{25]} El Dr. Kary Mullis está considerado como uno de los mejores biólogos moleculares de la actualidad. Fue el creador de la famosa técnica del PCR; le dieron el Nobel en 1983 por ello. Se trata de un test de diagnóstico en medicina molecular que se emplea entre otras cosas para medir la “**carga viral**” en los enfermos de sida, aunque el propio creador de la prueba niegue que sirva para tal cosa.

^{26]} Son muchos los ejemplos políticos y sociales de nuestro tiempo que acreditan el poder absoluto del **dinero**. En estos mismos momentos que escribimos este texto, ocurre que un país como Arabia Saudita está masacrando civiles en Yemen con ayuda de los principales países democráticos de Occidente, los mismos países que se declaran los paladines de la democracia y los derechos humanos y que arremeten contra cualquier otro país que sea pobre y que demuestre carencias democráticas. Queda claro que ser rico en este mundo otorga inmunidad absoluta. El **dinero** manda por encima de cualquier otro tipo de razón.

^{27]} En la actualidad casi todo el mundo da por “demostrada” científicamente la **teoría de la evolución de Darwin**; está tan asimilada esta hipótesis (no demostrada) que ya estamos acostumbrados a ver muchos documentales y textos de divulgación naturalista que dan por supuesto que la vida sobre la Tierra es fruto de un proceso de evolución de la propia materia. No tenemos intención en este ensayo de discutir esta hipótesis no demostrada científicamente, pero sí queremos decir al lector que existen muchísimos científicos que creemos que esta hipótesis es imposible y que sabemos que nadie, repetimos, nadie la ha demostrado científicamente.

^{28]} Hemos sabido que en este año 2018 la primer ministro británica Theresa May ha

propuesto al parlamento la creación de un nuevo e inédito ministerio: el Ministerio de la **Soledad**. Este reclamo de la primer ministro obedece a las grandísimas proporciones que ha adquirido este fenómeno social en el Reino Unido. Parece existir una relación directa entre la cantidad de **soledad** de los ciudadanos y el mayor nivel de vida en nuestras sociedades modernas.

²⁹Aunque a la prensa no le interese demasiado este tema de los suicidios, el lector puede introducirse en las estadísticas de Instituto Nacional de Estadística, donde podrá conocer que en España, sin ir más lejos, hay cerca de 4.000 suicidios al año... que es una cifra mayor que el número de muertes por tráfico y, además, es la mayor causa de muerte en gente joven... ¿Qué tal?

³⁰Hace unos pocos días, en las noticias de TV, se reportaba que se había vendido un ejemplar de atún rojo por dos millones de dólares en Japón; en el actual estado de cosas... ¿cree el lector que se dejarán de cazar o pescar animales en peligro de extinción si hay ricos caprichosos y egoístas que son capaces de pagar verdaderas fortunas para satisfacer sus caprichos?

³¹En el año actual de 2018 los países industrializados se han reunido por enésima vez en Katowice (Polonia) para llegar a un acuerdo sobre emisiones de gases de invernadero a la atmósfera, y antes de ahora se habían reunido ya innumerables veces para lograr ese acuerdo en Estocolmo, en Río de Janeiro, en Johannesburgo, en Nairobi... y nunca han logrado llegar a ese acuerdo; está demostrado que es imposible por muchas veces que se reúnan, puesto que **el dinero**, esa cabeza principal de la **bestia**, es el verdadero dueño de las voluntades de los países modernos e industrializados y es el que manda por encima de cualquier otro poder... ¡No hay ni puede haber marcha atrás!... La aniquilación es inevitable.

³²Desde ahora en adelante, a lo largo del libro, cada vez que aparezca la palabra **hito**, el lector puede entender que nos referimos de manera metafórica a una “cabeza” de la **bestia** o a un “lobo vestido con piel de cordero”.

³³El lector puede encontrar información muy interesante sobre los médicos disidentes en: www.positivelyfalsemovie.com, un documental de Joan Shenton y Andi Reiss.

³⁴El ya mencionado investigador Jesús García Blanca, en su ensayo mencionado: *La Sanidad contra la salud* y en otro ensayo compartido: *Vacunas, una reflexión crítica* y otro investigador español como David Gasset en su libro *Sin vacunas*, que el lector puede encontrar en internet, describen detalladamente, con nombres y apellidos y con cifras y letras, las multinacionales farmacéuticas y los grandes lobbies financieros que forman la matriz o el núcleo central de lo que en este ensayo llamamos como **comunidad científica internacional**. Estos autores han hecho una descripción detallada del poder político, económico y mediático que ha desplegado **la C.C.I.** desde la época de **Louis Pasteur** hasta las últimas décadas para poder crear el gran negocio de la **teoría de la infección** sin importarles para nada el tener que producir la **iatrogénesis** más formidable de la historia y convertir a toda la población del primer

mundo y parte del extranjero en una población de **cobayas**.

^{35]} Este doctor nadie no ha tenido la menor inclinación a hacer una especialidad, ni a obtener ningún máster, ni a presentarse a oposiciones dentro del sistema académico; a cambio, ha disfrutado y se ha nutrido del estudio de la medicina de otras tradiciones del mundo, ha estudiado su propia tradición médica y ha aprendido que el saber médico es antiguo y universal, es patrimonio de todos los tiempos y culturas y que en realidad la medicina experimental moderna, la medicina oficial de la **comunidad científica internacional**, es una creación de la **bestia**, es un sucedáneo falso, es un fraude de un carácter tóxico y de unas dimensiones gigantescas que bajo el pretexto falso de la necesidad de consumo de productos tóxicos está llevando, sin remedio, a la humanidad cobaya de la “sociedad del bienestar” a la extinción.

^{36]} Que un premio Nobel descubriera que nuestros microbios no eran agresivos y que, por tanto, no producen las enfermedades que durante décadas se habían anunciado por la prensa... ¿no es una noticia importante para los ciudadanos y estudiantes de medicina?... ¿no requeriría haberle dedicado ningún documental informativo?... ¿no hubiese merecido difundirse con profusión en todos los medios de comunicación para que todo el mundo se enterase?... Sin embargo, apenas tuvo difusión y nunca se explicó al público la importancia de tal descubrimiento y, por eso, la paranoia a los microbios siguió como siempre y la **medicina de la bestia** y el gran negocio de las farmacéuticas no sufrió ninguna merma.

^{37]} *Inoculación preventiva contra el cólera morbo asiático* (1886). Monografies sanitàries. Serie B, núm 1. Generalitat Valenciana. Conselleria de Sanitat i Consum.

^{38]} En la actualidad (año 2018) hemos indagado la función docente de las actuales cátedras de historia de la medicina en las facultades españolas y hemos podido comprobar que siguen sin interesarse por la historia real de la medicina occidental; pero, como necesitan justificar la existencia de catedráticos y profesores adjuntos y sus respectivos sueldos, desarrollan algún tipo de actividad cultural; hemos averiguado que en todas las facultades no se llega a dar ningún curso completo sino que lo más que se da es un semestre lectivo y, en vez de clases y exámenes como en las demás asignaturas lectivas, se dan algunos seminarios y conferencias sobre temas de interés social relacionados con la medicina y la sociedad moderna, como por ejemplo: introducción de la mujer en la medicina, la medicina pública y privada y sus relaciones, áreas de la medicina que cubre la seguridad social, legislación de indemnizaciones, política de trasplantes, planes de prevención, legislación y vacunas... pero... sobre historia de la medicina... nada de nada.

^{39]} El vibrión colérico que Robert Koch identificó con su rudimentario microscopio como causante del cólera, en la actualidad, con muchos más aumentos en los microscopios actuales, se conoce como una gran familia de bacilos que se llaman “coleriformes” (más de 200 variedades bastante difíciles de distinguir entre ellas) y viven en simbiosis perfecta en nuestro intestino en estado de salud perfecta.

^{40]} El célebre bacilo de Koch y acusado de causar la tuberculosis también fue identificado

por este médico alemán contando con un microscopio rudimentario y primitivo. En la actualidad, con muchos más aumentos, este bacilo es denominado enterobacteria pseudotuberculosis y es un habitante permanente e inofensivo de nuestro intestino. Lo mismo ocurre con el bacilo de la peste, descubierto a finales del siglo XIX por Neisser con su microscopio de la época. En la actualidad se le identifica con el nombre de enterobacteria pseudopestis... El lector puede comprobar estos datos, simplemente, visitando la Wikipedia en internet y buscar “las enterobacterias”.

^{41]} Las placas de cultivo también se pueden preparar de manera casera: basta con disolver en agua caliente unas hojas de agar-agar que venden en los supermercados y dejarlas enfriar en platos de cocina y con eso basta, solo que además en algunos cultivos tenemos que incorporar suero o sangre de pollo, de cerdo o de algún otro animal.

^{42]} Buscar en internet: Concurso Internacional de Agar Art, arte pictórico con bacterias. Bacterias y pintura moderna. Microbioma y arte.

^{43]} Al referirnos a la docencia médica queremos significar la docencia médica oficial, porque al margen de la universidad algunos investigadores, como por ejemplo Máximo Sandín, sí que han propuesto explicaciones sobre la naturaleza de los virus que no coinciden con la idea general de que son entidades infecciosas; el lector puede encontrar en internet los interesantes trabajos de este biólogo español.

^{44]} Para que el lector se haga una idea de lo escasos que son estos centros de biología molecular y virología, tiene que saber que en España, por ejemplo, hay un solo centro oficial donde poder investigar la existencia de los virus: el Instituto Carlos III, ubicado en Madrid.

^{45]} El lector, sin duda, habrá visto alguna vez representado en maqueta tridimensional al mismísimo virus VIH del sida, puesto que ha salido varias veces en televisión; sin embargo... **dicho virus VIH no existe...** Lo afirman el premio Nobel Dr. Kary Mullis, el Dr. Peter Duesberg, el Dr. Stefan Lanka... y muchos más bioquímicos moleculares de primera línea... aunque quizá el lector no los conozca porque no han sido presentados por la prensa y han sido relegados al ostracismo.

^{46]} A pesar de ese monopolio y de ese control casi absoluto que tiene la c.c.i. sobre los centros de biología molecular, algunos de esos superespecialistas biólogos moleculares han resultado ser rebeldes a la doctrina de la **bestia y a la c.c.i.** y han intentado decir la verdad y denunciar los abusos que se han producido en estos centros “oraculares”, pero por ser especialistas escasos su disidencia y sus denuncias han sido inmediatamente anuladas con despidos fulminantes y descalificaciones inmediatas, como en el caso del Nobel Kary Mullis, Peter Duesberg, Stefan Lanka... ya mencionados en capítulos anteriores y de los que el lector puede encontrar referencias e información en internet.

^{47]} Buscar en internet: historia de los insecticidas y herbicidas.

^{48]} Si el lector quiere saber si la medicación que esté tomando, sea la que sea, es tóxica no tiene más que mirar y leer el prospecto de dicha medicación: no existe medicación

industrial que no tenga contraindicaciones y efectos secundarios, pero los antibióticos son de los que más efectos secundarios presentan, sobre todo a largo plazo y sobre los descendientes de los consumidores.

^{49]} Durante todas estas décadas de consumo e introducción en nuestro interior orgánico de sustancias **experimentales** de carácter industrial, se han producido muchas mutaciones genéticas, y quizá el lector recuerde el caso de la **talidomida**, que fue una medicación sedante que se utilizó en los años 60 y que motivó el nacimiento de miles de niños deformes que nacieron sin brazos ni piernas; muchas de estas personas todavía viven en nuestro país y la compañía farmacéutica no ha sido capaz de asumir su responsabilidad. Las **enfermedades raras** son enfermedades por malformación genética semejante que afectan a muchísimos sistemas orgánicos, funciones, tejidos y órganos de los niños recién nacidos de la población cobaya.

^{50]} Habiendo sido testigos de cómo la nefasta información sobre el sida actuaba con un efecto **vudú** tóxico y con resultados mortales sobre muchos pacientes, no nos cuesta pensar que este tipo de terapias piadosas actuaran por medio de una suerte de **vudú** en sentido positivo y sanador.

^{51]} Prueba de ese poder legislativo de la **bestia** es la iniciativa que han emprendido en la actualidad varias ministras de Sanidad españolas y el ministro de Ciencia del gobierno socialista, que se han propuesto hacer desaparecer de la universidad e, incluso, de ilegalizar la medicina natural, la homeopatía, la acupuntura, la fitoterapia... acusándolas de pseudociencias. Con estas medidas lo que consiguen estos individuos con mentalidad de paletos y con funciones ministeriales es trabajar para la implantación del monopolio de la **medicina de la bestia**, y para ello intentan erradicar cualquier tipo de competencia que **ésta pueda** tener.

^{52]} El reducir todo el conocimiento cósmico y humano que tenían los médicos galénicos a la visión positivista científica era necesario, como hemos dicho, para poder desarrollar la medicina experimental; pero, además, tenía otras ventajas, como la de simplificar los estudios de medicina y facilitar el acceso de mucha gente a ellos. La medicina industrial no necesitaba de médicos filósofos y antropólogos con ética que se hicieran preguntas sobre la verdadera naturaleza del hombre; le bastaba y sobraba con preparar una enorme legión de técnicos y de comerciales que no hiciesen demasiadas preguntas, y eso convirtió a las antiguas facultades médicas en factorías donde se producen, en serie y masivamente, centenares de miles de médicos y médicas que salen cada año a colaborar con la industria. Se fabrican tantos médicos que tienen que competir entre ellos para poder trabajar para el sistema y centenares de miles se quedan fuera, es decir, en la actualidad es tan fácil preparar a un médico que se producen excedentes por cientos de miles, podríamos decir, en cantidades industriales, dándose el caso, en España, que cada año compiten varias decenas de miles de médicos para cubrir unos pocos centenares de plazas.

^{53]} Tanto los profesores como los alumnos padecían, sin duda, de una alteración mental y

de una amnesia que les impedía saber, recordar y reconocer que esos científicos preindustriales y preilustrados, a pesar de catalogarles “oligofrénicos”, habían sido capaces de construir las pirámides, las catedrales, escribir tratados de astronomía, de matemáticas, de medicina... desde hacía miles de años. La mentalidad de paletos propia de estos científicos de la “nueva raza superior” sólo les permitía hacerse la “ilusión” de ser los más listos y más guapos de la historia y del mundo mundial.

^{54]} En ese tiempo de la Europa imperial de antes de la Segunda Guerra Mundial, los ciudadanos europeos medios estaban convencidos de que la única civilización que había existido era la europea; ahora sabemos, gracias a los documentales, que en el mundo “mundial” y en la historia general de la humanidad han existido civilizaciones con conocimientos científicos, matemáticos, médicos, astronómicos, arquitectónicos, técnicos... de un calado igual o, incluso, superior al que hemos alcanzado y se ha conocido en Europa.

^{55]} Esta convicción totalmente supremacista está todavía muy presente en la mente de los pseudointelectuales europeos, aunque sean universitarios; esta idea de que nuestra ciencia y nuestra cultura son las únicas dignas de llamarse así es la que motiva que en nuestras universidades no se estudie ni la medicina ayurvédica ni la acupuntura, y que incluso las ministras de Sanidad y el ministro de Educación y Ciencia actuales tengan catalogadas a estas medicinas orientales como “pseudociencias”; pero son ellos los que, en realidad, son unos “pseudointelectuales” supremacistas, chauvinistas y bastante paletos.

^{56]} De la misma manera que el conocimiento científico que describe las leyes del cosmos es constante y no puede ser modificado en esencia por el paso del tiempo, así mismo ocurre con la ética; ésta no puede variar esencialmente con el transcurrir del tiempo... No puede quedar desfasada o anticuada.

^{57]} El lector puede disponer de este libro en internet, buscándolo con este mismo título de: *Cazadores de microbios*.

^{58]} *La inoculación preventiva contra el cólera morbo asiático* (1885). Monografies sanitàries. Conselleria de Sanitat i Consum de la Generalitat Valenciana.

^{59]} El convencimiento general de que la población cobaya es mucho más longeva que las generaciones de homo sapiens anteriores es total; todo el mundo, no importa que sean historiadores, políticos, religiosos... a todos les oímos asegurar sin vacilación que el hombre actual es más longevo que el hombre de toda la vida... y siempre se añade a esta afirmación que este aumento de longevidad es debido a los adelantos de la medicina moderna; incluso, mucha gente cree que los hombres más longevos de antes alcanzaban como máximo 50 ó 60 años y que los octogenarios y nonagenarios son exclusivos de la moderna población cobaya. Pero, si el lector consulta cualquier enciclopedia, podrá comprobar que muchos personajes famosos como filósofos, artistas, papas, científicos... de la época preindustrial fueron octogenarios y nonagenarios: Hipócrates vivió 91 años, Platón 91, Sócrates se suicidó a los 72 en plena vitalidad, San Antonio Abad 105 años, Newton vivió 90 años, San Alberto

Magno, maestro de médicos, vivió 87 años, Benedicto XIII, el Papa Luna, vivió 95 años... Es decir, la historia nos revela que siempre han existido los nonagenarios... Es más, la afirmación gratuita de que la población **cobaya** es más longeva es falsa por necesidad matemática porque es una afirmación **prematura**, puesto que, como hemos explicado repetidamente al lector, la población cobaya nació en los años 50 y 60 y, por tanto, los ejemplares **cobayas** más mayores no pueden tener más de 60 años... Por tanto, decir que van a ser octogenarios es adelantarse a la realidad aritmética simple. De hecho, los actuales octogenarios y nonagenarios no son población cobaya sino, precisamente, se trata de los últimos homo sapiens, puesto que nacieron 10, 20 ó 30 años antes de que diera inicio el experimento industrial masivo que, como hemos dicho, se inició en los años 50 y 60.

[60](#) La historia de la infección es un claro ejemplo de lo fácil que resulta la presentación de gráficos estadísticos falsos y manipulados con el objetivo de demostrar cualquier cosa. En los próximos capítulos mostraremos al lector que una afirmación estadística como la de que no ha habido casos de difteria en España durante 30 años es totalmente falsa, a pesar de que haya estadísticas de carácter oficial que así lo afirmen.

[61](#) Durante las décadas de los 50, 60 y 70, la especialidad de otorrinolaringología fue una de las más demandadas por los médicos de la época; todas las capitales españolas y las pequeñas ciudades capital de comarca se llenaron de clínicas de esa novedosa especialidad, donde los flamantes otorrinolaringólogos hacían su pequeña fortuna extrayendo centenares de miles de amígdalas inflamadas de los niños españoles. Todos ellos hubiesen sido diagnosticados de difteria unos años antes, pero, como hemos dicho, ese nombre “maldito” ya había sido eliminado de la nomenclatura médica.

[62](#) En realidad, como vamos a explicar, la alta tasa de mortandad que se le ha atribuido a la difteria histórica era debida, entre otros factores, a la utilización de los sueros antidiftéricos como única y exclusiva medicación. El reciente caso de supuesta difteria infecciosa detectado en Olot es un ejemplo de lo que decimos. Se trató a un niño con amigdalitis con un suero antidiftérico, creyendo que era difteria infecciosa, y murió; murió porque alguien había cambiado los sinónimos en el sentido inverso al que hemos descrito que pasó en los años 50 y llamó difteria a la amigdalitis que tenía el niño. Murió a pesar de estar siendo atendido en la UCI de uno de los hospitales más modernos del mundo.

[63](#) En el año 2015, y a propósito del supuesto caso de difteria que se presentó en la ciudad de Olot, el Ministerio de Sanidad y la prensa española anunciaron que se trataba del primer y único caso de difteria que se había presentado en España desde hacía 30 años. Acabamos de explicar que esa afirmación es mentira y que los españoles hemos estado presentando amigdalitis o difteria, en cientos de miles de casos, durante todas estas últimas décadas.

[64](#) Desde hace una década se utiliza una técnica de biología molecular para hacer el único diagnóstico que admite la propia *c.c.i.* como válido; es un test llamado de la PCR y que se utiliza en microbiología para hacer el diagnóstico de las antiguas infecciones de

difteria, tos ferina, cólera... pero esta prueba analítica se ha introducido en microbiología en los primeros años del tercer milenio, es decir, a partir de los primeros años 2000; por tanto, hay que hacerse la siguiente pregunta: sabiendo que este test de diagnóstico es el único que se considera seguro y que tiene, más o menos, unos 10 años de existencia... ¿cómo se hicieron los diagnósticos de difteria, tos ferina, cólera... en las supuestas epidemias que asolaron Europa en los años 20, 30, 40... del siglo pasado?

[65](#) Este caso de difteria de Olot lo hemos tratado en otro ensayo: *Vacunas, una reflexión crítica*, pero lo retomamos aquí por dos razones: porque es un ejemplo perfecto para demostrar que todo lo que estamos afirmando es rigurosamente cierto y que la difteria nunca ha desaparecido ni siquiera temporalmente, ni de España ni de ningún sitio, y la segunda razón es porque la publicidad oficial hizo del caso una apología a favor de la vacunación y un alegato en contra de los escasos médicos que criticamos semejante práctica.

[66](#) Pedimos disculpas al lector por ser tan reiterativos e, incluso, repetitivos en la descripción de los detalles de este caso, pero queremos estar seguros de que se entienden bien esos detalles y circunstancias, puesto que son claves para sacar las conclusiones finales que vamos a extraer de este caso.

[67](#) Curiosamente, si se hubiera dado el caso de que los padres del niño lo hubiesen llevado al servicio de urgencias del propio hospital, ni de lejos se les hubiera ocurrido ingresarlo en la UCI; lo más normal hubiera sido mandarle a casa con antibióticos y guardar cama. Pero ese niño venía marcado por una enfermedad histórica maldita y los médicos del hospital, aterrados, pensaron que la UCI del moderno hospital era el sitio más adecuado para afrontar esa desconocida enfermedad; desconocida para ellos.

[68](#) Para los lectores que no hayan visto la película, ésta trata del extraño caso en que se ve envuelto un portaaviones moderno de la clase Nimitz, el cual, por un extraño fenómeno atmosférico, es trasladado en el tiempo con toda su tripulación a la época de principios de la Segunda Guerra Mundial, concretamente al día 6 de diciembre de 1941 a unas horas antes del ataque japonés a Pearl Harbour. El comandante de la nave no puede entender qué es lo que está pasando, pero finalmente decide asumir la extraña realidad transtemporal y vivir y actuar en ese tiempo pasado en el que, inexplicablemente, se encuentran él, su moderna nave de combate y su tripulación.

[69](#) Vaya por delante nuestro profundo respeto a este niño y a sus acongojados padres, que fueron acusados de irresponsables por los técnicos de la C.C.I. y las autoridades sanitarias nacionales. Pedimos para que el niño descanse en paz y que los padres la encuentren también y, para ello, esperamos que se informen y comprendan, pues la verdad de lo que realmente ocurrió seguramente les reconforte en algo su ánimo y les alivie su sentimiento de culpa, aunque no les devuelva a su hijo.

[70](#) Queremos llamar la atención del lector sobre la grandísima importancia que ha tenido el cine en la creación y desarrollo de la paranoia general contra nuestros gérmenes. Desde esta historia de Alaska que empezó a salir en el cine en los años treinta y hasta

nuestros días, las películas y novelas donde la trama central gira entorno a la infección y el peligro a los microbios han sido quizá miles. Todas ellas han contribuido a la creación de la alucinación colectiva de la sociedad cobaya, han dado existencia y “realidad” a algo que nunca ha existido: las enfermedades infecciosas. Como consecuencia de todo eso, nos hemos sometido y convertido en los primeros humanos cobayas.

⁷¹Esta información la puede encontrar el lector en internet, buscando: Instituto Pasteur y sueros antidiftéricos. Historia de los sueros antidiftéricos...

⁷²Este médico que escribe es un viejo cristiano que, conociendo lo que está comunicando al lector, sufre la impotencia y el dolor de ver que las iglesias cristianas son adeptas y casi idólatras, como los demás, a la pseudoreligión de la ciencia y a la medicina positivista e industrial; por eso las iglesias misioneras se afanan en repartir por todos los rincones del planeta las vacunas y otros productos médico-industriales; eso sí, con el convencimiento y la buena intención de que lo hacen por amor a Dios y a los hombres; pero el diablo, lo sabe bien la Iglesia católica, se puede disfrazar de ángel de bondad y, por desgracia, esos cristianos bienintencionados han sido engañados, como hemos dicho que hemos sido engañados los propios médicos, y tanto unos como otros, creyendo que trabajan para el bien de la humanidad por filantropía **humana estos últimos y por amor a Dios los cristianos... todos ellos ignoran que, en realidad, han sido engañados y, con toda su buena intención, trabajan para la bestia.**

⁷³Este médico que escribe, por llevar cerca de 40 años de oficio, ha tenido la ocasión de atender a muchos pacientes jóvenes de la población cobaya que se han quedado sordos en sus primeros 20 a 40 años (más de cinco millones de casos en España); en mi casuística personal de médico de familia he podido constatar que, en la totalidad de los casos de jóvenes que habían nacido sanos y que perdieron la audición en la juventud, hay antecedentes de haber sido tratados intensamente con antibióticos por algún motivo y en algún momento de la niñez o de la pubertad. Lamentaríamos que el lector fuera uno de esos casos... pero no lo descartamos, debido al gran número de casos entre la población joven actual.

⁷⁴Aunque, en realidad, ha sido un hito satánico introducido masivamente en los años 50 y es una de las causas directas que más ha influido en el actual estado de acumulación tóxica de la humanidad cobaya.

⁷⁵Las nuevas vacunas y los antibióticos, ya hemos explicado, son medicaciones tóxicas, pero sus efectos secundarios no suelen ser inmediatos, lo cual ha permitido su amplia distribución y consumo. Pero todos los médicos internistas, o de pueblo o de ambulatorio, de más de cinco años de ejercicio han tenido algún caso de reacción adversa inmediata tanto a las vacunas como a los antibióticos: reacciones alérgicas, dermatitis agudas, paradas cardiorrespiratorias, insuficiencias renales agudas, muertes por shock anafiláctico, autismos, tetraplegias... A la c.c.i. no le interesa hacer estudios serios y honestos obre la verdadera incidencia de estos trastornos y sólo tiene su interés en censurar cualquier estudio sobre la existencia de estos casos de efectos

secundarios inmediatos. Por eso, no tenemos ni podemos tener información de la frecuencia en la que se producen. Pero el lector tiene que tener la certeza de que se han producido y se producen casos de efectos inmediatos y nefastos, aunque nunca lograremos saber hasta qué punto han afectado y afectan a la población.

[76](#) El lector puede encontrar información bastante detallada de la utilización de todos estos tóxicos y de sus efectos tóxicos sobre la genética y la formación de fetos monstruosos en internet. Buscar en malformaciones fetales, talidomida, defoliantes...

[77](#) Aunque los detalles del efecto distorsionante de los antibióticos sobre el genoma humano se vieron en la década de los 80, nosotros, los estudiantes de mi época de los años 60 y 70, ya habíamos podido estudiar en nuestros manuales de farmacología que los antibióticos afectaban al ARN mensajero y al ARN mitocondrial de las bacterias... Debimos suponer que también afectarían al ARN de los humanos a los que se los recetábamos, pero nuestros maestros de patología no nos lo advirtieron ni, mucho menos, nos indujeron a pensar en tal posibilidad... Todo lo contrario; nos indicaron que los antibióticos eran la mejor medicación para tratar las infecciones; por tanto, no tuvimos casi ninguna posibilidad y, por eso, hemos estado haciendo aquello para lo que nos entrenaron: aplicar el protocolo sin pensar y, como consecuencia, trabajando para la **bestia**.

[78](#) Del griego *tératos*: monstruo. Etimológicamente: sustancias productoras de monstruos.

[79](#) Recordará el lector que este muy “honorable” Instituto Pasteur es el mismo que fabricó los sueros antidiftéricos que salvaron a los habitantes del pueblo de Alaska en 1924. Ya hemos explicado el gran negocio que supuso entonces confundir los sinónimos de difteria y anginas. El negocio que se ha realizado con el “supuesto” virus **VIH** ha sido muy superior.

[80](#) Estas diferencias de constitución y temperamento son muy importantes, también, en las medicinas tradicionales de otras culturas; cualquier médico que quiera aprender medicina ayurvédica hindú, o quiera aprender medicina taoísta china y acupuntura se encontrará con que estas medicinas que se practican en medio mundo, y que utilizan miles de millones de seres humanos en la actualidad, tienen muy en cuenta la constitución y el temperamento de los pacientes. Aunque también sabemos que las mentes chauvinistas y supremacistas de los ciudadanos de la “sociedad del bienestar” que todavía creen en la superioridad de la “civilización” europea están convencidas de que los pueblos asiáticos están por civilizar y son unos salvajes... Como comprenderá el lector... ante estos argumentos y estas mentes... no tenemos nada que decir.

[81](#) Otra vez este médico que escribe puede, por su larga veteranía, servir de ejemplo de cómo esos **valores normales** no son verdades eternas, sino que pueden ser cambiadas a conveniencia de la C.C.I. con el fin de ampliar beneficios. Veamos: en los años 70 los aprendices de médico asimilábamos de nuestros maestros que los **valores normales** de colesterol en sangre eran de unos 250-300 mg, y así lo tuvimos en cuenta. En los años

finales de los 80 y la década de los 90, la c.c.i. cambió esos valores normales. Un grupo de diez expertos reunidos a instancias de la OMS decidió que los valores normales iban a ser de 200... y ese cambio motivó la multiplicación por diez del número de personas que tuvieron que recurrir al consumo de productos contra el colesterol. Más tarde se supo en algunos círculos médicos que esos expertos habían recibido sustanciosos sobornos de las multinacionales farmacéuticas interesadas. Pero estas noticias no le interesan a la **prensa**, que anda más bien a la caza de algún curandero solitario para denunciarle, ponerle en evidencia y meterle en la cárcel.

Hace pocos años (4 ó 5) en la propia televisión pública salió la noticia que advertía a los miles de consumidores con colesterol por encima de 200 que se habían retirado del mercado varios productos contra el colesterol, debido a la cantidad de muertos por alteraciones circulatorias que se habían producido entre los consumidores; eso sí, se retiraron después de más de 20 años de consumo masivo entre los ciudadanos que habían estado “ejerciendo” de cobayas humanos

^{82]}Estos ministros socialistas pertenecen a ese tipo de personas **chauvinistas y supremacistas** que están convencidas, como los habitantes de las colonias que poseía Europa a principios del siglo XX, de que los únicos hombres civilizados y capaces de tener ciencia y medicina son los hombres blancos civilizados, y no admiten que civilizaciones milenarias como la hindú o la china sean capaces de tener conocimientos de ciencia, de medicina, de matemáticas, de arquitectura... Por eso afirman que la acupuntura no es medicina y se quedan tan campantes... ¡Qué atrevida es la ignorancia!

^{83]}A decir verdad, nos extrañó bastante que la **prensa** denunciara estos abusos de las multinacionales que están haciendo negocio con las **prótesis fraudulentas**; nos extrañó, puesto que, como hemos venido contando, la **prensa** siempre juega a favor de las multinacionales y por eso nos extrañó y lo agradecemos... pero nos decepcionamos a los pocos días, puesto que, a pesar de que denunciaron que se habían producido varios miles de muertes entre los pacientes... la noticia estuvo en cartel sólo unos pocos días y, después, silencio absoluto. El asunto hubiese dado más de sí y hubiese estado muchos más días en los programas informativos si en lugar de tratarse de un fraude de las multinacionales se hubiese tratado de algún otro fraude o asunto producido por algún **doctor nadie** o por algún médico antivacunas y al margen del sistema... En ese caso, sin ninguna duda, se habrían producido una enorme cantidad de programas, tertulias y monográficos.